R. 9095

JOAQUIN DE ENTRAMBASAGUAS

LOPE DE VEGA Y SU TIEMPO

ESTUDIO ESPECIAL DE

EL VILLANO EN SU RINCÓN

Textos

EDITORIAL TEIDE

LOPE DE VEGA Y SU TIEMPO

XIII

EDITORIAL TEIDE — BARCELONA

LOPE DE VEGA
Y SU TIEMPO

Estudio especial de

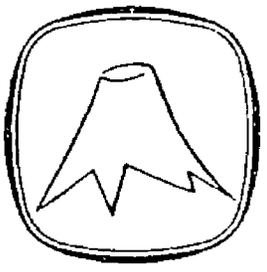
«EL VILLANO EN SU RINCÓN»

POR

JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS

Catedrático de Instituto, Catedrático
de la Universidad de Madrid

TEXTOS



EDITORIAL TEIDE — BARCELONA

Primera edición

© JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS, 1961
Las notas son propiedad del autor de ellas

Depósito Legal: B. 14360—1961

N.° de Registro B. 472-61 (II)

Esta obra constituye el volumen XIII de la Colección «Hilani»

EDITORIAL TEIDE - Regás, 30-32 - BARCELONA-6

TALLERES GRÁFICOS «DUPLEX» - Fontova, 6 - BARCELONA-13

ÍNDICE

Págs.

Advertencia preliminar 5

EL VILLANO EN SU RINCÓN

Acto I 13
Acto II 90
Acto III 164

ANTOLOGÍA

Nota preliminar 235
ARCADIA: [*Monólogo de Belisarda*] 237
LA DRAGONTEA: [*Partida de un navío*] 239
ISIDRO: [*Ofrenda de Silvano a Silvia*] 243
LA HERMOSURA DE ANGÉLICA: [*Canto de un pescador*] . . 246
RIMAS 249
[*Algunos de los doscientos sonetos*]:
I. «Versos de amor, conceptos esparcidos» 249
VIII. «De hoy más las crespas sienes de olorosa» 250
XXXI. «Albania yace aquí, Fabio suspira» 250
LXXVIII. «Cuelga sangriento de la cama al suelo» 251
CXXIV. «Blancos y verdes álamos, un día» 251
CXXVI. «Desmayarse, atreverse, estar furioso» 252

Págs.

CXXXVII. «Noche, fabricadora de embelecos» 252
CLX. «Esto de imaginar si está en su casa» 253
CLXXIV. «Daba sustento a un pajarillo un día» 253
CLXXVIII. «Mi bien nacido de mis propios males» 254
CLXXXVIII. «Suelta mi manso, mayoral extraño» 254
CLXXXIX. «Querido manso mío, que viniste» 255
CXCI. «Es la mujer del hombre lo más bueno» 255

Epitafios fúnebres a diversos sepulcros:
De Felipe II «el Prudente» 256
Del rey Sebastián de Portugal 256
Del «Mudo», pintor famosísimo 256
De Filonte, bravo 257

EL PEREGRINO EN SU PATRIA: [*Diálogo entre un alemán y un español*] 257
JERUSALÉN CONQUISTADA: [*Elogio de los españoles*] . . 259
CUATRO SOLILOQUIOS: *Soliloquio III* 263
PASTORES DE BELÉN 265
[*Canto de Cloris, Antandra, Lesbia y Pireno*] . . 265
[*Nacimiento de Cristo*] 268
[*La Virgen con su hijo en brazos le canta un villancico*] 270
RIMAS SACRAS 272

[*Algunos sonetos*]:
I. «Cuando me paro a contemplar mi estado» 272
XIV. «Pastor, que con tus silbos amorosos» . 273
XV. «¡Cuántas veces, Señor, me habéis llamado,» 273
XVIII. «¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?» 274
XLIII. «Esta cabeza, cuando viva tuvo» . . . 274
Al levantarle en la cruz, romance 275
A la muerte de Carlos Félix (Fragmentos) . . . 277

Págs.

Idilio Segundo 281
LA CIRCE 283
La prudente venganza [Sobre el amor] 283
Soneto 285
TRIUNFOS DIVINOS 285
[*Algunos sonetos de «Rimas Sacras»*]:
Temores en el favor 285
A la Santa Madre Teresa de Jesús. III. . . . 286
La Rosa 286
La miseria humana 287
«Quid superbis, terra et cinis?» 287
CORONA TRÁGICA: [*Sentencia contra María Estuardo*] . 288
LA DOROTEA 291
Acto I. Esc. 3.ª (Fragmento) 291
Acto II. Esc. 5.ª (Fragmento) 292
Acto I. Esc. 4.ª [Romance] 300
Acto III. Esc. 1.ª [Soneto] 303
Acto III. Esc. 7.ª [Romancillo] 304
ELEGÍA EN LA MUERTE DE JERÓNIMO DE VILLAIZÁN (Fragmento) 308
RIMAS HUMANAS Y DIVINAS DEL LICENCIADO TOMÉ DE BURGUILLOS 310
[*Algunos sonetos*]:
A la muerte de una dama, representanta única . 310
Desea afratelarse y no le admiten 311
Quejósele una dama de un bofetón que le había dado su galán 311
Que al amor verdadero no le olvidan ni el tiempo ni la muerte. Escribe en seso 312
Quebróse a una dama el espejo cuando iba a tocarse, y escribe de veras, porque no le riñan. Escribe con mucho tiento 312
Al retrato de una dama, después de muerta . . 313
A doña Antonia Clara de Nevares, saliendo una mañana al descuido 313
Al Nacimiento de Nuestro Señor. Égloga I . . 314
La Gatomaquia. [*Marramaquiz visita a Zapaquilda*] 318
LA VEGA DEL PARNASO 321

Págs.

A la venida de Italia a España del excelentísimo señor duque de Osuna (Fragmento) 321
Huerto deshecho (Fragmento) 323
Elegia en la muerte de Juan Blas de Castro (Fragmento) 324
Amarilis. Égloga. [*Retrato de Amarilis*] 326
Filis. Égloga. [*Rapto de Filis*] 329
EPISTOLARIO: *Carta al duque de Sessa* 331
POESÍAS VARIAS 332
Soneto 332
[*¿Al duque de Alba?*] 333
[*El manso perdido*] 334
Romance de Filis 334
[*Letra*] 337
POESÍAS LÍRICAS INSERTAS EN COMEDIAS 338
Sonetos:
«¿Cuándo verán mis tristes pensamientos» . . 338
«Dulce, atrevido pensamiento loco,» 339
«Un soneto me manda hacer Violante,» . . . 339
«La calidad elemental resiste» 340
Canciones populares:
[Cantar de bateo] 340
[Maya] 341
[Canción de la noche de San Juan] 342
[Serrana] 342
[Canción valenciana] 343
[Cantar de siega] 344
[Villancico] 344
[Canción de bodas] 344
[Villano] 345
[Canción de bateo] 346
[Seguidillas] 347
[Del Guadalquivir] 347
[Del Tajo] 348

Siguiente

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Conforme a lo indicado al tratar en el Estudio especial *de* El villano en su rincón, *de las ediciones de esta comedia, y en la imposibilidad absoluta de utilizar su texto autógrafo, que se desconoce, se ha elegido para la presente edición la preparada por el gran historiador y crítico de la Literatura Española, don Marcelino Menéndez y Pelayo, que desgraciadamente no pudo comentar, según ya dije.*

Como el insigne maestro tuvo a la vista las ediciones antiguas de la comedia, su texto es el que por ahora ofrece más garantías de exactitud para una edición escolar, dentro del estado en que ha llegado a nosotros la obra.

No obstante le he sometido a un examen detenidísimo, que me ha permitido corregir algunos pasajes de él, cuyos errores no ofrecían duda y he modernizado la ortografía que no lo estaba cuando no ha afectado a la fonética y morfología de las palabras. En este caso he conservado la forma antigua, con los correspondientes comentarios aclaratorios si eran necesarios.

Por otra parte, teniendo en cuenta el carácter esencialmente didáctico de esta edición y la clase de alumnos que han de utilizarla, he procurado aclarar en notas al pie de cada página, con referencia numérica al verso de cada acto a que se refieren, cuantos aspectos del texto lo necesitaban, confiando en que no se me habrá pasado ninguno, pues he procurado pecar por carta de más que por carta de menos.

Así no sólo van anotadas las palabras que requieren un concreto comentario lingüístico —incluso las que figuran en

el Diccionario *académico, para ahorrar a los alumnos el manejo de éste —sino también las expresiones cuyo sentido es difícil de alcanzar hoy para un estudiante de Bachillerato, aunque sea en su curso más avanzado, dándoles el valor semántico que tenían en la época. En todos los casos que lo he creído necesario, teniendo en cuenta el enunciado del Cuestionario* —Lope de Vega y su tiempo—, *he procurado con textos de otras comedias del* Fénix, *esencialmente, y de diversas obras suyas o de autores coetáneos de él, siempre que ha sido posible, citar ejemplos significativos, que en conjunto dan un cuadro interesante de la época, en el que el alumno ha de completar, sin esfuerzo, como he procurado conseguirlo en todo, el conocimiento de la vida y de la obra del* Fénix, *dentro del ambiente en que existió y creó su producción literaria.*

Como la comedia no ha sido sometida hasta ahora a una edición crítica —yo mismo cuando la edité, hace muchos años, hube de ceñirme al plan de una biblioteca de divulgación literaria, sin más preocupación que dar un texto lo mejor posible—, muchas de estas notas resuelven por fin problemas textuales que permanecían sin solución, como otros aspectos enfocados en el Estudio especial *dedicado a la obra. En algunos casos, por fortuna muy pocos, como se verá, no he logrado mi propósito, pese al esfuerzo realizado. Que alguien con más conocimiento o más suerte que yo —porque de ambas cosas hay en esta clase de trabajos— alcance algún día lo que por ahora no he conseguido.*

He de advertir, que para evitar repeticiones inútiles, cuando una palabra, expresión o aspecto de cualquier clase de la comedia, queda anotado, ya no se comenta si se reitera en ella, a no ser que varíe en algo, y el lector deberá remitirse a la primera nota que haya sobre él.

Por último, en mi deseo de siempre de que nuestros clásicos no sean muerto objeto de estudio, sino viva presencia en quien los lea, he procurado, en muchos años, relacio-

nar lo de aquel tiempo con lo de éste, señalando afinidades y discrepancias, que pueden conducir, sin cansancio, a la mejor comprensión del tema.

Respecto de la utilización en la cátedra de este texto, confío en que mis colegas, más preparados que yo para ello, podrán suplir, con su saber y bondad, las faltas y errores que encuentren, inevitables en una edición de este tipo realizada con la premura que se ha hecho.

JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS

EL VILLANO EN SU RINCÓN

COMEDIA

EL VILLANO* EN SU RINCÓN

PERSONAS

LISARDA, *labradora*
BELISA
COSTANZA
OTÓN, *caballero*
FINARDO
MARÍN, *lacayo*
EL REY DE FRANCIA
LA INFANTA, *su hermana*
EL ALMIRANTE
JUAN, FELICIANO — *Labradores*
FILETO, BRUNO, SALVANO, TIRSO — *Labradores*
UN ALCAIDE
ACOMPAÑAMIENTO
VILLANOS
MÚSICOS
CRIADOS
ENMASCARADOS

* La palabra *villano*, en tiempo de Lope, todavía designaba a los habitantes de las villas —de aquí el nombre— o aldeas, frente a los *cortesanos*, que habitaban en la Corte o en las ciudades importantes, pero también, por envilecimiento semántico de la palabra —que ha eliminado ya su otro significado—, el que es capaz de cometer una *villanía*, esto es, un acto digno de un *villano* —empezaría por ser sinónimo de torpeza, grosería, rudeza, para acabar en su semántica de hoy, «acción ruin, baja, indecorosa»—, conviniendo ambas acepciones en la comedia, como se verá en varios lugares de ella.

ACTO PRIMERO

LISARDA *y* BELISA, *en hábito de damas (**); detrás* OTÓN, FINARDO *y* MARÍN.

BELISA *(a* LISARDA*)*
¿Desto gustas?

LISARDA
Desto gusto.

BELISA
¡Qué notable inclinación!

OTÓN (*a* FINARDO)
Casadas pienso que son.

** Con vestido de damas. *Hábito* y *vestido* se emplean en la época con preferencia a *traje*. La primera forma ha quedado reducida a lo religioso.

1. *Deste, desta, desto; dese, desa, deso,* son formas anticuadas de las actuales: *de este, de esta, de esto; de ese, de esa, de eso,* que persisten fonéticamente en el lenguaje familiar por fusión de las dos vocales iguales. A lo largo de la comedia aparecen repetidas veces, como en casi todos los textos de la época.

2. *Notable* figura en el *Diccionario* académico con varias acepciones que, poco más o menos, tienen uso hoy: «digno de nota, reparo, atención o cuidado», «grande y excesivo, por lo cual se hace reparar en su línea», que es la acepción que aquí presenta. En otros pasajes de la comedia se hallarán ejemplos del empleo de la palabra.

FINARDO

No te resulte disgusto;
Que en el hábito parecen
Gente noble y principal.

OTÓN

Talle y habla es celestial:
Juntas matan y enloquecen.
Mas si el ánimo faltara,
¿Qué ocasión no se perdiera?

6. En la época de los Austrias, como en otras y a diferencia de la actual, las distintas clases sociales e incluso las profesiones y las regiones geográficas, presentaban diferentes atuendos, conformes a cada una. La designación de *noble* hace referencia a su aspecto aristocrático. El añadir *principal* indica una supuesta posición económica que, entonces, comenzaba a ser igualada con la nobleza a veces. Precisamente esta comedia plantea, en parte, ese problema, como se ha dicho en su estudio. Pero además, conseguir la nobleza o hidalguía por otros medios que no fueran la ascendencia, era frecuente, y es Lope mismo quien lo dice en su comedia *San Diego de Alcalá*:

«¿Qué pensáis que es ser hidalgo?
Tener el hombre dineros
y algún oficio importante...
Poner a sus hijos *don*
y sacar en ocasión
una gorra y capa corta
es el mayor fundamento
de la señora hidalguía.»

Esta era, precisamente, la llamada «gente principal» en la época.

7. *Talle* venía a designar, con preferencia respecto del hombre —ya que a la mujer se la calificaba más desde el punto de vista estético o virtuoso— el buen tipo, la buena presencia o la buena facha, como decimos hoy. El gracioso Perote, de *El despertar a quien duerme*, de Lope de Vega, exclama:

«¿Tan mal *talle* tengo yo?»

Por el *talle*, o tipo, o aspecto, conoce un alguacil a un criado que se viste de caballero en otra comedia de Lope, *La prisión sin culpa*:

«Desembócese. ¡Qué *talle*
de caballero! ¿Qué hacía
el picarón en la calle?»

En esta comedia pueden verse diversos ejemplos del empleo de esta expresión.

LISARDA *(a* BELISA*)*
Si bien no me pareciera,
Ninguna joya tomara;
Que lo mayor para mí
Es el buen talle del hombre.

BELISA
Por mi fe que es gentilhombre. 15

FINARDO *(a* OTÓN*)*
¿Volverás a hablarla?

OTÓN
Sí.

15. La palabra *gentilhombre* empezó a usarse en España a comienzos del siglo XVI, con otras características del vocabulario renacentista. Pedro Mejía, que publicó en Sevilla su *Silva de Varia Lección*, escribe en ella (Cuarta Parte, Capítulo III):

«Muy usado es en Italia y en Francia y en otras partes, y aun también casi lo es ya en nuestra España, llamar gentilmente a un caballero que es tenido por de nobleza y linaje, y, como dicen, de apellido y armas; y así, cuando el rey u otro príncipe o señor grande envía a uno de semejante calidad a alguna embajada o cosa señalada, suelen decir: Envió un gentilhombre de su casa. Y en la casa del rey hay hoy día, y los hubo en el tiempo de sus abuelos, estado de criados y de caballeros llamados gentileshombres del rey, que son hijosdalgo y caballeros que residen en su corte y siguen y acompañan su persona en guerra y en paz. De manera que por este nombre de gentilhombre comúnmente se entiende, por lo que castellanamente hablando decimos caballero hijodalgo.»

Y lo mismo vino a significar también corrientemente, en tiempo de Lope, el hombre que por su atuendo y por sus maneras, demostraba pertenecer a la clase hidalga y aristocrática, que es con el sentido que lo emplea el *Fénix* en este pasaje de la comedia y en otras muchas ocasiones. En cuanto a los que estaban al servicio del rey, se dividían, según la misión que desempeñaban, en gentileshombres *de casa, de boca, de casa y boca* —que llegó a anular, uniéndolos, los dos anteriores— y *de cámara*. Y más adelante, como muchos de estos cargos se convirtieron en honoríficos, los que los ejercían, añadían a la designación, «con ejercicio y servidumbre».

LISARDA
¡Con qué estilo tan galán
Tantas joyas me compró!

17. Estilo propio de *galán*, con galantería, con elegancia. *Galán*, de «hombre galanteador», ha pasado, por generalización semántica a calificar al hombre propio para el galanteo, por su buen porte, y simpatía y sobre todo por ir bien vestido, a la moda o al uso, como se decía entonces. Algunos galanes de estos, de tal modo presumían de atuendo y modales, rayanos en lo afeminado y lo ridículo, que los llamaban *lindos* peyorativamente, por burla. Lope a quien a veces, por la superficialidad femenina, vencería alguno de aquellos galanes de vista, hace del tipo un cruel retrato en *La viuda valenciana*, más real, sin duda, que el idealizado protagonista de *El lindo don Diego*, de Moreto. Los versos de la comedia del *Fénix*, le presentan así:

«¡No sino venga un mancebo
de estos de ahora, de alcorza,
con el sombrerito a orza,
pluma corta, cordón nuevo,
cuello abierto muy parejo,
puños a lo veneciano,
lo de fuera limpio y sano,
lo de dentro sucio y viejo;
botas justas, sin podellas
descalzar en todo un mes,
las calzas hasta los pies,
el bigote a las estrellas;
jaboncillos y copete,
cadena falsa que asombre,
guantes de ámbar, y grande hombre
de un soneto y un billete;
y con sus manos lavadas
los tres mil de renta pesque,
con que un poco se refresque
entre sábanas delgadas;
y pasados ocho días,
se vaya a ver forasteras,
o en amistades primeras
vuelva a deshacer las mías!»

Ir «muy galán» era lo mismo que «ir bien puesto, bien vestido», sin faltarle detalle. Lo que hoy expresamos con «ir de punta en blanco».

La frase «estar galán», análoga, puede verse en otra comedia de Lope, *La difunta pleiteada:*

«No estaba menos *galán*
Leandro, a quien todos miran,
los ya casados con celos
y los mozos con envidia.»

BELISA *(a* LISARDA*)*

Habla bajo, porque yo
Pienso, Lisarda, que van
Siguiendo nuestras pisadas.

LISARDA

Eso me ha dado temor.

BELISA

Vuelve muy aprisa amor
Por las prendas empeñadas.

LISARDA

Todo lo que éste me ha dado,
De opinión ha de perder
Si agora viene a saber
La calidad de mi estado;
Mas podrélo remediar
Con darle una prenda yo
Que valga más.

BELISA

Eso no.

OTÓN

Quiero, Finardo, llegar.
(a LISARDA.*)*
A mucha descortesía,

24. Supone Belisa burlescamente que Otón viene por las joyas o a sacar provecho de ellas como si las hubiera empeñado y no regalado.

27. *Agora*, forma ya desaparecida, procede de *hâc horâ*, con sonorización de la velar oclusiva sorda *c*, y pérdida ortográfica de las haches, no fónicas. La forma *ahora*, de *ad horam*, con pérdida de la sonora intervocálica *d* y la *m* final, ha prevalecido. Antigua forma: *aora*. En este texto de Lope, como en su época convienen las dos formas, *agora* y *ahora*, según se verá en varios pasajes.

Hermosa dama, tendréis,
Y apostaré que estaréis
Descontenta de la mía,
Porque sirviendo no os vengo,
Y que una vez vuelvo a hablaros.

LISARDA

Yo me holgara de obligaros,
Por el peligro que tengo,
Señor, a que me dejéis,
Cierto de que en el lugar
Donde hoy me vistes llegar,
Muchas veces me veréis;
Y para satisfacción
De que no os digo mentira
—Porque no sabe quien mira
Las más veces la intención—
Esta sortija tomad.

37. *Servir* significa aquí lo mismo que enamorar, que galantear. Un caballero se consideraba al servicio de una dama para tener relaciones amorosas con ella, y la obsequiaba de mil maneras para alcanzar sus favores. Véase este pasaje de la comedia de Lope *La Quinta de Florencia:*

«Yo la *he servido* a su modo,
ya con grana de Valencia,
ya con sartas de corales,
ya con doradas patenas...»

El título de otra comedia del *Fénix, Amar, servir y esperar*, es bien significativo en su semántica.

Por otra parte, como ya se verá más adelante en otros lugares de la comedia, *servir* se empleaba también con el sentido actual, de desempeñar un empleo de servidumbre, de muy distintas clases y categorías.

38. Por «y que una vez *más* vuelvo a hablaros» o «y que *otra* vez vuelvo a hablaros». En todo caso se ha elidido la palabra determinativa de *vez*.

43. *Vistes* por *visteis*, forma muy frecuente en la época por asimilación *e-i*. Hoy se encuentra aún en el lenguaje popular, con otra forma rústica de asimilación análoga: *vistis*.

OTÓN

Por prenda vuestra la aceto,
Y no seguiros prometo,
Si no es con la voluntad.
No os espante el ver que siga,
Pues el alma me lleváis,
Ni el ver, pues ya me dejáis,
Que esto tan aprisa os diga;
Que sabe el cielo que es fuerza,
Y que no he podido más.

LISARDA

El noble que ama, jamás
Hizo a lo que quiso fuerza.
Esto espero yo de vos,
Pues vuestra nobleza es llana;
Que aquí me veréis mañana.
Y quedaos con Dios.

OTÓN

Adiós.

LISARDA

Yo os juro que, si os agrado,
Que de vos lo voy también,

50. *Acepto.* Fue corriente en la época la forma del texto, hoy exclusivamente popular o rústica, por simplificación fonética del grupo culto *ct*. Lo mismo sucede en otros casos que se verán más adelante: *perfeto*=perfecto; *otubre*=octubre, etc...

52. «Con la *voluntad* de seguiros», ha de entenderse el ceugma.

62. Decir que algo está o es *llano*, equivale a afirmar que está *claro* o lo es; que «no ofrece dificultades» y *dejar llana* una cosa es lo mismo que vencerlas cuando existen. Más adelante se verán varios ejemplos de *llano*, *llana* y frases construidas con esta palabra.

Y que procediendo bien,
Os doy amor por cuidado.

OTÓN

Yo no pasaré de aquí,
Satisfecho que os veré.

LISARDA

Pues yo de aquí pasaré
Si vos me obligáis ansí.

OTÓN

Digo que vais en buen hora.

LISARDA

Satisfecha voy de vos.

OTÓN

Id con Dios.

LISARDA

Quedad con Dios.

(Vanse ellas.)

FINARDO

¿Qué tenemos?

OTÓN

Que es señora
De gran calidad, sin duda.

72. Forma antigua de *así*, que perdura en el habla rústica o popular.
73. Por *vayáis*, que hoy se emplea en la lengua corriente, a causa de la asimilación vocálica facilitada por la yod.

FINARDO

Lindamente os ha engañado.

OTÓN

Yo me doy por bien pagado
Con que eternamente acuda
Donde dice que vendrá.

FINARDO

¿Qué te parece, Marín,
Deste tu señor?

MARÍN

Que en fin
Tras sus antojos se va.
¿Qué bestia le hubiera dado

78. De modo *excelente, muy bien.* Esta acepción de *lindo,* equivalente a bueno, excelente, se ha perdido entre nosotros —que lo empleamos con el sentido de bello y delicado, fino, esencialmente—, pero perdura en varios países de Hispanoamérica, como Colombia, Argentina, etc. Véanse ejemplos de la palabra y sus derivados en esta misma comedia.

80. En el texto que se sigue: «*Aunque* eternamente acuda», evidente errata que se corrige en éste, en la forma al parecr más probable, que tendría el original.

85. *Bestia* no tenía todavía tan acentuada la acepción peyorativa de ahora cuando se emplea como insulto. Su sentido era de «ser sin criterio ni razonamiento». De todos modos la confianza que los lacayos, como Marín, tenían con los señores era absoluta en la intimidad, sin que por ello no les guardaran el respeto debido. Por cierto que Lope muestra una cierta predilección por dar ese nombre a los sirvientes. En *La locura por la honra,* se llama así un paje; en *La llave de la honra,* un lacayo como en esta comedia.

Los *lacayos* de las grandes casas vestidos de librea —que solía ser nueva cada fiesta importante, y de los colores propios de cada señor— tenían como misión acompañar a sus señores, lo mismo a pie que a caballo, o en el coche, para prestarles sus servicios en cuanto necesitaran.

Muchas veces, en señores de poco fuste, estos lacayos eran de alquiler para lo cual se reunían en lugares estratégicos. El sueldo en todo caso no era mucho, pero vivían de gajes diversos, no confesables muchas veces. Lope en *El testigo contra sí,* hace una semblanza satírica de lo que el señor decía al lacayo cotidianamente, en unos graciosísimos versos:

Tantas joyas a mujer
Sin coche, silla, o traer
Sólo un escudero al lado?

OTÓN

No la pensaba seguir...
La palabra me tomó...
Pero perdonad, que yo
Os tengo de ver mentir,
Y me habéis de confesar
Que soy más cuerdo, aunque poco.
Parte, por gusto de un loco,
Marín, hasta verla entrar

«... «hola», «muestra», «desvía»,
«la limpiadera», «el espejo»,
«los guantes», «limpia», «desata»,
«descalza», «tira de aquí»,
«vuelve», «torna», «fuiste allí»,
«¿qué dijo doña Alpargata?»
«Lleva este papel», «no acaba
el sastre la cuera», «bestia»
«necio», «tonto», «qué molestia»,
«qué disgusto», «cosa brava».
«¿No hay sufrimiento?» «Yo solo
sufriera aqueste criado,
majadero y porfiado,
si le hay de polo a polo».

Ya en contraposición, en la comedia *La octava maravilla*, se dice que el lacayo que figura en la comedia es:

«un pícaro cicatero,
alcahuetillo, landrero,
entre rufián y mandil.
Ha estado en la Corte preso
por ladrón...»

88. Es decir sin demostrar con signos visibles —aunque a veces no fueran de fiar— su posición social de nobleza y dineros a la que correspondería ir en coche o silla de manos o llevar, al menos, un escudero, para que la acompañase.

Los coches llegaron a ser, más que las sillas de manos, una verdadera

En la casa donde vive.
¿Qué miras? Vela siguiendo.

MARÍN

Voy tras ella, porque entiendo
Que ya, Finardo, apercibe
La vaya que te ha de dar.

OTÓN

No hará, por vida de Otón;
Que yo sé que es ocasión
Para podella envidiar.

(Vase MARÍN.*)*

obsesión que obligó a dictar disposiciones que limitaran su uso exagerado, para evitar los excesos de lujo de la época, que no eran pocos.

En la célebre comedia de Lope, *Peribáñez y el Comendador de Ocaña*, se citan ambos:

«En *coche* o *silla* de seda
los disantos irá a misa»

En su comedia *El desconfiado*, nos ha dejado el *Fénix* un excelente retrato de como era un escudero, *andante* o acompañante, como el que echa de menos Marín:

«Subo la tal escalera
y encuentro como un gigante,
con cierto *escudero* andante,
calzas, gorra, capa y cuera,
barba peinada, flaqueza,
que pienso que en la facción
la cortísima ración
le escribió naturaleza.»

101. *Vaya* se llamaba a la burla, mofa o chasco que se daba a alguno, pero debía de ser sólo en la Corte, según un pasaje de esta comedia, como se verá. (Verso 106 del acto III.) Entre el pueblo se llamaba *grita*, nombre que hoy perdura.

102. *No hará*, es forma anticuada, con supresión del artículo, que no perdura más que en fórmulas documentales.

104. *Poderla*. La forma del texto, perdida, se formó en el siglo XVI por asimilación de la *r* final del verbo a la *l* inicial del enclítico pronombre personal. El mismo fenómeno dio lugar a formas análogas que figuran en lo que sigue del texto de la comedia: *dalle*=darle; *levantalle*=levantarle; *castigallo*=castigarlo; *roballos*=robarlos; *pisallos*=pisarlos; *tenella*—tenerla; *cogellos*=cogerlos; *obedecelle*=obedecerle; *serville*=servirle y algunas otras.

FINARDO

Fingís estar engañado,
Porque no os tenga por necio.

OTÓN

Para mí no tiene precio,
Finardo, un término honrado.

FINARDO

¡Término honrado es tomar
Más de trescientos escudos
De joyas de oro!

OTÓN

A los mudos
Haréis porfiando hablar.
No os lo pensaba decir.
¿Conocéis piedras?

FINARDO

Muy bien.

OTÓN

¿Puede ser que a un hombre den
La que puede competir
Con una estrella del cielo,
Mujeres de poco honor?

110. El *escudo* —por el de España, que llevaba en una de las caras— era de oro y la unidad de la moneda de este metal. A principios del siglo XVII, se labraba en la ceca o casa de moneda de Segovia.

114. *Preciosas*, como se desprende de lo que sigue y tiene relación con el sentido del texto. Le pregunta, naturalmente, si conoce las piedras preciosas, es decir, si distingue las finas de las que no lo son.

FINARDO

Ésta tiene gran valor.

OTÓN

Que son señoras recelo.

FINARDO

Piedra es ésta que me admira

OTÓN

Es un gentil diamante.

FINARDO

Pero la luz no os espante,
Porque mil veces se mira
Tan bien labrado un cristal,
Que aun engaña a quien lo entiende.

OTÓN

Ya vuestro temor me ofende.
Todo lo juzgáis a mal.

FINARDO

Hay seis o siete maneras
De mujeres pescadoras,
Que andan, Otón, a estas horas.
Por estas verdes riberas.
Una sale con rigor
Que no se ha de destapar,

120. *Recelar* está empleado no en la hoy corriente acepción de *temer*, sino en la menos frecuente ahora de *sospechar*.

122. *Gentil*, notable; digno de atención o aprecio. Hoy apenas se emplea en este sentido.

Porque en viéndola, no hay dar
Una blanca de valor.
Ésta, fiada en el pico,
Dos melindres y un enfado,
Y algo de un ojo rasgado
Que encubre nariz y hocico,
Pesca de solo su anzuelo
Camarones, pececillos,
Guantes, tocas y abanillos

136. La *blanca* era una moneda de ínfimo valor, principalmente por las grandes fluctuaciones que sufría, empezada a acuñar por Juan I de Castilla y rebajada más que nunca en el siglo XVII. Con el mismo sentido de ínfimo valor monetario perdura todavía en las expresiones «estar sin *blanca*», «quedarse sin *blanca*», «no tener una *blanca*», etc.

137. En la palabra suya. Perduran aún las expresiones familiares «tener buen pico» o «hablar bien y con utilidad»; «irse del pico» o «irse de la lengua», «tenerla suelta».

138. *Melindre* se emplea aquí en la acepción de «ademán afectado con el que se quiere mostrar extremada delicadeza». También se designa así un delicado dulce que ha dado renombre desde antiguo al toledano pueblo de Yepes y del cual, por extensión burlesca, derivó la palabra en cuestión. Lope tiene una graciosa comedia sobre la hiperestesía femenina, titulada *Los melindres de Belisa*, en donde queda el vocablo ampliamente explicado.

140. Para comprender la gracia de este pasaje hay que tener en cuenta que las mujeres, sobre todo las de clase distinguida, iban cubierto el rostro por la calle, más que por recato —huella de la costumbre árabe— por coquetería y a veces para ocultar defectos físicos. El encanto que tenían las tapadas a medias o «de medio ojo», nos lo dice el propio Lope en su comedia *Más pueden celos que amor:*

«Verdad es que hay unos mantos
que dejando descubierta
sola una ceja y un ojo,
no hay tal armada escopeta
que tantas almas derribe.»

Los ojos rasgados eran los que más gustaban ya entonces; en la comedia del *Fénix, La mal casada,* dice un galán de una dama:

«¡Qué lindos ojos tienes, y qué *rasgados*!»

143. *Toca:* prenda de tela blanca y fina generalmente y de hechuras variadísimas, según la edad y estado de la que la usaba, con que las mujeres cubrían la cabeza y se sujetaban los cabellos. Con el tiempo, muy sencilla, quedó relegada a las viudas. *Abanillo,* diminutivo de *abano* equivale a *abanico,*

Del boquirrubio mozuelo.
Otra sale con su manto
Como barba hasta la cinta;
Que, por lo casto, se pinta
De lo que aborrece tanto:
Pesca un barbo boquiabierto,
Destos que andan a casarse,

pero en este caso, se refiere, sin duda, al adorno del mismo nombre, en forma de abanico, de una clase de cuellos alechugados, de lienzo muy fino. En la acepción de *abanico* emplea la palabra también Lope en este curioso pasaje de su comedia *El cuerdo en su casa:*

«Verías que de rodillas
trae en salva la criada
la cadenilla esmaltada
las sortijas, las manillas
y el oloroso *abanillo*
(qué el ámbar es lindo cebo)
y si le hay agora nuevo.»

144. *Boquirrubio* designaba al joven en que apenas se iniciaba el bozo del bigote —de aquí la palabra, compuesta de *boca* y *rubio*— quien, por su edad, y, en consecuencia, por su inexperiencia en la vida, daba lugar a una serie de significados peyorativos del vocablo: candoroso, indiscreto, presumido de su persona y de sus amores, a veces inexistentes, de su inteligencia, empleada en boberías, de su distinción y elegancia, de su buen talle y belleza, etc., etc. La mejor caricatura de un *boquirrubio* de la Edad de Oro, es el protagonista de la comedia de Agustín Moreto *El lindo don Diego.*

En *El amigo hasta la muerte,* comedia de Lope, se emplea la palabra con el mismo sentido:

«¿es mucho que se haga niña
entre mozos *boquirrubios?*»

145. Por la nota 102 del Acto III, se puede ver que el manto lo empleaban las damas para taparse el rostro, además de cubrirse con él la cabeza y los hombros —hasta la cintura en las jóvenes y hasta más abajo las viudas y las viejas—. Se hacían de tejidos variadísimos, casi siempre negros y muy finos: de *humo,* especie de gasa de seda casi transparente; de *soplillo,* de tafetán delgadísimo, más lujoso aún que el anterior; *de anascote* o sarga, bien de seda o de algodón, propio, para el invierno o las mujeres de edad. No debe confundirse el *manto* con el *manteo,* saya o falda, que llevaba siempre su guarnición correspondiente, y era muy variado, según las modas, y de lo más costoso a lo más pobre, como el *manto* también.

146. *Cinta,* frecuente en la época, por *cintura.*

148. Porque llevaba el manto así, *pintando* o *fingiendo castidad,* que es lo que más aborrecía.

Que piensan que han de toparse
Con un tesoro encubierto:
  Lleva arracadas y cruces.
Otra sale a lo bizarro,
Tercia el manto con desgarro,
Y anda el rostro entre dos luces
  Ésta viene más fiada
En la cara bien compuesta,
Descubierta a la respuesta,
Y cuando pide tapada.
  Pesca un delfín a caballo,
Que se apea a no lo ser,
Cuerdo digo al mercader,
Que sabe bien castigallo,
  Y quédalo por la pena.
Otra veréis, cuyo fin
Es dar un nuevo chapín,

153. *Arracadas*. El nombre antiguo, de origen árabe, del adorno femenino que llamamos *pendientes*, ya casi perdido, salvo en algunas comarcas españolas e hispanoamericanas.

154. Si *bizarro* equivale, con distintos matices semánticos, que se funden en la palabra, a gentil, gallardo, arrogante, decidido, de buena planta y aspecto, etc..., *a lo bizarro*, es de forma semejante a ello.

156. Estar una cosa «entre dos luces», es lo mismo que en la penumbra, que se puede dudar de cómo es.

160. Es decir, mientras solicita al galán, *tapada* —véase la nota 140 de este acto—, pero luego descubriéndose el rostro y las intenciones cuando ha logrado su propósito.

161. *Delfín*, significa *pasmado*, bobamente asombrado, que se apea para comprarla algo, con lo cual se despabila ante la realidad de lo que se figuraba. El poeta considera cuerdo al mercader que lo castiga explotándole. Véase para otra acepción de la palabra, la nota 618 de este Acto.

165. Al mercader que, cuando se apea del caballo para comprarle cosas —dejando de ser *delfín* con el escarmiento— le castiga cobrándole cuanto puede, y ésa es la *pena*.

167. *Chapín*, especie de chanclo de corcho, forrado de cordobán generalmente, era el calzado típico de la mujer que ésta comenzaba a usar al casarse o al desistir de ello. Con un chapín y unas tijeras se hacía un conjuro, famoso entonces, y Lope, siempre dominado por la presencia de la mujer en su vida, alaba el sonido de los chapines, que anunciaban su pre-

Que aquella mañana estrena.
Acuden a la virilla
De plata resplandeciente
Mil peces de toda gente;
Y ella salta, danza y brilla:
Pesca medias y otras cosas;
Dice que vive, a diez hombres,
En calles de treinta nombres.
Otras hay más cautelosas,
Destas de coche prestado:
Pescan un señor seguro,
Llevan diamante, oro puro,
Que se cobra ejecutado.

sencia en *La Dorotea* y en otras de sus obras. Los chapines eran propios de la dama, que gastaba en ellos mucho. Era frecuente dar una cantidad «para chapines» y llegó a haber en el reino de Castilla un obligado obsequio que degeneró en impuesto, cuando se casaban los reyes o los grandes señores, que se llamó «chapín de la Reina». En tiempo de Lope era el chapín el reflejo de una clase social como la chinela o el zapato era de otra inferior. En *Los Tellos de Meneses*, comedia del *Fénix*, dice una sirviente, al ver que su señora desciende de categoría:

«Que me vuelvo al delantal
a la sarta y al sayuelo
de mala gana, pues ya
de *chapines* altos vengo
a chinelas con listones.»

169. La *virilla* —diminutivo de *vira*— servía de adorno a la vez que de refuerzo al chapín y consistía, según Covarrubias, coetáneo de esa moda, en una correhuela entre la suela y la piel, que con su brillo llamaba la atención. Si hemos de creer a Lope, en su comedia *Lo que pasa en una tarde*, llegó el lujo a hacerlas de diamantes:

«Díjome que te dijese
que para chapines son,
y que pidiese perdón
de que el barato no fuese,
pues era para tus pies,
tal, que fueran de diamantes
las *virillas*...»

180. Lope emplea figurativamente, los términos judiciales: *cobrar ejecutado*, es decir por vía ejecutiva, equivale a cobrar sin demora.

Halla a la noche bujías,
Pastilla, esclavilla y salva,
Y vase a acostar al alba,
Después de seis gracias frías

181. El empleo de las *bujías*, de cera blanca, era un lujo sólo asequible a las personas de fortuna. Las velas, más económicas, eran de sebo, según indica Lope, con su precio ínfimo, en la comedia *El Rey don Pedro en Madrid*:

«No elijas a Portugal
que es monarquía de sebo,
y te harán *vela de a cuarto*.»

182. Otros detalles de lujo en el vivir. En *La prueba de los amigos*, comedia de Lope, se lee:

«llega el escritorillo la *esclavilla*
el tintero de plata la criada
tiene en la mano, hincada la rodilla.»

Para *salva* —si era pequeña, *salvilla*— o bandeja en que se presentaban las cosas por los criados, véase en la nota 143 de este acto, un texto muy expresivo en relación con lo que aquí se dice.

En cuanto a la *pastilla*, nos dice Calderón en su comedia *La desdicha de la voz*, que había de dos clases:

«pastillas de olor y boca»

Esto es, las que servían para perfumar las habitaciones, a que alude Lope en su comedia *El anzuelo de Fenisa*, donde dice la protagonista:

«*Pastillas* has menester.
No son limpias las posadas.
Seis docenas extremadas
me envió una monja ayer.
Toma, en este papel van.»

Y las que evitaban, momentáneamente, la fetidez del aliento, como también Lope indica en su comedia *La discreta enamorada:*

«GERARDA. ¡Gentil brío y arte tiene!
A fe que es ropa de fama.
DORISTEO. ¿Cómo?
GERARDA. Diome el buen olor.
DORISTEO. Tomé pastilla al salir.»

El empleo de ambas, en aquella época de escaso baño y de casi inexistente odontología y medicina, hace recordar la ingeniosa frase de nuestro poeta Marcial: «Hueles bien porque no hueles bien».

Y un poquito de almohada.
Otras hay que andan al vuelo:
No ponen cebo al anzuelo,
Ni van reparando en nada,
Porque son red barredera
De los altos y los bajos.
Éstas pescan renacuajos,
Mariscando la ribera,
Porque llevan avellanas,
Duraznos, melocotones,
Huevos, sardinas, melones,
Besugos, peras, manzanas
Y zarandajas ansí.
Destas ya habréis escogido
Lo que vuestra dama ha sido,
Que yo lo sé para mí.

OTÓN

Paréceme discreción

185. Las *almohadas* o almohadones del estrado, en donde se sentaban las damas.

189. *Red barredera*, en el lenguaje marinero es aquélla cuya relinga inferior —la cuerda donde van sujetos los plomos— va arrastrándose por el fondo del agua para recoger todos los peces que encuentre. También se llama, según las costas, red de *jorrar* o de *jorro* y es muy semejante al copo y a otros artificios de pesca, del mismo sistema *de arrastre*.

192. La recta acepción del verbo *mariscar* es la de pescar o coger mariscos, pero en el texto tiene el sentido figurado de conquistar galanes de cualquier clase y sin reparar en nada, valiéndose de vender las cosas, que se enumeran después, por la ribera del Manzanares.

194. La palabra *durazno* se ha perdido virtualmente en el castellano peninsular, y lo mismos las derivadas de ella —*duraznero* o árbol cuyo fruto es el durazno; *duraznilla*, equivalente a durazno y *duraznillo*, planta semejante al durazno—, pero se conservan en el castellano de Hispanoamérica. El *Diccionario* académico define el *durazno*, como una «variedad de melocotón, cuyo fruto es algo más pequeño», pero es bastante extraño que Lope, que cita al melocotón en este pasaje, se acuerde de una variedad suya, por conocida que fuese. ¿No se designaría así cualquiera de los frutos de aspecto análogo, que tienen nombres diversos e indecisos, según las regiones, como

De apretante cortesano.
¡Qué enfadoso estáis!

FINARDO

Es llano,
Diciéndoos verdad, Otón.

Marín

MARÍN

¡Ea, albricias!

OTÓN

¿Cómo ansí?

MARÍN

¡Linda cosa!

OTÓN

¿De qué modo?

MARÍN

¡Oh, bien empleado todo
Cuanto se lleva de aquí!

pavía, abridor, etc.? En América Española es sinónimo de *melocotón*, pero el texto de Lope y otros de la época, rechazan esta sinonimia.

203. El relacionar a Lisarda con cualquiera de estas damas, más o menos «del tusón», como entonces se decía metafórica y humorísticamente —*tusón* es toisón, la máxima condecoración española— le parece a Otón propia de un *riguroso cortesano*, que se preciaban de ingeniosos, sin serlo a veces, como en este caso.

206. Del árabe *albixera* o buena nueva, significó primeramente el regalo que se hacía con algún fausto motivo y luego la expresión de júbilo por alguna noticia grata y de alegría simplemente. Hoy apenas se emplea si no es en tono humorístico.

209. Alude irónicamente, como se verá a continuación, a las joyas que le regaló Otón.

OTÓN
¿Es acaso gran señora?

MARÍN
No, pero muy gran bellaca,
Pues con invenciones saca,
Y se va riendo agora.

FINARDO
Riéndose va un arroyo,
Sus guijas parecen dientes...

OTÓN
¿Hacéis burla?

FINARDO
No le cuentes
Si era fregona de poyo,

211. *Pero* tiene el sentido de la conjunción adversativa *sino*, que se ha ido perdiendo. *Bellaco*, que lo mismo puede ser *astuto* o *sagaz*, como en el texto, que peyorativamente, con distintos matices semánticos, malo, pícaro, ruin. es palabra en desuso, que sólo se aplica afectadamente.

214. Se trata del comienzo de un bello poema del propio Lope, muy conceptista, que figura en sus *Rimas Sacras* (Madrid, 1614), con el título de *Idilio II*, que figura en la *Antología* de obras del autor, inserta en este volumen (pág. 281).

217. En el texto que se sigue, dice «fregona de apovo», que carece de sentido. En el original de Lope figuraría lo que he restaurado en el texto. El poyo de la cocina era donde solían sentarse siempre y aun dormir las sirvientes de ella y era característico de las fregonas. El mismo Lope lo evoca en un ingenioso soneto, en esdrújulos, con algún puntazo a la lengua culta, inserto en su famosa comedia *Los Comendadores de Córdoba*, que copio a continuación:

«Si en el poyo más límpio o más pestífero
De tu cocina fresca y aromática,
Duermes por no escuchar la dulce plática
De este cautivo pobre lacayífero,
Despierta de mi pena al son mortífero,
Medea pucheril, Circe fregática,

O damisela de aquellas
De guadamecí en invierno,
Sino ríñele lo tierno
Con que se muere por ellas,
Y el crédito que les da
A sus vidrios engastados.

MARÍN
Pienso dejaros helados
Si os lo cuento.

OTÓN
Acaba ya.

MARÍN
Seguí este diablo o mujer
Casi hasta el fin de París;

Pues eres la piscina y la probática,
Que me ha de dar remedio salutífero,
Vuelve los pernizarcos ojos rígidos
A este ojizambo amante en mil recámaras,
El alma llena de éticas y tísicas.
Mira que de tener los pies tan frígidos,
Podrá, señora, ser que me den cámaras,
Que para ti serán crueldades físicas.»

218. *Damisela* —moza guapa y alegre, que presume de dama— *de guadamecí*, es la de rico estrado, y remilgosa de abandonarlo. Según Lope en su comedia *Los Comendadores de Córdoba*, las tales damas, al menos en Toledo, no tenían dineros, a no ser de origen árabe:

«*Damas de guadamecí*,
no tienen solo un real;
las que tienen más caudal
se escriben con el Sofí.»

219. *Guadamecí* se llama —del árabe *gadamecí*, por ser originario de Gadames, Trípoli— al cuero curtido, flexible y adornado con dibujos, a veces en relieve, y colores, oro y plata, que también se fabricó en Córdoba y tenía muchos usos de ornato. En invierno solía usarse en los hogares opulentos como repostero o alfombra contra el frío, y a esto alude el *Fénix*.

Que pensé que a San Dionís
Iba por dicha a comer.
Llegó la tal a un mesón,
Entró en él, y a un aposento
Se fue derecha al momento...
Forjo una linda invención,
Y entro al descuido a saber
De cierto español correo.
Miro al aposento, y veo
Desnudarse la mujer,
Y vestirse poco a poco
De labradora, y después
Salir con ella otros tres.

FINARDO

¡Para engañar a otro loco!

228. Alude a la célebre basílica de Saint Denis, erigida por instigación de Santa Genoveva, patrona de París, no lejos de esta ciudad y en la cual están enterrados varios reyes de Francia. En esta basílica, perteneciente a la adjunta abadía de la orden benedictina abrazó Enrique IV el catolicismo antes de entrar en París y casó Napoleón con la archiduquesa María Luisa Es uno de los más interesantes monumentos arquitectónicos de Francia.

229. Lo de comer Lisarda «por dicha» o —«por casualidad»— en la Abadía cementerio, y regida por frailes, no es sino un rasgo de burla.

230. *Mesón* designaba indistintamente la posada en el interior de la población o en sus afueras, como las ventas.

235. Es decir, que entró, como por casualidad, a saber si había llegado o iba a partir el ordinario correo para España, el cual, seguía dependiendo, por privilegio real de la familia Tassis, como en el resto de Europa, cuyo representante era en la época de Lope, el magnífico poeta satírico don Juan de Tassis y Peralta, conde de Villamediana, gran amigo de don Luis de Góngora que fue asesinado más tarde, tal vez por orden de Felipe IV, impelido por sus gobernantes, que no podían perdonarle su desenfadado ingenio que tan justamente les zaherría. El servicio de correos estaba en Madrid, a espaldas de su palacio, sito en la calle Mayor, en la subida de las Postas —cuyo nombre aún se conserva, aplicado a esta vía—, donde paraban los coches y correos a caballo.

239. En su recta acepción. —Véase la nota * de este acto—. *Labrador* o *aldeano*.

MARÍN

No, ¡por Dios! Mas un villano
Un carro sacó al instante,
Y ella, poniendo delante
Del rostro con blanca mano
Un velo sutil, subió,
Y en una alfombra sentada,
La primavera esmaltada
Por Abril me pareció.
Bien puede ser que si vieras
En el traje la mujer,
Que tuvieras más que hacer,
Porque hasta el lugar te fueras.
Iba un villanillo a pie,
Y preguntéle quién era,
Y dijo desta manera :
«¿Qué lo pregunta? Él ¿no ve
Que es hija de mi señor,
Juan Labrador?» «Es gallarda,»

246. Para cubrirse el rostro, más que por pudor, como en su origen, para evitar el polvo o el sol del camino, según los casos; herencia árabe al fin, que perdura, de distintas formas, en algunas comarcas españolas.

248. *Esmaltar* en su sentido figurativo de «ornar con colores algo». La imagen es de las bellísimas que salieron de la pluma de Lope.

254. *Villanillo* es diminutivo de *villano* en su primera acepción (véase la nota * de este acto), es decir, un niño o muchacho *aldeano, labrador*.

258. El pasaje resulta oscuro ahora. Su sentido es: «¿A qué lo pregunta? ¿No ve que es hija de mi señor Juan Labrador?», porque ingenuamente cree que nadie puede ignorarlo. El pronombre *él*, que antecede a la segunda pregunta, es el de tratamiento en tercera persona que se empleaba en señal de respeto, como *lei* en italiano.

259. *Gallarda* es lo mismo que bella, airosa, de movimiento ágil y desembarazado, a la vez que bien portada, elegante, etc... Palabra muy empleada, por su opulenta semántica en la época de Lope, quien lo aplica a menudo en esta comedia y en otras muchas suyas, como, por ejemplo, en *La discreta enamorada*, donde se dice:

«LUCINDO. Descubrid los ojos bellos
Den envidia y den amor.

Dije. «¿Dónde vive? Aguarda.»
Y respondióme: «En Belflor,
Ese lugar del camino
Del bosque en que caza el Rey.»

FINARDO

Villana es a toda ley,
Que en traje de dama vino
A burlar en la ciudad
Un moscatel como vos.

OTÓN

¡Juan Labrador!

MARÍN

Sí, ¡por Dios!

HERNANDO [disfrazado de mujer.] No estoy agora de humor
Ni está enjunto el llanto en ellos
Que los traéis hechos mar
De celos de esa Gerarda
Que me dicen que es *gallarda*.»

261. Lugar imaginario, que la distracción de Lope cambia más adelante por *Miraflor*, como se ha dicho y se verá. Quizás Lope sabía que los reyes de Francia solían cazar en el cerano bosque de Fontainebleau y a él alude aunque no lo nombre.

265. Véase la nota * de este acto. Es decir *labradora o aldeana*, «a toda ley», o sea sin duda alguna, que es el significado de tal expresión, tomada, como otras análogas de la *ley* o gradación aleatoria que rige los metales nobles.

267. *Moscatel* se decía de un hombre bobo, ignorante y fastidioso e inoportuno sobre todo, por su semejanza con las moscas. Lope emplea la palabra con el mismo sentido en unos versos de su comedia *De cosario a cosario*:

«...Pues lo mismo
pasa en la calle Mayor,
donde verás que asistimos
los galanes socarrones
y los *moscateles* lindos...»

OTÓN

¡Qué extraña temeridad!
Pues ¿cómo una labradora
Este diamante me dio?

FINARDO

Porque, si es vidrio, os burló.

OTÓN

Eso sabremos agora.
Camina a la platería.

MARÍN

Sea dama o labradora,
No es tan hermosa la aurora
Cuando abre la puerta al día.

FINARDO

Qué, ¿es tan hermosa, Marín?

MARÍN

No hay cosa que más lo sea.
Haz cuenta que en una aldea
Se ha humanado un serafín.

(Vanse.)

JUAN, *labrador;* FILETO, BRUNO *y* SALVANO.

274. *Caminar* por *andar,* en espacios cortos, no por caminos, era frecuente en su empleo, que se ha perdido casi en el castellano peninsular, pero se conserva aún, con el sentido del texto, en Canarias y en Hispanoamérica. La alusión a La Platería, como debía escribirse en realidad, nos trae una vez más, en la comedia, no sólo a España, sino concretamente a Madrid donde se llamaba así la actual calle de Ciudad Rodrigo, en la Calle Mayor, donde tenía sus mejores tiendas el gremio de plateros y joyeros.

JUAN

Creo que os he de reñir.
¡Con las hoces en las manos!
Salid acá, cortesanos.

FILETO

¿Ya escopienzas a gruñir? 285
Pero donaire has tenido,

284. Como los ve riñendo con las hoces en las manos, los va a amonestar y los llama, como insulto, *cortesanos*, que es para Juan Labrador terrible ofensa. Si hemos de creer al propio Lope en otras de sus comedias, realmente tiene razón Juan Labrador: En *El mármol de Felisardo*:

«¡Ah Corte! Bien me lo dijo
mi madre: «Guárdate, hijo,
de estar cerca de los reyes,
que están más vivas las leyes:
no hay Corte como un cortijo.»

En *La octava maravilla*, se alude a los vicios de la Corte:

«Lisonjas y cumplimientos,
deudos, deudas, cuentas, cuentos,
sin ver quien vive o quien va.
Pleitos, trampas, cortesías,
almonedas, quejas, voces,
discretos que tiran coces,
novedad, cortas espías.»

Y en *La inocente Laura*, la curiosidad y envidia cortesanas:

«Siempre veréis en la Corte
una junta de podridos,
toda la vida afligidos
porque esto importe o no importe.
Si al otro miran galán,
que juega o gasta, murmuran,
y muy curiosos procuran
saber por quién se lo dan.
Hombre, ¿quién te mete a ti
en lo que a ti no te importa?»

285. Forma rústica formada por el cruce de *escomenzar*, popular, y *empezar*, en la que no es fácil precisar la intervención lingüística de Lope, muy aficionado a estas notas de color en el habla aldeana en varias de sus comedias.

Pues cortesanos mos llamas,
Pensando que nos infamas
Con ese honrado apellido.

JUAN

Fileto, el nombre *villano*,
Del que en la *villa* vivía
Se dijo, cual se diría
De la *corte* el *cortesano*.
El cortesano recibe
Por afrenta aqueste nombre,
Siendo villano aquel hombre
Bueno, que en la villa vive.
Yo, pues nos llama *villanos*
El cortesano a nosotros,
También os llamo a vosotros
Por afrenta *cortesanos*.

FILETO

Señor, ha dicho muy bien.

287. *Nos*. La forma del texto, muy frecuente en la lengua rústica, se ha producido por influencia de la inicial del singular *me*. Es curiosa la convivencia —por descuido de Lope, que trata de dar un matiz rústico del habla del personaje— de esta forma con el *nos* del verso siguiente.

289. *Apellido* no tenía el sentido casi exclusivo de ahora. Entre varias acepciones, que se conservan en parte, estaba la de «nombre particular que se da a varias cosas», con inevitable coloración objetiva, a veces, como en este caso.

295. *Aqueste, aquesta, aquesto*, que se hallan en esta comedia en distintos pasajes, como el presente y son corrientes en la época, equivalen a los actuales demostrativos *este, esa* y *eso* y se produjeron por conservar, en esa primitiva forma, el adverbio latino *ecce*, que los reforzaba: *eccu(m)-iste = aqueste*, etc...

302. Se trata de una expresión en que la supresión del artículo indica respeto, pero a la vez trata de evitar la confusión con «el Señor» por antonomasia, Dios. En otra comedia de Lope, *El Galán de La Membrilla*, se dice igual:

«¡Que prendiese este hombre impío
A señor!»

Y más adelante, se repite (verso 548, de este mismo acto).

JUAN

Ea, pues, alto: al trabajo,
Y pues yo mi cuello abajo,
Bájenle todos también.
¿Cuántos salieron a arar?

SALVANO

Veinte mozos, diez con bueyes,
Y diez con mulas.

JUAN

¿Qué reyes
No me pueden envidiar?
Ve tú, Salvano, a la Viña
De la Ermita con tu carro.

SALVANO

Como ha llovido, y es barro
Lo más de aquella campiña,
Otra mula llevaré.

JUAN

Lleva cuatro: Dios loado,
Que tantos pares me ha dado,
Pues aun contarles no sé.
(Vase SALVANO.*)*

Ea, tú, Bruno, a la cuesta
Donde vendimia Costanza.

304. *Abajar* es forma de *bajar* —como *asentar*, sentar, etc.— ya en desuso salvo en el lenguaje popular de algunas comarcas.

BRUNO

Yo voy.

(Vase.)

JUAN

Tú, Fileto, alcanza
La más blanca y limpia cesta,
Y de unas uvas doradas
Que se vengan a los ojos,
Y estén sus racimos rojos,
Por las mañanas heladas,
Descubriendo con el sol
El puro color del oro,
La llena, y lleva a Peloro,
Nuestro vecino y doctor.

FILETO

Manda a Gila que me dé
Un paño de manos bueno,
Labrado o de randas lleno,
Y en somo le posaré.

320. Forma antigua, conservando el pronombre, que luego se ha empleado así para dar mayor fuerza a la expresión: «Yo voy, pase lo que pase», por ejemplo.

323. Frase convencional y popular, pero de rico valor semántico para indicar la atracción que ejerce algo, es decir, que parece que se vienen a los ojos cubriéndolos porque éstos no ven otra cosa. Compárese con la frase, no menos expresiva, «se van los ojos tras ello», equivalente a la anterior.

328. *Llénala.* La forma del texto, anticuada, perdurable en algunos dialectos como el asturiano, se produce de la separación del enclítico *la*.

329. Redondilla de rima incorrecta, asonantada y no consonantada en los versos segundo y cuarto, que es casi increíble que figurara así en el original de Lope. Uno de los dos versos, aunque tienen sentido en el texto, está equivocado. No es posible acertar con la verdadera lección, ya que tendrían que rimar en *-ol* o en *-or*, pero no asonantar. No parece, en cambio, que falten versos ni se trate de dos redondillas mezcladas, pues el contexto es lógico.

332. *Paño de manos* era realmente la toalla, aunque algunos como el aludido, con ornamentación de diversas clases, sirvieran también para cubrir

JUAN

¿No eres más necio? ¿No sabes
Que a peligro el paño está
De que se te quede allá?

FILETO

Entre personas muy graves.
Platos y paños se vuelven.

JUAN

. . . . . *
Los pámpanos, de manera

presentes de la clase que se cita u otros semejantes. *Labrado* es lo mismo que *bordado*. Las *randas* o *randillas*, si eran pequeñas, se llamaban también «puntas de Flandes», por ser originaria de aquel país esta clase de encaje, hecho con bolillos, labor pesada sin duda. (Véase la nota 530, del acto II.) Un texto análogo al comentado aparece en la comedia del *Fénix*, *El Marqués de las Navas*:

«CLARA. Dame, señora, las llaves,
sacaré del camarín
algún búcaro.
LAURENCIA. Que saques
el mejor te doy licencia,
por ser para gente grave,
y lleva *aquella toalla*
que tiene puntas de Flandes.»

333. Forma anticuada: *encima*. Se conserva aún en la nomenclatura gergálica. *Posar*, por *poner* o *colocar* también es desusado, excepto en algunas comarcas donde lo conserva el lenguaje popular.

334. El sentido de la pregunta es éste: «¿Es posible que no puedas ser más necio?; ¿que seas lo más necio que pueda ser?» Son frecuentes, aún hoy, estos giros irónicos, que pocas veces la literatura ha hecho llegar a nosotros por ser propios del lenguaje popular. En *El Buscón*, de Quevedo, se halla uno semejante: «Mi madre pues no tuvo calamidades», es decir: «en lo que atañe a mi madre, no pudo tener más calamidades».

338. Faltan versos en el texto que se conserva de la comedia. Parece que no faltan más que los tres siguientes, que completan la redondilla: *-elven*, *-elven* y *-aves*. El contenido de los versos que faltan parece que sería recomendar Juan Labrador, en todo sencillo, que es quien habla, que en vez del paño de manos pusiera unas hojas de vid y clavellinas, enredadas en los pampanos.

Unos en otros asidos,
Con clavellinas tejidos,
Que vayan cayendo afuera;
Que juntas hojas y flores
Parece, si están lozanos,
Sus hojas paños de manos,
Y los claveles labores.

FILETO

Voy, y la pondré de suerte,
Que al Rey se pueda llevar.

JUAN

Aquí te quiero aguardar.

FILETO

Al momento vuelvo a verte.

(Vase.)

JUAN

¡Gracias, inmenso cielo,
A tu bondad divina!
No tanto por los bienes que me has dado,
Pues todo aqueste suelo
Y esta sierra vecina
Cubren mis trigos, viñas y ganado,
Ni por haber colmado
De casi blanco aceite

348. Expresión popular equivalente a «que se pueda llevar al sitio mejor por lo bien que está». (Véase otra frase análoga en el verso 618 de este acto.)

358. *Blanco* por *traslúcido* o *incoloro*. El llamado «aceite virgen», que se extrae de la primera presión de la aceituna.

Destas olivas bajas,
A treinta y más tinajas,
Donde nadan los quesos por deleite,
Sin otras de henchir faltas
De olivas más ancianas y más altas;
No porque mis colmenas,
De nidos pequeñuelos
De tantas avecillas adornadas,
De blanca miel rellenas,
Que al reírse los cielos
Convierten destas flores matizadas;
Ni porque estén cargadas
De montes de oro en trigo
Las eras que a las trojes
Sin tempestad recoges,
De quien tú que lo das eres testigo,
Y yo tu mayordomo,
Que mientras más adquiero, menos como;
No porque los lagares
Con las azules uvas
Rebosen por los bordes a la tierra,
Ni porque tantos pares

361. Otra vez la realidad española. El único queso que se cura en aceite es el manchego, que yo recuerde, bien popular entre nosotros en todos los tiempos.

368. Parece tratarse de una metáfora del amanecer.

372. *Troj* o *troje*, equivalente a *granero*, *cámara*, *desván*, etc..., según las regiones españolas es palabra que se va arrumbando quizás por su insólita fonética castellana, que se intenta normalizar en algunos lugares con *tros* u otras formas finales con diversas aspiraciones sordas, en lugar de la articulada *j*, por el instinto inequívoco del pueblo.

375. Juan Labrador se considera «mayordomo de Dios», que no posee sino que administra cuanto Él le ha concedido con su generosa mano.

377. *Lagar* es el recipiente donde se pisa la uva para extraerle el mosto y luego con éste fabricar el vino.

378. Las uvas, vulgarmente llamadas *negras*, que presentan un color azulado, sobre todo recién cogidas.

De bien labradas cubas
Puedan bastar a lo que octubre encierra
No porque aquella sierra
Cubra el ganado mío,
Que allá parecen peñas,
Ni porque con mis señas,
Bebiendo de manera agota el río,
Que en el tiempo que bebe,
A pie enjuto el pastor pasar se atreve;
Las gracias más colmadas
Te doy porque me has dado
Contento en el estado que me has puesto.
Parezco un hombre opuesto
Al cortesano triste
Por honras y ambiciones,
Que de tantas pasiones
El corazón y el pensamiento viste;
Porque yo sin cuidado,
De honor, con mis iguales vivo honrado.
Nací en aquesta aldea,
Dos leguas de la Corte,
Y no he visto la Corte en sesenta años,
Ni plega a Dios la vea,
Aunque el vivir me importe

382. En octubre es cuando ya hecha la vendimia y fabricado el vino, se guarda éste, para su total fermentación y curación en las cubas, toneles o tinajas, según las comarcas donde se cosecha.

386. *Con mis señas*, parece significar con las comunes a la ganadería suya, con su hierro propio. No figura *seña* con esta acepción en el *Diccionario* académico, pero tampoco la he hallado en otros textos que recuerde.

389. No es necesario encarecer la hipérbole de Lope al decir que merced a lo que beben del río los ganados queda seco y así puede atravesarlo el pastor sin mojarse.

399. No alude al honor personal, sino al que pudieran tributarle en la Corte o tributar él al Rey y cortesanos.

402. Es decir, desde que nació; en los años que tiene. Sesenta años era una avanzada edad en la época.

Por casos de fortuna tan extraños.
Estos mismos castaños.
Que nacieron conmigo,
No he pasado en mi vida;
Porque si la comida
Y la casa, del hombre dulce abrigo,
Adonde nace tiene,
¿Qué busca? ¿Adónde va ni adónde viene?
Ríome del soldado,
Que como si tuviese
Mil piedras y mil brazos, va a perdellos;
Y el otro desdichado,
Que como si no hubiese
Bastante tierra, asiendo los cabellos
A la fortuna, y dellos
Colgado el pensamiento,
Las libres mares ara,
Y aun en el mar no para;
Que presume también beber el viento.
¡Ay, Dios! ¡Qué gran locura,
Buscar el hombre incierta sepultura!

Feliciano

FELICIANO
Ansí Dios te dé placer,

423. La opinión antiheroica sobre el soldado, es propia de quien como Lope pertenecía a la generación del desastre de la mal llamada Armada Invencible. Cervantes, de la generación de la victoria de Lepanto, no hubiera escrito nunca tan torpe opinión. Lo mismo podría comentarse de la necia opinión que se muestra sobre los marinos y conquistadores, pero lo que se dice al final es sorprendente, pues no tiene más interpretación posible que la alusión a la navegación aérea, cuyo precursor es muy posterior: el padre Bartolomé Lorenzo de Guzmán —nacido en Santos (Brasil)—, que murió en Toledo, donde está enterrado en la Parroquia de San Román. Debo esta noticia a mi buen amigo el ilustre cronista de la imperial ciudad, don Clemente Palencia.

Padre mío y mi señor,
Que me hagas un favor.

JUAN

Muchos te quisiera hacer.

FELICIANO

Pues ven ¡por tu vida! a ver
Al Rey, que muy cerca pasa
Del umbral de nuestra casa;
Que va a cazar a su monte.
Tu capa y sombrero ponte,
Que el sol en vendimia abrasa.
Ven a ver las damas bellas
Que acompañan a su hermana,
Que sale como Diana
Entre planetas y estrellas.
Con ella compiten ellas,
Y ella con el sol divino.
Ven, porque todo el camino
Se cubre de más señores
Que tienen los campos flores,
Y fruto aquel verde pino.

435. *En vendimia;* en la época de la vendimia o sea en septiembre.

439. *Diana* en Roma, Artemisa entre los griegos, es la diosa lunar o Selene, símbolo de la castidad y protectora de la caza. Hermana gemela de Apolo, tiene muchas semejanzas con él, dios solar. La metáfora comparativa de la Infanta, hermana del Rey, con Diana o la Luna y de sus damas y caballeros con estrellas y planetas, nace de la afinidad que establece Lope entre aquélla, que va de caza, y Diana Cazadora, una de las más conocidas representaciones de la diosa.

445. En el texto que se sigue aparece este verso así: «Y *fruta* aquel verde pino». Corrijo como aparece en éste, pues al fruto del pino se le puede llamar así, pero no fruta que en tiempo de Lope tenía como ahora el sentido colectivo de frutos o frutas comestibles, entre las que no figura la piña aunque el piñón lo sea, pero sí dentro del vulgarmente llamado cascajo. Véase este texto de la comedia de Lope *El anzuelo de Fenisa*:

Ven a ver cuán envidioso
Está el sol de los caballos,
Porque quisiera roballos
Para su carro famoso.
Verás tanto paje hermoso,

«TRIVIÑO. ¿Y vino?
CAPITÁN. Cuatro pellejos.
CAMPUZANO. *¿Fruta?*
CAPITÁN. Peras y melones.»

449. *Famoso* aquí está empleado en la acepción más corriente y perdurable hoy: «el que tiene *fama*», pero también aparece en la comedia, un poco más adelante y en algún otro lugar, con la acepción de *excelente*, de «digno de tener fama» por ello.

El carro del Sol, Febo entre los romanos y Apolo o Helios entre los griegos, el rey solar, parejo a Diana o Artemisa —véase la nota 439 de este acto—, iba tirado por caballos, que, con ser divinos eran inferiores a los de la comitiva del Rey, por el cual los envidiaba el Sol que querría robarlos para su carro.

450. Los *Pajes* eran niños o adolescentes que empezaban a servir junto a los señores —aunque apicarándose a veces con los demás criados— que luego, con la edad y buen comportamiento, aparente o no, alcanzaban mejores puestos. El suyo solía estar en las antecámaras y antesalas, atento a la llamada de su amo, que principalmente le encomendaba recados gozando de su intimidad cada vez más, llegando, ya mayores, a ser confidentes y consejeros suyos, por lo cual solían darse mucha importancia entonces con la demás servidumbre. Lope al citarlos con otros de ellos, en su comedia *Querer la propia desdicha*, no los elogia ciertamente:

«A esta traza el vulgo dice:
"Maestresala limpio y diestro,
mayordomo miserable
y secretario discreto,
caballerizo galán
rapio rapis despensero,
paje bellaco, lacayo
gran bebedor, mal contento,
cochero, libre y sin alma,
y goloso cocinero".»

Pero Quevedo en su *Capitulaciones de la vida de la Corte*, hace de ellos un retrato magistral:

«Hay otras figuras lindas de menor cuantía, como son pajes, que usan de dones, mayormente si sirven a grandes. Conténtanse con andar espetados y fingir valimientos de sus amos; traen grandes lienzos; ligas de rosetas, sombrero muy bruñido, un listón atravesado, un palillo en la oreja; de día enamoran, de noche se espulgan; comen poco, porque la ración se convierte en sustentar golillas, medias y cintas, pero no el estómago, el cual se pasa los

Que el pecho tierno atraviesa
Con banda blanca francesa,
Opuesta al rojo español,
Ir como rayos del sol
Por esa arboleda espesa.
Ea, padre, que esta vez
No has de ser tan aldeano.
Da ¡por tu vida! de mano
A tanta selvatiquez.
Alegra ya tu vejez,
Hinca la rodilla en tierra
Al Rey, que con tanta guerra
Te mantiene en paz.

JUAN

No más;
Que pesadumbre me das.

más de los días en sólo repasar un plato de la mesa de su amo; usan camisas sólo por el buen parecer. Es anejo a esta gente las fregonas y demás resaca de lacayos, entrando ellos en segundo lugar.»

453. La banda francesa, blanca, se opone al color rojo de la banda o bandera española, que efectivamente era así entonces, por confusión con el púrpura —rojo tendiendo a morado— del primitivo pendón castellano que usaron los Reyes Católicos. Ya es sabido que nuestra bandera actual es del siglo XVIII. Lope al describir la Gran Armada —llamada burlescamente luego la Invencible por los enemigos de España— en la cual se alistó, cita en unos versos:

«famosa armada de estandartes llena,
partidos todos de *la roja estola.*»

Y más exactamente aún, dice el *Fénix* en *El viaje del alma:*

«¿Es el que ganó Colón
aquel sabio ginovés,
por Castilla y por León,
o donde puso Cortés
de España el rojo pendón?...»

La boca, inorante, cierra.
¿Qué es ver al Rey? ¿Estás loco?
¿De qué le importa al villano
Ver al señor soberano,
Que todo lo tiene en poco?
Los últimos pasos toco
De mi vida, y no le vi
Desde el día en que nací,
Pues ¿tengo de verle ya,
Cuando acabándose está?
Mas quiero morirme ansí.
Yo he sido rey, Feliciano,
En mi pequeño rincón;
Reyes los que viven son
Del trabajo de su mano;
Rey es quien con pecho sano
Descansa sin ver al Rey,
Obedeciendo su ley
Como al que es Dios en la tierra,
Pues que del poder que encierra
Sé que es su mismo virrey.
Yo adoro al Rey; mas si yo
Nací en un monte, ¿a qué efecto
Veré al Rey, hombre perfecto,
Que Dios singular crió?
El cura nos predicó
Que dos ángeles tenía

465. *Ignorante.* La forma que figura en el texto fue muy corriente en época de Lope por simplificación fonética del grupo culto *gn.* Hoy sólo es popular o rústica. Más adelante sucede lo mismo con *enima*=enigma; *dina*= digna, etc... Algunos de ellos, en las dos formas, culta y rústica, conviven en la comedia, como puede verse.

485. Lope considera al Rey como un Virrey de Dios, y Virrey era el que gobernaba un territorio español en nombre del Monarca precisamente. La imagen, pese a su leve conceptismo, es exacta.

Que le guardan noche y día,
Y que esta fue su opinión,
Sin la mucha guarnición
De su armada infantería.
Yo propuse, Feliciano,
De no ver al Rey jamás,
Pues de la tierra en que estás
Yo tengo el cetro en la mano.
Si el Rey, al pobre villano
Que ves, prestados pidiese
Cien mil escudos, y hubiese
Grande que así los prestase
—¿Qué prestase? ¡presentase!—,
Que en un cordel me pusiese.
Daré al Rey toda mi hacienda,
Hasta la oveja y el buey;
Mas yo no he de ver al Rey
Mientras desto no se ofenda.
¿Hame de dar encomienda

504. El pasaje es anfibológico, acaso por haberse alterado el texto. El sentido es que si el Rey pidiera al «pobre villano» —pobre en sentido afectivo— que es él, Juan Labrador, cien mil escudos, se los daría, pero si se los pedía a un Grande, que le ahorcase de un cordel si el Grande se los diera *así*, de esa forma que él. El penúltimo verso de la décima, que está completa, no ofrece duda de que ha de corregirse como figura en el texto, y no como está en el que se sigue:

«(¿Qué prestase? ¡Presentase!)»

Es decir, explicando: ¿Qué es eso de *prestase*, tratándose del Rey? ¡*Presentase*, simplemente! Más adelante, como se verá, Juan Labrador considera que el dinero que presta al Rey es restituírselo.

510. *Encomienda* era una dignidad que concedía el Rey, en España, dotada de la correspondiente renta, que podía ser dentro de las Órdenes Militares, para lo cual el futuro Comendador o poseedor de la Encomienda había de ser caballero; o en un lugar de España o de Indias, recibiendo también los tributos del territorio que comprendía la Encomienda. A los de Indias, se les llamaba generalmente *encomenderos* en vez de comendadores. También se llamaba *encomienda*, *hábito* o *venera*, la cruz de la Orden correspondiente —Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa, más San Juan de

Ni plaza de consejero?
Servirle y no verle quiero,
Porque al sol no le miramos,
Y con él nos alumbramos;
Pues tal el Rey considero.
No se deja el sol mirar,
Que es su rostro un fuego eterno;
Rey del campo que gobierno
Me soléis todos llamar;
El ave que hago matar,
Sábele allá de otro modo,
Ni el vino oloroso es todo,
Porque le falta haber sido
Él mismo quien le ha cogido,
Para que le sepa más;
Que en las viñas donde estás,
Lo que he sembrado he bebido.
Los coches pienso que son
Éstos que vienen sonando.
Ya me escondo, imaginando
Su trápala y confusión.
¡Ay, mi divino rincón,
Donde soy rey de mis pajas!
¡Dura ambición! ¿Qué trabajas
Haciendo al aire edificios,

Jerusalén o Malta, a la que perteneció Lope— que llevaban al lado izquierdo del pecho los caballeros de ellas.

531. La *confusión*, como característica de los coches cortesanos ya que se califica así a la Corte en la época, es certera, pero aplicarles la calificación de *trápala*, que significa *embuste, engaño*, parece de un excesivo sentido traslaticio. La semántica que aparenta en el texto es más bien la de *ruido, desorden*, que acaso tenía entonces o la suponía Lope, ya que la palabra no es de origen español sino italiano y pudo tomar muchos matices expresivos.

Pues los más altos oficios
No llevan más de mortajas?
(Vase.)

FELICIANO

¿Qué bárbaro produjeron
Las montañas del Caucaso?
¿Qué abarimo, qué circaso
Sus ocultos montes vieron?
¿A qué león leche dieron
Las albanesas leonas,
Ni en todas las cinco zonas
Vio el sol, por fuegos o hielos,
Corriendo sus paralelos,
Sus círculos y coronas,

537. Es decir, que por alta que sea la posición social de un hombre no lleva más *mortaja* o *sudario* —sábana, túnica o hábito— que la que lleve el pobre, a los efectos de la muerte. Por eso le precede el cuantitativo *de*, como en frases semejantes: «no le dan más *de vida* porque se la deseen», por ejemplo.

538. *Bárbaro* iba ya envileciendo su primitivo significado de *extranjero* para designar a quién era incapaz de entender algo supremo o exquisito. Luego terminó su evolución semántica crecientemente peyorativa para significar, como ahora, el hombre inculto, grosero, brutal.

543. Corrijo *abarimo* por *abarino*, que figura en el texto que se sigue en éste. Se trata del natural de Abarimón, comarca de Escitia, nombrada por Plinio, donde lo aprendió Lope seguramente. El Cáucaso o Caucaso, y la Circasia, a los que también se alude, situados en el mismo país, hoy Rusia, tenían fama de salvajismo y barbarie crueles, de que era prototipo, más corriente, el *scita* o *escita*, que los simbolizaba en general, citado muy frecuentemente por el *Fénix*, como más adelante en esta misma comedia. (Véase la nota 952 de este acto.)

No sólo porque en Albania, país de la península de los Balcanes a orillas del mar Adriático, no hay leones ni los ha habido nunca, sino porque Lope en otros textos suyos —como por ejemplo en la comedia *El guante de doña Blanca*, donde se citan tanto— los refiere a Africa y no a Albania, pienso si el verso original sería «Las *africanas* leonas» o tal vez «Las *abisinias* leonas», pero en la duda no lo enmiendo, aunque quede esta advertencia.

547. Las cinco zonas a que alude son naturalmente aquellas en que se divide la superficie de la tierra —las dos glaciales, las dos templadas y la tórrida, que divide el Ecuador en dos partes—; los *paralelos* que nombra son, sin duda, las que las dividen; esto es, los círculos polares y los trópicos de

Con semejante rigor?
¿Hay tan grande villanía?
¡De ver al Rey se desvía,
Y al que es supremo señor!

LISARDA *y* BELISA, *en hábito de labradoras.*

LISARDA *(aparte con* BELISA*)*
¡De qué famosa labor
Iba bordada la saya!

BELISA
No presumo yo que haya
En el Sur perlas más bellas.

LISARDA
Allá envían a cogellas
A la más remota playa.

BELISA
Hermosa la Infanta iba.

LISARDA
Cuando no fuera quien es,

Cáncer y de Capricornio, pues los *círculos* y *coronas* citados después, más parecen referirse a la superficie misma de las zonas y de los casquetes polares, que se imagina así el *Fénix*.

555. Las *perlas del Sur* —con esta amplia e indefinida geografía— eran las más famosas, así como las de la isla Margarita, en la costa de Venezuela, dignas de competir con las de Ceylán. ¡Quién le iba a decir a Lope cuando escribía esta comedia que en una expedición para pescar perlas a la citada isla había de morir, en 1634, el hijo del poeta, el díscolo Lopito!

Su hermosura era interés
Que en más alto reino estriba.

BELISA

Pensé que era, así yo viva,
Uno de aquellos señores,
El que allá te dijo amores
Cuando fuiste disfrazada.

LISARDA

Pues no estuviste engañada;
Yo lo estuve en sus favores.

BELISA

Mira que está aquí tu hermano.

LISARDA

Feliciano...

FELICIANO

Mi Lisarda...

LISARDA

¿Viste la Corte gallarda?

FELICIANO

Vi nuestro Rey soberano.

LISARDA

¿Y no viste, Feliciano,
Tantas damas, tal belleza?

561. Esto es que por lo bella, aunque no fuera Infanta, sería digna de más alto destino. Si es alusión a España, aunque no la recoge Bataillon, no es precisamente el homenaje al país vecino que él quiere ver en la comedia.

FELICIANO

Admírame su grandeza
De suerte, que a toda furia
Vine a llamar quien injuria
La misma naturaleza.
Rogué a mi padre que fuese
A ver al Rey.

LISARDA

Necedad.
¿Tan extraña novedad
Querías que por ti hiciese?
Antes que Juan se moviese
De su umbral a ver al Rey,
Rompería el aire un buey,
Porque desde que nació,
El no ver al Rey juró,
Después de guardar su ley.

FELICIANO

¿Es posible que nacimos
Deste monstruo?

577. Se refiere a su padre por lo que antes dijo. En realidad, la actitud de Juan Labrador no es la de injuriar la naturaleza, sino la de no separarse de ella, pero se refiere a su posición antinatural. La forma en acusativo, «Vine a llamar quien injuria», en vez de en dativo... «*a* quien injuria» es corriente en la época.

584. Es la misma vulgar frase, procurando que no lo sea, de «volaría antes un buey», como ejemplo de inverosimilitud.

588. Por «que hayamos nacido» o «que naciéramos o naciésemos», muy frecuente en la época. Aún hoy se emplea el pretérito indefinido de indicativo sustituyendo los pretéritos perfecto e imperfecto de subjuntivo, en el habla rústica y en algunas dialectales.

589. *Monstruo* se emplea aquí, como era frecuente en la época, no en el sentido actual a que ha quedado casi reducido, sino con el de lo que está fuera de lo normal y corriente.

LISARDA

No lo sé.

FELICIANO

Si es nuestro padre, ¿por qué
Tan diferentes salimos?
Yo muero por ver la Corte
Y andar en honrado traje;
Cánsame este villanaje,
Aunque a darle gusto importe.
Cuando me puedo escapar,
Voy a París con vestido
Tan cortesano y pulido,
Que el Rey me puede mirar.
Escucho sus caballeros,
Su grandeza me alborota;
Al juego de la pelota
Voy a apostar mis dineros,
Ya que no puedo jugar
—A lo menos no me atrevo—
Porque sé bien que si pruebo,
Conmigo se ha de enojar.
Si en las justas y torneos

593. El propio de las personas dignas de ser honradas, consideradas, por su posición social. «Tratarse honradamente» era vivir como correspondía a su clase social.

594. *Villanaje* o vida de *villano*, labrador. (Véase la nota * de este acto.)

595. Se refiere a su padre, en forma muy anfibológica. El sentido es: «aunque importe este villanaje para darle gusto».

599. Encarece que «hasta el Rey —como jerarquía máxima— le puede mirar». (Véase la nota 348, de este mismo acto.)

608. Ambas clases de certámenes tenían como fin demostrar la superioridad de uno o varios contendientes, pero mientras los *torneos* eran sólo combates de caballeros montados y con armas, singularmente lanzas y espadas, las *justas*, podían tratar de otros temas, como por ejemplo, las *justas poéticas*, que se celebraron en gran número en la época, con motivo de sucesos felices, sobre todo religiosos, como por ejemplo las que tuvieron lugar con motivo

Puedo disfrazado entrar,
Allá procuro llegar,
Y si no, con los deseos.
No sé cómo me engendró.

LISARDA

Pues ¿qué te diré de mí?
Jamás a la Corte fui,
Que allá pareciese yo.
Mi ropa, basquiña y manto,

de la beatificación de Santa Teresa de Jesús, de la inauguración de la capilla de Nuestra Señora del Sagrario en la Catedral de Toledo o de la beatificación y canonización en Madrid de su Patrono San Isidro Labrador, en que Lope, como es sabido, desarrolló su máxima actividad organizadora.

616. *La basquiña* solía ser negra, de tejidos muy diversos, según quien y a dónde la llevaba, y equivalía a la falda actual, aunque fuera muy rara y más complicada su hechura y se recargara de adornos más o menos costosos. Para *manto*, véase la nota 145 de este acto.

El guante, que sería de ante y perfumado con ámbar, mejor que con algalia y el *chapín dorado* (véase nota 167 de este acto) era de gran lujo.

A los dos perfumes indicados, muy en boga en la época, alude Lope, referidos a los guantes en su comedia *La prueba de los ingenios:*

«La *algalia* no ha de exceder,
que es olor de gente baja,
que es como hablar de ventaja
con sabios un bachiller...
Siempre ha de estar con respeto
ante el *ámbar*, rey de olores;
despedid a la guantera.»

El *ámbar*, perfume fortísimo, perdura todavía en las costas del sur del Mediterráneo y en Oriente. La *algalia*, ya olvidado, salvo en algunas comarcas orientales, se extraía de ciertas glándulas de los gatos llamados «de algalia» y es parecido, en el aroma, al *almizcle*, que, a su vez también servía para lo mismo que los anteriores, como puede verse por este fragmento de *Santiago el Verde*, comedia de Lope

«LISARDO. ¿Qué gente salió de aquí?
CELIA. Unos hombres que vendían
almizcle.
LISARDO. Pues ¿qué querían?
CELIA. Quiero adobar para ti
unos guantes y un coleto:
como pasaban, llamé;
pero no me concerté.»

Guante y dorado chapín,
Puede mirallo el Delfín.

FELICIANO

De su rudeza me espanto.
Yo voy a la iglesia, hermana
Porque oí decir que oiría
Misa el Rey en ella.

LISARDA

Haría
Nuestra aldea cortesana.
Y aun allí podría ser
Que nuestro padre le viese,
Aunque verle no quisiese,
Pues nunca le quiere ver.

FELICIANO

No hayas miedo, porque está,
Desde que al Rey ha sentido,
O encerrado o escondido.

LISARDA

Pues ¿a misa no saldrá?

FELICIANO

Perderála por no ver
La Corte, el Rey ni las damas.

LISARDA

Y ¿bárbaro no le llamas?

618. Es una frase de elogio análoga a otras ya comentadas. (Véase nota 348 de este acto.) *Delfín* se denominaba al heredero del trono de Francia. En castellano tenía otras acepciones. (Véase la nota 161 de este acto.)

FELICIANO

Ni aun hombre mereció ser.
Voime, porque para mí
Nunca amanece tal día.

(Vase.)

LISARDA

¿Qué dirás, Belisa mía,
De lo que ha pasado aquí?

BELISA

Digo que como la gente
Del lugar toda entrará
A ver el Rey, si allá está,
Puedes muy honestamente
Verle, y ver si está con él
El que las joyas te dio.

LISARDA

Digo que le he visto yo,
Belisa, y muy cerca dél.

BELISA

¡Cosa que fuese señor
De importancia!

LISARDA

No quisiera
Que tan grande señor fuera
Como imposible mi amor.

649. *De importancia*, o sea de alta jerarquía social. La expresión perdura todavía, y más aún en las formas «persona, hombre, mujer importante», que tiene importancia en algo, generalmente en la vida social, que lleva aparejadas las demás cosas.

Pero vamos a saber
Lo que hizo la fortuna;
Que quien nació sin ninguna,
¿De qué la puede temer?
Mas tenga este desengaño
Mi padre Juan Labrador;
Que no lo ha de ser mi amor,
Sin hacer a mi honor daño.
Yo no nací, mi Belisa,
Para labrador por dueño:
Para mí su estilo es sueño,
Y su condición es risa.
Yo me tengo que casar
Por mi gusto y por mi mano
Con un hombre cortesano,
Y no en mi propio lugar.

BELISA

¿No me llevarás contigo?

LISARDA

Conmigo te llevaré.
Para Corte me crié;
Su estilo y leyes bendigo.

BELISA

Vamos, y deja el aldea.

LISARDA

¡Ay, si hablase aquel señor!

671. *Estilo*, en este verso y en el anterior —662—, significa *condición*, manera de ser; costumbres. *Leyes*, normas o etiquetas propias, en este caso, de la Corte.

BELISA

No es imposible tu amor,
Como título no sea.

LISARDA

Puédele mi padre dar
De dote cien mil ducados.

BELISA

Ducados hacen ducados;
Con duque te has de casar.

(Vanse.)

EL REY DE FRANCIA, LA INFANTA, FINARDO, OTÓN, MARÍN *y acompañamiento.*

REY

¿Habéislo preguntado?

OTÓN

Ya se viste;
Que no fue poca dicha, porque es tarde.

677. El *ducado* era una moneda de oro, usada en España hasta finales del siglo XVI, con variable valor, que llegó a valer unas siete pesetas, convirtiéndose en puramente imaginaria a fines del siglo XVII para representar la cantidad de unos once reales de vellón, que es lo que ya valdría cuando se escribe la comedia.

Para la dote de *cien mil ducados*, véase las notas 542 y 934 del acto III.

678. Coinciden el pensamiento y aun la expresión de estos versos con otros de Góngora en su conocida letrilla *Dineros son calidad* (1601):

«*Cruzados* hacen *cruzados*,
escudos pintan *escudos*,
y tahures muy desnudos,
con dados ganan condados.»

681. Ha de suponerse sin más, que el Rey había encargado a Otón que preguntara si el cura de la iglesia iba a salir pronto para decir misa, a lo cual responde este pasaje.

INFANTA

La iglesia me contenta, aunque es antigua,
Y los altares tienen, para aldea,
Mejores ornamentos que la Corte.

OTÓN

Pienso que en ella vive un hombre rico,
Que debe de tener este cuidado.

REY

¿Qué piedra es ésta escrita, que sostiene
Este pilar?

INFANTA

Será alguna memoria.
¿Eso a leer se pone Vuestra Alteza?

FILETO, BRUNO *y* SALVANO.

FILETO

Pisa quedito, Bruno, no te sientan.

688. En las iglesias solían ponerse a veces en lápida, sobre todo si eran importantes, las noticias de las donaciones, fundaciones de misas de difuntos, etcétera..., que empleaban la fórmula «Haya memoria...», «Para memoria...» u otra análoga, que les dio su nombre.

689. *Vuestra Alteza* era tratamiento dado a los reyes, ya en desuso en tiempo de Lope, que había pasado a los infantes, hijos suyos —como prevalece—, siendo sustituido por el de *Vuestra Majestad*, dirigiéndose a ellos, y más frecuentemente *Señor* o *Señora*, acompañado de la obligada reverencia, que le imprimía el carácter de respeto. Al hablar del Monarca, no se solía emplear *Su Majestad*. Lo corriente era *El Rey Nuestro Señor*, seguido de un «que Dios guarde», en señal de afecto y respeto, deseando que Dios guardara o defendiera su vida. Parece lo más probable que Lope empleara el tratamiento o para indicar una época anterior, o para darle al lenguaje un imaginado color local, ya que aunque no lo parezca, la comedia sucede en Francia, como es sabido.

690. *Quedito*, derivado de «quedo» en su acepción de *despacio*, como *de quedo*. El diminutivo hace que el adverbio acentúe su semántica: *muy despa-*

BRUNO

Pues ¿fuera yo más quedo sobre huevos?

SALVANO

¿Éste es el Rey?

FILETO

Aquel mancebo rojo.

SALVANO

¡Válgame Dios! Los reyes, ¿tienen barbas?

FILETO

Pues ¿cómo piensas tú que son los reyes?

SALVANO

Yo he visto en un jardín pintado al César,
A Tito, a Vespasiano y a Trajano;
Pero estaban rapados como frailes.

cio. Véase empleado por el mismo Lope en otra comedia suya, *Del mal lo menos*:

SERVIO. ¡Vítor, Monzón! ¡Vítor, digo!
MONZÓN. *Quedito.*
JACOBO. ¡Vítor, Monzón!

(Véase el verso 748 del acto III.)

691. Perdura aún la frase de «andar como si fuera pisando huevos o sobre huevos» para indicar que lo hace muy despacio y con cuidado, como pisaría imaginariamente si fuera verdad. En la comedia de Lope *Con su pan se lo coma*, se describe a un personaje:

«enamorado de sí
y *pisando sobre huevos*».

692. *Rubio*. Se empleaban indistintamente, y también ahora en algunas regiones españolas e hispanoamericanas, pero no de modo corriente, en que rojo se refiere siempre a un rubio de tono rojizo. La alusión a sus barbas que sigue no da lugar a que se piense que se refiere al color del vestido.

695. *Pintado* quiere decir, sin duda, *esculpido*, en un busto o alguna obra semejante; tal vez en un relieve, más propicio al error. Se trata además de una interpretación rústica de la palabra.

BRUNO

Ésos eran coléricos, que apenas
Sufrían sus bigotes, y de enfado
Se dejaban rapar barba y cabeza.

INFANTA

¿De qué se está riendo Vuestra Alteza?

REY

¿No quieres que me ría, si he leído
La cosa más notable en esta piedra,
Que está en el mundo escrita, ni se ha oído?

INFANTA

Pues no se espante deso Vuestra Alteza;
Que en los sepulcros hay notables cosas.

OTÓN

Estando yo en España y en Italia,
He visto algunos de memoria dignos.

REY

Plutarco hace mención, y por testigo
Pone a Herodoto, del sepulcro insigne
Que en la puerta mayor de Babilonia

698. *Colérico* se decía del temperamento que se dejaba llevar fácilmente de la cólera. Los emperadores romanos a que alude aparecen así, efectivamente, como casi todos los de su época, en las imágenes que de ellos se conservan, y la explicación de ello en boca del gracioso, no deja de ser propia de él.

710. Plutarco, el escritor polígrafo del siglo I, nacido en Grecia, que aunó las culturas griega y romana en varias de sus obras. Heródoto (s. V a. C.) es el famoso historiador griego, llamado «Padre de la Historia», porque recoge en la suya todo lo anterior y sirve de punto de partida para la época antigua.

Hizo la gran Semíramis de Nino,
Convidando a tomar de sus dineros
Al rey que dellos fuese codicioso.
Abrióle Dario, Rey de Persia, y dentro
Halló una sola piedra que decía:
«Si no fueras avaro y ambicioso,
No vieras las cenizas de los muertos.»

OTÓN

De Herodes cuenta la codicia misma
Josefo, historiador de tanto crédito:
Abrió, pensando hallar ricos tesoros,
Del gran David y Salomón las urnas.

INFANTA

Notables fueron en antiguos tiempos,

712. Semíramis, de origen semimitológico, casó con Nino, rey de Asiria, y cuando quedó viuda le erigió un monumento funerario, asombro de la época por su grandiosidad, y ya al frente del reino que había heredado se dedicó a engrandecerlo y lo consiguió por todos los medios. Al morir, después de abdicar el trono en su hijo Ninias, se convirtió en paloma, según la leyenda que rodea en todo momento la figura de Semíramis, y ha inspirado varias obras artísticas y literarias.

715. Darío I, rey de Persia, que extendió sus dominios por conquista, hasta el Mediterráneo y Egipto, ocupó Asiria y su capital Babilonia, tras un duro asedio de esta ciudad (s. V a. C.).

719. Herodes, llamado *el Grande*, rey de los judíos, que tiene en sí el oprobio de la matanza de los Santos Inocentes —que algunos historiadores creen que fue durante el reinado de otro tetrarca de Jerusalén—, se distinguió por su crueldad y su avaricia, que recalca Josefo precisamente.

720. Josefo (s. I a. C.) fue, efectivamente, un historiador hebreo digno de crédito, que en su *Historia de la guerra de los Judíos contra los Romanos y de la ruina de Jerusalén*, donde relata esta y otras anécdotas de tipo legendario, aunque el contenido de la obra responda a una veracidad absoluta, salvo en algunos puntos que hubo de fantasear, o al menos de modificar para que hallara buena acogida entre los romanos.

722. David y su hijo Salomón fueron sucesivamente reyes de Israel y son famosos, el primero por su valor guerrero y el segundo por su sabiduría. Ambos fueron enterrados en Sión, al pie de la colina sobre la que se elevaba la ciudad.

De la bárbara Egipto las pirámides.

OTÓN

En Lusitania, en una piedra había
Escritas estas letras: «Gundisalvo
Yace debajo aquesta losa fría;
Boca abajo mandó que le enterrasen,
Porque da tan apriesa vuelta el mundo,
Que quedará muy presto boca arriba,
Y así quiso excusarse del trabajo.»

REY

¡Notable!

INFANTA

No se ha visto semejante.

REY

Éste merece letras en diamante.

INFANTA

¿Cómo dicen, señor?

REY

De aquesta suerte.

724. Para *bárbaro*, véase la nota 538 de este acto. Aquí equivale a *extranjero, exótico*, más que a brutal o ignorante.

725. De sepulcros e inscripciones funerarias portuguesas o lusitanas, se cuentan infinitas anécdotas, que han llegado hasta nosotros oralmente como cuentos populares, algunos de bastante mal gusto, que también en Portugal son populares de igual modo, aunque atribuidas las anécdotas a españoles, lo cual demuestra la unidad de cultura de ambos pueblos ibéricos.

732. Para *notable* véase la nota 2 de este acto. Equivale aquí a «sería cosa curiosa, asombrosa, etc.» de semejante abreviatura a «¡tiempos aquellos!», por «¡qué tiempos aquéllos!»

Aunque le falta el año de la muerte:
Yace aquí Juan Labrador,
Que nunca sirvió a señor,
Ni vio la Corte ni al Rey,
Ni temió ni dio temor;
Ni tuvo necesidad,
Ni estuvo herido ni preso,
Ni en muchos años de edad
Vio en su casa mal suceso,
Envidia ni enfermedad.

INFANTA
¿No dice cuándo murió?

REY
No escribe el año ni el mes.

INFANTA
Por ventura es vivo.

REY
Yo
Diera un notable interés
Porque viviera.

INFANTA
Yo no.

748. El sentido de la frase, sabiendo el significado de *notable*, sería el de «diera algo de singular interés», equivalente a la más empleada en nuestra época de «diera cualquier cosa», por lo que fuere.

REY

Yo sí, para conocer
Un hombre tan peregrino.

OTÓN

Presto lo podrás saber.

LISARDA *y* BELISA.

LISARDA

A misa dicen que vino.

BELISA

Mas ¿si acertases a ver
Aquel tu desasosiego?

LISARDA

No dudes de que aquí está.

BELISA

Si lo está, verásle luego.

LISARDA

No lo dudo, porque habrá
La luz de su mismo fuego.

OTÓN

Aquí hay muchos labradores

751. Empleado en la acepción que el propio Lope se aplicaba a sí, llamándose *unicus aut peregrinus*, esto es, único, especial, raro, poco visto, y a la vez, de singular perfección o excelencia.

De los que vienen a verte;
Si es tu gusto, no lo ignores.

REY

De lo que le tengo advierte
A alguno de los mejores.

OTÓN

Hola, amigos, el Rey hablaros quiere. 765
¿Cuál es de todos de mejor jüicio?

BRUNO

Yo ha poco que era el más discreto; agora,

767. Todavía está por hacer un estudio sobre la *discreción*, en el concepto, más barroco que humanístico, que se tenía de ella en la época del *Quijote*, donde adquiere máxima importancia su significado, que luego sería objeto de un estudio, de los más sutiles de Baltasar Gracián, el exégeta del pensamiento de entonces, titulado *El Discreto* (1646), cuando ya la discreción ha desarrollado toda su evolución. La «doctrina de la discreción» es definida por el propio Lope —autor de una linda comedia *La discreta enamorada*, representativa de la época y del pensar discreto— en dos versos de *La dama boba*:

«que la mayor *discreción*
es acomodarse al tiempo.»

Que especifica con mayor crudeza en *La prueba de los amigos*:

«En esta edad es *discreto*
el que más al otro engaña,
el que vende, el que enmaraña,
el que no guarda secreto;
el cambiador, el logrero,
el que hace la mohatra,
el que el dinero idolatra,
el chismoso, el chocarrero,
el soplón, falso testigo,
el que murmura de todo,
el que habla a un mismo modo
al amigo y enemigo;
el que espera en una esquina
al que habla la mujer,
y para hacerle prender
como otro Judas camina;

No sé en lo que ha topado, no soy tanto.

FILETO

Aquí Salvano sabe más que Bruno,
Y yo suelo saber más que Salvano,
Porque sé de las misas lo que es *quiries*,
Y canto por la noche el *Tanto negro;*
Pero pienso, señor, que me turbase...

el que envidiando los buenos,
todo es envidia y mentira;
el que sus vicios no mira
y murmura los ajenos.»

Y asimismo el *Fénix*, por boca de Fileto, nos da la caricatura popular, sencilla y noble de lo que entendía el pueblo por discreción, el sutil concepto que escuchaba a menudo, sin entenderlo por fortuna para él, aunque en otra ocasión, en su comedia *La gallarda toledana*, consideraba la discreción privativa de Madrid, nada extraño si se tiene en cuenta el fingimiento cortesano:

«...¡Ay mi Lucindo!
Si no me entiendes con aqueste enredo,
no eres discreto ni en Madrid nacido;
mas si me entiendes, y a buscarme vienes,
tú naciste en Madrid, discreción tienes.»

768. El sentido de esta frase, algo oscura, es el siguiente: «Hasta hace poco tiempo era yo el más discreto. Ahora no lo soy tanto. Por ello no sé qué habrá podido ver en mí para suponer tal discreción». Es uno de tantos ejemplos como podrían señalarse en la obra de Lope, y aun en esta misma comedia, en que el pensamiento del *Fénix* va más rápido que su ordenación sintáctica, aunque no pierda su valor semántico, fácilmente perceptible.

773. La rusticidad de Fileto no recordaba del Santo Sacrificio de la misa más que la reiterada deprecación al Señor, invocándole tradicionalmente en griego: *Kirie*=«¡Oh, Señor!» El *Tanto negro*, por *Tantum Ergo* —el comienzo de la estrofa quinta del himno *Pange lingua*, en honor del Santísimo Sacramento de la Eucaristía—, que se suele cantar, efectivamente, cuando se hace la Reserva del Corpus Christi, es un caso de asociacion semántica debida a la semejanza de sonido —*tantum*=tanto, en su normal evolución fonética y *ergo*=negro, por una errónea suposición de metátesis, a que contribuye la nasal final de *tantum*, ligada a la palabra en la pronunciación y también la idea de noche=oscuridad=negro, a que se alude en el verso—, lo cual revela, una vez más, en Lope su fino sentido popular y sus sagaces observaciones del habla rústica, siempre imitada con este intuitivo rigor lingüístico y no como ahora por algunos escritores que queriendo hacer lo mismo no consiguen sino una grotesca y ridícula imitación del habla popular.

OTÓN

¿Cómo turbar? ¿No veis cuán apacible,
Cuán humano es el Rey? Que los leones
Son graves con los graves animales,
Y humildes con los tiernos corderillos;
No temáis porque el Rey hablaros quiere.

FILETO

Yo voy en su grandeza confiado.

OTÓN

Aquí viene, señor, el más discreto
De aquestos labradores y villanos.

FILETO

Hablando con perdón, yo soy discreto

REY

¿Sois muy discreto vos?

FILETO

Notablemente:
He jugado a la chuca y a los bolos;
Yo pinto con almagre ricos mayos
La noche de San Juan y de San Pedro
Y pongo *Juana, Antona y Menga, vítor.*

787. He aquí las habilidades de Fileto, que le hacían considerarse entre los *discretos*, aunque fuera «con perdón» de éstos, por igualarse a ellos: el juego de la *chuca* o *chucha*, llamado también de la *taba*, tal vez de origen árabe y antiquísimo, dura hasta nuestro tiempo y es tan conocido como el de los bolos.

En la comedia de Lope *Los Porceles de Murcia*, se alude a estos juegos:

«Jugaban nuestros hermanos
a la *chucha* en estos llanos;

REY

¿Quién es Juan Labrador aquí?

FILETO

Es mi amo;
Que por darme a comer ansí le llamo.

REY

¿Que vive?

FILETO

Sí, señor.

REY

Pues ¿cómo tiene
Puesta su piedra aquí de sepultura?

FILETO

Porque dice que es loco el que edifica
Casa para la vida de cien años,
Aunque muy pocos pasan de sesenta,

Blas ganaba, y Juan perdía.
Por *dar una bola*, Blas,
empujó de tal manera
a Juan, que, por dicha, fuera
veras el juego y aún más.»

La Maya o fiesta de Mayo, de gran importancia en el estudio de las costumbres y fiestas populares, está relacionada con diferentes celebraciones análogas, de antiguo abolengo, y tiene derivaciones análogas en las noches de San Juan —tan significativa del saber popular y a la vez tan simbólica— y de San Pedro, en que los mozos de los pueblos pintan en las paredes de las casas donde viven las mozas que cortejan vivas y elogios —cuando no en venganza vituperios o burlas— con tierra de almagre, de color rojizo, pero al poco tiempo, al encalar las paredes, según costumbre, desaparecen por igual los madrigales y los epigramas hasta el año siguiente. A tal costumbre popular, que perdura aún en varios lugares de España, alude el pasaje de la comedia.

Y no lo hace para tantos cuantos
Ha de estar en la casa de la muerte.

REY

¿Es muy sabio?

FILETO

Después de mí, no hay hombre
Que sepa tanto en toda aquesta aldea.

REY

Ansí falta en las letras mes y año.

FILETO

Pondránsele en muriendo.

REY

¿Tiene hijos?

FILETO

Dos tiene agora, un macho y una macha,
Más bella que una rosa alejandrina

801. Una vez más demuestra Lope su fina observación del lenguaje popular en esta graciosa asociación morfológica, buscando erróneamente un femenino a *macho*, como un *burro* y una *burra*, a que está habituado, por ejemplo, sin reparar en hembra, el femenino correspondiente, con el cual hubiera podido igual realizar la misma errónea asociación, aunque facilita más la anterior el que la palabra *macho*, aplicada habitualmente a designar al *mulo*, no halla el equivalente semántico, hembra, en la *mula*, que es infecunda.

802. La *rosa alejandrina*, o de Alejandría, llamada también de Jericó —*Selaginella Lepidophylla*—, se considera como el símbolo prodigioso de la rosa que no muere, sino que resucita, frente a toda la literatura poética de la Edad de Oro dedicada a la brevedad de la rosa, como imagen de la transitoriedad de la vida, pero la tal rosa, propia de los desiertos de Siria, más que de Egipto, y popular en toda Tierra Santa, donde se le atribuye, como en otras regiones, incluso españolas, su benéfico influjo en los nacimientos, no lo es, sino una vulgar crucífera, que tiene la propiedad de que estando seca,

Cuando rompe el botón, y por su extremo
Despliega algunas hojas y otras coge.

REY

¿Es rico?

FILETO

Es espantosa su riqueza.
Tiene de su labor más de cien hombres,
Ochenta bueyes y cincuenta mulas.

REY

¿Qué viste?

FILETO

Paños toscos.

REY

¿En qué come?

FILETO

En barro muy grosero.

si se pone en agua vuelve a extender sus ramas y hojas que estaban apelotonadas. Este natural fenómeno, que por lo sorprendente para el vulgo ha dado a la rosa de Alejandría o de Jericó un prestigio supersticioso, lo explica Lope poéticamente, en otra comedia suya, *El Mayor Imposible*, donde se canta:

«No son, como dicen muchas,
las *rosas alejandrinas*
al tiempo que se abren nácar,
coral cuando se marchitan.»

Pero el colorismo de Lope es demasiado optimista. La Rosa de Jericó es de color castaño, rosa y de verde oscuro, aterciopelado, sus hojas interiores, cuando se abre: nada de nácar y coral, combinación bellamente poética; Lope, seguramente, por lo que dice —botón, etc.—, no la conocía más que de oídas.

805. *Espantosa*, en la acepción de *asombrosa, pasmosa, maravillosa*, casi desusado, que conserva, en cambio, la lengua portuguesa.

REY

¿Por qué causa?

FILETO

Porque es el más humilde de los hombres.

REY

¿Tiene mucho dinero?

FILETO

Como paja.

REY

¿Cómo trae sus hijos?

FILETO

En su traje,
A honor y devoción de su linaje.

REY

¿Es avariento?

FILETO

No, porque a los pobres
Reparte la más parte de su hacienda.

REY

¿Por qué dice que al Rey jamás ha visto?

FILETO

Porque él dice, y lo creo, que es honrado,

813. Esto es a usanza de los villanos, clase a que pertenecen.

Que es rey en su rincón, y que sus padres
No lo vieron tampoco, y le sirvieron,
Amaron, respetaron y temieron,
Y que él le teme y ama y le respeta,
Y no le quiere ver, sino serville,
Amalle, obedecelle y respetalle,
Y a su tiempo dineros emprestalle.

REY

Si le envío a llamar, ¿no querrá verme?

FILETO

Está escondido agora; que las veces
Que pasas a cazar por esta aldea,
Se esconde que no hay hombre que le vea.

REY

¡Que viva un hombre aquí tan poderoso!
¡Dichoso el que da leyes a su casa,
Y en sus umbrales tan contento pasa!

FILETO

Si quieres ver, señor, una serrana
Hermosa como el sol, que es hija suya,
Haz que se acerque la de la patena,
Que se precia de ser muy cortesana.

832. *Serrana* o serraniega, designó en un principio a la que vivía en la sierra —de donde deriva el nombre del poema dedicado a ellas: *serrana* o *serranilla*, en que el Arcipreste de Hita y el marqués de Santillana se inmortalizaron—, pero luego, por coloración semántica, teniendo en cuenta su carácter franco y adusto, vino a significar *serrano o serrana*, el que muestra en el trato, no tener miedo a nada, no dejarse doblegar. Este último matiz semántico de la palabra no figura en el *Diccionario* académico.

834. *Patena* tenía una acepción tan difundida como la de la que sirve en la Santa Misa de platillo para colocar la Sagrada Forma, desde el Paternós-

REY

Llámala, Otón.

OTÓN *(a* LISARDA*)*

Aquí os llegad, señora.

LISARDA

¿Qué manda su Reverencia?

MARÍN *(aparte a su amo)*

Señor, ¿no es ésta la dama
De París?

OTÓN

El Rey la llama.
Ten silencio.

MARÍN

Y tú paciencia. 840

REY

¿Sois hija deste buen viejo
Que llaman Juan Labrador?

LISARDA

Yo soy su hija, señor,
Y aunque tosca, fui su espejo.

ter hasta el momento de consumirlo. De la misma forma de *lámina redonda*, aunque más pequeña, como una *medalla grande* con una imagen religiosa esculpida en ella, era colgada al cuello, sobre el pecho, el adorno característico de las labradoras acomodadas, y perdura todavía en algunas regiones españolas. A esta última alude el texto. (Véase la nota 37 de este acto.)

837. El tratamiento que da Lisarda a Otón es inadecuado. Ya en el tiempo en que se escribe la comedia, y antes, era inconfundible para personas religiosas de cierta categoría. Como no es posible pensar en un error, ni propio éste de la protagonista, que se las da de muy al tanto de la vida cortesana, ha de juzgarse como una burlesca ironía suya, ya que no le cuadra nada al donjuanesco personaje a quien se dirige.

REY

Hermana, por vida mía,
Que en la moza reparéis.

INFANTA

Muy buena traza tenéis.

LISARDA

Donde está tu infantería,
¿Qué traza puedo tener?

INFANTA

¡Infantería! ¡Oh, qué gracia!

LISARDA

¿Cuál fuera mayor desgracia
Si igualdad pudiera haber,
Decir vos que yo tenía
Traza sin ser edificio,
O yo, pues es vuestro oficio,
Llamaros infantería?
El llamar a un rey *alteza*,
Que lo llaman a una torre,
Aunque es lenguaje que corre,
No es propiedad ni pureza.
Si a señor es *señoría*,
Y al excelente le dan

847. *Buena traza*, era expresión elogiosa equivalente a *buen talle* (véase la nota 7 de este acto), pero Lisarda, continuando su burla y demostrando su ingenio, nada aldeano, bajo su fingida tosquedad, se mofa de los tratamientos usuales entre cortesanos, aplicándoles un sentido semántico puramente lógico, que acentúa el conceptismo culminante en el *don-aire* con que concluye su burlesca explicación.

Excelencia, bien dirán
A una infanta *infantería.*

REY

No me parece muy lerda,
Y el talle es todo donaire.

LISARDA

Como nos da tanto el aire,
No es mucho que el don se pierda.

REY

Y ¿cómo os llamáis?

LISARDA

Lisarda,
Con perdón de sus mercedes.

870. Era costumbre general, entre los aldeanos de algunos lugares —perdurable todavía en los que quieren extremar la corrección hasta lo ridículo— pedir perdón previamente si creen que lo que van a decir es sucio o desagradable, singularmente si se nombra al cerdo, prototipo de suciedad, y así se lee en este texto de una comedia de Lope, *El amigo hasta la muerte*:

«GUZMÁN. Yo he metido, señora, amortajados,
en dos sábanas...
ARALAJA. Dilo.
GUZMÁN. Tengo miedo.
Hablando *con perdón*, dos cochinitos
en sal, de a seis arrobas cada uno.»

Lisarda, por ello, que quiere aparentar la rusticidad que no tiene, tras de equivocar de nuevo el tratamiento que da al Rey y a su hermana —*merced*; vuesamerced, da el *usted* actual— emplea la fórmula aldeana, de que se burlaba Cervantes en el *Quijote* —«puercos (que, sin perdón, así se llaman)»— al nombrarse a sí misma.

FINARDO *(aparte a* OTÓN*)*
Bien desengañarte puedes;
Que la otra era gallarda,
Y ésta es tosca por extremo.

OTÓN
Pienso que finge, Finardo.

REY
El talle es ¡por Dios! gallardo.

INFANTA
Que os lleva los ojos temo.
Vamos, hermano, de aquí.

REY
Vamos, que Juan Labrador
Ha de servir a señor
Y ver rey y todo en mí.

(Vanse los dos y el acompañamiento.)

OTÓN *(a* LISARDA*)*
¿Queréis oír dos palabras?

LISARDA
Como no pasen de dos,
Y otras dos daré en respuesta.

872. Para *gallarda*, véase la nota 259 de este acto. Aquí va aparejada *gallarda* —de tan rica semántica como se dijo— con la idea de *elegante, fina*, que se opone a *tosca*, que en otro caso pudiera también tener *gallardía*, pues se ve más adelante en el talle al menos.

OTÓN

¡Extremada condición!
Pues sea: *sabéis*, la una,
Será la otra *¿quién soy?*

LISARDA

Escuchadme las dos mías,
Hidalgo, que os guarde Dios:
La una es la reverencia,
Ya la otra será, *no*.

OTÓN

Replico que habéis mentido.

888. Nótese que Lisarda, dirigiéndose ya a Otón, a quien ama, le trata como le corresponde, aunque no sepa exactamente su jerarquía palaciega. *Hidalgo* es quien por su sangre es de una clase distinguida y noble, aunque no lleve un título aristocrático. Se denominaban de varias maneras, según el origen y prerrogativas de su hidalguía. Solían ser entonces personas pagadas con razón de sus ascendientes, lo cual hacía que estando generalmente faltos de dineros, y por ello de importancia, lo ocultaran, dando lugar a aspectos y situaciones ridículas. En la comedia *San Diego de Alcalá*, de Lope, se los retrata así:

«¡Hidalgos!... Gente cansada,
toda en su honrilla fundada...
Tiene un hidalgo a su puerta
puesto un mohoso retablo
de seis lanzas y un venablo
por ejecutoria incierta,
y ¡quiérese comparar
con quien diez tocinos tiene,
que cuando San Lucas viene,
tiene otros diez que colgar!»

Los adinerados, los nuevos ricos de entonces, gozaban de más crédito que ellos, como en estos versos. Y sin embargo, Lope, que ni tenía dineros ni nobleza, presumía de ésta con gran indignación del noble Góngora.

890. El pasaje es de ingenio, aunque no son dos palabras, sino una frase —convencionalismo de expresión que empleamos siempre en tales casos— la que se supone contesta: «¿sabéis quién soy?», que luego aclarará diciéndolo —versos 904, 905—. Lisarda, en señal de que se figura que es personaje importante, hará una reverencia, contestando un rotundo *no*.

LISARDA

Replico que mentís vos.

OTÓN

Que en París os vi, respondo,
Y que esa mano me dio
Este diamante.

LISARDA *(aparte a él)*

Es verdad;
Pero no será razón
Que os hable entre tanta gente,
Porque son de la labor
De la hacienda de mi padre,
Y perderé mi opinión.
Fuera deso, yo soy hija,
Ya lo veis, de un labrador,
Y vos seréis duque o conde.

OTÓN

Soy mariscal, soy Otón,
De la cámara del Rey;
Pero nos iguala amor.

LISARDA

Un olmo tiene esta aldea,
Adonde de noche, al son

904. En España el título de Mariscal, en la milicia antigua era inferior al de Condestable y podía tener a su cargo diferentes ocupaciones. Se conservó el título posteriormente en los que lo tuvieron en Castilla y otras demarcaciones militares, pero en la milicia moderna, con la distinción de Mariscal de Campo, acabó por ser sustituida por el grado de General de División. La indicación «de la cámara del Rey» llevaba implícito el cargo de *gentilhombre* de los llamados «de Cámara» (véase la nota 15 de este acto).

De tamboril y guitarras,
Las mozas de Miraflor
Bailan por aquestos días:
Allí hablaremos los dos,
Como vengáis disfrazado.

OTÓN
Harcísme un gran favor.

BELISA
Mira que te están mirando.

LISARDA
¡Ay, Belisa, que ya voy!

OTÓN
El corazón me lleváis.

LISARDA
Y aquí os dejo el corazón.

BRUNO
Luego aquí estos palaciegos
Habran las mozas de amor.

909. El tamboril y las sonajas, con la guitarra, eran los instrumentos típicos de la música aldeana. Véase un *Villano* de Lope, que figura en su comedia *Al pasar del arroyo*, en la *Antología* de este tomo, pág. 345.

910. Lope tiene aquí y más adelante una de sus peculiares distracciones. *Belflor*, pueblo imaginario de Francia, en que sitúa parte de la acción de la comedia, se ha convertido, por distracción de su pluma, en *Miraflor*, igualmente imaginario, que le sustituye en el resto de la comedia.

920. *Habran las mozas de amor*, con la supresión del dativo —*a las*— y la disimilación *r=s* —*habran* por *hablan*— lo emplea Lope para dar la nota de lenguaje rústico, de que ya se habló en el estudio de la comedia.

FILETO

Son diablos; con sus razones
Derribarán a Sansón.
Señora, vamos de aquí,
Porque tenemos temor;
Que si viene Feliciano,
Puede ser que haya cuestión.

LISARDA

Id delante, que ya vamos.

(Vanse LISARDA, BELISA, FILETO, BRUNO *y* SALVANO.*)*

MARÍN

Un guante caer se dejó.

FINARDO

¡Qué discreta!

MARÍN

¡Qué bellaca!

FINARDO

No en balde el Rey la miró:
Es mozo, y ella gallarda.

922. *Sansón* o *Samsón*, juez de Israel, se citó siempre y se cita como el prototipo de la fuerza dominadora, como Matusalén —patriarca hebreo que vivió cerca de mil años— es el símbolo de la vejez, entre el pueblo, que, a veces, ni sabe quiénes son.

924. *Cuestión*, en este caso y otros semejantes es sinónimo de *riña*.

929. El dejar caer un guante para que recogiéndolo el galán se entablara la relación entre él y la dama era discreción de enamorada que hallamos en muchas comedias de Lope, pero no se olvide el concepto verdadero de *discreta* ni de *bellaca* (véanse las notas 211 y 767 de este acto).

No es de escardillo ni hoz
El guante desta doncella.

OTÓN

No es sino caja en que amor
Guarda las flechas que tira,

MARÍN

¡Qué mala comparación!
Porque habiendo de ser nieve
Los dedos que aquí guardó.
Las flechas de amor son fuego,
Y vienen a ser carbón.

OTÓN

Por lo que abrasan, me agradan...
Pero el Rey no me agradó,
Que no sé qué le decía.

FINARDO

Yo le entendí.

OTÓN

Pues yo no.

FINARDO

Dijo que había de hacer
Que aqueste Juan Labrador
Viese Rey, señor sirviese.

933. Quiere decir «No es propio el guante de la mano que maneja el *escardillo* —o almocafre, azada pequeña, para escardillar o escardar las malas hierbas de los sembrados— y la *hoz*, el instrumento típico de los segadores, aunque ahora se emplee muy poco por haber sido sustituida por máquinas, sobre todo en las grandes haciendas.

OTÓN
Vamos, porque pienso yo
Que ha de ser dificultoso.

FINARDO
¡A un Rey de tanto valor,
Que tiemblan sus flores de oro,
El scita, el turco feroz!

OTÓN
¡Qué mal, Finardo, conoces
Si nunca te sucedió,
Llegar de noche mojado,
O a la siesta con el sol,
O perdido por el monte,
Si de lejos te llamó
El fuego de los pastores
O de los perros el son,
Después que de voces ronco
Te dieron alguna voz,
Y entraste en pobre cabaña

951. Las *flores de lis*, en oro, de la casa de Borbón.

952. La medida del verso queda normal con la fusión fonética de *sc* en *s*, al pronunciarlo. Para *scita* o *escita*, hoy ruso, véase la nota 543 de este acto. De los escitas, relata Pedro Mejía en su *Silva de Varia Lección* (Parte Primera, Capítulo XXXIV), una de las más feroces costumbres que se les atribuyen, digna de las llamadas «checas» de sus descendientes:

«Los scitas, gente valiente y ferocísima, es muy notada de cruel por los historiadores. Entre otras algunas crueldades, espanta y pone gran pavor lo que dice que mataban los animales grandes como caballos y toros, y metían dentro los hombres que querían atormentar, ligados de tal manera que no pudiesen menearse ni salir, y dábanles allí de comer, para que en vida, corrompiéndose la carne de los animales muertos, los gusanos comiesen los hombres vivos, y en aquel bestial tormento, muriesen». ¡Menos mal que nuestros «rojos», tan rusófilos, no leían! El turco era también el prototipo de barbarie y ferocidad, que no pudo borrar del todo del Mediterráneo la gloriosa victoria de Lepanto.

Que tiene por guardasol
Robles bañados en humo,
Que pasa el viento veloz,
Y haber de sacar las migas
Y el cándido naterón,
Y sin manteles en mesa,
Cuchillo ni pan de flor,
Sino sentado en el suelo
Sobre algún pardo vellón,
Rodeado de mastines
Que están mirando al pastor,
Lo que se estima y se ensancha
El villano en su rincón.

964. *Guardasol* es sinónimo exacto de *quitasol, paraguas grande,* que perdura con este último nombre simplemente —no se olvide que el paraguas así llamado por autonomasia, va desapareciendo—, mientras los otros van camino de su desaparición, especialmente el primero, *guardasol,* ya excluido del lenguaje habitual. El cuadro pastoril no es nada renacentista. Si bien aparecen las *migas,* tan típicas de los pastores de España, y el blanco *naterón o requesón* —famoso el de los pastores guadarrameños de Miraflores de la Sierra, y también el de Colmenar Viejo, que le envió don Antonio Chacón a su amigo Góngora, premiado por el poeta con una décima incomparable—, falta en cambio el *pan de flor,* el amasado con la harina más cernida y blanca, que se llamaba también *aflorado* o *floreado,* todavía existente en algunas regiones españolas, como lo pintaba Zurbarán en sus bodegones, no mucho después de aludirle Lope en su comedia. El pan que debemos imaginarnos en ese realista cuadro pastoril, nada idealizado, es el pan moreno o negro, de composición integral de la harina, que hoy comen los que antes comían pan de flor, porque tiene las vitaminas de que tan necesitados andamos en estos tiempos. El «vellón pardo», o sea piel de oveja parda o negra, menos estimada que la blanca, y los *mastines,* perros especiales para cuidar ganado, atentos a lo que les puede echar de comer, completan el cuadro, tan realista, frente a lo pastoril literario.

ACTO SEGUNDO

EL REY DE FRANCIA *y* FINARDO

REY

Desasosiego me cuesta.

FINARDO

Para desasosegarte,
¿Puede en el mundo ser parte
Cosa a tu grandeza opuesta?

REY

Este villano lo ha sido

FINARDO

¿El villano o la villana?

REY

Un ángel en forma humana,
Finardo, me ha parecido.
Pero no creas que fuera
Quien me desasosegara,
Cuando el cielo la pintara
Con el pincel que pudiera;

Que en negocio que el honor
Pasa de las justas leyes,
Aún nos valemos los reyes
De nuestro propio valor.
Su padre me dio cuidado;
Que en verle vivir ansí,
Tan olvidado de mí,
Confieso que me ha picado.
¡Que con tal descanso viva
En su rincón un villano,
Que a su señor soberano
Ver para siempre se priva!
¡Qué trate con tal desprecio
La majestad sola una,
Sin correrse la fortuna
De que la desprecie un necio!
¡Que tanto descanso tenga
Un hombre particular,
Que pase por su lugar,
Y que a mirarme no venga!
¡Que le haya dado la suerte
Un rincón tan venturoso,
Y que esté en él poderoso,
Desde la vida a la muerte!
¡Que le sirvan sus criados,
Y que obedezcan su ley,
Y que él se imagine rey
Sin ver los reyes sagrados!

28. *Correrse*, ya en desuso hoy —salvo en alguna frase, tal vez, como «se quedó corrido»—, era sinónimo de *avergonzarse*.

40. Responden estas palabras a la idea de que las personas de los reyes —«por la Gracia de Dios», fórmula alusiva a su consagración y coronación— son no sólo sagradas, sino de institución divina. Así lo sentían Lope en *La estrella de Sevilla*, y los españoles de su época:

¡Que la púrpura Real
No cause veneración
A un villano en su rincón
Que viste pardo sayal!
¡Que tenga el alma segura,
Y el cuerpo en tanto descanso!
Pero ¿para qué me canso?
Digo que es envidia pura,
Y que le tengo de ver.

FINARDO

Ansí cuentan el suceso
De Solón y del rey Creso.

REY

Muy diferente ha de ser,
Que el filósofo juzgó
De otra suerte al Rey de Lidia,
Y yo tengo a un hombre envidia,
Por ver que me despreció.

«Nadie en los reyes manda,
Dios hace los reyes; Dios
De los Saúles traslada
En los humildes Davides
Las coronas soberanas.»

Bien es verdad que en España entera estaba la imagen de un Rey, ejemplo eterno de soberanía, realeza, justicia y patriotismo: Felipe II, y no se conocían por fortuna los reyes liberales y demócratas, sino cristianos y amantes de su pueblo.

56. La anécdota a que se alude, del sabio griego Solón, y de Creso, el poderoso rey de Lidia, la debió de conocer Lope en la *Silva de Varia Lección* (Cuarta Parte, Cap. X), de Pedro Mejía —más de una vez reflejada en esta comedia, como se verá, y en otras obras del *Fénix*, a quien era muy familiar—, que la cuenta así:

«Al cabo vino [Solón] a la corte del famoso y riquísimo rey Creso de Lidia. El cual, después de haber hecho a Solón grande demostración de riquezas y aderezos, puesto en su trono y aparato, le preguntó si había visto otro espectáculo más ordenado y más hermoso. El Solón, con libertad de filó-

FINARDO
Tres calidades de bienes
Aristóteles escribe
Que tiene el hombre que vive,
Y todas, señor, las tienes. 60

sofo, respondió: que los pavos y los gallos o capones le parecerían a él más ordenados y más hermosos, porque su hermosura era natural y excelente. Preguntado después si había visto otro más rico y bienaventurado que él, Solón, muy fuera de querer lisonjear al Rey, le respondió: que en su tierra había conocido otro, a su juicio más dichoso, que se llamaba Tello, porque él fue virtuoso y bueno, y tuvo hijos y nietos y gozó de ellos que fueron de grande virtud y bondad, vivió muchos años y llegó a grande vejez y al cabo murió peleando por la libertad de su patria, habiendo a los enemigos. Y siguiendo el alcance de esta respuesta, y de otra que de la misma manera le dio Solón, se indignó el Rey, y con saña y manera de menosprecio le dijo: Pues *¿cómo en ningún grado ni cuenta de felicidad me pones a mí?* A lo cual Solón, entre otras palabras en que le significó las grandes caídas y mudanzas que suelen haber en esta vida en los grandes estados, y cómo el que estaba sujeto a ellos no se podría decir dichoso ni bienaventurado, le respondió aquel mote y dicho, que es el que más se canta y publica entre los otros de los suyos, que es: *El fin de la vida deben todos esperar.* Sentencia a mi juicio muy de notar (aunque Aristóteles no la aprueba), pues, en tanto que el hombre vive, ni se puede tener certidumbre de su bondad ni de su estado; y conforme aquello del *Eclesiástico: Antes de su muerte no alabes a hombre ninguno;* y a lo que Cristo dijo: *A ninguno saludaréis en el camino;* que algunos entienden en lo moral conforme a esta doctrina de Solón, que, en tanto que uno camina en este mundo, siempre puede caer y no le podemos asegurar. Y con Solón confirma Plinio cuando dice: *Un día juzga del otro y el postrero de todos.* Y Ovidio también, diciendo: *El postrero día se ha de mirar en el hombre, y no se puede llamar bienaventurado hasta ver cómo acaba.* Aunque esto es así, el rey Creso no se tuvo por bien respondido, y menospreció a Solón como a hombre que no entendía bien las cosas, pues menospreciaba los bienes que veía presentes, por lo por venir que no sabía. Y así le despidió de sí desfavorecido.»

A estas consideraciones últimas se hace referencia en el estudio de la comedia.

58. Aristóteles, el filósofo griego, el «gran sabidor» del Arcipreste de Hita, era el prototipo de la ciencia y de la cultura clásicas, cuyas doctrinas sobre la creación literaria, comentadas, como indiscutibles, por todos los retóricos del Renacimiento, se opusieron preferentemente al movimiento barroco. El mismo Lope sostuvo una larga y dura guerra con los preceptistas aristotélicos, ya a punto de estallar cuando escribe *El villano en su rincón*, y se esmeraba en citar de continuo a Aristóteles para que no creyeran que le ignoraba, ya que no le seguía afortunadamente. De esta manía del *Fénix*, se burló donosamente el genio de Cervantes en el Prólogo del *Quijote*, cuando se lamenta irónicamente de que faltará en su libro el acostumbrado aparato erudito: «De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo que acotar en el

De fortuna la primera,
En que lo menos se funda;
Del cuerpo fue la segunda;
Del ánimo la tercera.
Bienes de fortuna son
De riquezas multitud;
Del cuerpo son la salud
Y la buena complexión.
Los del ánimo, la ciencia
Y la virtud; éstos fueron
A quien todos siempre dieron
Divina correspondencia.
Y si hay en la tierra alguna,
Por felicidad la entienden;
Que estos bienes no dependen
Del tiempo ni la fortuna.
Estando todos en ti,
¿Cómo envidias a un villano,
Tú con el cetro en la mano,
Y él con el arado allí?

REY

Dame pena el verle opuesto
A mi propia majestad,
Viendo la felicidad
En que su dicha le ha puesto.
Deseaba vez alguna
Augusto de Scipïón

margen, ni que anotar en el fin, ni menos sé qué autores sigo en él, para ponerlos al principio, como hacen todos, por las letras del abecé, comenzando en *Aristóteles* y acabando en Xenofonte y en Zoilo o Zeuxis, aunque fue maldiciente el uno y pintor el otro». El *Isidro*, de Lope de Vega, va anotado al margen y lleva al final el consabido índice de nombres con el de Aristóteles entre los primeros. Pero como se ve el poeta no cejaba en su empeño.

La fuerza, el ser de Catón
Y de César la fortuna,
  Y era un grande emperador.
Y en un villano, ¡aun no veo
Que tenga un justo deseo
De ver al Rey su señor!
  Mil el mundo peregrinan
Por ver alguna ciudad
Que tenga en sí majestad;
Mares y montes caminan.
  Y éste se esconde en su casa
Cuando paso por su puerta...
Pues ¡vive el cielo! que, abierta,
Ha de saber que el Rey pasa.

FINARDO

  ¿Eso te da pesadumbre?
¡Un villano en su rincón!

REY

¿Y no se espanta un león
De un gallo y de cualquier lumbre?
  El animoso caballo,
Del floro, un ave tan vil,
¿No se espanta?

88. Lope no expone claramente la conocida opinión de Octavio Augusto, primer emperador romano. Lo que deseaba el inteligente guerrero y político en su persona, era la fuerza de Escipión *El Africano*, que había sido uno de los más grandes generales romanos; el espíritu de Catón de Utica, modelo de austeridad y de virtud, y el tesoro de su tío Julio César, que le correspondía, y Marco Antonio le negó, dando lugar con ello a la guerra civil.

96. «Mil *por* el mundo peregrinan» y «*Por* mares y montes caminan». Son formas antiguas ya en desuso en que *peregrinar* y *caminar* tienen acción transitiva en vez de construirse con la preposición de lugar.

FINARDO

¿Que el gentil
León se espanta del gallo?

REY

Y de un carro; tanto siente
De las ruedas el rumor;
Y así, yo de un labrador,
Que es un carro finalmente.

FINARDO

¿Qué tienes imaginado
Para que el hombre te vea?

REY

Porque ver no me desea,
Me ha de ver, mal de su grado.
Pongan en que al monte salga,
Que yo buscaré invención
Para que su condición
Contra reyes no le valga.

110. Tomado este pasaje, también, de la citada *Silva de Varia Lección*, de Pedro Mejía (Segunda Parte, Cap. II), donde dice, respecto del león:

«Como quiera que sea, siendo este animal cual tengo dicho, que tanto temor pone él a todos, por secreta propiedad de naturaleza, escriben y dicen dél que en viendo a un gallo, sin tiento huye dél, como la liebre huye del galgo; y aun sin verlo, si le oye cantar, tiembla y ha temor, que es cosa para espantar. Y no solamente esto le pone temor, pero del sonido que hacen los carros por los caminos se espanta y altera maravillosamente.»

No hallo por ninguna parte un ave de nombre *floro* —acaso errata imposible de aclarar—, ni tampoco que el caballo se asuste de un ave determinada. Tal vez este rasgo de erudición lopiana proceda de sabe Dios qué texto sobre casos singulares o propiedades de los animales que me ha sido imposible, desde hace muchos años, determinar, pese a las infinitas lecturas de obras de la época que he realizado durante ellos.

FINARDO

Pues ¿tú quieres ir allá?
Venga acá Juan Labrador
A ver al Rey su señor,
Que él es bien que venga acá.

REY

Déjale con su opinión;
Que si al Rey con su poder
No quiere ver, yo iré a ver
Al villano en su rincón.

(Vanse.)

BELISA, COSTANZA *y* LISARDA.

COSTANZA

Solo está el olmo, a la fe.

BELISA

La palmatoria ganamos.

129. *A la fe*, expresión adverbial, aun conservada en algunos ambientes rurales, y más admirativamente, significa «verdaderamente», «ciertamente», «en verdad». El mismo significado tienen «a fe», «a fe mía», «a fe, a fe», repetido, «a buena fe», «en fe», «a fe de caballero, de cristiano, etc.», «en fe», «por mi fe» y otras más. De alguna hay ejemplo en la comedia.

130. La *palmatoria* o *palmeta*, instrumento de castigo en las antiguas escuelas, la define así el léxicografo Covarrubias, coetáneo de Lope: «Instrumento conocido, en que los maestros de escuela ponen unas correas para azotar los muchachos. Es una colunilla asida y terminada en una circunferencia plana, con la cual los hieren en las palmas de las manos, de donde tomó el nombre». Solía ser costumbre que el maestro se le diera al que primero llegara para que, por su orden, castigara a los que incurrieran en pena, por ello se empleaba la expresión «ganar la palmatoria» figurativamente por «llegar el primero», como se interpreta en el texto; del mismo modo que en otro en *La Dorotea* de Lope, cuando dice Clara: «Ganado habemos la *palmatoria* en esta escuela de las damas que toman el acero», donde aún conserva la alusión a su origen.

Anterior Inicio Siguiente

LISARDA

A muy buen tiempo llegamos.

COSTANZA

¿Quieres tú que solo esté?

LISARDA

Sí, porque hablemos un rato.

COSTANZA

Mas qué, ¿son cosas de amor?
Que te he visto en el humor
Que te ofende algún ingrato.

LISARDA

Por vida tuya, Costanza,
Pues eres tan entendida
—Mira que juro tu vida—,
¿Tuvieras tú confianza
En palabras de algún hombre,
Destos hidalgos de allá?

COSTANZA

¿De la Corte?

LISARDA

Sí; que ya
Tengo en el alma ese nombre.

139. Es decir que jura por su vida, como le ha indicado al empezar a hablar: si miente Constanza es como si jurara en falso, ya que lo acepta tácitamente.

144. Para *hidalgo*, véanse las notas 6 y 888 del acto I. Los hidalgos de la Corte, perdidos en la barahúnda de ella, no ofrecían en sus promesas la seguridad de los que vivían en el lugar, a quienes era más fácil hacer cumplir sus compromisos. Por otra parte, muchos hidalgos cortesanos se lo fingían, lejos del solar paterno que pudiera acreditarlo o no.

COSTANZA

La que pudiera tener
De amigo reconciliado,
De jüez apasionado,
Y de firma de mujer;
La que tuviera, sembrando,
De un campo estéril y enjuto,
O del imposible fruto
Del olmo que estás mirando;
La que tuviera de un loco
O de un celoso traidor;
La que de un hombre hablador,
Que siempre son para poco;
La que de un hombre ignorante
Que presume de saber;
La que de abril sin llover,
La que del mar inconstante;
La que tuviera en la torre
Que se funda sobre arena,
Y en quien no siente la ajena,
Y de su falta se corre;
La de amigo en alto estado,
Si fuimos pobres los dos,
Esa me diera ¡por Dios!
Cortesano enamorado.

LISARDA

¿Qué es, Costanza, cosicosa
Que la llaman en Corte enima,

145. Alude, en toda esta tirada de versos, a la *confianza* (véase verso 140) que pudiera tener en lo que va enumerando.

170. *Cosicosa*, y más frecuentemente *quisicosa*, hoy perdurable, era la equivalencia popular de *enigma*, palabra culta, empleada cortesanamente

Un alto que un bajo estima
Sin fuerza más poderosa,
Y un bajo que al alto aspira?

COSTANZA

Una música formada
De dos voces.

LISARDA

Bien me agrada.

COSTANZA

Aunque alto y bajo estén, mira
Que aunque son tan desiguales
Como la noche y el día,
Aquella unión y armonía
Los hace en su acento iguales;
Que el alto en un punto suena
Con el bajo siempre igual,
Porque si sonaran mal,
Causaran notable pena.

Como indica Lope, objeto de duda o misterio difícil de averiguar, que dio lugar a una literatura criptográfica —Alciato, en Italia; Saavedra Fajardo, en España, por ejemplo—, en que descifrar el significado de un emblema gráfico daba lugar a una docta y erudita disquisición sobre el tema que fuera. Llegó a tal popularidad que los *enigmas o quisicosas*, conservando el nombre culto y no este, figuraban en las más importantes justas poéticas del siglo XVII. Nada más graciosa burla que la de Baltasar del Alcázar, el original poeta sevillano, en uno de sus epigramas:

—¿Qué es *cosa y cosa*, Costanza?
—Diréis vos; yo no lo sé.
—Desta vez cogido os he.
¿No es muy buena adivinanza?
Pero vos, en conclusión,
Me la dais. —Cosa es forzosa.
Pues digo que cosa y cosa,
Costanza, dos cosas son.

LISARDA

Música me persüades
Que el amor debe de ser.

COSTANZA

El amor tiene poder
De concertar voluntades.

LISARDA

No hay músico ni maestro
Como amor de altos y bajos;
Pero canta contrabajos,
En que siempre está más diestro.

BELISA

Al olmo vienen zagales:
No habléis cosa de sospecha.

LISARDA

Cerrarte, amor, ¿qué aprovecha?
(Aparte.)
Por cualquier dedo te sales.

FILETO *y* FELICIANO.

FELICIANO

Costanza está aquí, Fileto.

FILETO

Ella me dijo que había
De venir al baile.

192. Juego de palabras con la del instrumento *contrabajo* y «con trabajos» del enamorado en sus relaciones con la dama.

FELICIANO

Cría
Humor gracioso y discreto.

FILETO

Pienso que la quieres bien
Y que no te mira mal;
Pero es pobre, y desigual
De tus méritos también.

FELICIANO

Mal dices; que la virtud
Es de más valor que el oro.

FILETO

Cual le guardan el decoro
Tenga el mundo la salud.

FELICIANO

Mi padre no tiene igual
En riquezas, porque ha sido
Un hombre a quien ha subido
La fortuna a gran caudal.
¿No has visto un enamorado,
Que comienza a enriquecer
Alguna pobre mujer
Que estaba en humilde estado,
Que dando en hacer por ella,
Tanto se viene a empeñar,
Que en no teniendo qué dar,
Se viene a casar con ella?
Pues de esa manera fue
Con mi padre la fortuna,

Pues no sé yo cosa alguna
Que no le haya dado y dé.
Pienso que por levantalle
Se ha empobrecido por él,
Y ha de casarse con él,
Porque no tiene qué dalle.

FILETO

En el olmo se ha sentado;
La noche es un poco obscura,
Porque no está muy segura
La luna de algún nublado.
Llega, hablarás a Costanza
Antes que venga la gente,
Y algún villano se siente
Donde el mismo sol no alcanza.

FELICIANO *(a* COSTANZA*)*

¿Habrá un poco de lugar
Para quien todo le diera
En el alma a quien quisiera
Esta posesión tomar?

COSTANZA *(a* LISARDA*)*

¿No respondes a tu hermano?

LISARDA

¿Para qué, si habla contigo?

COSTANZA

Pues yo, que se siente digo.

FELICIANO

¿Hacia qué mano?

COSTANZA

A esta mano;
Que dicen que el corazón
Más a esta parte se inclina.

FELICIANO

Aquí, Costanza, adivina
Tú propia mi pretensión.
Haz el corazón acá;
Que tengo el mío perdido
Porque se hablen al oído
Y no lo entiendan allá.

COSTANZA

Y será bien menester;
Que viene gran gente al olmo.

BRUNO, SALVANO, TIRSO, *villanos y músicos.*

BRUNO

Habrá zagalas en colmo.

SALVANO

Pues habrá en colmo el placer.
¿Traes tu vihuela ahí?

246. A la mano izquierda, al lado izquierdo de ella, como es natural.

254. *Mucha gente.* Como si dijera «gran *cantidad de gente*», abreviadamente.

255. El texto que se sigue: *zagales*, pero me parece que sería como se ha corregido, sin duda.

257. Covarrubias, ya citado, dice de la *vihuela*, entre otras cosas, que le dicta su fantasía, lo siguiente: «Instrumento músico y vulgar de seis órdenes de cuerdas»... «Ha sido hasta nuestros tiempos [siglo XVII] muy estimado, y

TIRSO
Aquí tengo mi vihuela.

BRUNO
Suena un poco, así te duela
Menos el amor que a mí.

TIRSO
¿Hay para todos asiento?

BELISA
Antes estaréis mejor
En pie, por hacer favor
A los pies y al instrumento.

BRUNO
Salga Lisarda a bailar.

LISARDA
¿Sola? No tenéis razón.

BRUNO
Yo bailaré una canción,
Con que la quiero sacar.

ha habido excelentísimos músicos; pero después que se inventaron las guitarras, son muy pocos los que se dan al estudio de la vihuela. Ha sido una gran pérdida, porque en ella se ponía todo género de música puntada, y ahora la guitarra no es más que un cencerro, tan fácil de tañer, especialmente en lo rasgado, que no hay mozo de caballos que no sea músico de guitarra.»

259. *Sonar* un instrumento era equivalente a tocarlo, aunque ya esté en desuso habitualmente la expresión.

264. *Hacer favor* es lo mismo en la época que *halagar*. No hay que insistir en el sentido irónico y burlesco de la frase.

OTÓN *y* MARÍN.
OTÓN *(aparte a su criado)*
¿Éste no es el olmo?

MARÍN
El mismo.

OTÓN
Pues ¿cómo hablarla podré?

MARÍN
Si no se aparta, no sé.

OTÓN
¿Pudo haber confuso abismo
Ni laberinto de amor
Como entre dos desiguales?

BRUNO *(a* LISARDA*)*
Danzaré, pues que no sales.
Vaya de gala y de flor.

Tocan y cantan los músicos, y baila solo BRUNO.

274. Desiguales de clase social, de educación, etc..., ya que Otón es Mariscal de Francia, formado en el ambiente cortesano y Lisarda una aldeana que aparentemente nada sabe de la Corte. (Véase, además, la nota 374 de este acto.)

276. *La gala y la flor*, significaban, juntos los dos sustantivos, e independientemente cada uno, la cúspide de lo bueno y de lo acertado en todo; lo más esmerado, exquisito y escogido de algo. Véanse, empleadas estas palabras por Lope, con el sentido indicado en dos cantares de bautizo, que figuran en la *Antología* de este volumen (págs. 340 y 346). Por otra parte, el estribillo que Lope emplea «Este niño se lleva la flor — que los otros no», es frase paremiológica que registra Correas en su *Vocabulario de Refranes*. En este pasaje de la comedia se emplea con sentido irónico.

MÚSICOS *(cantan)*

A caza va el caballero
Por los montes de París,
La rienda en la mano izquierda,
Y en la derecha el neblí.
Pensando va en su señora,
Que no la ha visto al partir,
Porque como era casada
Estaba su esposo allí.
Como va pensando en ella,
Olvidado se ha de sí:
Los perros siguen las sendas
Entre hayas y peñas mil.
El caballo va a su gusto,
Que no le quiere regir.
Cuando vuelve el caballero,
Hallóse de un monte al fin;
Volvió la cabeza al valle,
Y vio una dama venir,
En el vestido serrana,
Y en el rostro serafín.

(Sale LISARDA *a bailar.)*

278. *Por los montes de París* ha de interpretarse, como lo hace Bataillon, por los bosques de l'Ile-de-France, esto es, los próximos a la capital, aunque la identificación diste de ser exacta topográficamente. En realidad, como pasa en la comedia de continuo, y ya se indicó, Lope, desconociendo el lugar en que sitúa la acción caprichosamente, la ve en España, pero esto interesa muy secundariamente desde el punto de vista literario.

280. El *neblí*, muy citado en la literatura medieval —Lope lo emplea aquí, como otros elementos literarios, para dar colorido al romance— es ave de rapiña, originaria del norte de Europa, muy estimada, igual los halcones de los mismos países, como Noruega, por su valor y su rápido vuelo para la caza de cetrería o de altanería que ahora, por cierto, se trata de resucitar como curioso deporte.

MÚSICOS

—Por el montecico sola,
¿Cómo iré?
¡Ay Dios, si me perderé!
¿Cómo iré, triste, cuitada,
De aquel ingrato dejada?
Sola, triste, enamorada,
¿Dónde iré?
¡Ay Dios, si me perderé!

—¿Dónde vais, serrana bella,
Por este verde pinar?
Si soy hombre y voy perdido,
Mayor peligro lleváis.
—Aquí cerca, caballero,
Me ha dejado mi galán,
Por ir a matar un oso
Que ese valle abajo está.
—¡Oh, mal haya el caballero
En el monte Allubricán,
Que a solas deja su dama
Por matar un animal!
Si os place, señora mía,
Volved conmigo al lugar,
Y porque llueve, podréis
Cubriros con mi gabán.—
Perdido se han en el monte

314. Ni que decir tiene que el *monte Allubricán*, pertenece al mundo geográfico inventado por Lope, y que su designación, que no encuentro inspirada por ningún topónimo semejante, le debía de parecer, como a cualquiera del público que escuchaba sus comedias, el prototipo de lo medieval y de lo francés.

320. Vulgarismo de entonces y de ahora —con evidente matiz rústico—, más frecuente de lo que parece, por confundir el imperativo del verbo con el infinitivo. En este caso *cubriros* por *cubrios*, que es lo correcto siempre.

Con la mucha obscuridad;
Al pie de una parda peña
El alba aguardando están;
La ocasión y la ventura
Siempre quieren soledad.

SALVANO

Siéntense, que han danzado lindamente.

LISARDA

Bruno, entretén un poco esos zagales;
Que llego a refrescarme a aquella fuente.
(Llégase a OTÓN.*)*
¿Sois vos mi cortesano?

OTÓN

Labradora
Del alma, el mismo, y digo bien el mismo,
Pues en la Corte tu belleza adora.
¿Qué haré por ti, donde conozcas cuánto
Te estima el alma que en tus ojos vive?

LISARDA

¡Ay, por su vida! ¿Que me quiere tanto?

OTÓN

Ni la gracia del Rey, ni cuanto puede
Dar el imperio sumo de la tierra
A la imaginación, que a todo excede,

329. En el texto que se sigue: «Que llego a refrescarme aquella fuente». Se suple lo que sin duda figuraría en el original y no se transcribió al imprimirlo por la fusión de la preposición y de la *a* inicial de la palabra siguiente.

Estimo como el pie con que floreces
Estos dichosos campos, nueva Flora,
Que con pisallos, de oro los guarneces.

LISARDA

Si tiene ya el amor determinado
Que me burléis, ilustre caballero,
¿Qué puedo hacer? Siniestro fue mi hado;
Mas ya que pude merecer quereros
Tan sin razón, no dejaré de amaros;
Pero ¿cómo podré corresponderos?
Yo no puedo serviros sin casarme;
Y si vos no queréis casar conmigo,
¿A qué puedo, señor, aventurarme?
Mi padre es labrador, pero es honrado;
No hay señor en París de tanta hacienda;
De mi dote es mi honor calificado.
Yo no soy en lenguaje labradora,
Que finjo cuando quiero lo que hablo,

340. Como Flora es la diosa de las flores y de los jardines, parecía lo más propio que de aquéllas dejara guarnecidos los campos que pisara, pero Lope, para dar mayor realce a la imagen superponiéndole otra de riqueza, no sólo los hacía florecer, sino que los guarnecía de oro, como si fuesen el manto de una elegante de la época, probablemente por sugerírselo acaso la palabra *guarnecer,* tan alusiva a ello.

344. El *hado, fatum* o fuerza desconocida de la gentilidad, que impulsaba los sucesos que acaecían al hombre, vino a significar y significa, el *destino* que los rige, muy en consonancia en España con el fatalismo heredado, como tan tas cosas, de los árabes.

350. Así Lope nos dice en su comedia *La gallarda toledana:*

«Pero la que es principal
nunca su recogimiento
le ha quitado casamiento.»

Y en otra, *La prueba de los ingenios,* comenta:

«El honor al casamiento
nunca anticipa el placer.»

Y me declaro como veis ahora.
Sé escribir, sé danzar, sé cuantas cosas
Una noble mujer en corte aprende,
Y tengo estas entrañas amorosas...
Pero quedaos con Dios, que es gran locura
Persuadir imposibles a los hombres.

OTÓN

¿Cuándo tuvo imposibles la hermosura?
Teneos, no os vais, que por el alto cielo
Que habéis de ser mujer...

LISARDA

Señor, dejadme.

358. Mucho habría que decir sobre la educación que Lope atribuye a la mujer que vivía en la Corte y era noble. Muchas había de esta clase entonces que no escribir sino leer ignoraban, con todos sus pergaminos, su riqueza, su belleza, etc... Lope mismo estuvo profundamente enamorado de Micaela de Luján, que anduvo siempre en la Corte y años junto al *Fénix*, sin que por ello dejara de ser una bellísima analfabeta. Tampoco la aristocracia solía tener mayor preocupación por la instrucción femenina, que por casar a las damas de modo conveniente o hacerlas profesar en un convento, si fracasaban en este empeño. El caso de Santa Teresa de Jesús, dotada de una cultura sorprendente y prodigiosa escritora, distaba mucho de ser frecuente, aunque tampoco faltaran mujeres doctas en letras, como golondrinas que no hacen verano. En los documentos hallamos autógrafos femeninos, dignos caligráficamente de criaturas de seis años, y eso cuando no es una cruz su firma, la cual nos revela las letras que poseía su autora. Los libros maravillosos de Luis Vives *Instituciones de la mujer cristiana* (1524) y de Fray Luis de León, *La perfecta casada* (1583), que han de considerarse como los principales que pudieron ejercer su influjo sobre la educación de la mujer en el siglo de oro, no parece que fueran su lectura preferida, lo cual no impedía, ni entonces ni ahora, que una mujer con letras o sin ellas, tuviera el encanto de la belleza, de la virtud y de la inteligencia, y fuera modelo en su misión, entonces fundamental y casi única, de esposa y madre de familia ejemplar.

Pedro de Lisarda, por deseo del poeta, se pudiera decir lo mismo que un personaje de su linda comedia, *La Niña de Plata*, dice de la protagonista, una de las más logradas creaciones femeninas de Lope de Vega:

«Pinta como el más célebre y valiente,
danza con gala y con igual concierto,
escribe versos con tal gracia...»

OTÓN

Del mariscal Otón, y cumplirélo.

LISARDA

Y ¿qué seguro deso podéis darme?

OTÓN

Un papel de mi mano.

LISARDA

Y ¿por papeles
Queréis que yo me atreva a aventurarme?

OTÓN

Pues ¿no tienen valor?

LISARDA

El que se mira
En las veletas que los aires mudan.
No hay verdad en amor, todo es mentira.

371. Aunque el matrimonio secreto o *ad juras*, tras no admitirlo el Concilio de Trento, lo había prohibido Felipe II, era admitido por las gentes como promesa válida, si se prometía bajo firma por el contrayente, así en la comedia de Lope *El maestro de danzar*, se dice:

> Con que sólo la escribáis
> *una cédula firmada*,
> queda contenta y pagada,
> que esta noche lo veáis.
> Y porque entendáis que es cierto,
> yo os traeré papel aquí,
> en que ella confirme el sí
> deste amoroso concierto.
> Dirá que es vuestra mujer,
> quedando a serlo obligada.

Pero como legalmente no se podía obligar a su cumplimiento, las tales cédulas o promesa de casamiento llegaron a no tener crédito alguno, como en

OTÓN

¿Y si vos la notáis con penas tales,
Que me condene el cielo a pena eterna?

LISARDA

¡Oh, amor, gran juntador de desiguales!
Pero porque esta gente no presuma
(Que, en fin, como villana es maliciosa)
De nuestro amor la referida suma,
Tomad aquesta llave, y en la huerta
De mi casa hallaréis, por las espaldas,

el texto de la comedia para Lisarda, ya que encubrían a menudo un engaño, igual que en otra comedia del *Fénix*, *La venganza venturosa*:

RISELO. Pues ¿ha entrado?
FABRICIO. ¿No lo ves?
Con un pasaporte entro.
RISELO. No lo entiendo.
FABRICIO. Fácil es;
cédula a Felipa dio
de casamiento el Marqués.
RISELO. ¿Cédula de casamiento?
FABRICIO. Y la fuimos a escribir
a una botica.
RISELO. No siento
como lo pueda cumplir.
FABRICIO. Todo ha sido fingimiento.

374. Pero también nos dice Lope en su comedia *El hombre por su palabra*, en boca de un personaje:

«Quise tres meses y medio
cierta villana, mi igual
en gusto y en nacimiento;
que amor entre altos y bajos
que es como aceite, sospecho,
que aunque se junta al vinagre,
de unirse en él no hay remedio;
el está, en fin, de por sí,
y el pobre vinagre puesto
a una parte, aunque con él,
que es desigual casamiento.»

Entre cuatro cipreses una puerta;
Entrad con ella, y aguardadme un poco,
De unos mirtos cubierto con lo espeso.

OTÓN

Sospecho que queréis volverme loco.

LISARDA

Yo bajaré después a media noche,
Y hablaremos los dos secretamente.
¿Con quién y en qué vinisteis?

OTÓN

En un coche;
Pero dejéle lejos desta aldea.

381. Se refiere a la llave, pero hay un evidente solecismo que hace pensar en el sustantivo *puerta* como más inmediato.

382. *Mirtos* en palabra de origen clásico o *arrayanes*, en palabra de origen árabe, son la misma planta, de hojas verdes y menudas cuyo aroma perfuma las orillas de las corrientes de agua.

Por otra parte, las huertas eran propicias a las citas amorosas en la época del *Fénix*, pues en su comedia *Las sierras de Guadalupe*, se repite el caso:

«En el cuarto de mi prima...
salen unas rejas bajas
guarnecidas de arrayán,
entre jazmines, que agora
son estrellas de cristal,
a una huerta deleitosa,
donde muestra su beldad
roja la sangre de Venus,
a emulación del coral,
por cuyas bajas paredes,
fácilmente puede entrar,
donde sepa de mi boca
su engaño con mi verdad.»

Y en *El Galán de La Membrilla*, también por la huerta, de tapias bajas, llega don Félix a los brazos de Leonor, su amada.

LISARDA

Id donde digo; que nos van sintiendo.
(Apártase LISARDA.*)*

OTÓN

Allá os espero. ¿Quién habrá que crea,
Marín, mi dicha?

MARÍN

¿Es buen suceso todo?

OTÓN

Notable.

MARÍN

Di.

OTÓN

Pasó de aqueste modo...
(Vanse OTÓN *y* MARÍN.*)*

FELICIANO

Dice Salvano, bueno, que casemos
Las mozas del lugar con los mancebos.

BRUNO

Dice muy bien, que tiempo habrá de baile.

393. Se trata de un antiguo juego, análogo a los de prendas, en que el casamentero ha de demostrar su ingenio, entre halagos y burlas a los que va uniendo imaginativamente, entre la algazara y los comentarios de los presentes, según puede verse más adelante, cuya estructura en la revisión y juicio de las personas, revela una técnica no lejana de las medievales «danzas de la muerte».

FELICIANO

Mi padre y el Alcalde al olmo vienen.

COSTANZA

No es poca novedad.

FELICIANO

Antes es mucha.

JUAN LABRADOR *y el* ALCALDE.

ALCALDE

¡Bendígaos Dios, y qué os juntáis de mozos!

JUAN

¿Habrá lugar también para los viejos?

COSTANZA

El que le tiene en tantas voluntades,
Bien se podrá sentar donde quisiere.

JUAN

A fe, Costanza, que no pierdas nada
En tenérmela a mí.

COSTANZA

Saben los cielos
Que quiero más tu vida que la mía.

397. El sentido de esta frase no está muy claro. Quiere decir que Dios los bendiga y que además bendiga el que se junten de mozos.

399 y 402. El *lugar* y la *fe*, aludidos antes respectivamente. Se trata de dos ceugmas, tan frecuente en el estilo de la época.

LISARDA *(aparte a él)*
Éste me huele a suegro, Feliciano.

FELICIANO
¡Plugiera a Dios!; que pasará el verano.

LISARDA
Para todo hay razón.

FELICIANO
Por mejor tengo
A boca del invierno el casamiento.

BRUNO
Comienza, pues, a casar
Las mozas y los mancebos.

FILETO
A Costanza y Feliciano
Pongo en el lugar primero.

SALVANO
No lo oiga el viejo y se enoje.

FILETO
¿Fáltale más que dinero
A Costanza? Pues ¿qué importa,
Si sobra tanto a su suegro?

405. La expresión de la idea de Feliciano no es muy clara. Sin duda quiere decir que estando ya acordado el casamiento, no quedaría más que esperar a que pasara el verano para que se celebrara. La puntuación del texto la he hecho corrigiendo al que se sigue, que es así: «¡Pluguiera a Dios que pasará el verano!», a todas luces sin sentido en relación con el contexto.

BRUNO

A Lisarda, ¿qué marido
Osarás darle, Fileto?

FILETO

¡Pardiez, que en todo el lugar
No le topo casamiento!
Si ello se diera por gracias,
Todos sabéis las que tengo
En tirar, saltar, correr,
Y en danzas, bailes y juegos;
Y cierto que, bien mirado,
Aunque su padre es mi dueño,
Que no se perdiera nada
En darla a un hombre discreto.

BRUNO

Siempre te oigo decir
Que eres discreto.

FILETO

Profeso
En aquesta necedad
La necedad deste tiempo.

418. *¡Pardiez!* Interjección, por fortuna olvidada, ya que es un metafórico juramento por el Santo Nombre de Dios: *¡Par Dios!*, del latín «per Deum». En Lope se encuentra esta forma también en su comedia *Los Guzmanes de Toral:*

PASCUALA. ¿Yo?
TIRSO. ¡Sí, *pardiós*!

Otras aún más groseras, que varias metáforas encubren, persisten desdichadamente.

431. Cfr. esta rotunda opinión del *Fénix* sobre la discreción, con lo que se indicó antes. (Véase la nota 767 del acto I.)

No hay hombre ignorante, Bruno,
Que se confiese por necio.
Verás competir los búhos
Con los halcones ligeros,
Las monas con las personas,
Con las águilas los cuervos,
Y unos pobres sacristanes
Con los músicos maestros.
Mas dejando disparates,
De que el mundo está tan lleno,
¿A quién damos a Lisarda?

BRUNO

Dásela a algún palaciego.

FILETO

¡Malos años! Si mi amo
Oyera que tratáis deso,
Nadie quedara en su casa.

BRUNO

Pues dásela a un monasterio,
Y casemos a Belisa.

SALVANO

Ésa, ya veis que la quiero.

444. «*¡Malos años!*», exclamación popular análoga a otras, como: «¡Mal día!», «¡Mal tiempo!», etc..., llevan implícito el «para nosotros», anunciando lo que les vendría encima, que da sentido a la expresión. Véase el verso 616 del acto III.

447. Es decir que tome hábito en un monasterio. Las mujeres que no se casaban por alguna razón solían profesar de monjas. Para facilitarlo, entre las muchachas carentes de recursos económicos, muchas personas piadosas, que disponían de ellos, hacían fundaciones benéficas para las dotes de las doncellas que deseaban entrar en religión.

BRUNO

¿Cómo *quiero*, siendo yo
Quien tantos favores tengo?

SALVANO

Pues cuéntense los favores,
Y pierda el que tiene menos.

FILETO

Yo quiero ser el jüez.

SALVANO

Vaya.

BRUNO

Comienzo el primero.
A mí me dio por diciembre,
Estando al sol en el cerro,
Seis bellotas de su mano,
Y me dijo: «Toma, puerco.»

FILETO

Terrible es este favor.

SALVANO

A mí, una noche al humero,
Porque abrí mucho la boca,

451. Es decir que Bruno, considerándose favorecido de Belisa, no admite que se case con otro que con él. Más adelante pueden verse los *favores* o correspondencias amorosas que ella mostraba a los requiebros de Bruno y de Salvano, en que la rusticidad realista del barroco ha sustituido una vez más a la idealización renacentista. *Favor* en este caso equivale a «correspondencia amorosa».

461. «Estando *al humero*». *Humero* es el «cañón de chimenea por donde sale el humo», según define el *Diccionario* académico, pero no indica, en cambio, que, por extensión se llama así la «parte del hogar de la chimenea, de

. . . . . .
Me dio en aquestas costillas
Cuatro palos con un bieldo.

FILETO

¡Ese sí que fue favor,
Que le sintieron los huesos!

SALVANO

Mejor lo diré yo agora.
Toda una noche de enero
Estuve al hielo a su puerta,
Y al amanecer, abriendo
La ventana, me echó encima,
Viéndome con tanto hielo,
Una artesa de lejía.

FILETO

¿Muy caliente?

SALVANO

Estaba ardiendo.

campana o semejante, en torno al cual se sientan los amos y criados para calentarse y charlar las noches de invierno», costumbre que aún perdura, con su tono patriarcal, en muchas labranzas. También se llama *humero* el «lugar en que se ahuma la matanza para que se cure».

463. Falta el verso anterior, asonantado en -eo, que en el original podría tener el sentido de «por culpa de entrarme el sueño», o algo semejante.

464. Instrumento de uso agrícola, en forma de tenedor de tres o más dientes que sirve para aventar la parva separando el grano de la paja.

469. Esto es, recibiendo la nieve y la helada. Estar *al hielo*, es de construcción y sentido semejantes a estar «al sereno». Los versos que siguen de la comedia *Los amantes sin amor*, de Lope de Vega, dejan perfectamente aclarado el sentido de la expresión:

¿Qué noches habéis dejado
de dormir por este amor?
¿Qué *hielos* habéis sufrido
en esa puerta?

BRUNO

Todo es risa ese favor.
Yendo al soto por febrero
Belisa con su borrica,
Parió del pueblo tan lejos,
Que topándome allí junto,
Me mandó alegre que luego
Tomase el pollino en brazos
Y se lo llevase al pueblo.
Dos leguas y más le truje,
Diciéndole mil requiebros,
Como si hablara con ella,
Y aun él me dio algunos besos.

FILETO

Ea, que ninguno gana:
A los dos os doy por buenos.
Caso a Amarilis con Lauso,
Que ella es coja, y él es tuerto,
Y se irá lo uno por lo otro;
Caso a Tirsa con Laurencio,
Porque ella es loca, y él vano.

BRUNO

Dios les dé paz.

478. Pasaje anfibológico; la que parió fue la borrica, naturalmente, según confirma el texto que sigue.

484. *Requiebro* en la acepción de *lisonjear*, «mostrar afecto», por tratarse de algo que pertenecía a su amada Belisa.

493. *Vanidoso, hueco*, como se dice de los frutos que no tienen dentro la almendra y sólo son cáscara.

FILETO

Duda tengo.
Caso a Dorena y a Antón.

BRUNO

Es vieja.

FILETO

Es rica, y con eso
Pasará Antón mocedades.

BRUNO

Ni oírla ni verla puedo.
Han inventado los diablos
Acá en Francia un uso nuevo,
De andar la mujer sin toca...

FILETO

No debe de haber espejos.
Las niñas pasen, son niñas;
Pero unos sátiros viejos
Que descubren más orejas
Caídas que burro enfermo;

501. (Véase la nota 143 del acto I.) La moda de no llevar toca las mujeres no era sólo francesa, si es que lo era. Y es Lope mismo quien descubre que era también española, al menos, en un diálogo de su comedia *De cosario a cosario:*

«DON JUAN. ¿Por qué pensáis que no traen
tocas las mujeres ya?
DON FERNANDO. Más aire al rostro les da,
y mejor los rizos caen.
DON JUAN. Son engaños conocidos;
que por mejor escuchar,
no se han querido tapar
con las tocas, los oídos.»

Y otras que van por las calles
Mostrando tanto pescuezo,
Y las cuerdas cuando hablan
Parecen fuelles de herrero;
Y otras con mil costurones
De solimán mal cubierto;
Y otras que el pescuezo muestran
Como cortezas de queso,
¿Por qué han de dejar las tocas?

BRUNO

Por parecer niñas.

FILETO

¡Bueno!
Como se cuentan los años
Por el discurso del tiempo,
Ya se han de contar en Francia
Por arrugas de pescuezos.
La honestidad de la dama
Está en las tocas y velos:

510. *De herrería*, hubiera sido más exacto. Se alude a los que se emplean para avivar el fuego de la fragua, de gran tamaño.

512. El *solimán*, nombre vulgar del sublimado corrosivo, veneno activísimo, se fabricaba y vendía por los *solimaneros*, que tenían por industria el fabricarlo. Servía para dar color rosado a las mejillas principalmente. Lope nos lo dice en su comedia *El Aldegüela*:

«Que si en la color reparas,
que encierra en *solimán* bello.»

Y en *La Dorotea*, por boca de don Bela, sus fatales consecuencias: «efecto del *solimán*, que les quita los dientes y les arruga la tez del rostro.»

514. De *queso*... manchego, que es el que presenta en su superficie la huella de las numerosas hendidurillas de la pleita o molde en que se hace, semejantes a arrugas. Una vez más en esta comedia de acción en Francia nos sale al paso España y aun diría La Mancha.

Allí sí que juega el aire
Bullicioso y lisonjero.
Yo sé que han dicho en París
Que al Parlamento han propuesto
Contra pescuezos de viejas
Mil querellas los cabellos.
Ya no hay cabello con toca.

BRUNO

No te pudras, majadero.

526. La palabra *Parlamento* no tiene el sentido político que ahora. Se designa así un consejo supremo, que en España era el Consejo Real, fundamentalmente, que entendía en general de todo. Los otros eran el Supremo, el de Guerra, el de las Órdenes Militares, el de Indias, el de Hacienda, el de Italia, el de Aragón, el de Cámara, el de la Santa Cruzada, y algún otro.

En *El criticón*, de Gracián, se emplea la palabra Parlamento con el sentido indicado:

«...oficinas todas [los Colegios Mayores Universitarios] donde se labran los mayores hombres de cada siglo, las columnas que sustentan después los reinos, de quienes se pueblan los consejos reales y los *parlamentos* supremos».

Y en otro pasaje, con burla conceptista:

«Éstos —dijo— habían de ser del *parlamento*, pero no son sino del consejo de sí mismos.»

530. Pudrirse, con el sentido de *amargarse*, de *preocuparse* por ello. (Véase la nota 284 del acto I.) De *majadero*, cuya semántica está viva todavía, como sinónimo de necio, porfiado, torpe, etc., da una graciosa explicación el propio Lope en su comedia *El galán de La Membrilla*:

«TOMÉ. ¿Mas que no sabes, señor,
Porque llaman en España
Majadero a un necio?
DON FÉLIX. Extraña
Pregunta; pero en rigor,
Debe de ser porque muele.
TOMÉ. A una mano de mortero,
¿No la llaman majadero?
DON FÉLIX. Ese nombre tener suele.
TOMÉ. Pues es porque eternamente
Se dobla; y como pasar
Tieso un hombre es enfadar,
Queda diciendo la gente:
«¡Qué tieso va el majadero!»
Haciendo comparación

FILETO

Sí quiero, que no soy bestia,
Supuesto que lo parezco.

JUAN

Por cierto, mi Costanza, que quisiera,
Mirando tu humildad y tu hermosura,
Que este muchacho el rey del mundo fuera.
Yo admiro tu belleza y tu cordura.
Ya sabes que el dinero no me altera,
No gracias al trabajo y la ventura,
Sino al cielo no más, que con su mano
Colma tanto el rincón deste villano.
Pláceme de tratar el casamiento
Y de dotarte en treinta mil ducados.

De un necio con almidón,
A una mano de mortero.»

Por otra parte, por el parecido que con las *manos* de los morteros tienen en pequeño, los palillos o bolillos, que se utilzan para el famoso encaje español de este nombre, la calle de Madrid, donde los fabricaban, vino a llamarse de Majaderitos o Majadericos —la había, ancha y angosta, junto a la carrera de San Jerónimo— y en ella tuvo una casa Lope, que había heredado de su madre —quien vivió en ella— y más tarde vendió el *Fénix*.

En esta última acepción aparecen aludidos en la comedia de Lope *Los ramilletes de Madrid*, coetánea de *El villano en su rincón*:

«BELISA. Tráeme luego la labor;
no me vean tan ociosa.
FLORA. ¿Quieres las randas?
BELISA. Es cosa
cansada, aunque es de primor;
y entre tantos *majaderos*
hay uno que me ha quebrado
las manos.»

542. Para la opulencia de Juan Labrador, conforme a la anterior hipérbole de Lope en boca de Lisarda «No hay señor en París de tanta hacienda», la dote no es muy grande, aunque sí frecuente; en *Las bizarrías de Belisa*, la última comedia de Lope, la protagonista, lleva esa dote, amén de casa, joyas, vestidos, etc...

COSTANZA

Tierra soy de tus pies.

JUAN

Vuelve a tu asiento,
Si no es que del asiento estáis cansados.

LISARDA

Ya es hora de cenar, y este contento
Será bien que resulte en los criados.

JUAN

Vamos agora a casa.

ALCALDE

Feliciano,
Besa a señor por tal merced la mano.

«DON JUAN. Más de *treinta mil ducados*
de dote, sin esta casa,
tiene Belisa.

TELLO. ¿Y las joyas,
ricos vestidos y alhajas,
son barro? ¡Dichoso eres!»

Pero también menos, aun la mitad no era despreciable, según un personaje de *El sembrar en buena tierra*, del *Fénix:*

«Celia y él han dividido
treinta mil ducados ya;
pues con *quince*, claro está
que es bueno para marido.»

(Véanse las notas 677 del acto I y 933 del acto III.)

543. Imagen de refinado conceptismo, cuyo sentido sería: «tierra soy para que tus pies la pisen», en que se aquilata todavía, con más humillación propia para mayor grandeza del que recibe tal muestra de gratitud el rendido cumplimiento de estar a sus pies o besar sus pies, que, para diversión de quienes descubrimos las momias de la etiqueta, aún perdura entre nosotros ya que no muchas virtudes de la época en que se empleaba.

FELICIANO

No sé, señor, con qué palabras diga
Tu gran valor y entendimiento raros.

JUAN

El que Costanza y tu humildad me obliga.
Mi voluntad en público declaro.

BRUNO

¿El casamiento?

FILETO

Sí.

SALVANO

Todo se diga.
¡Cómo! Esto, ¿fue verdad?

JUAN

Nunca reparo
En pocas cosas; digo que se haga
Fiesta que a todo el pueblo satisfaga.
Dos toros quiero que corráis mañana.
¡Hola, Bruno!

BRUNO

Señor...

JUAN

Busca dos toros
Fieros como leones.

554. Se refiere al juego del casamiento que han estado haciendo anteriormente, en que, por broma, unieron a Feliciano con Constanza.

FILETO
Fiesta es llana.

BRUNO
Yo los traeré que despedacen moros.

SALVANO
¡Pardiez, que ha de salir mi partesana,
Y que no ha de quedar sangre en sus poros!

ALCALDE
Haga mañana fiestas nuestra aldea.

BELISA
Que sea para bien.

TODOS
Para bien sea.
(Vanse.)

El Rey.

REY
No pienso que he negociado
Poco en el dejar la gente

561. *Partesana* la explica Covarrubias de esta singular manera «arma embastada y muy usada en los palacios de los reyes, para guarda suya, dicha por otro nombre alabarda. Díjose de los partos, por ser arma que ellos usaron». Y añade en otro lugar «La guarda de a pie del Rey nuestro señor, usa traer esta arma, y por eso los llaman alabarderos». Dejando de lado la inventada etimología, se trata de una especie de alabarda, con gran hierro cortante, con dos aletas puntiagudas en la base y regatón de hierro al fin del asta.

562. Expresión anfibológica. Se refiere a que no ha de quedar sangre en los poros de la piel de los toros y no de la partesana, como disparatadamente pudiera pensarse sintácticamente.

Cenando al son de la fuente
Que cerca divide el prado.
¡Que me haya puesto en cuidado
Un grosero labrador!
Pero no se sigue error
De ejecutar este gusto,
Para que vea que es justo
Ver rey y servir señor.
Hubiera pocas historias
Si pensamientos no hubiera,
Con que la fama tuviera
En su tiempo estas memorias.
No todas añaden glorias
A un príncipe que hay algunas
Que, porque son importunas
Al gusto del poderoso,
No quiere estar envidioso
De las ajenas fortunas.
Yo veré, Juan Labrador,
Despacio tu pensamiento;
Que de tus venturas siento
Desprecios de mi valor.

Finardo.

FINARDO

¿Adónde mandas, señor,
Tenga el caballo mañana?

REY

Cuando de oro, azul y grana
Se vista el cielo, Finardo,

592. Rebuscada y topiquista metáfora para indicar el amanecer.

En este bosque te aguardo.
Y esto dirás a mi hermana.

FINARDO

Diré que en el monte quedas
Por matar un jabalí.

REY

Que tengo el puesto la di,
Y tomadas las veredas:
Y advierte bien que no excedas
Átomo de lo tratado.

FINARDO

Todo lo llevo en cuidado.

(Vase.)

REY

Y yo le tengo de ver
Si tiene mayor poder
Que la corona el arado,
Con diferente vestido
De mi profesión real,
Vengo a ver este sayal,
De la majestad olvido.

(Vase.)

FILETO *y* JUAN LABRADOR.

REY *(dentro)*

¡Ah de casa!

609. Fórmula frecuente para llamar cuando se entraba en una casa y no se hallaba nadie de ella en el portal, zaguán o patio de ella. Los pordioseros lo

FILETO
¿Quién vocea?

REY *(dentro)*
¿Vive aquí Juan Labrador?

FILETO
Por ti preguntan, señor.

JUAN
¿Quién quieres que ahora sea?

FILETO
Quien es, ya está en el portal.

JUAN
No se lleve alguna cosa;
Que anda mucha gente ociosa
Y que vive de hacer mal.
(Sale el REY.*)*

REY
No soy de los que decís,
Aunque os parezca extranjero,

solían sustituir por la salutación «Ave María Purísima», contestando de dentro, en vez de preguntar «¿Quién?», como en la otra, «Sin pecado concebida». Esta segunda salutación perdura todavía en el ambiente rural y en el religioso. De la primera no resta más que alguna alusión de tono humorístico o la expresión de esos cursis que en los bares distinguidos —según ellos— dicen al pagar: «A ver, *casa*, ¿cuánto debo?», si es que ello es resto de algo.

612. Es decir *a deshora*, fuera de la normal de recibir gente en una casa de aldea, donde se recogían mucho antes que en la ciudad y muchísimo antes que ahora. Aunque el texto tiene sentido, es posible que en el original dijera: «¿Quién quieres que *a esta hora* sea?», más en consonancia con la expresión de la época.

Porque soy un caballero
De los nobles de París.
Perdíme en esta montaña;
Sé que sois rico y sois noble;
Até mi caballo a un roble,
Por la obscuridad extraña,
Y al aldea vengo a pie,
Donde el cura me ha informado...

JUAN

El cura no os ha engañado.
Cena y posada os daré,
No como allá en vuestra casa
Con platos y vanidad,
Mas con mucha voluntad,
Al modo que acá se pasa.
¿Qué nombre tenéis?

REY

Dionís.

JUAN

¿Qué oficio o qué dignidad?

REY

Alcaide de la ciudad.
Y los muros de París.

JUAN

Nunca tal oficio oí.

628. Esto es, *cena*, y *alojamiento* donde pernoctar.
637. No es que Juan Labrador desconfíe de que exista el cargo de Alcaide de París, siendo plaza fuerte amurallada desde el reinado de Felipe II, *Augusto* (1180-1223), sino que su apartamiento de la Corte hace que ignore todo lo que se refiere a ella.

REY

Es merced que el Rey me ha hecho,
Por heridas que en el pecho,
Sirviéndole, recebí.

JUAN

Habéis hecho cosa dina
De un hidalgo como vos.
Sentaos, mientras a los dos
Nos dan de cenar. Camina,
Fileto; a mis hijos llama.

(Vase FILETO.*)*

Tomad esa silla, os ruego.

REY

Sentaos vos, que tiempo hay luego.

JUAN

¡Qué cortesano de fama!
Sentaos, que en mi casa estoy,
Y no me habéis de mandar;
Yo sí que os mando sentar,
Que en ella esta silla os doy.
Y advertid que habéis de hacer,
Mientras en mi casa estáis,
Lo que os mandare.

REY

Mostráis
Un hidalgo proceder.

648. Que cortesano más cabal, es decir, que por sus etiquetas es inconfundible.

JUAN

Hidalgo no, que me precio
De villano en mi rincón;
Pero en él será razón
Que no me tengáis por necio.

658. La verdad es que en España, que rige toda la vida de la comedia, no sólo nada se oponía a que un labrador fuese hidalgo, sino que esa profesión se consideraba propia de hidalguía, y así era admitido en las pruebas de limpieza de sangre o hidalguía que se realizaban previamente sobre el linaje de los que deseaban entrar en algunos cargos detreminados —Inquisición, Colegios Mayores, etc.— o cruzarse de caballeros de cualquiera de las Órdenes Militares: Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa. Lope trata de oponer, como en el pensamiento esencial de la comedia, a que ya se ha aludido, lo hidalgo, propio de los cortesanos, que lo habían de ser, a lo aldeano, que se denominaba socialmente, sin ofensa, villano. (Véanse las notas *, 6 y 888 del acto I.)

En una comedia suya, *Los Prados de León*, nos dice el propio Lope como ser villano o noble dependía al fin del Rey:

«Señor, esa mano pudo
hacer noble y caballero
a un villano, y esa mano
le podrá volver villano
como lo estaba primero;
que aunque es del rey el hacer
de un bajo un alto lugar,
también en el castigar
se muestra el justo poder.
Hazle poner en su traje
y que se vuelva a su aldea,
donde Bermudo no vea
la afrenta de su linaje...»

Por otra parte, podía haber villanos de «limpia sangre», a los cuales el Rey podía ennoblecer, aunque para ello no fuera necesario. Véase cómo habla un personaje de la comedia de Lope *Peribáñez y el Comendador de Ocaña:*

«...Yo soy un hombre
aunque de villana casta,
limpio de sangre, y jamás
de hebrea o mora manchada.

Y otro villano de la comedia del *Fénix, El Aldegüela,* exclama con razón:

No recibo por afrenta
que me hayáis dicho quien soy;
he de empezar mi linaje
como alguno lo acabó.»

REY

Si a París vais algún día,
Buen amigo, os doy palabra
Que el alma y la puerta os abra
En amor y hacienda mía,
Por veros tan liberal.

JUAN

¡A París!

REY

Pues ¿qué decís?
¿No iréis tal vez a París
A ver la Casa Real?
Mal mi gusto persuadís.

JUAN

¡Yo a París!

REY

¿No puede ser?

JUAN

De ningún modo, ¡por Dios!
Si allá os he de ver a vos,
En mi vida os pienso ver.

REY

Pues ¿qué os enfada de allá?

JUAN

No haber salido de aquí

Desde el día en que nací,
Y que aquí mi hacienda está.
Dos camas tengo, una en casa,
Y otra en la iglesia: éstas son
En vida y muerte el rincón
Donde una y otra se pasa.

REY

Según eso, en vuestra vida
Debéis de haber visto al Rey.

JUAN

Nadie ha guardado su ley,
Ni es de alguno obedecida
Como del que estáis mirando;
Pero en mi vida le vi.

REY

Pues yo sé que por aquí
Pasa mil veces cazando.

JUAN

Todas esas me he escondido,
Por no ver el más honrado
De los hombres en cuidado,
Que nunca le cubre olvido.
Yo tengo en este rincón
No sé qué de rey también;
Más duermo y como más bien.

REY

Pienso que tenéis razón.

JUAN

Soy más rico, lo primero
Porque de tiempo lo soy;
Que solo, si quiero, estoy,
Y acompañado, si quiero.
Soy rey de mi voluntad,
No me la ocupan negocios,
Y ser muy rico de ocios
Es suma felicidad.

REY

¡Oh filósofo villano!
(Aparte.)
Mucho más te envidio agora.

JUAN

Yo me levanto a la aurora,
Si me da gusto, en verano,
Y a misa a la iglesia voy,
Donde me la dice el cura;
Y aunque no me la procura,
Cierta limosna le doy,
Con que comen aquel día
Los pobres deste lugar.
Vuélvome luego a almorzar

REY

¿Qué almorzáis?

712. *Procurar* en la acepción de solicitar algo por cualquier medio. Es decir, el cura no tenía necesidad de pedirle nada porque se lo daba sin que se lo pidiera.

JUAN

Es niñería.
Dos torreznillos asados,
Y aun en medio algún pichón,
Y tal vez viene un capón.
Si hay hijos ya levantados,
Trato de mi granjería
Hasta las once; después
Comemos juntos los tres.

717. Cosa sin importancia, indigna de estimación.

718. Los torreznos o trozos de tocino frito o asado, eran el almuerzo habitual de los españoles del tiempo de Lope, sobre todo en el campo, costumbre, sin duda, nacida del afán de demostrar que no tenían nada de moros o judíos a quienes, como es sabido, sus respectivas religiones les prohiben igualmente a unos y a otros, comer carne de cerdo. Además se consideraba lo más sano. En otra comedia del *Fénix*, *San Nicolás de Tolentino*, nos lo dice y seguramente lo practicaba él:

«Quien con un torrezno asado
se desayuna, o con migas,
al doctor le da cien higas.»

En cambio, los madrileños solían desayunarse más, con unos trozos de *letuario* —confitura hecha con cascos enteros de naranja cocidos en miel— y un trago de aguardiente. Este último perdura aún en la Villa con la vulgar denominación de *suave*, entre la gente popular, quienes llaman a este trago mañanero «matar el gusanillo». Lope, también alude al popular desayuno madrileño en otra comedia, *Porfiar hasta morir*:

«Como era tan de mañana,
pense que a dar por las calles
letuario y aguardiente.»

722. *Granjería* se llamaba al producto de la labranza en general, según esta explicación excelente del citado Covarrubias, al hablar de *granjas*: «La posesión que se tiene en el campo, con casa y caseros, que tienen cuidado de lo que allí se cría, como las aves, los lechones, las palomas, los conejos del corral, los patos y anadones. Hácese allí el queso, requesón, natas, cuajada; tienen en su hortaliza, corrales para recoger el ganado y establos grandes para las bestias de labor; y en aquello se hace mucha ganancia, y ésta se llama propiamente *granjería*, y de allí se extendió a cualquier género de trato, del cual se saque alguna ganancia y provecho»... «Granjero, el que sabe ganar en trato con su hacienda y adelantarla. Granjear, negociar con diligencia alguna cosa de provecho y adelantamiento.» La descripción copiada es bien expresiva del ambiente de la comedia.

REY

Conozco la envidia mía.

JUAN

Aquí sale algún pavillo
Que se crió de migajas
De la mesa, entre las pajas
De ese corral como un grillo.

REY

A la fortuna los pone
Quien de esa manera vive.

JUAN

Tras aquesto se apercibe
—El Rey, señor, me perdone—
Una olla, que no puede
Comella con más sazón;
Que en esto nuestro rincón
A su gran palacio excede.

729. Comparación para indicar su pequeñez, en contraste con las grandes tierras que son su labranza. Lope, a su jardín de la casa de la calle de Francos, no mayor que el corral, le retrató en estos conocidos versos:

«Que mi jardín, mas breve que cometa,
tiene sólo dos árboles, diez flores,
dos parras, un naranjo, una mosqueta.»

731. *Grillos* a la fortuna, o sea que la tiene presa, sujeta para sí. El juego de palabras es entre el insecto y los grillos o prisiones de hierro que se ponían en los tobillos como en las muñecas las esposas, que hoy perduran.

737. Lope, que solía comer la olla o cocido al mediodía y por la noche —distribuyendo su contenido en dos *vuelcos* o partes, como era costumbre y aún perdura en algunos ambientes rurales— hace la descripción del famoso condumio entre personas acomodadas, pero en otra comedia suya, *El hijo de los leones*, nos describe otra opulenta; la llamada «olla podrida» en la Montaña santanderina, en versos que constituyen un verdadero bodegón poético, en el que apoya un humorístico sentido del invitado a comerla:

REY

¿Qué tiene?

JUAN

Vaca y carnero
Y una gallina.

REY

Y ¿no más?

«FAQUÍN. Es menester que a Lisardo
se le dé una cena honrosa...
Y ¿qué tenéis que le dar?
BATO. Una reverenda olla
a la usanza de la aldea,
que no habrá cosa que coma
con más gusto cuando venga;
que por ser grosera y tosca,
tal vez estiman los reyes
más que en sus mesas curiosas
los delicados manjares.
FAQUÍN. Me conformo con la olla
Píntame el alma que tiene.
BATO. Buen carnero y vaca gorda;
la gallina que dormía
junto al gallo, más sabrosa
que las demás, según dicen.
FAQUÍN. Me conformo con la olla.
BATO. Tiene una famosa liebre,
que en esta cuesta arenosa
ayer mató mi Barcina,
que lleva el viento en la cola.
Tiene un pernil de tocino,
quitada toda la escoria,
que chamusqué por San Lucas.
FAQUÍN. Me conformo con la olla.
BATO. Dos varas de longaniza,
que compiten con la lonja
del referido pernil;
un chorizo y dos palomas...
y sin aquesto, Faquín,
ajos, garbanzos, cebollas
tiene, y otras zarandajas.
FAQUÍN. Me conformo con la olla.»

Las *zarandajos* eran las verduras: nabos, zanahorias, etc...

JUAN

De un pernil —porque jamás
Dejan de sacar primero
Esto—, verdura y chorizo,
Lo sazonado os alabo.
En fin, de comer acabo
De alguna caja que hizo
Mi hija, y conforme al tiempo,
Fruta, buen queso y olivas.
No hay ceremonias altivas,

740. *Pernil* es el nombre exacto y clásico de lo que hoy llamamos *jamón*, cuando está ya curado. Ha de entenderse «parte de un pernil». La misma construcción se halla en las redondillas sobre *Su modo de vivir en la vejez*:

«Me dan asada y cocida
de una gruesa y gentil ave.»

745. *Caja*, se designaba frecuentemente la caja de conserva, de confitura, por lo general, que se hacían en las casas y solían tomarse de postre, o se empleaban como obsequio o para regalar con ellas a los huéspedes importantes. Es el *Fénix* mismo quien nos da más detalles en otras dos comedias suyas: *La discreta enamorada*, en que Belisa se alaba de sus conocimientos en la materia:

«...un regalo
mañana te quiero hacer.
¿Qué conserva comes bien?
Que soy en dulces notable;
de guindas es razonable,
y de perada también.»

Y *El cuerdo en su casa*, donde se alude a esta última conserva, muy en boga entonces, y se enumera lo que debe ofrecerse a un huésped de categoría:

«Muy a lo rústico andáis.
Una caja de perada,
algún vidrio de jalea,
cidra en azúcar, gragea,
o con ámbar nuez moscada,
es lo que habéis tener
para honradas ocasiones.»

747. *Aceitunas*. En Aragón se llaman así y también en algunas otras comarcas.

Truhanes ni pasatiempo,
Sino algún niño que alegra
Con sus gracias naturales;
Que las que hay en hombres tales
Son como gracias de suegra.
Este escojo en el lugar,
Y cuando grande, le doy,
Conforme informado estoy,
Para que vaya a estudiar,
O siga su inclinación
De oficial o cortesano.

REY

No he visto mejor villano
(Aparte.)
Para estarse en su rincón.

JUAN

Después que cae la siesta,
Tomo una yegua, que al viento

749. Alude a los complicados ceremoniales para servir una mesa real o de un gran señor, que pueden verse al detalle en *Etiquetas de la Casa de Austria*, de Rodríguez Villa. *Truhanes* eran los bufones u «hombres de placer», que durante las comidas de gran etiqueta divertían a los asistentes con sus chirigotas, sus frases y dichos ingeniosos, sus cuentos y sus gestos, alternando con los músicos que tocaban y cantaban también en tales fiestas y otras análogas. Más adelante se alude a esto último. (Nota 858 de este acto.)

759. *Oficial* se llamaba el menestral o artesano que dominando ya su oficio no era todavía maestro en él, a lo cual alude el texto. Por antonomasia, se llamaba Oficial al sastre, y además tenía otra serie de acepciones: «oficial de péñola» o escribiente; «oficial de sueldo», el que recibía jornal y no servía como meritorio, etc... También se llamaba *oficial* al verdugo. En todo caso se designaba así a quien por sus conocimientos o la protección del Estado, se consideraba autoridad en el oficio que ejerciera.

762. Que acaba la siesta. El dormirla era y es costumbre típica española, que se observa rigurosamente en los medios campesinos, y aun los trabajadores manuales de las mismas ciudades no prescinden de un rato de reposo después de comer, aunque no corresponda a la hora sexta, la etimológica de la palabra.

Vencerá por su elemento,
Dos perros y una ballesta;
  Y dando vuelta a mis viñas,
Trigos, huertas y heredades
—Porque éstas son mis ciudades—,
Corro y mato en sus campiñas
  Un par de liebres, y a veces
De perdices: otras voy
A un río en que diestro estoy,
Y traigo famosos peces.
  Como poco, y ansí a vos
Poco os daré de cenar,
Con que me voy a acostar
Dando mil gracias a Dios.

REY

  Envidia os puedo tener
Con una vida tan alta;
Mas sólo os hallo una falta
En el sentido del ver.
  Los ojos, ¿no han de mirar?
¿No se hicieron para eso?

764. Parece que ha de entenderse «por su propio elemento» y metafóricamente, «por su velocidad, igual que el viento mismo».

765. La *Ballesta* fue un arma de dos clases: la antigua, máquina de guerra para asaltar, que arrojaba piedras o grandes saetas, y la del tiempo de Lope que con mecanismo análogo, de impulsión por un muelle, que da el nombre al arma, arrojaba saetas de fuerza suficiente para cazar. A ésta se refiere Lope y no a la trampa del juego de naipes, llamada igual, que cita Quevedo entre otros.

783. La misma idea de estos versos la hallamos en otros de *La discreta enamorada*, la famosa comedia del *Fénix*:

«BELISA. Baja los ojos al suelo,
Porque sólo has de mirar
La tierra que has de pisar.
FENISA. ¡Qué! ¿No he de mirar al cielo?

JUAN

Que no les niego, os confieso,
Cosa que les pueda dar.

REY

¿Qué importa? ¿Cuál hermosura
Puede a una corte igualarse?
¿En qué mapa puede hallarse
Más variedad de pintura?
Rey tienen los animales,
Y obedecen al león;
Las aves, porque es razón,
A las águilas caudales.
Las abejas tienen rey,
Y el cordero sus vasallos,
Los niños rey de los gallos;

BELISA. No repliques, bachillera.
FENISA. Pues ¿no quieres que me asombre?
Crió Dios derecho al hombre
Porque el cielo ver pudiera;
Y de su poder sagrado
Fue advertencia singular,
Para que viese el lugar
Para donde fue criado.
Los animales, que el cielo
Para la tierra crió,
Miren al suelo; mas yo
¿Por qué he de mirar al suelo?»

794. En las escuelas y en los pupilajes de los estudiantes, se nombraba a un muchacho, por las Carnestolendas o Carnaval, y con la anuencia de los dómines o maestros que les enseñaban o regían, *Rey de Gallos*, para que, disfrazado con vistoso y llamativo atuendo, mandara sobre los demás durante las fiestas. Pero lo principal de éstas es que había de cortar la cabeza a un gallo —de los que era costumbre comer en ese tiempo— colgado de ella, al pasar junto al ave a caballo, con una espada u otra arma cortante, empuñada en la diestra; acto imprescindible para su coronación y vestimenta en que lo más saliente era una caperuza con plumas, a modo de casco guerrero.

Que no tener rey ni ley
Es de alarbes inhumanos.

JUAN

Nadie como yo le adora,
Ni desde su casa ahora
Besa sus pies y sus manos
Con mayor veneración.

REY

Sin verle, no puede ser
Que se pueda echar de ver.

JUAN

Yo soy rey de mi rincón;
Pero si el Rey me pidiera
Estos hijos y esta casa,
Haced cuenta que se pasan
Adonde el Rey estuviera.
Pruebe el Rey mi voluntad,
Y verá qué tiene en mí;
Que bien sé yo que nací
Para servirle.

REY

Es verdad.

798. *Alarbe* o *alárabe* significa *árabe*, y por caracterización semántica, muy justificada, «hombre inculto o brutal». Naturalmente referido, no a los árabes puros, creadores de la mezquita de Córdoba, del Alcázar de Sevilla o de la Alhambra de Granada, sino a los posteriores a la Reconquista, mezcla de razas diversas, que los alejan tanto de los árabes como de España, por lo cual han adoptado la amplia denominación de musulmanes.

808. El texto que se sigue: «Haced cuenta que se pasa». La corrección efectuada en el presente no ofrece lugar a duda, y da el exacto sentido.

Si necesidad tuviese,
¿Prestaréisle algún dinero?

JUAN

Cuanto tengo, aunque primero
Tres mil afrentas me hiciese;
Que del señor soberano
Es todo lo que tenemos,
Porque a nuestro Rey debemos
La defensa de su mano.
Él nos guarda y tiene en paz.

REY

Pues ¿por qué dais en no ver
A quien noble os puede hacer?

JUAN

No soy de su bien capaz,
Ni pienso yo que en mi vida
Puede haber felicidad
Como es esta soledad.

Fileto.

FILETO

La cena está apercebida.

829. *Preparada.* No es acepción de *apercibir* frecuente ya, y en esta palabra, en el texto, se ve la tendencia rústica de abrir las vocales: «apercebir».

JUAN

Metan la mesa, y dirás
A Lisarda y a Belisa
Que echen sábanas aprisa
Donde sabéis, y no más;
(Vase FILETO.*)*
Que, por la bondad de Dios,
Habrá bien donde durmáis.

REY

En alto descanso estáis.

JUAN

Tal le pedid para vos.

(Sacan una mesa baja, con pan, salero, cuchillo, y vayan entrando villanos con platos cubiertos.)

830. La expresión «metan la mesa», es decir, que la traigan a donde están, responde a una realidad que se confirma en la indicación escénica que sigue más adelante. El comedor actual, de influencia renacentista, no existía, casi hasta el siglo XVIII, y no totalmente, en ninguna casa española, no siendo la de los Reyes o la de algún poderoso. Lo acostumbrado era llevar una mesa, más o menos lujosa, más o menos abastecida —baja y con los indispensables pan, salero, cuchillo y mantel, aunque no lo indique Lope— al lugar donde estaban los que habían de comer y luego, concluido el yantar, levantar los manteles y alzar o llevarse la mesa, como se verá más adelante.

832. *Echar sábanas*, equivalía a la actual frase «hacer la cama». Ha de tenerse en cuenta que en la mayoría de los casos —aunque éste no sirva de ejemplo ya que se trata de la llegada imprevista de un huésped— los lechos, por lo general, no se preparaban hasta el momento de acostarse y no todos los habitantes de una casa, y menos rural, disponían de alcoba. Las criadas dormían habitualmente en la cocina. Los mozos de servicio en las cuadras, pajares, zaguanes, sobre enjalmas o aderezos de las caballerías o colchonetas improvisadas.

«Y no más», que sigue, determina que no son necesarias más cosas ni demorar lo ordenado.

835. Lo correcto sería: *Habrá donde bien durmáis*, pero como dudo de si será errata o una los habituales distracciones del Lope «fa presto» que se hallan hasta en sus autógrafos, no la corrijo en el texto.

FILETO
La mesa tienes aquí.

JUAN
A ella os podéis llegar.

REY
Aquí me quiero asentar.

JUAN
No estáis bien, hidalgo, ahí;
Poneos a la cabecera.

REY
Eso no.

JUAN
En mi casa estoy;
Obedecedme, que soy
El dueño.

REY
Más justo fuera
Que yo estuviera a los pies.

JUAN
Haced lo que os he mandado;
Que del dueño que es honrado,
Siempre el que es huésped lo es;
Y por ruin que el huésped sea,
Siempre el dueño le ha de dar
Por honra el mejor lugar.

REY *(aparte)*
¿Habrá quien aquesto crea?

JUAN
Mientras comemos, podréis
Cantarle alguna canción.

REY *(aparte)*
¡Buen villano y buen rincón!
¿Música también tenéis?

JUAN
Es rústica. Comenzad.

LISARDA, COSTANZA, BELISA *y* FELICIANO.

REY
¿Quién son aquestas señoras?

JUAN
No señoras, labradoras
Desta aldea las llamad.
Ésta es mi hija, y aquélla
Mi sobrina, y ha de ser
De ese mochacho mujer.

858. Ante el asombro del Rey, de que haya música mientras comen después del desprecio de Juan Labrador por las costumbres cortesanas, éste contesta explicativo: «Es rústica»; es decir, nada tiene que ver con la de los grandes banquetes cortesanos. (Véase la nota 749 de este acto.)

861. *Señoras* eran las damas de la Corte; *labradoras*, por ser su habitual oficio, las villanas.

864. Alude respectivamente a Lisarda, Constanza y Feliciano que están presentes. *Muchacho*: la forma del texto, anticuada y rústica, conserva no obstante la *o* etimológica, que se redujo a *u*.

REY
Cualquiera en extremo es bella.

JUAN
Cenad, que no es cortesía
Ni el alabar ni el mirar
Lo que el dueño no ha de dar.

REY
Por servirlas lo decía.

JUAN
Servid vuestra boca agora
De lo que a la mesa está;
Que en vuestra casa no habrá,
Por dicha, mejor señora.

LISARDA
Notablemente parece,
(Aparte a FELICIANO.*)*
Feliciano, este mancebo
Al Rey.

FELICIANO
Un milagro nuevo
De naturaleza ofrece.
Pero engáñase la vista
Mirando con religión
Al Rey.

870. Ya se indicó el sentido amoroso de *servir* a una dama (véase la nota 37 del acto I), contra el que reacciona Juan Labrador.

871. Es decir, de lo que es lícito disponer porque él se lo ha ofrecido y en la mesa está.

COSTANZA

Y tiene razón;
Que ¿hay luz que al mirar resista
En la presencia de un rey?

REY

Beber, buen huésped, quisiera.

JUAN

Pedidlo, que yo bebiera
Si sed tuviera.

LISARDA

Y es ley
Que a huésped tan principal
Le lleve de beber yo.

BRUNO

¿Cantaremos?

REY

¿Por qué no?
Que éste es convite real.

880. Por Andalucía aún perdura esta sinonimia: «con religión»=«con devoción». Es frecuente la frase: «estaba en misa con mucha religión».

887. El dar de beber iba unido a un acto de respeto y honor. Para dar de beber a los reyes y grandes señores, el que servía hincaba una rodilla en tierra y en las comidas de menos etiqueta había de ser el anfitrión, su esposa o uno de sus hijos, si estaban presentes, los que servían el vino. Esta costumbre de escanciar los vinos los anfitriones, aunque el resto de la comida esté a cargo de los servidores, perdura aún en algunos lugares de Europa —donde brindar es obligado en todo caso— y también en otros de España.

889. Humorísticamente dice la verdad el Rey, que extrañamente no capta Juan Labrador.

MÚSICOS

¡Cuán bienaventurado
Aquel puede llamarse justamente,
Que sin tener cuidado
De la malicia y lengua, de la gente,
A la virtud contraria,
La suya pasa en vida solitaria!
Caliéntase el enero
Alrededor de sus hijuelos todos,
A un roble ardiendo entero,
Y allí contando de diversos modos
De la extranjera guerra,
Duerme seguro y goza de su tierra.

JUAN

Alzad la mesa, que es tarde,
Y querrá el huésped dormir.
Pero dejadme decir,
Aunque un momento se aguarde,
Mi oración.

REY *(aparte)*

¡Qué labrador!

JUAN

Gracias os quiero ofrecer,
Pues que me dais de comer
Sin merecerlo, Señor.

900. La alusión a comentar los acontecimientos de las guerras extranjeras es un recurso del autor para dar más relieve aún al tranquilo cuadro familiar que pinta en la canción, cuyo texto completo figura en la *Antología* (pág. 265).

REY

¡Breve oración!

JUAN

Comprehende
Más de lo que vos pensáis.
Bien es que a acostaros vais,
Que es tarde y el sueño ofende.
Quedad con Dios, que al aurora
Yo mismo os despertaré.

(Vanse todos, menos el REY, LISARDA *y* BELISA.*)*

REY *(aparte)*

Ya el filósofo se fue.

(a LISARDA.*)*

Un poco aguardad, señora.

LISARDA

Belisa os descalzará.
No me tengáis, por mi vida.

REY

¿No es cortesía que pida
Que me descalcéis?

LISARDA

Será.

910. *Contiene*. Acepción del verbo *comprender*, antiguo *comprehender*, que va en desuso.

916. Irónicamente llama el Rey *filósofo* a Juan Labrador, por las teorías que ha expuesto.

BELISA

Yo, señor, me quedaré
A descalzaros aquí.

REY

Antes si os vais, para mí
Será más merced.

BELISA

Sí haré. 925

(Vase.)

REY

Oid.

LISARDA

¿Qué?

REY

La mano os pido.

LISARDA

¿La mano?

REY

La mano quiero.

925. El descalzar las damas a los caballeros no era función humillante ni de servicio. Tenía arraigo medieval. Las botas altas, general calzado de los hombres entonces, fueran de una u otra clase; pero siempre estrechas y más en la época de Lope (véase la nota 17 del acto I) no podían quitarse sin ayuda, que por deferencia prestaban las mujeres, aunque hubiere escuderos, y si no, éstos o las sirvientes. En esta escena, Lisarda no se ofende de que la diga el Rey que le descalce, pero sí de que sea un pretexto para retenerla junto a sí porque adivina sus intenciones, de manifiesto en lo que sigue. Por la misma razón le rechaza Costanza, y, para evitarlo, Belisa, que estaeba dispuesta a descalzarle, también se niega al fin, por los galanteos del Monarca, que de no ayudarle dormirá calzado y para evitarlo se contenta con un criado cualquiera.

LISARDA

A fe que sois, caballero,
Para huésped, atrevido.
Pero debéis de saber
De aquesto de adevinar.

REY

Pues eso quiero mirar.

LISARDA

Pues eso no habéis de ver

REY

¿Y si me caso con vos?

LISARDA

¡Qué presto los cortesanos
Se casan y piden manos!
Facilitos son, ¡por Dios!
Y es que deben de pensar,
Como acá somos villanas,
Que nos han de dejar llanas
Con sólo nombrar casar.

931. *Adivinar.* La preferencia sistemática en el lenguaje rústico a abrir las vocales, da la forma del texto.

933. El sentido de este pasaje aparece claro si se tiene en cuenta, que al pedir el Rey la mano de Lisarda, ésta desvía la intención fingiendo que cree que va a adivinarle algo por medio de la quiromancia.

941. Otros textos del mismo Lope en sus comedias nos demuestran como las mujeres accedían a todo, se allanaban o quedaban *llanas*, si se les daba promesa de casamiento; aunque ya estaban escarmentadas de que no se la cumplían:

En *La discreta venganza*, dice un personaje:

«...¡Qué presto dan
las mujeres en la red,
tratándoles casamiento!»

Acuéstese su merced;
Santígüese muy atento
Contra cualquier pensamiento.

REY

Oid, esperad, tened.

LISARDA

Suelte; que el diablo me lleve
Si no le dé un mojicón.
¿A villana en su rincón
Desa manera se atreve?
¡Arre allá con treinta erres!

REY

No hay quien sin rincón esté.
Oye, escucha. *(Vase* LISARDA.*)* Ya se fue.
Pues si te vas, no me cierres.
(Cierra LISARDA *la puerta por dentro.)*
Aquésta, ¿es casa encantada?
¿Qué es esto, Dios? ¿Dónde estamos?
¿Qué filosofía es ésa?

Y en un bello soneto de *El galán escarmentado*:

«Adiós, doncellas fáciles y blandas,
que, en nombrándoos cualquiera casamiento,
dejáis las esperanzas de otro al viento.»

947. Mientras Covarrubias define esta palabra como «el golpe que se da a puño cerrado, por otro nombre puñada», el *Diccionario* académico, especifica «golpe que se da en la cara con el puño», quizás más en consonancia con su semántica actual, pero en el texto tiene mejor el más amplio sentido primero.

950. Siendo *¡arre!* la interjección característica que se emplea para hacer andar a las bestias, puede calcularse el sentido ofensivo con que aquí se emplea, reforzado aún más con la reiteración del áspero sonido de la *r*, aludido con una fina y penetrante percepción fonética.

¿En qué laberinto he dado?
¿Cómo me he metido aquí?
¡Hola, gente! ¿Con quién hablo?
Que es ésta la cama pienso.

Costanza.

COSTANZA
¿Qué dais voces? ¿Mandáis algo?

REY
¿Es ésta mi cama?

COSTANZA
Sí,
Muy bien; podéis acostaros.

REY
Pues entretenedme un poco;
Que soy hombre de regalo.

COSTANZA
Entreténgale una fiera
De las que andan por el campo.

REY
Escucha.

965. *Hombre de regalo* es lo mismo que acostumbrado al regalo, a lo exquisito, a lo delicado. En cambio, *caballo de regalo* es el que se utiliza sólo para lucimiento de su dueño. Las palabras sobre este concepto que define Covarrubias, encajan por casualidad, no por semántica en este caso: «*regalo*, trato real y *regalarse* tener las delicias que los reyes pueden tener.»

COSTANZA

¿Qué he de escuchar?
¡Valga el diablo el cortesano!
(Vase.)

REY

¡Bueno me ponen, por Dios!
Extrañas burlas me paso.
Quiero acostarme, que temo
Que entren también los villanos.
Mas ¿si me acuesto y es ésta
De alguno que está en el campo,
Y viene a acostarse a escuras?

Belisa.

BELISA

¿Qué manda, señor hidalgo,
Que da voces a tal hora?

REY

Hállome aquí tan extraño,
Que no sé adónde me acueste.

BELISA

Pues ¿qué os falta?

969. El empleo del acusativo en vez del dativo, como en el texto, era frecuente en estos casos, y no parece que pueda ser error del texto, ya que se repite la frase igual más adelante (Verso 988).

976. *Oscuras*. La forma del texto se debe a que la *e* inicial, que sustituyó en castellano a la *s* líquida, en las palabras latinas que por ella empezaban, atrajeron a otras que como *obscuro* —de *obscuru*— no la tenían. También se hallará más adelante, conviviendo con esta anticuada forma, la actual.

REY
Algún criado.

BELISA
Debéis de ser melindroso:
¿Por ventura tenéis asco?
Pues allá no habrá colchones
Ni tan limpios ni tan blancos.
Échese su porquería.
¡Valga el diablo el cortesano!

REY
Descalzadme vos.

BELISA
¡Qué lindo!
Duerma una noche calzado.

REY
Tomar quiero su consejo.
Paréceme, y no me engaño,
Que detrás destas cortinas
Tose un hombre. Pues ¿qué aguardo?
Sacaré la espada.

OTÓN, *saliendo de la alcoba.*

OTÓN
Tente,
Tente.

986. Sobre *melindres*, véase la nota 138 del acto I. *Su porquería*, por afinidad morfológica y burlesca con *su señoría*, de forma insultante.

REY

¡Otón! ¡Extraño caso!
¡Otón detrás de la cama!

OTÓN

Oye la causa.

REY

¿Qué tardo
En darte la muerte?

OTÓN

Escucha,
Señor; que no estoy culpado.

REY

Pues ¿cómo has venido aquí?

OTÓN

¿Quién hubiera imaginado
¡Oh famoso Ludovico,
Rey de los lirios dorados!
Que aquí esta noche durmieras?

REY

Aqueste villano sabio
Me ha traído a conocerle
En hábito disfrazado.
Ser cazador he fingido,
Desta manera pensando

1003. Las *flores de lis*, en oro. (Véase la nota 957 del acto I).

Oír de su misma boca
Tan notables desengaños.

OTÓN
Pues a mí me trujo amor.

REY
¿Aquí estás enamorado?

OTÓN
Sí, señor.

REY
¿Es de Lisarda?

OTÓN
Por su hermosura me abraso.
Habléla junto a aquel olmo
Aquesta noche bailando;
Diome una llave y entré,
Para hablar despacio entrambos,
En la huerta de su casa.
Pero como tú has llegado
Y anda todo de revuelta,
Fue esconderme necesario,
Y yo me he metido aquí.
Por no hallar otro sagrado.

1022. *De revuelta*, en revolución. Construcción frecuente: «de reforma», «en reforma», etc...

1025. Donde esconderse y estar seguro. «Acogerse a sagrado» lo hacían los delincuentes para evitar la acción de la Justicia, aunque fuera temporalmente, aprovechándose del privilegio que tenían las iglesias, conventos, etcétera, de no poder ser allanadas o invadidas por nadie sin la autorización de sus jerarquías que, en tales casos, no solían darla por caridad cristiana.

REY

¿Que a Lisarda quieres bién?

OTÓN

¿Parécete gran milagro,
Siéndolo su ingenio y rostro?

REY

Entra; hablaremos despacio
Sobre tu intención en esto,
Y tú sabrás qué milagro
Me trujo adonde he venido
A ver, siendo rey tan alto,
El villano en su rincón,
Pues no ve al Rey el villano.

Un caso de estos, bien conocido de Lope, fue que, en 1628, siendo su hija Marcela ya monja profesa en el convento de las Trinitarias Descalzas de la calle de Cantarranas, se acogió a sagrado en él el cómico Pedro de Villegas, perseguido por otro genio del teatro, don Pedro Calderón de la Barca, porque había herido en una riña a un hermano del dramaturgo. Pero esta vez la justicia, con él, penetró en el convento y sacó al cómico, dando lugar con ello a que el *Fénix* se lamentara del suceso en una carta, al duque de Sessa.

1028. Se trata de un ceugma: «siendo *milagro* su ingenio y rostro».

ACTO TERCERO

FILETO, BRUNO *y* SALVANO *con unas varas.*

FILETO

Hogaño hay linda bellota.

BRUNO

Lindos puercos ha de haber.

SALVANO

La que ya pensáis comer
Parece que os alborota.

FILETO

A lo menos la aceituna
Que habemos de varear
No deja que desear.

2. Del significado de *lindo* en la época ya se ha tratado. Aquí se emplea la primera vez de un modo recto; la segunda burlescamente, si se tiene en cuenta lo dicho en la nota 78 del acto I.

6. La forma *habemos* del texto conserva las sonoras pretónicas, sin contracción, como en la forma que perdura, *hemos*. Se trata de un aspecto del lenguaje rústico, propio de algunos personajes de la comedia, como ya se dijo en su estudio. *Varear* la aceituna, es decir, varear los olivos donde está

BRUNO

No he visto mejor ninguna.

SALVANO

Comenzad a sacudir;
Que a fe que tenéis que hacer.

FILETO

Llegue quien ha de coger.

BRUNO

Mucho tardan en venir.

FILETO

Por el repecho del prado
Nuesama y sus primas vienen.

BRUNO

¡Verá el reliente que tienen!

FILETO

¿Cantan?

SALVANO

Sí.

para que caiga, es, como se sabe, el medio de recogerla cuando ya está madura para la cosecha. Más adelante, en el texto de la comedia se alude a ello.

12. Es decir, las mujeres, como se ve por lo que sigue, que eran siempre las encargadas de esta labor y no habían venido aún. Tal costumbre está viva hoy en gran parte de España.

14. Contracción popular de *nuestra ama*. Se trata de Lisarda, Constanza y Belisa.

15. Forma rústica de *relente*, en la acepción figurada de *sorna, frescura, broma*.

BRUNO
¡Lindo cuidado!

LISARDA, COSTANZA *y* BELISA *con varas; villanos y músicos.*

MÚSICOS *(cantan)*
¡Ay fortuna,
Cógeme esta aceituna!
Aceituna lisonjera,
Verde y tierna por defuera,
Y por de dentro madera,
Fruta dura e importuna.
¡Ay fortuna,
Cógeme esta aceituna!
Fruta en madurar tan larga,
Que sin aderezo amarga,
Y aunque se coja una carga,
Se ha de comer sola una.

21. Las formas *de fuera* o *defuera* y *de dentro*, fueron simplificadas, sin duda por creer una reiteración, inexistente, de la preposición *de* en la segunda —y por la analogía extendida a la primera— en las actuales *fuera* y *dentro*, respectivamente.

22. Alude al aspecto verde y brillante de la aceituna exteriormente y luego a su dureza y sabor amargo que desaparece teniéndola en agua, que se renueva periódicamente hasta lograrlo o en otras sustancias más activas, para luego aliñarla de la forma que sea.

27. *Carga* se llama en el lenguaje popular campesino, a la unidad de medida —lo que puede cargar un macho o acémila— de leña, carbón, frutos, etcétera, que fluctúa, según los lugares, entre tres o cuatro fanegas, cuando se trata de grano, poco más o menos lo que daría una carga de aceituna, considerada a estos efectos como tal.

28. Responde a lo que dice Correas en su *Vocabulario:* «Aceituna, una». Y añade: «Porque muchas no hacen provecho y son melancólicas». El mismo Correas, cita y comenta refranes análogos: «Aceituna una, dos mejor y tres peor», «Aceituna, una es oro; dos plata y la tercera mata» —«Es lo más cierto», comenta—; y también se ha procurado aunar en otro refrán el peligro con el placer gastronómico: «Aceituna, sólo una y si es buena, una decena», que un entusiasta amplió hasta satisfacerse, sin duda: «Aceituna, sólo una y si es buena, ciento una».

¡Ay fortuna,
Cógeme esta aceituna!

FILETO
¿Es para hoy el venir?

SALVANO
¡Qué bien se hará el varear
Con cantar y con bailar!

LISARDA
Comencemos a reñir,
¡Por vida de los lechones!

SALVANO
Más nos valiera callar.

BRUNO
Hoy es día de cantar,
Y no de malas razones.
Mi instrumento traigo aquí,
Y a todas ayudaré.

LISARDA
También yo de burla hablé.

COSTANZA
Todos lo entienden ansí.

35. Se trata de una interjección metafórica. *Lechón* es el cochinillo que aún mama, preferido por la gastronomía en todos los tiempos.

38. «Día de *malas razones*», o sea, «de disputa, por no haberlas buenas» no figura en el *Diccionario* académico, pero sí «alcanzar de razones a uno», o dejarle de modo que no puede seguir la disputa y «atravesar razones», «travarse de palabras» y otras varias análogas, que tienen igual sentido que la frase comentada.

Esténse las aceitunas
Por un rato entre sus hojas,
Y templemos las congojas
De algún disgusto importunas,
Ansí Dios os dé placer.

BELISA

Bien dice, pues nadie aguarda.

COSTANZA

¿De qué estás triste, Lisarda?

LISARDA

No veo, y quisiera ver.

COSTANZA

Ya te entiendo; pero advierte
Que el bien que no ha de venir
Es discreción divertir.

LISARDA

Antes el mal se divierte.
Vaya, Tirso, una canción,
Y bailaremos las tres.

BRUNO

Vaya, pues habrá después
Para la vara ocasión.

54. *Divertir*, en su acepción de «apartar», se emplea en el primer caso; en el segundo se hace un conceptista juego de palabras, y se emplea en la acepción, hoy más corriente de «entretener», «recrear», etc... Sobre *discreción*, aquí empleada en su recto sentido semántico, véase la nota 767 del acto I.

58. Esto es para recoger la aceituna. (Véase la nota 6 de este acto.)

MÚSICOS

Deja las avellanicas, moro,
Que yo me las varearé.
Tres y cuatro en un pimpollo,
Que yo me las varearé.

Al agua de Dinadámar,
Que yo me las varearé.
Allí estaba una cristiana;
Que yo me las varearé.
Cogiendo estaba avellanas;
Que yo me las varearé.
El moro llegó a ayudarla,
Que yo me las varearé.
Y respondióle enojada:
Que yo me las varearé.

Deja las avellanicas, moro,
Que yo me las varearé.
Tres y cuatro en un pimpollo
Que yo me las varearé.

59. La canción de varear avellanas entre los vareadores de aceitunas, ni parece lógico ni realmente tiene un sentido popular, ya que la cosecha de las avellanas jamás ha sido semejante en importancia a la de la aceituna ni ha implicado nunca una tarea agrícola de carácter general. ¿No diría el texto original: «Deja las *aceitunicas*, moro» y luego *aceitunas* donde dice *avellanas*? No creo lícita la corrección, sin embargo, ya que pudo incluir Lope la canción por la asociación de ideas que hay entre ella y el texto. Las avellanas se comían mucho entre los arabes y moriscos.

61. *Pimpollo*, significa de modo general el renuevo de las plantas y por extensión, como en «capullo», el racimo del fruto, que presenta aspecto análogo en las avellanas. La acepción empleada por Lope, no figura en el *Diccionario* académico.

63. El agua de «la fuente de Dinadamar o Ainadamar», símbolo del amor, era del gusto de Lope, según observa Bataillón, ya que la encuentra en *El hidalgo Bencerraje* y en *La envidia de la nobleza*, dos de sus comedias.

Era el árbol tan famoso,
Que yo me las varearé.
Que las ramas eran de oro;
Que yo me las varearé.
De plata tenía el tronco;
Que yo me las varearé.
Hojas, que le cubren todo,
Que yo me las varearé.
Eran de rubíes rojos;
Que yo me las varearé.
Puso el moro en él los ojos;
Que yo me las varearé.
Quisiera gozarle solo;
Que yo me las varearé.
Mas díjole con enojo:
Que yo me las varearé.

Deja las avellanicas, moro,
Que yo me las varearé.
Tres y cuatro en un pimpollo,
Que yo me las varearé.

SALVANO

Quedo, que he visto venir
Por en somo de la cuesta
Gente, a lo de Corte, apuesta.

FILETO

Bien os podéis encubrir;
Que a la fe que es gente honrada.

99. Esto es «vestida a la manera de la Corte» y *apuesta*: «de buen tipo».

LISARDA

Ponte, Costanza, el rebozo;
Que yo me muero de gozo,
Y tengo el alma turbada. *(Aparte a ella.)*

(Pónense los rebozos las tres.)

BRUNO

Haya un poquito de grita. 105

SALVANO

Vaya en la Corte se llama.

OTÓN *y* MARÍN.

MARÍN

Aquí hay villanas de fama.

102. El *rebozo* era la forma de colocarse el manto o la capa que se hizo extensivo a veces, como en este caso, a las prendas citadas, sobre todo a la primera. Así ir *de rebozo*, o *rebozada* una dama, era lo mismo que llevar el manto encubriéndose de modo que no se la conociera. Lope mismo en su comedia *La hermosa fea*, lo emplea de idéntica forma. A la vez nos indica que servía para poco lógicamente:

«DUQUESA. Bien me holgara que te hubiera
El Príncipe visitado,
Y que el venir *rebozado*
Menos disculpa le diera.
Mal cumplió la obligación
De pariente.
CELIA. Pensaría
Que el secreto me daría
Bastante satisfación
Pues parece que la tiene
Para ocasiones mayores.
DUQUESA. El secreto en los señores
Cuando *de rebozo* vienen
Es mayor publicidad,
Porque todos hablan dellos.»

106. Para *grita* y *vaya*, véase la nota 101 del acto I.

OTÓN
Alguna, Marín, me quita
El alma y la libertad.

BRUNO
¿Adónde van los judíos?

MARÍN
A buscaros, deudos míos,
Para haceros amistad.

FILETO
Por dondequiera que fueres,
Te alcance la maldición
De Gorrón y Sobirón

110. El insulto de tildar de *judíos* a Oton y a Marín, ofensa muy de la época, tiene la respuesta pronta en el segundo cuando los llama *deudos*, ya que el ser pariente o descendiente de ellos era lo mismo a los efectos de las indagacions de limpieza de sangre o probación de cristiano viejo, es decir no converso, precisa para desempeñar ciertos cargos y empleos. (Véase la nota 658 del acto II.)

115. En la Edad Media, era costumbre escribir al final de los documentos legislativos una conminación o maldición por su incumplimiento, capaz de amedrentar el corazón más indiferente a las leyes. Eran muy frecuentes las de amenazar con la suerte fatídica de *Sodoma* y *Gomorra*, de la Pentápolis maldita, que fueron abrasadas por el fuego del cielo, para castigar sus vicios o la de *Datán* y *Abirón*, tragados por la tierra por haberse opuesto a Moisés. Debo estos datos a mi sabio y querido colega Francisco Cantera Burgos, a quien doy las gracias públicamente.

Lope, conociendo como todos entonces estas maldiciones o amenazas, hace que Fileto, con su rusticidad, trueque las palabras, en un cruce fonético, deformándolas además, y de *Sodoma* y *Abirón*, salió *Sobirón*, y de *Gomorra* y *Abirón*, también —téngase en cuenta que lo que le quedaba en el oído, muy bien visto por Lope, era el final de esta maldición—, *gorrón*, palabra que oía a menudo, más que las otras.

Los estudiantes universitarios se dividían, por su atuendo, en dos grupos: *manteístas*, de manteo y montera y *gorrones* o *capigorrones*, de capa y gorra. Los primeros eran los pertenecientes a familias adineradas y los segundos, pobres, vivían de servir a los otros de repetidores —tomándoles los apuntes en clase y repasándoselos en casa— o de acompañantes simplemente, prestándoles servicios domésticos. En todo caso eran unos y otros camaradas

Con agujas y alfileres.
Dente de palos a ti,
Y otros tantos a tu mozo.

OTÓN *(a* LISARDA*)*
¡Ah, reina, la del rebozo!

LISARDA
¡Oh, qué lindo! ¡Reina a mí! 120

BRUNO
Mala Pascua te dé Dios,

a los efectos de la vida universitaria. Por ello, la palabra *gorrón* y la expresión derivada, moderna «vivir de *gorra*», que hoy perduran, se dice de los que viven o comen, etc..., a costa de otro que les invita. Las dos palabras clásicas se encuentran en el teatro de Lope. En *El saber por no saber*, dice el gracioso Tomé:

«Yo, señor, a lo *gorrón*
más quiero una cuarentona
que no pide ni se entona...»

Y en *La escolástica celosa:*

«Decio, ese *capigorrón*
que nos compra de comer...»

116. La expresión, «con agujas y alfileres», rematando y dando mayor fuerza a la maldición, es una fórmula, procedente, sin duda de algún conjuro que era popular y no he podido identificar. Alguna vez la he oído, también, de forma análoga, pero no recuerdo. Las agujas y alfileres eran empleados continuamente en los hechizos de varias maneras, pero sobre todo de una —a la que parece referirse el texto de Lope— consistente en atravesar con ellos, de formas diferentes, muñecos o figuras de las personas a quienes se quería hacer daño, las cuales sufrían dolores, enfermedades o la muerte misma, según los lugares del cuerpo en que se clavaban. También se empleaba, en vez de los muñecos, un sapo o escuerzo vivo, a cuya muerte seguía la de la persona víctima del hechizo. Tales supercherías que a veces producían numerosas desgracias eran comunes en la época, incluso entre personas instruidas y religiosas. (Véase, entre otras obras, *Los procesos de hechicerías en la Inquisición de Castilla la Nueva*, por Cirac Estopañán. Madrid, 1942, donde pueden hallarse muchos ejemplos curiosos del empleo de las agujas y los alfileres en brujerías diversas.)

Y luego tan mal San Juan,
Que te falte vino y pan,
Y tengas catarro y tos.
Dolor de muelas te dé,
Que no te deje dormir.

OTÓN *(a* LISARDA*)*
¿Cómo queréis encubrir
Sol que por cristal se ve?

LISARDA
Id, señor, vuestro camino,
Y dejadnos varear.

OTÓN
Pues ¿yo no os sabré ayudar?

LISARDA
¿Ayudar? ¡Qué desatino!
Tenéis muy blandas las manos.

OTÓN
¿Habéislas tocado vos?

122. Una de las fiestas más famosas era la de San Juan Bautista —24 de junio—, en que se cancelaban los contratos de arrendamiento y en consecuencia se mudaban las gentes de domicilio no llevando al nuevo los trastos viejos, que quemaban a las puertas —origen de las *Fogueres* de San Juan, fiesta popular en Alicante—; pero era más famosa aún como fiesta de enamorados, en cuya noche se producían vaticinios misteriosos y a la mañana, tras una noche de música y cantos, se iba a coger verbena y arrayán. La serie de supersticiones en torno a la noche de San Juan es tan numerosa como su influencia en la literatura. Lope además de su preciosa comedia, *La Noche de San Juan*, escrita en muy poco tiempo para ser representada en la del año 1631 en que se estrenó, tiene una serie de canciones populares sobre el mismo tema, entre las que destaca la inserta en su comedia *El postrer godo de España*, que figura en la *Antología* de este volumen (pág. 342).

SALVANO

Que vos venga, plegue a Dios,
Muermo, adivas y tolanos.
Mala pedrada vos den;
Echenos sendas ayudas,
Y vais a cenar con Judas,
Por *saeculorum amen.*

MARÍN *(a Belisa)*

¿Quiere una palabra oír?

BELISA

Pues ¡él a mí, majadero!

MARÍN

¿No soy yo de carne y cuero?

135. *Os.* La forma antigua del texto conserva la inicial sonora que vino a perderse y perdura en el habla rústica de algunas comarcas.

136. Salvano, para vengar a Lisarda de los torpes galanteos de Otón, le desea enfermedades que le son familiares por padecerlas las bestias que cuida cotidianamente: *muermo* o catarro de las caballerías, muy contagioso y virulento que puede transmitirse al hombre; *adivas* o inflamaciones de la garganta en algunos animales y, en fin, *tolanos* o enfermedad de las encías en los caballos y otras bestias.

137. «Mala pedrada os den» o te den, es decir, que produzca el mayor mal, es frase que perdura todavía en el lenguaje popular, y aun se halla como maldición: «Mala pedrada le den».

138. Juego de palabras con el deseo de *ayudar* de Otón. Ayuda es también lavativa. El error de *sendas* —una para cada uno— con *grandes* es evidente, pero lo probable es que con él, Lope, quisiera subrayar la rusticidad del personaje.

139. En contraposición a la Santa Cena, es que se instaura el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, «cenar con Judas», el prototipo de lo odioso, equivale a enviarle a cenar en el Infierno, donde está el que algunos suponen encarnará al Anticristo. El amenazar con la misma muerte que Judas, símbolo de la traición, que se ahorcó de una higuera, estaba también entre las maldiciones medievales. (Véase nota 115 de este acto.)

140. Versión rústica de *In secula seculorum, amen*, muy empleada aún, en el lenguaje familiar —incluso con la disparatada abreviatura «por insécula»— como expresión de la eternidad de algo.

BELISA
De cuero puede decir.

COSTANZA *(aparte a su prima)*
¡Ay, Lisarda! Feliciano.

LISARDA
Mi padre viene con él.

COSTANZA
Yo me voy.

LISARDA
¿Qué temes dél?

COSTANZA
Es muy celoso tu hermano.

(Vase.)

JUAN LABRADOR *y* FELICIANO.

FELICIANO
Un hombre está con nuestra gente.

JUAN
Y hombre
De no poco valor en la presencia.

LISARDA *(a su padre)*
Por ti pregunta aqueste gentilhombre.

144. *De cuero.* Alusión, sin duda, a los cueros de vino, para motejarle de borracho.

JUAN *(a* OTÓN*)*
¿Mandáis alguna cosa en que os sirvamos?

OTÓN
Señor Juan Labrador, vos sois persona
Que merecéis del Rey aquesta carta,
Y que os la traiga el Mariscal de Francia.

JUAN
¡El Rey a mí! Los pies, señor, le beso,
Y a vos las manos, y ¡ojalá las mías
Siquiera fueran dignas de tocalla!
A presumir mis padres que algún día
A su hijo su Rey le escribiría,
Para tomarla en estas rudas manos
Me enseñaran a guantes cortesanos.
Póngola en mi cabeza. Tú que tienes
Mejor vista, la lee, Feliciano.

FELICIANO
La carta dice así:

BELISA
¿Qué será aquesto?

FILETO
¿Si quiere algún lechón?

155. La idea que tiene Lope del grado de Mariscal de Francia es bastante confusa en relación con la época «*el* Mariscal de Francia», según se nombra Otón a sí mismo, implica a no dudar, que no había más que uno.

163. La verdadera fórmula de respeto era «póngola sobre mi cabeza», que a veces se empleaba, referida a algo de máxima consideración «tráigolo sobre mi cabeza», porque el protocolo obligaba a poner sobre la cabeza, en señal de respeto y devoción, los comunicados del Santo Padre y de ahí pasó a ser una fórmula popular, que aún empleamos algunas veces.

SALVANO

¿No eres más cesto?

FELICIANO *(lee)*

El Alcaide de París me ha dicho que cenando con vos una noche le dijisteis que me prestaríades, si tuviese necesidad, cien mil escudos; yo la tengo, pariente: hacedme servicio que el Mariscal los traiga. Dios os guarde.

JUAN

¿Pariente dice el Rey?

FELICIANO

¿De qué te espantas?
Quien pide, siempre engaña con lisonjas.

JUAN

Lo que dije esa noche, que la hacienda
Le daría y los hijos, cumplirélo.
Venid por el dinero.

OTÓN

Estad seguro
Que no lo perderéis.

JUAN

Yo no procuro

166. *Cesto*, significa *rudo, ignorante, incapaz.*

167. Así como los reyes de España, honraban a los Grandes tratándolos de *Primos* en los escritos que les dirigían, a los nobles que no ostentaban aquella dignidad, tratábanlos de *Parientes*, como hace Lope al escribir el Rey a Juan Labrador, al cual como puede comprenderse no correspondía este tratamiento ya que no pertenecía a la nobleza. Tal vez lo hiciera el poeta para dar motivo a la interpretación graciosa que de ello hace más adelante Feliciano, que no entiende de tales etiquetas palaciegas.

Mayor satisfacción que su servicio,
Porque el suyo es mandar, servir mi oficio.

(Vanse JUAN *y* OTÓN.*)*

FILETO

Con ellos voy.

LISARDA

Y yo también, Belisa.

BELISA

El ánimo del viejo me ha espantado.

SALVANO

¿Qué os parece de aquesto que ha pasado?

FILETO

Que el villano que se hace caballero,
Merece que le quiten su dinero.

(Vanse.)

EL REY *y* FINARDO.

REY

Yo quise ser el tercero

180. La palabra *tercero*, no tiene aquí el sentido peyorativo que le es habitual. El Rey indica que quiso ser el protector de los amores de Otón, lo cual no se tenía por nada vergonzoso en reyes y grandes, pero sí en otros inferiores. El propio Lope, hace decir a un caballero en su comedia *El desconfiado*:

«¿Es por ventura deshonra
ser casamentero un hombre?»

De los amores de Otón;
Que tierno en esta ocasión,
Finardo, le considero.
Mas te juro que en mi vida
Pensé turbarme, de ver
Cosa que pudiese ser
De improviso sucedida,
Como al tiempo que salió
De las cortinas, y dijo:
«Detente», Otón.

FINARDO

El prolijo
Discurso a mí me contó,
Con que vino a merecer
La discreta labradora,
Que quiere engañar agora
A título de mujer.

REY

No hará; que es el Mariscal
Hombre bien intencionado,
Y el labrador tan honrado,
Que en nada le es desigual.

FINARDO

Mucho, señor, he sabido
De las costumbres de Otón;
Pero amando, no hay razón.

pero le contesta una:

«Lindamente sobredoras
el oficio de alcahuete.»

201. De lo que hace, de lo que piensa, quiere decir.

REY

Daréme por ofendido
De lo que a Juan Labrador
Se le siguiere de agravio.
Mas yo sé que Otón es sabio,
Y mirará por su honor.

FINARDO

No hay cosa más inconstante
Que el hombre.

REY

Dices verdad,
Porque en esa variedad
A ninguno es semejante.
Admiraba a Filemón,
Filósofo de gran nombre,
Ver tan diferente al hombre,
Y era con mucha razón.
Decía que en su fiereza
Los animales vivían,
Pero que sólo tenían
Una igual naturaleza.
Todos los leones son
Fuertes, y todas medrosas
Las liebres, y las raposas
De una astuta condición;
Todas las águilas tienen
Una magnanimidad,

213. Filemón más que filósofo fue poeta y dramaturgo. Nació en Siracusa, en la Magna Grecia —hoy Sicilia— y casi adolescente se trasladó a Atenas donde estudió y estrenó sus comedias de magistral acción y dominio absoluto de los recursos escénicos para el perfecto desarrollo de la intriga Floreció en el siglo IV y alcanzó una edad avanzada.

Todos los perros lealtad,
Siempre con su dueño vienen.
Todas las palomas son
Mansas, los lobos voraces;
Pero en los hombres, capaces
De la divina razón,
Verás variedad de suerte,
Que uno es cobarde, otro fiero,
Uno limpio, otro grosero,
Uno falso y otro fuerte,
Uno activo, otro sujeto,
Uno presto y otro tardo,
Uno humilde, otro gallardo,
Uno necio, otro discreto,
Uno en extremo leal,
Y otro en extremo traidor,
Uno compuesto y señor,
Y otro libre y desigual.
Otón mire bien por sí,
Cumpliendo su obligación;
Que me quejaré de Otón.

FINARDO

De otra manera te oí
Aborrecer al villano
Y hablar de su pertinacia:
¿Por dónde vino a tu gracia?

REY

Porque toqué con la mano

246. Que se quejará a él porque se disgustará si comete algo indigno con la hija de Juan Labrador, Lisarda, y no demuestra confianza en él y sinceridad en hablarle.

El oro de su valor,
Cuando en su rincón le vi;
Que ya por él y por mí
Pudiera decir mejor
Lo que de Alejandro Griego
Y Diógenes, el día
Que le vio, cuando tenía
Casa estrecha, sol por fuego.
Dijo que holgara de ser
Diógenes, si no fuera
Alejandro; y yo pudiera
Esto mismo responder,
Y con ocasión mayor,
Porque, a no ser Rey de Francia,
Tuviera por más ganancia
Que fuera Juan Labrador.

262. Se refiere a una anécdota de Diógenes *el Cínico*, filósofo ateniense, y Alejandro, rey de Macedonia, que Lope leyó, a no dudar, en la ya citada *Silva de Varia Lección*, de Pedro Mejía (Primera parte, Cap. XXVII), que copio a continuación para que se vea la absoluta coincidencia de uno de los pasajes:

«Era ya tanto el nombre y fama deste filósofo, que viniendo aquel gran rey Alejandro a Atenas, quiso visitar y ver a Diógenes; y habiendo platicado con él algunas cosas tocantes a las virtudes, le dijo Alejandro: *Yo veo, Diógenes, que estás muy pobre y tienes necesidad de muchas cosas; pídeme todo lo que querrás, que yo lo cumpliré todo como tú lo pidieres.* A esto respondió Diógenes: *¿A quién te parece, rey, que falta más: a mí que no quiero más que a mi zurrón con un poco de pan; o a ti, que siendo rey de Macedonia, te pones a tantos peligros por ensanchar tu reino, y que apenas basta el mundo para tu codicia?* Otros lo cuentan que, habiéndole Alejandro hecho el ofrecimiento dicho, estaba acaso Diógenes al sol, y le dijo: *Lo que yo querría, Alejandro, es que te me quites delante, y no me hagas sombra.* Y también escriben, que cuando llegó Alejandro, no le hizo reverencia, ni cortesía ninguna; y a la fin se partió Alejandro dél espantado de su ingenio y doctrina; y siendo reprehendido de sus privados, que se había detenido mucho con un hombre que no le trataba como a rey, siendo tan bajo y tan pobre, respondióles Alejandro: *Vosotros juzgáis eso así; pues dígoos, en verdad, que si yo no fuera Alejandro, holgara de ser Diógenes.*»

266. *Por más ganancia*, «por más conveniente».

Otón.

OTÓN

Ya, gran señor, en Miraflor he dado
La carta al labrador.

REY

¿Qué ha respondido?

OTÓN

Que te dijo verdad aquel alcaide
De París —yo no sé qué alcaide sea—,
Y que allí queda a tu servicio todo,
Hasta sus mismos hijos.

REY

¿Dio el dinero?

OTÓN

En famosas coronas de oro puro;
Y, sin este dinero, te presenta

271. Otón, bien enterado de la Corte, no acierta, sin embargo, a identificar al Rey, que se presentó a Juan Labrador como Dionis, alcaide de París, con éste, ni con el Rey, ya que éste nada le ha dicho.

274. La *corona* fue una moneda que, por tener una grabada, se llamó así. *La corona de oro* a que se alude en el texto circuló en España desde el reinado de Juan II de Castilla, hasta el siglo XVII. Su valor, tan variable como la cantidad de oro en su aleación —por ello la indicación de *oro puro* del texto—, era en tiempo de los Reyes Católicos de unos once reales de plata, pero luego fue aumentando. Otra, de plata muy baja, labrada por Enrique II de Castilla, tuvo corta vida. El nombre de *corona* ha designado y designa monedas —algunas tipo— de Inglaterra, Portugal, Alemania, Austria, Hungría, Suecia, Noruega, Dinamarca y otros países, pero no Francia, que una vez más se le convierte al *Fénix* en España.

275. «Y *además de* este dinero», es lo que significa la frase. (Véase para otra igual un texto de la nota 542 del acto II.)

Doce acémilas tales, que te juro
Que dan admiración a quien las mira.
Diome aparte un cordero que te diese,
Vivo y con un cuchillo a la garganta,
Y trújele, señor, por darle gusto.

REY

¡Cordero vivo con cuchillo atado!

OTÓN

Desta manera el corderillo viene.

REY

Pues no es sin causa, algún sentido tiene.
Mas mira, Otón, que quiero que al instante
Le lleves esta carta al mismo.

OTÓN

¿Agora?

REY

Agora, pues.

OTÓN

¿Escrita la tenías?

REY

Pues te la doy, bien ves que escrita estaba.

276. *Acémilas* o *machos* (véase la nota 801 del acto I) cargados de obsequios, ha de entenderse. La expresión es frecuentísima en la época.

279. Más adelante se explicará lo que simboliza el cordero con un cuchillo atado al cuello, por el propio Lope, aunque ya se ha indicado en el estudio de la comedia.

OTÓN

¿Importa diligencia?

REY

Importa mucho,
Y yo sé, Otón, que con tu gusto vuelves.

OTÓN

Yo confieso, señor, que voy con gusto,
Porque tenerle de servirte gusto.

REY

Camina, y mira cómo vas y vienes;
Que aunque llevas placer, peligro tienes.

OTÓN

¡Peligro yo, señor!

REY

Búrlome agora.

OTÓN

Celos son de mi hermosa labradora. *(Aparte.)*

(Vanse OTÓN *y* FINARDO.*)*

REY

La vida humana, Sócrates decía,

291. Para *servir*, en la acepción de *enamorar*, véase la nota 37 del acto I. Aquí tiene el verbo citado la corriente acepción de prestar un servicio, principalmente doméstico, según se ve más adelante (Versos 688 y 751 de este acto).

296. Sócrates, el famoso filósofo griego, creador de la escuela que lleva su nombre —siglo V a. C.—, no escribió nada, como es sabido o al menos no se tiene noticia de ninguna obra suya. Su pensamiento ha llegado a nosotros a través de Platón esencialmente, que fue su discípulo más importante

Cuando estaba en negocios ocupada,
Que era un arroyo en tempestad airada,
Que turbio y momentáneo discurría.
Y que la vida del que en paz vivía
Era como una fuente sosegada,
Que sonora, apacible y adornada
De varias flores, sin cesar corría.
¡Oh vida de los hombres diferente,
Cuya felicidad estima el bueno,
Cuando la libertad del alma siente!
Negocios a la vista son veneno:
¡Dichoso aquel que vive como fuente,
Manso, tranquilo, y de turbarse ajeno!
(Vase.)

JUAN LABRADOR *y* FELICIANO.

JUAN

Hijo, en haberte casado
Con mi Costanza, aunque hermosa,
Mas por ser tan virtüosa,
Borré del alma un cuidado.
Las fiestas hice a tus bodas,
Que algún príncipe envidió,
Porque para serlo yo
Me sobran las cosas todas,
Si me falta la nobleza;
Que ésta, ansí tenga salud,

y de modo secundario por otros autores, sin que sea posible discernir de cuanto se le atribuye las puras ideas socráticas, sobre todo de su interpretación platónica. Su carácter independiente, su expresión sincera y su violencia oratoria atacando lo que juzgaba erróneo o injusto, le atrajo el odio de la democracia griega, que tras juzgarle y condenarle calumniosamente, le obligó a suicidarse, envenenándose con cicuta.

Que la he puesto en la virtud
Harto más que en la riqueza.
¡Gracias al cielo por todo!
Yo quisiera descansar,
Si verdad te digo, y dar
A mis cuidados un modo;
De los cuales la mitad
Es ver sin dueño a tu hermana,
Y pasando la mañana
De su más florida edad.
Y piensa, así Dios te guarde,
Un marido, si tú quieres:
Mira que ya las mujeres
No quieren casarse tarde.
Antiguamente, me acuerdo,
Cuando mi abuelo vivía,
Que el tiempo que allí corría
Era más prudente y cuerdo.
Casábase en nuestra aldea
Un hombre de treinta y siete
Años, edad que promete
Que sabio y prudente sea;
La mujer no sin tener
Treinta bien hechos; mas ya,
De veinte el hombre lo está,
Y de doce la mujer.
Y está muy en la razón;

327. Esto es, verla sin casar, sin marido.
330. En la edición que se sigue «Así piensa (y Dios te guarde)», pero en la de Hartzenbusch, como está en el texto, que es la frase de la época exactamente, y el sentido verdadero: «piensa y así te guarde Dios como sincera seas en la elección para que resulte certera y no obedezca a un capricho.»

Que nuestra naturaleza
Ha venido a tal flaqueza.

FELICIANO

Cansados los viejos son. *(Aparte.)*
Luego nos dan con su edad.
Cuanto ha pasado es mejor.

JUAN

Elige algún labrador
A quien tengas voluntad,
Y casemos a Lisarda;
Que siempre mal ha sufrido
De sus padres el olvido
Mujer hermosa y gallarda.

FELICIANO

Yo, señor, tan altos veo
Sus pensamientos y galas,
Que no me atrevo a las alas
De su atrevido deseo.

348. No es cierto. Antes de la época de Lope, en tiempo del *Fénix*, y aun después, hasta bien entrado el siglo XIX, las mujeres y también los hombres, se casaban a una edad —de quince años y aun antes, ellas y de diecisiete o menos, ellos, según consta en numerosos documentos— que hoy parecería increíble, pero se explica por qué entonces a esas edades una mujer y un hombre pintaban respectivamente, como ahora una de veinte y uno de veintisiete, porque, como ya se dijo —nota 402 del acto I—, se alcanzaba mucha más corta edad que ahora. A veces estos matrimonios o conciertos de boda, entre personas reales o grandes señores sobre todo, eran de tal suerte que primero se celebraba el desposorio o compromiso y años dspués, a una edad razonable, el matrimonio. Lo que no podría sospechar el lector es que por esta época, precisamente, conocería Lope el caso de la que, desgraciadamente, sería su último y gran amor, Marta de Nevares, *Amarilis*, casada *a los trece años*, con el bárbaro de Roque Hernández de Ayala, si no es que el *Fénix* —lo más probable, conociendo su afán autobiográfico—, no alude a ello como parece. La cifra de *doce años*, que cita, uno menos que los de doña Marta, al desposarse, es bien reveladora.

No hallo en esta comarca
Digno labrador de ser
Marido desta mujer,
Ni en cuanto la sierra abarca.
Uno está haciendo carbón,
Otro guarda su ganado,
Otro con el corvo arado
Rompe al barbecho el terrón.
Aquél es rudo y grosero,
El otro rústico y vil.
Para moza tan gentil
Mejor fuera un caballero.
Hacienda tienes, repara
En que Lisarda...

JUAN

Detente;
Si no quieres que me cuente
Por muerto, la lengua para.
¡Yo señor! ¡Yo caballero!
¿Yo ilustre yerno?

FELICIANO

Pues ¿no?
¿Para qué el cielo te dio
Tal cantidad de dinero?
Carece de entendimiento
—Perdóneme, padre, ahora—
Quien en algo no mejora
Su primero nacimiento.

369. Se dice que está *en barbecho* la tierra de labranza que no se ha sembrado en un año o más, y en la que por la lluvia se forman terrones que han de deshacerse con el arado cuando se vuelve a sembrar.

Mas vesla, señor, ahí;
Ella te dirá su gusto.

JUAN

Mejor dirás mi disgusto,
Si tiene el que miro en ti.

LISARDA, BRUNO *y* FILETO.

LISARDA

Digo que le pediré
Que os honre en esto a los dos.

BRUNO

Pidiéndolo tú, ¡por Dios
Que no lo niegue!

LISARDA

No sé.

JUAN

Lisarda...

LISARDA

Padre y señor,
Basta, que aquestos pastores
Quieren las fiestas mayores
Cuanto es la ocasión mayor.

JUAN

¿Cómo ansí?

386. «Mas *la ves*, señor, ahí», forma frecuente, pero menos que la empleada habitualmente: «Mas *ya que la ves*, señor, ahí».

LISARDA

Porque han sabido
Que tienes un nieto ya.

JUAN

¿Búrlaste?

LISARDA

Cierto será,
Si Costanza no ha mentido.

JUAN

¿Qué es lo que dice Costanza?

LISARDA

Que está preñada a la fe.

JUAN

Si fuere cierto, daré
Albricias a la esperanza;
Mas para fiestas, bien pueden
Hacerlas al pensamiento
Que me da tu casamiento,
Si los tuyos me conceden
Que pueda yo disponer
De tu esquiva condición.

Marín.

MARÍN

De parte del Rey, Otón
Te vuelve otra vez a ver.

JUAN

¡Otón otra vez!

FELICIANO

¿Qué quiere
Otra vez el Rey de ti?

LISARDA

Confusa estoy.

JUAN

Yo sin mí;
Mas venga lo que viniere.

(Sale OTÓN.*)*

OTÓN

¿Quién duda que os espante mi venida
Y otra carta del Rey?

JUAN

Tantos favores
No me pueden dejar de dar espanto.
Léela, Feliciano, por tu vida.

OTÓN

Seáis, Lisarda, bien hallada.

LISARDA

El cielo
Traiga con bien a Vuestra Señoría.

BRUNO

¡Hola, Fileto! El Rey se ha regostado
A los escudos de nuestro amo.

FILETO

Pienso
Que quiere empobrecerle de malicia.

FELICIANO

La carta dice ansí:

BRUNO

Y eso ¿es justicia?

FELICIANO *(lee)*

Hoy me he acordado que el Alcaide de París me dijo que, si fuese necesario, me serviríades con vuestros hijos; ahora son a mi servicio y gusto: ansí, os mando que luego al punto me los enviéis con Otón. Dios os guarde, pariente. — *Yo* EL REY.

JUAN

¡Mis hijos pide!

OTÓN

Vuestros hijos pide.

JUAN

¿Para la Corte?

424. Así en la edición que se sigue, y en forma correcta, pero parece lo más probable que en el original figurara la forma, más elegante, empleada aún popularmente, «se ha *arregostado*», reducida a la anterior por haberse unido las dos aes en contacto. En todo caso significa «repetir una cosa que ha agradado hasta desear convertirlo en costumbre», como en el texto.

OTÓN

Sí, para la Corte.

JUAN

¿Quién es aqueste alcaide que a mi casa
Vino por mi desdicha aquella noche,
Que de mí tantas cosas le ha contado?

FELICIANO

Padre, no os aflijáis.

JUAN

Lo que es dinero
No pudiera afligirme; mas ¡los hijos!

LISARDA

El Rey tiene este gusto; el valor tuyo
No es bien que pierda aquí de lo que vale.

JUAN

¡Eso sí! Yo aseguro que vosotros
No tengáis tal placer ni mejor día.
Cumplido se han aquí vuestros deseos.
Sólo un rey me pudiera mandar esto,
Y sola mi desdicha darle causa.
Ya declina conmigo la fortuna,
Porque ninguno puede ser llamado,
Hasta que muere, bienaventurado.
Al Rey obedezcamos, que por dicha
Ésta mi condición me pone miedo,
Pues no puedo esperar de tan gran Príncipe
Menos que su Real nombre promete.

OTÓN

Estad seguro, Juan, que por bien suyo,
Y en agradecimiento del dinero,
Los envía a llamar.

JUAN

Pensarlo quiero.
Partid, señor; con ellos en buen hora;
Que a la iglesia me voy.

(Vase.)

OTÓN

¡Qué sentimiento!

FELICIANO

No os admiréis, que es padre.

LISARDA

Más le tiene
Por vernos en la Corte, que por miedo.

OTÓN

No nos vamos sin verle.

FELICIANO

Por la iglesia,
Si os parece, pasemos.

LISARDA

Y es muy justo;
Que viéndonos tendrá menos disgusto.

FILETO

Vámonos luego; que también yo quiero
Ir a ser cortesano con Lisarda.

BRUNO

Yo pienso acompañarte.

FILETO

Por lo menos
No estaremos a ver al viejo padre
Llorando la desdicha que imagina.

BRUNO

Mas dime: ¿sabrás tú ser cortesano?

FILETO

Pues ¿hay cosa más fácil?

BRUNO

¿De qué suerte?

FILETO

No sé si acierto; lo que pienso advierte:
Cumplimientos extraños, ceremonias,
Reverencias, los cuerpos espetados,

468. *Espetado*, por la semejanza con aquello que se pone en el asador, espeto o espetón, que se mantiene derecho, se dice de los que van tiesos afectando gravedad o majestad, como los majaderos —véase la nota 530 del acto II— de semántica muy parecida.

En la comedia de Lope *Amistad y obligación*, se describe uno de esos tipos:

Ver un señor *espetado*
en una lanza jineta
y una señora discreta
hecha ermita de un estrado;

Mucha parola, mormurar, donaires,
Risa falsa, no hacer por nadie nada,
Notable prometer, verdad ninguna,
Negar la edad y el beneficio hecho,
Deber... y otras cosas más sutiles
Que te diré después por el camino.

BRUNO
Notable cortesano te imagino.

(Vanse.)

ver el estudio que ponen
en rodear cortesías,
son diligencias tan frías
que las piedras descomponen.

469. «Tener *parola*» —tomando ésta del italiano— es lo mismo que hablar mucho con facilidad pero sin decir nada sustancioso o interesante. Acaso el origen de la frase «tener *parola*» o «tener mucha parola», se explique por lo que subrayo en unos versos del entremés de *Los Niños de la Rollona*, de Simón Aguado

«*Bravos charlátanes son*
los italianos, y pienso
que, aunque sean saltimbancos,
luego se hacen caballeros.»

Mormurar, es forma antigua de *murmurar*, por la tendencia popular a abrir las vocales, que persiste en algunas comarcas españolas y en el dialecto español de Méjico.

472. No parece probable que el negar la edad fuera privativo solamente de los cortesanos. Lope que no lo era, pero sí de oponerse al paso de los años, culpables de que no fuera eternamente el galán de buen talle de su juventud en la escena de la gran comedia de su vida —aunque desempeñara el papel entre bastidores hasta poco antes de morir—, se quitaba los años continuamente. En su célebre poema *Jerusalén Conquistada*, se lee:

«O le tocaban en la edad que es cosa
para todos los hombres enojosa.»

Lo cual remacha con una nota, que no deja lugar a dudas: «Pocos hombres confiesan sus años; mujeres, ninguna.»

EL REY *y el* ALMIRANTE.

REY

Desta manera, sospecho
Que irá mi hermana mejor.

ALMIRANTE

Beso tus manos, señor,
Por la merced que me has hecho.

REY

Ya que me determiné
A casarla, no podía
Darla mejor compañía.

ALMIRANTE

Yo, señor, la llevaré
Con mis parientes y amigos,
Y con todo mi cuidado.

REY

No quise que mi cuñado,
Con guerras, con enemigos,
De su tierra se alejase.

ALMIRANTE

Ha sido justo decreto
De un Príncipe tan perfecto.

REY

Por esto, y por que excusase
Un gasto tan excesivo.

491. *Excusar* en su acepción de *evitar*, vigente como las demás de la palabra

ALMIRANTE

Por mil razones es bien.

REY

Que llegue hasta el mar también
Gente de su guarda escribo,
Porque más seguros vais.

ALMIRANTE

Ya la Infanta, mi señora,
Viene a verte.

REY

Y viene ahora
A saber que la lleváis.

La Infanta.

INFANTA

¿En qué entiende Vuestra Alteza?

REY

Hermana, es vuestra jornada.

INFANTA

¿Acércase?

REY

Ya es llegada;
Pero no tengáis tristeza,

495. *Escribo*, equivale a *nombro*, escribiéndolo como es natural.

Pues va mi primo con vos;
Y yo, cuando pueda, iré.

INFANTA
¿No queréis que triste esté?

REY
Imagino que los dos
Nos veremos muchas veces.

INFANTA
Luego que salga de aquí
Os olvidaréis de mí.

REY
Hago a los cielos jüeces,
Y al amor que me debéis,
Que no es posible, señora
Que faltéis del alma un hora
Donde tal lugar tenéis.
Mirad que aunque soy hermano,
Soy vuestro galán también.

INFANTA
No puedo responder bien,
Sino es besándoos la mano.

504. El empleo de este tratamiento, aunque lo interpreta Bataillon sin mostrar duda, presenta no pocas. Ha de descontarse que el Almirante no es primo del Rey, porque hubiera dicho a su hermana *nuestro primo*, y tampoco puede ser el tratamiento habitual que los reyes daban a los Grandes de España, porque jamás se les daba en tercera persona, como cree Bataillon, sino directamente y casi siempre, o siempre, por escrito, ya que se trataba de una pura fórmula de etiqueta cortesana. Lo que puede pensarse es que Lope no estaba muy al tanto de los tratamientos cortesanos o mejor dicho palaciegos.

FINARDO, *y luego* OTÓN, LISARDA, FELICIANO, BELISA, BRUNO *y* FILETO.

FINARDO
Otón, señor, ha llegado.

REY
Venga norabuena Otón.

(Va FINARDO *a avisar, y salen* FELICIANO, LISARDA *y sus criados.)*

OTÓN
Éstos los dos hijos son
De aquel labrador honrado.

REY
Ellos sean bien venidos.

FILETO
Los pies, señor, te besamos,
Y a tu grandeza llegamos
Humildemente atrevidos.

LISARDA
Déme Vuestra Alteza a mí,
Puesto que indigna, los pies.

521. Forma familiar, por abreviatura, de *enhorabuena*, que perdura todavía en el pueblo a veces.

523. Alusión a Juan Labrador, de quien hablaron antes. *Honrado* equivale a *digno, decente*. (Véanse los versos 351, 690 a 848 del acto II.)

INFANTA

Dios os guarde. Hermosa es.
Ya me acuerdo que la vi
Una mañana en su aldea.

REY

Hermana, hacedme placer
De honrarla.

INFANTA

¿Qué puedo hacer
Que vuestro servicio sea?

REY

Dalde muy cerca de vos
El lugar que vos queráis,
Segura que le empleáis
En buena sangre, ¡por Dios!

OTÓN *(aparte)*

No en balde el Rey ha trazado
Que venga Lisarda aquí.
Siempre sus celos temí,
Mis favores le han picado.
¡Ah, cielo, cuán mejor fuera
Que en el camino a su hermano
Me declarara, y la mano
De ser su esposo le diera!
Pero también era error
Sin la licencia del Rey.

536. *Dadle*. Metátesis de uso muy frecuente en el castellano antiguo, en este y otros casos.

549. En España —una vez más en la comedia— los Grandes necesitaban

Mas ¿cuándo amor tuvo ley?
Porque con ley no es amor.

REY

Hago alcaide de París
A Feliciano.

FELICIANO

No sé
Cómo, señor, llegaré
Adonde vos me subís;
Que las plumas de mis alas
No me levantan del suelo.

REY

Con la humildad de tu celo
Al mayor mérito igualas.

OTÓN

¡Cómo se le echa de ver *(Aparte.)*
Al Rey el fin de su intento!
Claro está su pensamiento,
El mismo le da a entender
Por la lengua y por los ojos.

REY

Finardo...

licencia del Rey para casarse. Por no haberlo hecho así se le siguió un proceso y se le condenó a prisión, en el castillo de la Mota, en Medina del Campo, durante tres años —1590-1593— al duque de Alba, don Antonio Alvarez de Toledo, señor de Lope, que entró precisamente a su servicio por esta época. Bien lo tendría presente el *Fénix* en su memoria. Para este curioso episodio, véase mi estudio *Elegía de Lope de Vega a la muerte de don Diego de Toledo*

FINARDO
Señor...

REY
Advierte.

OTÓN *(aparte)*
El traerla fue mi muerte.
Yo merezco mis enojos.

REY *(aparte a* FINARDO*)*
Vé, Finardo, a Miraflor,
Y con toda diligencia
Haz que venga a mi presencia
Su padre, Juan Labrador;
Y no te vengas sin él,
Aunque le fuerces.

FINARDO
Yo voy.

REY
Mira que aguardando estoy,
Porque he de tratar con él
Ciertas cosas de importancia.
(Vase FINARDO.*)*

OTÓN
El Rey ha hablado en secreto *(Aparte.)*
Con Finardo; no es efeto

567. Es decir, que él merece su propia indignación puesto que fue quien trajo a Lisarda a la Corte en unión de su hermano por encargo del Rey.

De los gobiernos de Francia.
El es ido y con gran prisa.
¿Quién duda que a prevenir
Mi desdicha, que a salir
Con tanta fuerza me avisa?

REY
Vamos, hermana, y haremos
Que muden traje los dos.

(Vanse el REY, *la* INFANTA *y el* ALMIRANTE, LISARDA FELICIANO *y* BELISA.*)*

OTÓN *(aparte)*
Un ciego verá, ¡por Dios!
Del Rey los locos extremos.
¡Oh traidor, oh falso amigo!
¡Oh Finardo, que me vendes,
Pues cuando mi mal entiendes,
Eres fingido conmigo!
Buenos hombres, ¿sois los dos
Criados de Feliciano?

BRUNO
Háblale tú, cortesano.

FILETO
¿Diréle merced o vos?

579. Otón, celoso, sospecha que la conversación entre el Rey y Finardo que a visto, sin oírla, no se refiere a los problemas de los gobiernos, del gobernar del país, sino a Lisarda, de quien supone al Rey enamorado, pero aunque es cierto lo primero, lo segundo, no.

585. Es decir que se vistan con los trajes propios de la Corte, donde van a vivir cumpliéndose sus deseos.

594. Esto es, *como cortesano*, ya que ha presumido de ello anteriormente.

BRUNO

Señoría, mentecato.

FILETO

Señor, de la aldea venimos,
Donde a su padre servimos,
Ya en su casa, ya en el hato.
Bruno se llama este mozo,
Y yo Fileto me llamo.

OTÓN

Mucho por el dueño os amo,
Mucho de veros me gozo.
Pienso que podréis hablar
Con libertad a Lisarda;
Que ni criado ni guarda
Os ha de impedir entrar.
Hacedme, amigos, placer
De decirle cómo a Otón
Le mata la sinrazón
Que el Rey le pretente hacer;
Y decidle que le pido
Mire que es injusta ley
Por dudoso galán Rey,
Dejar seguro marido.

(Vase.)

596. Algo más que *señoría, excelencia,* sería el tratamiento propio de Otón —Mariscal de Francia y gentilhombre del Rey, según se ve—, pero no *merced,* que equivalía a usted y menos *vos,* que equivalía al tuteo, como perdura en algunos países de Hispanoamérica, como la Argentina.

599. De las acepciones de la palabra *hato,* tiene sentido en el texto la que se refiere al ganado de la labranza, pero más aún, por la diferencia que se hace en la frase al «lugar fuera de la labranza elegido por los pastores para que pazca el ganado y se recoja a dormir por la noche, vigilado por ellos».

BRUNO

¿Qué te parece?

FILETO

¡Mal año
Para quien quedase acá!

BRUNO

¡Pardiez, que Lisarda está
Metida en famoso engaño!

FILETO

Luego que vine a este mundo
De la Corte, eché de ver,
Bruno, que había de ser
Alcahuete o vagabundo.
¿Has visto lo que este necio
Manda decir a Lisarda?

FELICIANO, *muy galán* (*).

FILETO

No medra quien acobarda,
Ni tiene el ánimo precio.
¡Dichoso el que alcanza a ver
Del sol del Rey sólo un rayo!

619. «En gran engaño». Para *famoso* véase la nota 449 del acto I.

623. *Vagamundo*, por *vagabundo*, es frecuentemente popular, por querer dar valor semántico, vivo, a la terminación morfológica de la palabra —*meditabundo*, por ejemplo—, que es culta asimilándola al *mundo*, que se supone recorren. Es el fenómeno que vulgarmente se llama por nuestros anticuados filólogos —autoperantes sobre la momia del idioma y no sobre lo vivo de él, que ahora fundamentalmente interesa —«error lingüístico», que como la mayor parte de lo que dictaminan no dice ya nada y menos más adelante.

* Muy bien vestido y arreglado. (Véase la nota 17 del acto I.)

BRUNO

Cata a muesamo hecho un mayo.

FILETO

Luego ¿es él?

BRUNO

¿Quién puede ser?

FILETO

¡Esto tan presto se medra!
A fe que estás gentilhombre.

FELICIANO

Como sin el sol el hombre
No es hombre, es estatua, es piedra,
Así aquel que nunca vio
La cara al Rey. Tomad esto,

(Dales dinero.)

Y los dos os vestid presto
Ansí a la traza que yo,
Aunque no tan ricamente,
Para que aquí me sirváis;
Porque en aqueste que andáis
No es hábito conveniente.

630. *Catar* en su acepción original significó, como aquí, *ver* —de ello *catalejos, catalejo* o anteojo para ver lo lejano— aunque luego, por especialización semántica, se limitara a «*ver* lo que puede probarse con el paladar»=*probar*, a que casi está reducida hoy. *Muesamo*, es decir *nuestro* amo, se forma rústicamente sobre *nuesamo* —véase la nota 14 de este acto—, por singular influencia de la inicial de la primera persona. Estar «hecho un mayo», por la belleza y lozanía del florido mes primaveral, equivale a tanto como merecer los adjetivos y otros más que le corresponden: «estar muy bien en todo, como nunca».

BRUNO

Pues ¿de qué te serviremos?

FELICIANO

De lacayos; que tenéis
Buenos cuerpos, y otros seis
Para pajes buscaremos;
Que pajes he de tener
Para Alcaide de París.
Ea, ¿cómo no partís?

FILETO

Con temor de no saber
Si sabremos el oficio.

FELICIANO

Pues ¿tiene dificultad
Ir delante, en la ciudad,
Del caballo?

BRUNO

¡Hermoso vicio!

FELICIANO

Pasad delante de mí.

FILETO

¿Los dos? Pues ponte detrás.

646. *Buenos tipos*. Para *lacayo* y *paje*, véanse las notas 85 y 450 del acto I, respectivamente.

655. *Vicio*, es decir «mala costumbre, que va a adquirir», como los animales, especialmente el caballo. Más adelante se confirma este sentido en la expresión «Que es *vicioso* su *ejercicio*». Mejor dicho, que es origen, por su holgazanería, de vicios.

FELICIANO

Id caminando.

BRUNO

¿No es más?

FELICIANO

No es más.

BRUNO

Pues ya lo aprendí.

FILETO

Agora acabo de ver
Que hay acá más de un oficio
Que es vicioso su ejercicio,
Y viste y come a placer.
Si no hobieran los señores,
Los clérigos y soldados,
Menester tantos criados,
Hubiera más labradores.
Vase un cochero sentado,
Que todo lo goza y ve.
¡Mal año, si fuera a pie
Con la reja de un arado!

LISARDA, *muy gallarda* (*).

LISARDA

A tomar tu parecer
Del nuevo traje he venido.

664. *Hubieran*. La forma del texto se explica por la preferencia sistemática de la lengua rústica a abrir las vocales. Ambas formas convivían en la época, según se puede ver en el tercer verso que sigue.

* *Muy gallarda* es el equivalente a «muy galán» —véanse las notas 17

FELICIANO

Nunca mejor le has tenido,
Porque tienes nuevo ser.
Dame esos brazos, Lisarda,
Porque has doblado mi amor
Con verte en el justo honor
De tu condición gallarda.

LISARDA

Mas ¿si mi padre me viera?

FELICIANO

Pienso que perdiera el seso.

y 259 del acto I y la pág. 208 de éste—, esto es, muy bien vestida y arreada de todo lo que una elegante de entonces podía llevar, que no era poco ni se costeaba fácilmente. Un personaje femenino, en *La moza de cántaro*, la conocida comedia de Lope, alude a ello y enumera unos cuantos elementos del vestir de las damas:

«Porque si os falta dinero
para pretensiones altas,
no tengo por mal acuerdo
requebrar lo que, a la cuenta
del entendimiento vuestro,
os costará zapatillas,
ligas, medias y un sombrero
para el río, con su banda,
avantal de lienzo grueso,
chinelas ya sin virillas
(que solía en otro tiempo
en los pies de las mujeres
la plata barrer el suelo),
castañetas, cintas, tocas;
que para últimos empleos
de las damas, fondo en ángel,
no hay plata en el alto cerro
del Potosí, perlas ni oro
en los orientales reinos.
Más pienso que os costarían
las randas de un telarejo
que una legión de fregonas.»

FILETO

Parabién del buen suceso,
Ama y señora, te diera,
A saber la cortesía
Con que te habemos de hablar.

LISARDA

Estos ¿han de ir al lugar?

FELICIANO

No tan presto, hermana mía,
Porque en mi servicio quedan.
Y quédate adiós, que voy
A vestirlos, porque hoy
Por París honrarme puedan.

(Vase.)

LISARDA

Dios te guarde.

BRUNO

¡Oficio honrado,
Pardiez, hemos de tener!

682. *Parabien* —abreviatura de la frase «para bien sea»— es una forma de felicitación que ha sido sustituida cada vez más con su sinónima *enhorabuena* —abreviatura a su vez de la frase «que sea lo que sucede o ha sucedido en hora buena para usted»—, simplificada familiarmente antes más que ahora, en *norabuena*, que figura en el texto de la comedia.

691. El señor se honra yendo los criados bien vestidos. Un refrán popular lo dice: «Por los hijos se conocen los padres y por los criados los amos». En las grandes fiestas solían ir vestidos como su señor; al menos de su color, como se dice en la comedia de Lope *Amistad y obligación:*

«Salió galán, de leonado,
pajizo y blanco, *vistiendo*
los criados de lo mismo...»

FILETO
Que ya no queremos ver
El azadón ni el arado. 695
(Vanse los dos criados.)

695. En la comedia de Lope, *Servir a buenos*, un labrador se expresa de acuerdo con las opiniones de Fileto, seguidas por Bruno; ya en la Corte como ellos:

«Esta sí que es dulce vida
¡poesía al campo y su labranza!,
pasear y henchir la panza,
de ricas telas vestida.
¡Desdichado de quien nace
donde le mandan nacer!
A nadie dan a escoger;
Dios es quien hace y deshace.
Si yo escogiera, naciera
de un príncipe, y no villano.
Pero yo me quejo en vano;
que si quien nace escogiera,
¿cual hombre quisiera ser
oficial ni labrador?
¿Quién no se fuera, señor?
Mas ¡lo que fuera de ver
todo un mundo de señores!
Señor a señor sirviera.
¿Pero como se comiera,
si no hubiera labradores?
¡Oh, sabia naturaleza,
qué bien lo trazaste así!»

Véase cuán antiguo es en España el actual concepto que, a través del cine, nos viene ahora de Italia, de la «dolce vita».

Pero lo que el labrador desea para los demás y no para sí, en la comedia citada, otro de *Los muertos vivos*, lo desea para sí muy cuerdamente:

«Yo quiero ser labrador
y casarme con mi igual,
que con este buen caudal
compraré hacienda y valor.
Estaráse este vestido
para que galán tú seas,
si acaso en toros deseas
salir al soto polido.
Labrador nací, no quiero
sino morir como digo...»

Quizás en estas dos actitudes, es decir, en la primera está hoy en gran parte un problema económico y social español, que se percibe con todo su error y dramatismo en las grandes ciudades y no se ve en el campo.

LISARDA

De grado en grado amor me va subiendo,
Que también el amor tiene su escala,
Donde ya mi bajeza a Otón iguala,
Cuya grandeza conquistar pretendo.
Fortuna, a tus piedades me encomiendo;
Ya llevo en la derecha mano el ala
Con que he llegado a ver del sol la sala,
Por la región del aire discurriendo.
No me permitas humillar al suelo;
Si a tu cielo tu mano me llevase,
Hazme cristal de sol, no débil hielo.
Agora es bien que tu piedad me ampare;
Que no es dicha volar hasta tu cielo,
Sin clavo firme que tu rueda pare.

El Rey.

REY

Hermosa, Lisarda, estás
Con ese nuevo vestido.

LISARDA

Señor, como nube he sido
Donde con tus rayos das;
Que como el sol las colora,
Cuando alguna se avecina,
Ansí con tu luz divina
Mi nube se doma y dora.

717. *Domar* se emplea aquí en la acepción de «rendirse». Por influjo del sol del Rey, Lisarda, como nube iluminada por él se rinde y dora, según el metaforismo empleado. Véase lo mismo en el verso 857 de este acto.

REY

Todos me debéis amor
Desde una noche que os vi.

LISARDA

Aunque en disfraz, conocí
Vuestro supremo valor.

REY

Quiero a vuestro padre mucho.

OTÓN, *sin ser visto.*

OTÓN

Ya, ¿qué me queda por ver?

REY

Y a vos os pienso querer.

OTÓN *(aparte)*

¡Con qué sufrimiento escucho!
Pero la desigualdad
No me promete más furia,
Y sólo Lisarda injuria
La fe de mi voluntad,
Que el Rey, ¿por qué obligación
No ha de procurar su gusto?

REY

De hacerte mercedes gusto,
Ansí por la discreción
Como por el valor grande
Que en tu pecho he conocido.

LISARDA

Pues sus hijos le ha ofrecido,
¿Qué puede haber que le mande
Vuestra Alteza, que no haga?

OTÓN *(aparte)*

¿Qué invención podré fingir
Con que les pueda impedir,
Y que al Rey le satisfaga?
Señor, mire Vuestra Alteza
Que es hora ya de comer.

REY

Sí, Otón, sí debe de ser;
Pero juega de otra pieza,
Que con ésa perderás.

OTÓN

¿No es ya que comas razón?

745. Término del juego del ajedrez, de las damas o de otro semejante, en que la palabra *pieza* es característica, aunque lo más probable es que se aluda al primero, conocido en España ya en tiempo de Alfonso *el Sabio*, quien hizo componer las *Tablas del Juego del Ajedrez*, el famoso pasatiempo de origen oriental, muy extendido en la época de Lope, el cual alude a él en su comedia *Los locos de Valencia:*

«Bueno vengo de esta vez
con la máscara fingida;
bien parece que esta vida
es un *juego de ajedrez.*
¡Oh, cómo es mudable y vana!
Y échase éste de ver,
que una *pieza* blanca ayer
puede ser negra mañana.»

REY

Estáte quedito, Otón:
Ten paciencia y ganarás.

OTÓN

¿De qué la debo tener?
¿No te sirvo en lo que puedo?

REY

Nunca al poder tengas miedo
Cuando es discreto el poder.

OTÓN

Come, señor, por tu vida.

REY

Aguardo un huésped, Otón.

OTÓN

¿Tú huésped?

REY

Y de un rincón;
Que éste nunca se me olvida.

OTÓN

Parece que ya de mí
No fías lo que solías.

REY

Menos tú de mí confías,
Pues que te guardas ansí.

OTÓN

Señor, no entiendo el estilo
Con que hoy me tratas.

REY

No importa:
Mucho amor con celos, corta;
Embótale un poco el filo.

(Vase LISARDA.*)*

FINARDO, *y luego* JUAN LABRADOR.

FINARDO

Ya está Juan Labrador en tu palacio.

Sale JUAN LABRADOR.

REY

Sea Juan Labrador muy bien venido.

JUAN

Para servirte aun me parece espacio,
Invicto Rey, la prisa que he traído.

(Vase OTÓN.*)*

REY

Mucho de tus intentos me desgracio,
Aunque estoy a tu estilo agradecido.
¿Por qué no quieres verme? ¿Soy yo fiera?

JUAN

Porque morir en mi rincón quisiera.

REY

Tú no sabes lo que es antipatía,
¿Por qué secreta estrella me aborreces?

JUAN

¡Aborrecerte yo! ¿Cómo podría,
Que ser amado, príncipe, mereces?
Colmando el cielo en la aldehuela mía
De sus bienes mi casa tantas veces,
Me pareció que solamente el verte
Pudiera ser la causa de mi muerte.
No me engañé, pues en tu rostro veo
Que eres tú aquél que ya cenó conmigo,
Y desde entonces tanto mal poseo,
Que parece del cielo este castigo.
Por sólo verte (lo que apenas creo),
Dejando mi rincón, tus salas sigo,
Llenas de tus pinturas y brocados
Y de la multitud de tus criados.
Acá tengo mis hijos, que lo siento
Tanto como el hallarme yo en persona
En medio de tan áspero tormento;
Y si te enojo, gran señor, perdona.

REY

¡Hola! Dad a mi huésped un asiento;
Que haber nacido rústico le abona.
Juan, asentaos.

794. *¡Hola!* era la interjección típica entonces para llamar al servicio, como una especie de alerta o prevención para que pusieran cuidado en oír lo que se les ordenaba. (Véase la nota 85 del acto I, donde figura entre lo que el lacayo enumera.)

JUAN

Señor, ¿que yo me asiente?

REY

Sentaos, pues quiero yo; sentaos, pariente.

JUAN

Siéntese Vuestra Alteza.

REY

Sois un necio;
¿No veis que me mandáis vos en mi casa?

JUAN

Si en la mía yo os hice ese desprecio,
No os conocí.

FINARDO *(aparte)*

¿Qué es esto que aquí pasa?

REY

Mucho de que a mi lado estéis me precio.

JUAN

A mí, señor, con su calor me abrasa
El rostro la vergüenza.

REY

Mucho os quiero;
De hoy más habéis de ser mi compañero.

798. *Asentar* es forma menos frecuente que *sentar*, pero conviven las dos en el lenguaje popular como en el pasaje de la comedia a que se refiere esta nota.

JUAN

Señor, si allá os hubiera conocido,
Cenárades mejor.

REY

Yo me fui a veros,
Pues nunca a verme vos habéis venido.

JUAN

Fui villano en rincón, no en ofenderos.

REY

Del empréstito estoy agradecido.

JUAN

Señor, yo no he emprestado esos dineros,
Lo que era vuestro dije que os volvía,
Porque de vos prestado lo tenía,
Y ansí réditos fueron el presente.

807. *Cenarais*. La forma del texto es arcaica y propia de rústicos.

809. Ya se trató de *Villano* (véase la nota * del acto I). Aquí se alude en un juego de palabras a las dos acepciones del vocablo: la que representa una clase social, que figura en el título de la comedia y se reitera en toda ella y la que, por envilecimiento semántico, designa al que es capaz de cometer una *villanía*, con su sentido de maldad, ingratitud, bajeza, etc... (Véase verso 549 del acto I.) Lope lo emplea también con esta acepción en otras ocasiones, como por ejemplo en *El médico de su honra* —la comedia que superó Calderón de la Barca— en estos versos:

«Y después que el alma mía
le di, el *villano* se esconde
se retira y no me ve,
se ausenta y me mata, y sobre
aquestas ingratitudes,
se casó, y que me ha dejado.
Mira si en personas nobles,
Señor, es buen trato aqueste...»

811. *Emprestar*, conservando el prefijo separable latino, es la forma antigua de prestar, que perdura en varios lugares de España e Hispanoamérica. Más adelante convive con esta forma, en el texto, la actual y frecuente.

REY

¿Qué cordero fue aquél y qué cuchillo?

JUAN

Deciros que a su rey está obediente
De aquella suerte el labrador sencillo;
Cortar podéis cuando queráis.

REY

Pariente,
Muy filósofo sois.

JUAN

No sé decillo,
Pero sentirlo sé.

REY

Vos me pintastes
De lo que sois señor, y me admirastes:
Oíd lo que soy yo. Yo soy agora,
Desde Arlés a Calés, señor de Francia,
Y desde la Rochela hasta la Tona;
La Bretaña, Gascuña y Normandía,
Lenguadoc, la Provenza, el Delfinado,
Hasta que toca en la Saboya el Ródano,
Está debajo de mi justo imperio;

824. Como *Tona* no se logra identificar con ningún nombre geográfico de Francia, Bataillón piensa que Lope escribiría *Bayona*, en el original, lo cual no parece muy propio geográficamente, ya que se trata de señalar grandes distancias —en el no muy grande conocimiento de Lope del país vecino—, pero admitámoslo ya que un francés lo dice, aunque nunca estemos absolutamente seguros de que, el *Fénix*, no usó, en este caso, de su habitual nomenclatura fantástica, que descubrimos en varias de sus comedias, incluso en ésta con el *Belflor* o *Miraflor*, que confunde, según se indicó o, sencillamente de una mala lección del texto original imposible de restaurar hoy por ahora.

Entre la Sena y Marne la Borgoña,
Y a la parte de Flandes, Picardía,
Tengo muy ricos príncipes vasallos,
Y tengo un grueso ejército, y mi renta
Pasa de vuestra hacienda muchas veces.
Tengo castillos, naves, oro, plata,
Diamantes, perlas, recreaciones, cazas,
Jardines y otras cosas que se extienden
Al mar Occidental, desde Germania.
Y siendo ansí, que solos mis consejos
Tienen más gente que tenéis pastores,
Y más vasallos en el burgo sólo
Que vos tenéis cabezas de ganados,
No tuve condición esquiva en veros,
Y a visitaros fui y a conoceros.

JUAN

Señor, mi error conozco, digno he sido
De la muerte; quitad a aquel cordero
El cuchillo del cuello; al mío os pido
Que trasladéis el merecido acero.

REY

No soy Diomedes; yo nunca convido
Para matar; que regalaros quiero.
¡Hola! Venga la mesa.

(Vase FINARDO.*)*

849. Dos *Diómedes* —no Diomedes— se conocen, entre la mitología y la historia helénicas: *Diómedes,* rey hijo de Argos, donde sucedió en el trono a su tío Cianipo, del que se cuentan diversas hazañas; tomó parte en la conquista de Tebas y en el sitio de Troya, hasta considerársele el hombre más valiente después de Aquiles. Engañado por su mujer, que quiso asesinarle huyó a Italia, donde murió de avanzada edad; y *Diómedes,* rey de los Bistones en Tracia, supuesto hijo del dios Marte y de Cirene a quien Hércules

JUAN *(aparte)*

El fin sospecho
Que ha de venir a ser pasarme el pecho.

Criados sacan la mesa con todo recado.

REY

A mi hermana llamad; música venga;
Que bien puede tenella mientras come
Un rey en su rincón. El huésped tenga
Este lugar, la cabecera tome.

JUAN

No es justo que ese puesto me convenga;
Que no habrá sol que mi ignorancia dome.

REY

La cabecera es justo que posea,
Juan Labrador, por ruin que el huésped sea.

FELICIANO, LISARDA, FILETO *y* BRUNO, *de lacayos graciosos: después la* INFANTA *y el* ALMIRANTE.

FELICIANO

¡Mi padre con el Rey está comiendo!

hizo que le devorasen sus propios caballos en castigo a que los alimentaba con carne humana. Pero de ninguno de los dos, ni aun del segundo, tan cruel, se dice que matara a sus invitados, por lo cual o Lope confundió el nombre del personaje o leyó algún texto en que por error se le atribuía a uno de ellos lo que se dice. En este caso no hemos logrado dar con él entre las habituales lecturas del *Fénix*. Por la alusión que se hace más adelante y es comentada en el lugar correspondiente —véase la nota 907 de este acto—, pienso si confundió aquí Lope el nombre de Diómedes con el de Democles. En este caso, que parece probable, el texto queda explicado.

851. *Atravesárselo* o pasárselo con el acero de un arma blanca.

BRUNO

Así lo dicen.

FILETO

¿No le ves sentado?

FELICIANO

Lisarda, ¿qué es aquesto?

LISARDA

Estoy temiendo
Que el fin de nuestras vidas sea llegado.

(Sale la INFANTA, *el* ALMIRANTE *y músicos.)*

INFANTA

Si tal huésped estáis favoreciendo,
¿Por qué primero no me habéis llamado?

REY

Vednos, Ana, comer, por vida mía.

JUAN

Beber, señor, si vos mandáis, querría.

REY

Bebed si tenéis gana, cual dijistes.
Cantad.

JUAN

Honra notable me hacéis siempre.

MÚSICOS

Cuán bienaventurado
Un hombre puede ser entre la gente,
No puede ser contado
Hasta que tenga fin gloriosamente;
Que hasta la noche obscura
Es día, y vida hasta la muerte dura.

(Tres enmascarados con sayos, trayendo en platos, que ponen sobre la mesa, el uno un cetro, el otro una espada y el último un espejo.)

JUAN

¿Qué es esto, invicto señor?

REY

Son tres platos que me han puesto,
De que tú podrás comer.

JUAN

Antes ya comer no puedo.

REY

No temas, Juan Labrador;
Que nunca temen los buenos.

(Vanse los tres enmascarados.)

Este primero que ves,
Tiene el cetro de mi reino;
Esta es la insignia que dan
Al Rey, para que a su imperio
Esté sujeto el vasallo.

JUAN

Siempre yo estuve sujeto.

REY

Este espejo es el segundo,
Porque es el Rey el espejo
En que el reino se compone
Para salir bien compuesto.
Vasallo que no se mira
En el Rey, esté muy cierto
Que sin concierto ha vivido,
Y que vive descompuesto.
Mira al Rey, Juan Labrador;
Que no hay rincón tan pequeño
Adonde no alcance el sol.
Rey es el sol.

JUAN

Al sol tiemblo.

REY

No temas; que a este convite
No he de colgar del cabello,
Como el tirano en Sicilia,
El riguroso instrumento;
Que esta espada viene aquí
Por la justicia que puedo
Ejecutar en los malos,
Pero no para tu cuello.

907. Se alude a la conocida anécdota de Dionisio, tirano de Siracusa —400 años a. C.— y Damocles, cortesano suyo, quien le consideraba, por ser rey, el hombre más feliz de la tierra. Dionisio, consciente de los peligros del mando, le invitó a su palacio y le convidó a un opíparo banquete, dejándole des-

MÚSICOS *(cantan)*

Como se alegra el suelo
Cuando sale de rayos matizado
El sol en rojo velo,
Así, viendo a su Rey, está obligado
El vasallo obediente,
Adorando los rayos de su frente.

FILETO

Tamañito, Bruno, estoy. *(Aparte a él.)*

BRUNO

Yo pienso que ya no tengo
Tripas, que se me han bajado
Hasta las plantas, Fileto.

FILETO

El diablo nos trujo acá.
Las máscaras vuelven.

(Vuelven los tres enmascarados con otros tres platos.)

BRUNO

Creo
Que nos han de abrir a azotes.

pués que incluso ejerciera las funciones reales, pero en todo momento con una espada agudísima sobre su cabeza suspendida solamente de una crin de caballo. Damocles comprendió atemorizado el símbolo de reinar y también cuán fingida era la felicidad aparente de los tiranos. A ello se refiere la popular frase de tener encima la *espada de Damocles*, que un político liberal del viejo régimen, confundía siempre en sus retóricos discursos llamándola, por error, la espada de Demóstenes, el famoso orador griego, como pienso y Dios me perdone, aunque salve las diferencias inigualables, de Lope de Vega. (Véase la nota 849 de este acto.)

918. Forma arcaica y rústica de *trajo*, del verbo *traer*.

920. Las *carnes*, se entiende, aunque se omita por lo popular de la expresión.

FILETO
Más temo, Bruno, el pescuezo.

REY
Mira esos platos que traen.

JUAN
A descubrir no me atrevo
Mi muerte.

REY
Pues oye, Juan:
Este papel del primero
Es un título que doy,
Con cuanta grandeza puedo,
De caballero a tu hijo;
Goce deste privilegio.
El segundo es para el dote
De tu hija, en que te vuelvo
Sobre los cien mil ducados,
En diez villas otros ciento.
Y porque ver no has querido
En sesenta años de tiempo
A tu Rey, para ti trae
Una cédula el tercero

927. Con la *grandeza* que pueda corresponder legalmente para que tenga validez. La grandeza es independiente de los títulos nobiliarios y su prelación y puede concederla el Rey incluso a quien no posea ninguno.

934. Véanse las notas 667 del acto I y 542 del acto II. La dote de cien mil ducados, aun sin añadirle otros ciento, como en este caso, era muy cuantiosa, sólo reservada a los poderosos. En *El Premio del bien hablar*, la comedia del *Fénix*, se concluye concediéndola, de modo análogo a éste:

«*Cien mil ducados de dote*
os quiero dar, porque al *Premio*
del bien hablar demos fin.»

De mayordomo del Rey;
Que me has de ver, por lo menos,
Lo que tuvieres de vida.

JUAN

Los pies y manos te beso.

REY

Quitad la mesa, y mi hermana
Diga a cuál vasallo nuestro
Le quiere dar a Lisarda.

INFANTA

Eso, señor, digan ellos,
Pues el dote y la hermosura
Y tu gracia es tanto premio.

Sale OTÓN.

OTÓN

Antes que ninguno hable,
A ser su esposo me ofrezco.

REY

Otón, juráralo yo
Desde los pasados celos.
Ana, primero que os vais,
Deste alegre casamiento
Seremos los dos padrinos.

INFANTA

Lo que a mí me toca aceto;
Daos las manos.

REY

Feliciano,
¿No está casado?

INFANTA

Yo quiero
Honrar mucho a su mujer.

REY

Aquí, senado discreto,
El villano en su rincón 960
Acaba por gusto vuestro,
Besándoos los pies *Belardo,*
Por la merced del silencio.

958. *Honrar mucho a su mujer*, equivale a darle muchos honores, privilegios, etc... La expresión no ha perdido su semántica en frases como «Fulano *ha sido honrado* con un título nobiliario» y otras semejantes. (Véanse la nota 523 y el verso 534 del acto II.)

962. *Belardo* es el nombre poético, por antonomasia, que, entre otros usó el *Fénix* desde su juventud de protagonista de muchas de sus poesías líricas; de pastor de la Arcadia, personaje de varias de sus comedias autobiográfico salvo alguna vez, en detalles secundarios; aludido de continuo en sus obras mismas, y, en fin, apareciendo al concluir sus comedias, como en ésta, para pedir gracia y aplauso del auditorio o senado.

ANTOLOGÍA

NOTA PRELIMINAR

La necesidad ineludible que ha de tener el alumno para completar prácticamente el estudio de las obras no dramáticas de Lope, con la lectura de una selección de ellas y la dificultad de hallar ediciones asequibles, que sirvan a este fin, me ha impulsado a reunir esta Antología *de las llamadas también* Obras sueltas *del* Fénix, *eligiendo detenidamente las más carcterísticas y representativas de toda su producción, para seguir los temas del* Programa.

Estos textos, destinados a completar las lecciones teóricas, con lecturas comentadas por el profesor, no van por ello anotados como el de la comedia, con el fin de dar a la labor docente más flexibilidad individual, pero en muchos casos presentan con El villano en su rincón, *afinidades mutuas de tipo literario, linguístico, etc...*

Van copiados de las obras y ediciones que se indican en cada caso —completadas, con todos los datos bibliográficos, en la Bibliografía *que se inserta al final de los* Estudios—*y se ha modernizado su ortografía al transcribirlos, corrigiendo, cuando ha sido necesario, su puntuación y errores evidentes. Así su lectura, sin perder nada, resulta más grata y se dan los datos necesarios para ampliar algún texto si se creyera conveniente.*

ARCADIA
(1598)

[MONÓLOGO DE BELISARDA]

Mirando pues los diferentes sitios, en que algunas veces solían hablarse y verse, helósele el corazón, y sin mover los ojos quedó suspensa: pero de la manera que con el sol encendido, las fuentes a quien el riguroso hielo del invierno detuvo el curso, comenzaron a destilar las congeladas aguas: así con el fuego de amor, exhalado del corazón de Belisarda, corrieron de sus ojos mil amorosas lágrimas, con las cuales enterneciendo las piedras, comenzó a decir así:

Con otros diferentes ojos, con otro gusto, y aun (si puedo decirlo así) con otra alma diferente, solía yo miraros hermosos árboles, frescas fuentes y riberas apacibles, de este río, donde me vi tan dichosa, y alegre, cuanto ahora me veo desdichada y triste. Otra solía ser mi compañía en vuestra soledad, de la que ahora me hacen los espantables ecos de esta cansada voz, que cuando Dios quería, agradecidos escuchábades. De otra suerte se le ponía el sol a mis ojos, en este mismo sitio, cuando asidos de las manos, volvíamos yo y mi Anfriso en honesta conversación, hasta el aldea. Todo se acabó para mí lo que fue gusto, y todo lo que fue dolor comenzó para no acabarse. Fuese de vuestras riberas ameno bosque (si se puede decir que se fue, a quien desterró la envidia) y desde entonces, ni en vosotras hay cosa verde, ni en mis ojos esperanza. Pasos solían ser

éstos, que con otra ventura se daban para mi bien, y estaciones en que yo contaba mi mal, a quien con tanta verdad se dolía, y ahora no sé yo como son, si no me llevan a la muerte, algún tormento debe de haber mayor. Habíame dado el cielo el sufrimiento, y la recompensa de tanta desdicha, como fue querer cautivar mis años, el más pesado yugo, de cuantos jamás oprimieron tierno cuello, y hale parecido a mi fortuna contradecirle, queriendo que pues nací para padecer, aun el cielo no se duela de mí. Solos quedaréis ahora amigos árboles, y vos mi amado pino, que pues Anfriso os dejó, razón será que yo os deje, podrá ser que por esto seáis más venturosos, pues faltarán de vuestro bosque, el hombre más perseguido del mundo, y la mujer más desdichada, ya en efecto me voy de vuestras riberas, con tanta desesperación y deseo de morir, que me pesa que sea tanto, porque de semejantes ánimos la muerte huye, llévame la mayor de mis desdichas a tierras extrañas, y de esto no pienso hacer mudanza, que también vosotras lo sois, desde que os falta Anfriso. De suerte, que ni mudo tierra, ni ventura, sino voy siguiendo, a quien desde el día que nací, me va llevando a morir, asida de los cabellos, como cordero de sacrificio. Este que de mis lágrimas, hacen mis ojos mi corazón de fuego, y de viento mis esperanzas, con todo lo que mi vida desea, que goce ya mi cuerpo de la tierra. Diréis Anfriso (si por dicha primero que yo vuelva os visitare) con todos los demás sentimientos, que su ausencia debe a mi alma, que esto mereceré, por haber nacido y vivido entre vosotros, si el irme ahora a morir a tierra ajena, no tenéis por agravio.

(Ed. Entrambasaguas, Lib. II, pág. 55, *en prensa.*)

LA DRAGONTEA
(1598)

[PARTIDA DE UN NAVÍO]

Lo que una libertad y atrevimiento
fuera de la esperanza mover suele,
levantó de la Reina el pensamiento,
a quien del oro la codicia impele:
propone su intención al Parlamento,
para que el rayo de sus manos vuele,
y a pesar de los émulos burlados
salen dos generales decretados.

Francisco Draque de la mar elige,
Juan Achines de tierra, y de esta suerte
su cargo cada cual de los dos rige,
y embarca gente veterana y fuerte:
también se apresta en el horrendo Estige
el que conduce a sempiterna muerte
las condenadas almas, porque espera
colmar para el pasaje su ribera.

Húndese el puerto de contento y grita,
éste calafetea, aquél enjarcia,
cual lastra, carga, sube, pone y quita,
la vela nueva o la defensa marcia:
éste el bizcocho, el agua solicita,
repara el árbol, o la rota jarcia;
aquél salada carne guarda en partes
para el viernes mejor, que para el martes.

Ya embarcan las trompetas y clarines,
a cuyo son se anima y se recuerda,
ya su música alegra los delfines,
y con los ecos de la mar concuerda:

ya embarcan los guzmanes transportines,
ya los soldados cáteres de cuerda;
van y vienen esquifes y barcones,
ya con sustento, ya con municiones.
Ya tremolan al viento, y dan vislumbres
con sus colores varios a las olas,
de las antenas, gavias y altas cumbres,
flámulas, gallardetes, banderolas:
ya aderezan faroles para lumbres
la Capitana y Almiranta solas,
llevando, porque el cargo se adelanta,
la Capitana tres, dos la Almiranta.
Ya los bizarros jóvenes vestidos
de diferentes sedas y colores,
dando en ellas indicios y sentidos
a la diversidad de sus amores:
leonado ausencias, pardo a los olvidos,
azul a celos, rojo a los favores,
pajizo a los desdenes, blanco al alma,
entre la tierra y mar están en calma.
Quien se despide de mujer o amigo,
quien del hermano, primo y del pariente,
quien hace al mar de su valor testigo,
y en su imaginación rinde el Poniente.
No estaba contra Paris su enemigo
más arrogante la greciana gente,
ni más llenas de agüeros en Aulide,
que esta la arena de la playa mide.
Prometen a sus damas los amantes
del oro por labrar grandes cadenas:
otros toman a precios semejantes
vestidos, que les dan a manos llenas.
Hay de los tristes que tocaron antes
de las remotas playas las arenas,
y por los nunca vistos horizontes
abrieron las entrañas a los montes.

Parten los barcos para la alta empresa
con verdes ramos y almagrados remos,
y desembarcan en la armada inglesa,
cubriendo desde el agua a los extremos:
todos con el orgullo, que no cesa,
están como si fueran Polifemos
en los hombros paternos de Neptuno,
tal es, que piensa que le oprime alguno.
Y a sus bramidos espantables sordos
los mozos más bisoños y noveles
se arriman atrevidos por los bordos,
más que sus aguas tumidas crueles:
como se mira el escuadrón de tordos
sobre los elevados capiteles,
así los corredores y jaretas
cubren con plumas, bandas y escopetas.
Ya con la ronca salva y la zaloma
dispara a leva el general, y zarpa;
Neptuno el peso entre los hombros toma,
más blando que el delfín oyendo el arpa:
cuando desde la tierra alguno asoma,
parece al que le ve pequeña carpa,
mas ya desde la nave de armas llena
parece el pez más mínimo ballena.
Levantadas las áncoras, despliegan
las velas blancas, en quien hace empleo
un viento alegre, al son del cual navegan,
alargado el trinquete, asido el treo:
céfiros mansos con las jarcias juegan,
y suspiros también de algún deseo,
dejando de las naves la gran suma
un largo rastro de salada espuma.
Huye la tierra y todos sus depojos,
la playa, el puerto y gente conocida,
los árboles se pierden a los ojos,
y la costa de niebla revestida:

ya nacen de la vuelta los antojos,
apenas engendrada la partida,
y tanto cuanto más de ellos se ausentan,
tanto mayores nubes se presentan.
Hacen las velas círculos preñados,
atadas por las puntas las escotas,
Neptuno de sus campos alterados
el aire cuaja de saladas gotas:
los espolones al romper herrados
las lunas del espejo dejan rotas,
asiendo las Nereidas las orillas
de las carlingas y lastradas quillas.
Reparten munición, y ordenan puestos,
que de cabos y gumenas trinchean,
aquellos limpian armas, prueban estos
las que ya limpias emplear desean:
los diestros de la mar discurren prestos,
duermen los que se cansan y marean,
y en camarotes y pequeños ranchos
los sitios más estrechos juzgan anchos.
Ya se aumentaba el tiempo riguroso,
y el escorpión meridional salía
en la casa de Marte sanguinoso
con su naturaleza húmeda y fría:
cuando el corsario pirata famoso,
la derrota marítima seguía,
dejando a Londres, y a Isabel, y al puerto,
ricos de la esperanza y oro incierto.

(ED. ENTRAMBASAGUAS, Canto II, págs. 193-195, *en prensa.*)

ISIDRO
(1599)

[OFRENDA DE SILVANO A SILVIA]

¡Qué tuvieras, Silvia hermosa,
de regalos y contentos!
no como mis pensamientos;
que fuera imposible cosa,
pues son tus merecimientos.
Mas lo que un pobre villano,
el más rico de este llano,
y el más noble de este monte,
y sino a escucharlos ponte,
verás si me quejo en vano.
Cuando al dorado despojo
del toro Febo se inclina,
tuvieras la clavellina,
el alhelí blanco y rojo
y la rosa alejandrina.
El trébol y las violas,
las flores de almendro solas
de las plantas por abril,
que para ti es cosa vil
jaramagos y amapolas.
Tuvieras en esta playa
sentada a gozar el vuelo
del aura, en su verde suelo
las carpas con la redaya,
los barbos con el anzuelo.
Que aquí cuantas veces pruebo,
llenas las chisteras llevo,
y por tus ojos tiranos,

que sospecho que a tus manos
ellos vinieran sin cebo.
Esa fuente que está enfrente
para aquí sus aguas claras,
si a sacarlos me ayudaras,
yo los echara en la fuente,
porque con ellos jugaras.
Que cuando aquí maltratadas
las carpas de sobreaguadas
vinieran a perecer,
holgarás también de ver
las barrigas plateadas.
Pues cuando el sol toca al sino
que a Hércules mordió el pie,
y retrogado se ve
como el Cancro su camino,
de quien imitado fue:
Tuvieras blancas cestillas,
no de toscas maravillas,
mas de frutas sazonadas
de estas huertas cultivadas
y de estas verdes orillas.
Almendras de los senderos
de estas viñas mal cercadas,
tiernas, y apenas cuajadas,
los peruétanos primeros,
o ciruelas más formadas.
Y entre la murta y lentisco
el albérchigo y el prisco,
cerezas y guindas rojas,
verde agraz y brevas flojas
de huerta, que no de risco.
El sol de León saliendo,
y entrando en la rubia Astrea,
vertiera el cuerno Amaltea,

de la abundancia cogiendo
cuanto la copia desea.
La verde pera en sazón,
con el escrito melón,
el durazno blanco, el higo,
y ya era cogido el trigo,
el rubio melocotón.
Luego el pomífero otoño,
cuando ya la juncia arrancas,
te diera con manos francas
el colorado madroño,
verdes nueces y uvas blancas.
Los membrillos ya perfetos,
y los piñones secretos,
el níspero y serba enjuta,
la sangre de Tisbe en fruta
de los morales discretos.
La castaña defendida
ya del erizo dejada,
y la madura granada,
la flor de nácar perdida,
la avellana coronada.
La zarzamora remota,
la acerola y bergamota,
que hace a las peras ventaja,
el níspero entre la paja,
y la rústica bellota.
La hortaliza, el nabo y col,
que madurando se arruga,
la hierbabuena y lechuga,
y al pie de ella el caracol,
y en su acequia la tortuga.
Olivas de estos renuevos,
cuando te vi, Silvia, nuevos,
y ellos y amor, sin raíces,

y a su tiempo las perdices,
que saben hurtar los huevos.
El ganso y el anadón,
las garzas de este río,
y con la miel de rocío
el cándido naterón,
que todo es tuyo, si es mío.
El vil conejo, la liebre,
cuya caza se celebre,
mirando el galgo veloz,
que animado de mi voz,
apenas las hierbas quiebre.
Y aunque el hurtarlo me aflige,
te daré un nido que ayer
en un olmo acerté a ver,
que en viéndole luego dije:
Este de Silvia ha de ser.
¿Pero qué sirven los dones,
a donde los corazones
no se confirman jamás?
rústico soy, no querrás
mis obras, ni mis razones.

(ED. ENTRAMBASAGUAS, Canto VI, págs. 105-106, *en prensa*.)

LA HERMOSURA DE ANGÉLICA
(1602)

[CANTO DE UN PESCADOR]

Hace una Isla el Gaditano estrecho,
de su puerto y lugar poca distancia,
donde una peña levantaba el pecho,
haciendo espejo el mar de su arrogancia:

aquí Medoro en lágrimas deshecho
de un pobre pescador la humilde estancia
miraba, para entrar a darse al sueño,
cuando una barca vio, y en ella el dueño.
La mísera barquilla vieja y rota
entre las ondas se miraba apenas,
remos y velas, que agua y viento azota,
mal remendados, de agujeros llenas:
una soga de esparto por escota
los penoles ataba a las antenas,
y por si el agua la carlinga moja,
por bomba un corcho, con que al mar la arroja.
Un leño por timón, de que es regida,
y una piedra, que basta a detenerla,
por forro entre dos palos lleva asida,
y otras pequeñas en los huecos de ella:
sobre la popa la ancha red tendida,
y medio vivos coleando en ella
algunos pececillos y mariscos,
que se suelen pegar entre los riscos.
Bizcocho y agua lleva, el agua clara,
antes cogida en una humilde fuente,
que de la Isla hasta la mar no para,
pensando que le crece su corriente.
Era mancebo, cuya honesta cara,
quietos ojos y modesta frente
mostraban luego con humilde aspeto
mejor inclinación en lo secreto.
Una ropilla pobre le cubría,
aun no bastante para el pecho todo,
lo que el forzado anjeo permitía,
y descubriendo desde el hombro al codo:
sólo el descalzo pie le descubría
un roto zaraguel del propio modo,
melena crespa, y sin bonete en ella,
llena de arena, de dormir sobre ella.

Y lo que es de esperar, que en su mojada
y parda red sentado al fresco viento
en un lira de haya mal labrada,
con cuatro cuerdas de insufrible acento,
la voz, aunque muy ronca, al fin templada
con el acuerdo y son del instrumento,
entre las mismas lágrimas, que vierte,
cantaba, ¡extraño caso! de esta suerte:

Descansa el pobre segador cansado
a la sombra de un árbol en la tierra;
el villano al calor de su ganado
entre las frías nieves de la sierra:
duerme sobre las armas el soldado,
mientras que cesa la extranjera guerra;
yo solo, cuando todos duermen, velo,
ausente de mi bien entre agua y cielo.

Sale galán el día de la fiesta
el oficial al fin de la semana;
sobre la parva el labrador se acuesta,
hasta que le despierta la mañana:
al peregrino causa alegre siesta
la fuentecilla, que del monte mana;
yo solo sin cesar, ni hallar descanso,
el sordo cielo suspirando canso.

Las aves se defienden por sus nidos
del sol, del agua y de la noche oscura,
los animales duermen recogidos
por anchas cuevas de la tierra dura:
los peces por las aguas esparcidos
tienen para vivir parte segura;
y a mí solo sin bien falta sosiego
en aire, en tierra, en agua, y vivo en fuego.

Duerme el que debe, con saber que vive,
desvelado por dicha a quien lo debe;
descansa el preso, cuando el otro escribe,
que le da de vivir término breve:

el que se embarca, al puerto se apercibe,
mientras la muerte envuelta en agua bebe;
yo solo, sin tener deuda o cadena,
como si fuese muerto, vivo en pena.
Esto cantaba el pescador mancebo,
y esto escuchaba el mísero Medoro,
al tiempo cuando a nuestros ojos Febo
iba cogiendo sus cabellos de oro:
ya con nuevo lugar, con paso nuevo,
dejando atrás para otro curso el Toro,
los abrazados niños toca el rayo
en claro, hermoso y apacible Mayo.

RIMAS
(1602)

[*Algunos de los «Doscientos sonetos»*]

I

Versos de amor, conceptos esparcidos
engendrados del alma en mis cuidados,
partos de mis sentidos abrasados,
con más dolor que libertad nacidos:
Expósitos al mundo, en que perdidos,
tan rotos anduvistes y trocados,
que sólo donde fuistes engendrados,
fuérades por la sangre conocidos.
Pues que le hurtáis el laberinto a Creta,
a Dédalo los altos pensamientos,
la furia al mar, las llamas al abismo:
Si aquel áspid hermoso no os aceta,
dejad la tierra, entretened los vientos,
descansaréis en vuestro centro mismo.

VIII

De hoy más las crespas sienes de olorosa
verbena y mirto coronarte puedes,
juncoso Manzanares, pues excedes
del Tajo la corriente caudalosa.
Lucinda en ti bañó su planta hermosa,
bien es que su dorado nombre heredes,
y que con perlas por arenas quedes
mereciendo besar su nieve y rosa.
Y yo envidiar pudiera tu fortuna,
mas he llorado en ti lágrimas tantas,
(tú, buen testigo de mi amargo lloro:)
que mezclada en tus aguas pudo alguna
de Lucinda tocar las tiernas plantas,
y convertirse en tus arenas de oro.

XXXI

Albania yace aquí, Fabio suspira;
matóla un parto sin sazón, dejando
la envidia alegre, y al amor llorando,
pues ya cualquiera fuerza le retira.
El Tajo crece por mostrar su ira,
y corre de la muerte murmurando;
párase el sol, el túmulo mirando,
temiendo en sí, lo que en Albania mira.
Mas él, si se eclipsare, volver puede,
y Albania no, que de volver ajeno
a Fabio deja, en el postrero parto.
Venganza fue, para que ejemplo quede,
que quien fue basilisco en dar veneno,
muriese como víbora en el parto.

LXXVIII

Cuelga sangriento de la cama al suelo
el hombro diestro del feroz tirano,
que opuesto al muro de Betulia en vano,
despidió contra sí rayos al cielo.
Revuelto con el ansia del rojo velo
del pabellón a la siniestra mano,
descubre el espectáculo inhumano
del tronco horrible, convertido en hielo.
Vertido Baco, el fuerte arnés afea
los vasos y la mesa derribada,
duermen las guardas, que tan mal emplea.
Y sobre la muralla coronada
del pueblo de Israel la casta hebrea
con la cabeza resplandece armada.

CXXIV

Blancos y verdes álamos, un día
ví yo a Lucinda a vuestros pies sentada,
dándole en flores su ribera helada
el censo que a los suyos le debía.
Aquí pedazos de cristal corría
esta parlera fuente despeñada,
y a la voz de Narciso enamorada,
cuanto ella murmuraba, repetía.
Aquí le hurtaba el viento mil suspiros,
hasta que vine yo, que los detuve,
porque era el blanco de sus dulces tiros.
Aquí tan loco de mirarla estuve,
que de niñas sirviendo a sus zafiros,
dentro del sol sin abrasarme anduve.

CXXVI

Desmayarse, atreverse, estar furioso,
áspero, tierno, liberal, esquivo,
alentado, mortal, difunto, vivo,
leal, traidor, cobarde y animoso:
No hallar fuera del bien centro y reposo,
mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,
enojado, valiente, fugitivo,
satisfecho, ofendido, receloso:
Huir el rostro al claro desengaño,
beber veneno por licor suave,
olvidar el provecho, amar el daño:
Creer que un cielo en un infierno cabe,
dar la vida y el alma a un desengaño,
esto es amor, quien lo probó lo sabe.

CXXXVII

Noche, fabricadora de embelecos,
loca, imaginativa, quimerista,
que muestras al que en ti su bien conquista,
los montes llanos y los mares secos:
Habitadora de cerebros huecos,
mecánica, filósofa, alquimista,
encubridora vil, lince sin vista,
espantadiza de tus mismos ecos.
La sombra, el miedo, el mal se te atribuya,
solícita, poeta, enferma, fría,
manos del bravo y pies del fugitivo.
Que vele o duerma, media vida es tuya;
si velo, te lo pago con el día;
y si duermo, no siento lo que vivo.

CLX

Esto de imaginar si está en su casa,
si salió, si la hablaron, si fue vista;
temer que se componga, adorne y vista;
andar siempre mirando lo que pasa:
Temblar del otro, que de amor se abrasa,
y con hacienda y alma la conquista;
querer que al oro y al amor resista;
morirme si se ausenta, o si se casa:
Celar todo galán rico y mancebo,
pensar que piensa en otro, si en mí piensa,
rondar la noche, y contemplar el día:
Obliga, Marcio, a enamorar de nuevo;
pero saber como pasó la ofensa,
no sólo desobliga, mas enfría.

CLXXIV

Daba sustento a un pajarillo un día
Lucinda, y por los hierros del portillo
fuésele de la jaula el pajarillo
al libre viento, en que vivir solía.
Con un suspiro a la ocasión tardía
tendió la mano, y no pudiendo asillo,
dijo —y de las mejillas amarillo
volvió el clavel, que entre su nieve ardía—.
¿A dónde vas por despreciar el nido,
al peligro de ligas y de balas,
y el dueño huyes, que tu pico adora?
Oyóla el pajarillo enternecido,
y a la antigua prisión volvió las alas:
que tanto puede una mujer que llora.

CLXXVIII

Mi bien nacido de mis propios males,
retrato celestial de mi Belisa,
que en mudas voces y con dulce risa
mi destierro y consuelo hiciste iguales.
Segunda vez de mis entrañas sales,
mas pues tu blanco pie los cielos pisa,
¿por qué el de un hombre en tierra tan aprisa
quebranta tus estrellas celestiales?
Ciego llorando, niña de mis ojos,
sobre esta piedra cantaré, que es mina,
donde el que pasa al indio, en propio suelo
Hallé más presto el oro en tus despojos,
las perlas, el coral, la plata fina:
más ¡ay, que es ángel, y llevólo el cielo!

CLXXXVIII

Suelta mi manso, mayoral extraño,
pues otro tienes de tu igual decoro;
deja la prenda, que en el alma adoro,
perdida por tu bien y por mi daño.
Ponle su esquila de labrado estaño,
y no le engañen tus collares de oro;
toma en albricias este blanco toro,
que a las primeras hierbas cumple un año.
Si pides señas, tiene el vellocino
pardo encrespado, y los ojuelos tiene
como durmiendo en regalado sueño.
Si piensas que no soy su dueño, Alcino,
suelta, y verásle, si a mi choza viene,
que aún tienen sal las manos de su dueño.

CLXXXIX

Querido manso mío, que viniste
por sal mil veces junto aquella roca,
y en mi grosera mano vuestra boca
y vuestra lengua de clavel pusiste.
¿Por qué montañas ásperas subiste,
que tal selvatiquez el alma os toca?
¿qué furia os hizo condición tan loca,
que la memoria y la razón perdiste?
Paced la anacardina, porque os vuelva
de ese cruel e interesable sueño,
y no bebáis del agua del olvido.
Aquí está vuestra vega, monte y selva,
yo soy vuestro pastor, y vos mi dueño;
vos mi ganado, y yo vuestro perdido.

CXCI

Es la mujer del hombre lo más bueno,
y locura decir que lo más malo;
su vida suele ser y su regalo;
su muerte suele ser y su veneno.
Cielo, a los ojos, cándido y sereno,
que muchas veces al infierno igualo,
por raro al mundo su valor señalo;
por falso al hombre su rigor condeno.
Ella nos da su sangre, ella nos cría;
no ha hecho el cielo cosa más ingrata,
es un ángel, y a veces un arpía.
Quiere, aborrece, trata bien, maltrata,
y es la mujer, al fin, como sangría,
que a veces da salud y a veces mata.

[*Epitafios fúnebres a diversos sepulcros*]

DE FELIPE II «EL PRUDENTE»

Aquí en breve tierra yace,
si es tierra quien alma fue,
un rey, en quien no se ve
lo que la tierra deshace.
Fue tan alto su vivir,
que sola el alma tenía,
cuando acabó de morir.

DEL REY SEBASTIÁN DE PORTUGAL

Dudosa piedra me encierra,
sino es arena africana,
siendo mi muerte temprana
de mi reino eterna guerra.
Mi vida parece llama,
mi muerte parece enima:
pero tierra y mar me oprima,
yo estoy donde está mi fama.

DEL «MUDO», PINTOR FAMOSÍSIMO

No quiso el cielo que hablase,
porque con mi entendimiento
diese mayor sentimiento
a las cosas que pintase.
Y tanta vida les di
con el pincel singular,
que como no pude hablar,
hice que hablasen por mí.

DE FILONTE, BRAVO

Hendí, rompí, derribé,
rajé, deshice, rendí,
desafié, desmentí,
vencí, acuchillé, maté.
Fui tan bravo, que me alabo
en la misma sepultura:
matóme una calentura,
¿cuál de los dos es más bravo?

(Ed. Sancha, T. IV, págs. 189-290.)

EL PEREGRINO EN SU PATRIA
(1604)

[DIÁLOGO ENTRE UN ALEMÁN Y UN ESPAÑOL]

Alegróse el alemán de que en el español hubiese capacidad para tratar con él más que humildes cosas, que es insufrible trabajo caminar al lado del que por lo menos ignora la lengua latina, cuando no sepa otro género de facultad. Y así discurriendo en diversas cosas le preguntó la causa de su viaje a España, y si sólo había sido visitar algunos santos lugares que hay en ella. A lo cual replicando el más entendido, le dijo así. Está aquella nuestra mísera e infelicísima tierra tan infestada de errores, que el demonio y sus ministros han sembrado en ella, que para salir del peligro que podía correr mi salvación, como el que huye del lugar inficionado, elegí la Católica España por asilo, donde habiendo estado algunos años —bien lo conocerás en mi lengua— no quise salir de ella sin visitar las estaciones, que tiene tan dignas de maravillosa venera

ción. Los caminos de Compostela en Galicia veréis frecuentados por varias naciones, que por suma felicidad en la tierra tienen besar aquélla, en que el Apóstol vuestro Patrón depositó su cuerpo hasta el final juicio; y esto con el ejemplo de muchos extranjeros príncipes, que desde Carlomagno, en cuyo camino hoy duran los vestigios, le han venerado, supuesto que vosotros no conozcáis con tanto afecto el profeta de vuestra patria. Sí hacemos, replicó el peregrino, reconocidos a grandes milagros y obligaciones, como se ve en todas las ocasiones que los españoles intentamos, invocándole y trayendo su figura en todos los estandartes y banderas de nuestros ejércitos: porque ha sido mil veces visto con espada resplandeciente guiar los españoles contra los moros como otro Ángel de Senaquerib en favor nuestro. Y aquel lugar, donde reposa su venerable cuerpo, no pudo de los alarbes ser injuriado en la ruina y destrucción última del tiempo de Rodrigo; que presumiendo aquel Rey Moro dar de comer a su caballo en las pilas del agua bendita de aquella casa, tuvo el justo castigo que merecía y refieren las historias de España. Y si de éste y de otros lugares preciosos por los cuerpos y sangre de españoles mártires osó llevar las campanas por trofeos, bien se ve el triunfo de nuestra Fe en haber arrastrado las fealdades de sus mezquitas, que para mayor ensalzamiento se dedicaron a cristianos templos, como habrás visto en los de Granada y Córdoba: la cual era entre los moros tan venerada, que de toda Asia y África venían a ella, como de Europa vamos a la Casa Santa de Jerusalén. Así lo entiendo, dijo el alemán, y verdaderamente que los que en nuestra patria nos preciamos de católicos, envidiamos la bondad y fortaleza de vuestros príncipes, y esta santa y venerable Inquisición, instituida por aquellos esclarecidos, felicísimos y eternamente venerables Reyes, con que enfrenada la libertad de la conciencia, vivís quietos, humildes y pacíficos al yugo de la Romana Iglesia.

(Ed. Sancha, T. V, págs. 90-91.)

JERUSALÉN CONQUISTADA
(1609)

[ELOGIO DE LOS ESPAÑOLES]

Es un mancebo que en la misma cuna
Le pudieran llamar Anguitenente
Que allí tuvo a la envidia, y la fortuna
Una sirena vil, y otra serpiente:
No presumas tan próspera la Luna
Que ahora crece en tu dichosa frente,
Que para ver su círculo menguante
Es sólo el Sol de un español bastante.

Es una fiera gente la de España,
Que cuando a pecho una empresa toma,
Los tiembla el mar, la muerte los extraña,
Diga Numancia, qué le cuesta a Roma:
Ni se le da marchando en la campaña
(Aunque vaya desnuda, y hierbas coma)
De la fiera canícula, ni teme
Que el Capricornio frígido la queme.

Nace sobre el caballo el castellano,
Que el arco Boreal le falta sólo
Para que sea el Sagitario Hispano,
Que Astrea esconde en el opuesto polo:
Rayo parece en la temida mano
La espada, en quien se ve medroso Apolo,
Que el África no tiene vena o fibra,
Que no se le corrompa si la vibra.

Pregunta tú quién son los castellanos
Al gran Cartaginés, que en sangre tinto
Pasó el Tajo, y venció los Carpetanos,
Castigo de un ejército distinto:
Los firmes saguntinos por sus manos
Muertos en más confuso laberinto
Te digan su valor, que su arrogancia
Saben hasta los niños de Numancia.

Sabrás como se arrojan en el fuego,
Y precipitan de las Torres altas,
De orgullo natural el pecho ciego,
Si sus murallas con ventaja asaltas:
Ni los vence el temor, ni mueve el ruego,
Que si las piedras de la sangre esmaltas
De los hijos a vista de sus madres
Los llaman al ejemplo de sus padres.

Pregunta por Alfonso de Castilla
Último descendiente de Pelayo,
Que desde sus montañas a la orilla
Del Tajo, fue del Moro Español rayo:
Verás como en suspensa maravilla
Teñido el rostro de mortal desmayo
El Africa le mira, y de horror llena
En la silla de Orán a Cartagena.

. . . . . .

Teme a español, que todas las naciones
hablan de sí, y al español prefieren,
Español tiene en obras las razones,
Todos grandezas de español refieren:
Español vence en todas ocasiones,
Todos del español defensa quieren,
El español no envidia, y de mil modos
Es envidiado el español de todos.

Entre ellos hay tal precio en la nobleza,
Que el que más vil, y bajamente nace
Disimular procura la bajeza,
Y hasta que se hace noble se deshace:
Lo que no hizo en él naturaleza,
Con artificio, y con dineros hace
Y cuando más el vulgo murmura,
Más parte en la República procura.

No hay hombre por humilde que se halle,
Que no deje su nieto caballero,
Que puesto que le noten en la calle,
Al fin conocen que es valor primero:
Si un pobre tiene razonable talle,
Vístese bien, y con mirar sereno,
Y un apellido que a quien quiere toma
Se iguala con los Césares de Roma.

No hay hombre que no diga que desciende
De Pelayo, Favila, o Veremundo,
No hay letrado que estime, si pretende,
A Licurgo Platón, ni a todo el mundo:
Por ambición que más su pecho enciende,
Harán ciudades en el mar profundo
De casas que andan, que interés navega,
Y llega al Polo donde el Sol no llega.

Sólo puede decir quien los envidia,
Que no estiman jamás quien lo merece,
Y que cualquier gloria les fastidia,
Que en el mayor amigo resplandece:
Y que el que nace en Persia, o en Numidia
Ése celebra España y encarece,
Los propios no permite que se alaben,
Que sólo piensa que extranjeros saben.

Podrá decir, que el Príncipe, y el Grande
Desfavorece al hombre virtuoso,
Por más humilde que a sus puertas ande
Lisonjero, solícito, y quejoso:
Mas no dirá que sufre que le mande
Dos veces su Monarca poderoso,
Que gane mil victorias imposibles,
Porque son obedientes, e invencibles.

Los hombres que ha tenido, y que hoy encierra
Del uno al otro mar la hispana orilla,
A costa de su sangre, a pura guerra
Ganaron desde Oviedo hasta Sevilla:
Si a conquistar esta sagrada tierra
Gallardo viene Alfonso de Castilla,
Cuando pongas tus Lunas a sus Soles,
Él te dirá quien son los españoles.

Dijo, y a sus razones respondieron
Con murmurar confuso los presentes,
Así como las aguas que rompieron
La presa que detuvo sus corrientes:
Airado el Persa, en mil centellas dieron
Señal sus ojos fieros, e impacientes
De la envidia, y enojo cencebido
Del ausente Español, y el atrevido.

(Ed. Entrambasaguas, T. I, págs. 233-234 y 251-253.)

CUATRO SOLILOQUIOS
(1612)

Soliloquio III

Manso cordero ofendido,
puesto en una cruz por mí,
que mil veces os vendí,
después que fuistes vendido;
Dadme licencia, Señor,
para que deshecho en llanto
pueda en vuestro rostro santo
llorar lágrimas de amor.
¿Es posible, vida mía,
que tanto mal os causé
que os dejé, que os olvidé,
ya que vuestro amor sabía?
Tengo por dolor más fuerte,
que el veros muerto por mí,
el saber que os ofendí,
cuando supe vuestra muerte.
Que antes que yo la supiera
tanto dolor os causara,
alguna disculpa hallara,
pero después no pudiera.
¡Ay de mí, que sin razón
pasé la flor de mis años
en medio de los engaños
de aquella ciega afición!
¡Qué de locos desatinos
por mis sentidos pasaron,
mientras que no me miraron,
Sol, vuestros ojos divinos!

Lejos anduve de vos,
hermosura celestial,
lejos, y lleno de mal,
como quien vive sin Dios.
Mas no me haber acercado
antes de ahora, sería
ver que seguro os tenía
porque estábades clavado.
Que a fe que si yo supiera,
que os podíades huir,
que yo os viniera a seguir
primero que me perdiera.
¡Oh piedad desconocida
de mi loco desconcierto,
que a donde vos estáis muerto
esté segura mi vida!
¿Pero que fuera de mí
si me hubiérades llamado
en medio de mi pecado
al tribunal que ofendí?
Bendigo vuestra piedad,
pues me llamáis a que os quiera,
como si de mí tuviera
vuestro amor necesidad.
Vida mía, vos a mí
¿en qué me habéis menester,
si a vos os debo mi ser
cuanto soy y cuanto fui?
¿Para qué puedo importaros
si soy lo que vos sabéis?
¿qué necesidad tenéis?
¿qué cielo tengo que daros?
¿Qué gloria buscáis aquí?
pues sin vos, mi bien eterno,
todo parezco un infierno,
mirad como entráis en mí.

¿Pero quién puede igualar
a vuestro divino amor?
como vos amáis, Señor,
¿qué serafín puede amar?
Yo os amo, Dios soberano,
no como vos merecéis,
pero cuanto vos sabéis
que cabe en sentido humano.
Hallo tanto que querer;
yo estoy tan tierno por vos,
que si pudiera ser Dios,
os diera todo mi ser.
Toda el alma de vos llena
me saca de mí, Señor;
dejadme llorar de amor,
como otras veces de pena.

(Ed. Sancha, T. XIII, págs. 479-481.)

PASTORES DE BELÉN
(1612)

[CANTO DE CLORIS, ANTANDRA, LESBIA Y PIRENO]

¡Cuán bienaventurado
aquél puede llamarse justamente,
que sin tener cuidado
de la malicia y lengua de la gente
a la virtud contraria,
la suya pasa en vida solitaria!
Dichoso el que no mira
del altivo señor las altas casas,
ni de mirar se admira
fuertes columnas oprimiendo basas

en las soberbias puertas
a la lisonja eternamente abiertas.
Los altos frontispicios
con el noble blasón de sus pasados,
los bélicos oficios
de timbres, y banderas coronados
desprecia y tiene en menos
que en el campo los olmos de hojas llenos.
Ni sufre al confiado
en quien puede morir, y que al fin muere,
ni humilde al levantado
con vanas sumisiones le prefiere,
sin ver que no hay coluna
segura en las mudanzas de fortuna.
Ni va sin luz delante
del Señor poderoso, que atropella
sus fuerzas arrogante,
pues es mejor de noche ser estrella,
que por la compañía
del sol dorado no lucir de día.
Dichoso el que apartado
de aquellos que se tienen por discretos
no habla desvelado
en sutiles sentencias y concetos,
ni inventa voces nuevas,
más de ambición, que del ingenio pruebas.
Ni escucha al malicioso,
que todo cuanto ve, le desagrada,
ni al crítico enfadoso
teme la esquiva condición, fundada
en la calumnia sola,
fuego activo del oro que acrisola.
Ni aquellos arrogantes
por el verde laurel de alguna ciencia,
que llaman ignorantes
los que tiene por sabios la experiencia,

porque la ciencia en suma
no sale del laurel, más de la pluma.
No da el saber el grado,
sino el ingenio natural del arte,
y estudio acompañado,
que el hábito y los cursos no son parte,
ni aquella ilustre rama,
faltando lo esencial para dar fama.
¡Oh, cuántos hay que viven
a sus cortas esferas condenados!
hoy lo que ayer escriben,
ingenios como espejos, que quebrados
muestran siempre de un modo
lo mismo en cualquier parte, que en el todo.
Dichoso pues mil veces
el solo que en su campo descuidado
de vanas altiveces
cuanto rompiendo va con el arado,
baña con la corriente
del agua que destila de su frente.
El ave sacra a Marte
le despierta del sueño perezoso,
y el vestido sin arte
traslada presto al cuerpo temeroso
de que la luz del día
por las quiebras del techo entrar porfia.
Revuelve la ceniza,
sopla el humoso pino mal quemado:
el animal se eriza
que estaba entre las pajas acostado,
ya la tiniebla huye,
y lo que hurtó a la luz le restituye.
El pobre almuerzo aliña,
come, y da de comer a los dos bueyes,
y en el barbecho o viña,
sin envidiar los patios de los reyes,

ufano se pasea
a vista de las casas de su aldea.
Y son tan derribadas,
que aún no llega el soldado a su aposento,
ni sus armas colgadas
de sus paredes vio, ni el corpulento
caballo estar atado
al humilde pesebre del ganado.
Caliéntase el enero
alrededor de sus hijuelos todos,
a un roble ardiendo entero,
y allí cantando de diversos modos,
de la extranjera guerra
duerme seguro, y goza de su tierra.
Ni deuda en plazo breve,
ni nave por la mar su paz impide,
ni a la fama se atreve,
con el reloj del sol sus horas mide,
y la incierta postrera,
ni la teme cobarde, ni la espera.

[NACIMIENTO DE CRISTO]

Conociendo pues la honestísima Virgen la hora de su parto, José salió fuera, que no le pareció justo asistir personalmente a tan divino Sacramento; María descalzándose las sandalias de los benditos pies, y quitándose un manto blanco que la cubría, y el velo de su hermosa cabeza, quedándose con la túnica, y los cabellos hermosísimos tendidos por las espaldas, sacó dos paños de lino, y dos de lana limpísimos y sutiles, que para aquella ocasión traía; y otros dos pequeñitos para atar la divina cabeza de su hijo, y púsolos cerca de sí para la ocasión dichosa, en que le fuesen necesarios. Pues como tuviese todas estas cosas prevenidas, hincándose de rodillas, hizo oración, las es-

paldas al pesebre, y el rostro levantado al cielo hacia la parte del Oriente, altas las divinas manos, y los honestísimos ojos al cielo atentos: estaba como en éxtasis, suspensa y transformada en aquella altísima contemplación, bañando su alma de divina y celestial dulzura. Estando en esta oración, sintió mover en sus virginales entrañas su soberano hijo, y en un instante le parió y vio delante de sus castos ojos, quedando aquella pura estrella de Jacob tan entera e intacta como antes, y los cristales purísimos de su claustro inofensos del suave paso del claro sol de justicia Cristo nuestro bien: del cual salió luego luz tan inefable y resplandor tan divino, que todas las celestiales esferas parecían en su presencia oscuras. Estaba el glorioso infante desnudo en la tierra, tan hermoso, limpio y blanco como los copos de la nieve sobre las alturas de los montes, o las cándidas azucenas en los cogollos de sus verdes hojas. Luego que le vio la Virgen, juntó sus manos, inclinó su cabeza, y con gran honestidad y reverencia le adoró y dijo: *Bien seáis venido, Dios mío, Señor mío y Hijo mío.* El Niño entonces llorando, y como estremeciéndose por el rigor del frío y la dureza del suelo, extendía los pies y las manos, buscando algún refrigerio, y el favor y amparo de su madre, que tomándole entonces en sus brazos, le llegó a su pecho, y poniendo su rostro con el suyo, le calentó y abrigó con indecible alegría y compasión materna. Púsole después de esto en su virginal regazo, y comenzóle a envolver con alegre diligencia, primero en los dos paños de lino, después en los dos de lana, y con una faja le ligó dulcemente el pequeñito cuerpo, cogiéndole con ella los brazos poderosos a redimir el mundo: atóle también la soberana cabeza por más abrigo, y hechas tan piadosas muestras de su amor materno, entró el venerable José, y arrojándose por la tierra, humildemente le adoró, bañando su honesto rostro de alegres lágrimas. Entonces la Virgen y José, levantándose, pusieron con gran reverencia el niño benditísimo sobre las pajas del pesebre, entre aquellos dos

animales, y de rodillas comenzaron a contemplarle, hablarle, y darle mil amorosos parabienes de su venida al mundo. Las fiestas, músicas, regocijos y alegrías de los ejércitos celestiales, que a esta sazón, más que los átomos del sol adornaban los arruinados techos de aquel palacio, no pueden ser referidas de las humanas lenguas, ni de los cortos ingenios de los hombres, de la manera que de las altas palmas vemos pendientes los dorados racimos de los dátiles; así de aquellos antiguos y derribados techos, por las columnas rotas y envejecidos pinos colgaban a escuadrones Serafines, Querubines, Potestades y Principados, celebrando los tres misteriosos nacimientos de este Señor, divino, humano y de gracia, de su increado padre eternamente, de su madre temporalmente, y en nuestras almas y corazones por gracia.

[LA VIRGEN CON SU HIJO EN BRAZOS LE CANTA UN VILLANCICO]

La niña a quien dijo el ángel
que estaba de gracia llena,
cuando de ser de Dios madre
le trajo tan altas nuevas,
ya le mira en un pesebre
llorando lágrimas tiernas,
que obligándose a ser hombre
también se obliga a sus penas.
¿Qué tenéis, dulce Jesús?
—le dice la niña bella—
¿tan presto sentís, mis ojos,
el dolor de mi pobreza?
Yo no tengo otros palacios
en que recibiros pueda,
sino mis brazos y pechos
que os regalan y sustentan.
No puedo mas, amor mío,

porque si yo más pudiera,
vos sabéis que vuestros cielos
envidiaran mi riqueza.
El niño recién nacido
no mueve la pura lengua,
aunque es la sabiduría
de su Eterno Padre inmensa,
más revelándole el alma
de la Virgen la respuesta,
cubrió de sueño en sus brazos
blandamente sus estrellas.
Ella entonces, desatando
la voz regalada y tierna,
así tuvo a su armonía
la de los cielos suspensa:

Pues andáis en las palmas,
ángeles santos,
que se duerme mi niño,
tened los ramos.
Palmas de Belén
que mueven airados
los furiosos vientos
que suenan tanto:
no le hagáis ruido,
corred más paso,
que se duerme mi niño,
tened los ramos.
El niño divino,
que está cansado
de llorar en la tierra
por su descanso,
sosegar quiere un poco
del tierno llanto.
Que se duerme mi niño,
tened los ramos.

Rigurosos hielos
le están cercando;
ya véis que no tengo
con qué guardarlo.
Ángeles divinos
que váis volando,
que se duerme mi niño
tened los ramos.

(Ed. Sancha, T. XVI, págs. 46-49; 231-232 y 238-240.)

RIMAS SACRAS
(1614)

[*Algunos sonetos*]

I

Cuando me paro a contemplar mi estado,
y a ver los pasos por donde he venido,
me espanto de que un hombre tan perdido
a conocer su error haya llegado.
Cuando miro los años que he pasado,
la divina razón puesta en olvido,
conozco que piedad del cielo ha sido
no haberme en tanto mal precipitado.
Entré por laberinto tan extraño,
fiando al débil hilo de la vida
el tarde conocido desengaño,
Mas de tu luz mi oscuridad vencida,
el monstruo muerto de mi ciego engaño,
vuelve a la patria la razón perdida.

XIV

Pastor, que con tus silbos amorosos
me despertaste del profundo sueño,
tú, que hiciste cayado de ese leño,
en que tiendes los brazos poderosos;
vuelve los ojos a mi fe piadosos,
pues te confieso por mi amor y dueño,
y la palabra de seguirte empeño
tus dulces silbos, y tus pies hermosos.
Oye, Pastor, que por amores mueres,
no te espante el rigor de mis pecados,
pues tan amigo de rendidos eres.
Espera pues, y escucha mis cuidados,
¿pero cómo digo que me esperes,
si estás para esperar los pies clavados?

XV

¡Cuántas veces, Señor, me habéis llamado,
y cuántas con vergüenza he respondido!
desnudo como Adán, aunque vestido,
de las hojas del árbol del pecado.
Seguí mil veces vuestro pie sagrado,
fácil de asir, en una cruz asido,
y atrás volví otras tantas atrevido
al mismo precio en que me habéis comprado.
Besos de paz os di para ofenderos,
pero si fugitivos de su dueño
hierran, cuando los hallan, los esclavos,
Hoy que vuelvo con lágrimas a veros,
clavadme vos a vos en vuestro leño,
y me tendréis seguro con tres clavos.

XVIII

¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?
¿qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta cubierto de rocío
pasas las noches del invierno oscuras?
¡Oh cuánto fueron mis entrañas duras
pues no te abrí! ¡qué extraño desvarío!
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras.
¿Cuántas veces el Ángel me decía
Alma, asómate ahora a la ventana,
verás con cuanto amor llamar porfía?
¿Y cuántas, hermosura soberana,
mañana le abriremos, respondía,
para lo mismo responder mañana?

XLIII

Esta cabeza, cuando viva tuvo
sobre la arquitectura de estos huesos
carne y cabellos, por quien fueron presos
los ojos, que mirándola detuvo.
Aquí la rosa de la boca estuvo
marchita ya con tan helados besos;
aquí los ojos de esmeralda impresos,
color que tantas almas entretuvo.
Aquí la estimativa, en quien tenía
el principio de todo el movimiento,
aquí de las potencias la armonía.
¡Oh hermosura mortal, cometa al viento!
¡dónde tan alta presunción vivía,
desprecian los gusanos aposento!

AL LEVANTARLE EN LA CRUZ

Romance

Vuestro esposo está en la cama,
alma, siendo vos la enferma,
partamos a visitarle,
que dulcemente se queja.
En la cruz está Jesús,
a donde dormir espera
el postrer sueño por vos;
bien será que estéis despierta.
Llegad y miradle echado,
enjugadle la cabeza,
que el rocío de esta noche
le ha dado sangre por perlas.
¿Mas cómo podrá dormir?
que ya la mano siniestra
le clava un fiero verdugo:
nervios y ternillas suenan.
Poned, alma, el corazón,
si llegar a Cristo os dejan,
entre la Cruz y la mano,
porque os lo claven en ella.
¡Mas ay Dios! que ya le tiran
de la mano, que no llega,
al barreno, que en la Cruz
hicieron las suyas fieras.
Con una soga doblada
atan la mano derecha
del que a desatar venía
tantos esclavos con ella.
De su delicado brazo
tiran juntos con tal fuerza,

que todas las coyunturas
le desencajan y quiebran.
Alma, lleguemos ahora
en coyuntura tan buena,
que no la hallaréis mejor,
aunque está Cristo sin ellas.
Ya clavan la diestra mano,
haciendo tal resistencia
el hierro entrando el martillo,
que parece que le pesa.
Los pies divinos traspasan,
y cuando el verdugo yerra
de dar en el clavo el golpe,
en la Carne Santa acierta.
Hasta los pies y las manos
de Jesús los clavos entran,
pero a la Virgen María
las entrañas le atraviesan.
No dan golpes los martillos,
que en las entrañas no sea
de quien fue la carne y sangre,
que vierten y que atormentan.
A Cristo en la Cruz enclavan
con puntas de hierro fieras,
y a María crucifican
el alma en clavos de penas.
Al levantar con mil gritos
la soberana bandera
con el cordero por armas,
imagen de su inocencia,
Cayó la viga en el hoyo,
y antes de tocar la tierra,
desgarrándose las manos
dio en el pecho la cabeza.
Salió de golpe la sangre,
dando color a las piedras,

que pues no la tiene el hombre,
bien es que tengan vergüenza.
Abriéronse muchas llagas,
que del aire estaban secas,
y el inocente Jesús
de dolor los ojos cierra.
Pusiéronle a los dos lados
dos ladrones por afrenta,
que a tanto llega su envidia,
que quieren que lo parezca.
Poned los ojos en Cristo,
alma, este tiempo que os queda,
y con la Virgen María
estad a su muerte atenta.
Decidle, dulce Jesús,
vuestra Cruz mi gloria sea:
ánimo a morir, Señor,
para darme vida eterna.

A LA MUERTE DE CARLOS FÉLIX
Canción

(Fragmentos)

Este de mis entrañas dulce fruto
con vuestra bendición, ¡oh Rey eterno!
ofrezco humildemente a vuestras aras:
que si es de todos el mejor tributo
un puro corazón humilde y tierno,
y el más precioso de las prendas caras,
no las aromas raras
entre olores fenicios,
y licores sabeos
por menos olorosos sacrificios,

sino mi corazón, que Carlos era,
que en el que me quedó, menos os diera.
Diréis, Señor, que en daros lo que es vuestro
ninguna cosa os doy, y que querría
hacer virtud necesidad tan fuerte,
y que no es lo que siento lo que muestro,
pues anima su cuerpo el alma mía,
y se divide entre los dos la muerte:
confieso que de suerte
vive a la suya asida,
que cuanto a la vil tierra,
que el ser mortal encierra,
tuviera más contento de su vida,
mas cuanto al alma, ¿qué mayor consuelo
que lo que pierdo yo, me gana el cielo?

. . . . . .

Y vos, dichoso niño, que en siete años
que tuvistes de vida, no tuvistes
con vuestro padre inobediencia alguna,
corred con vuestro ejemplo mis engaños,
serenad mis paternos ojos tristes,
pues ya sois sol, donde pisáis la luna:
de la primera cuna
a la postrera cama
no distes sola un hora
de disgusto, y ahora
parece que le dáis, si así se llama
lo que es pena y dolor de parte nuestra,
pues no es la culpa, aunque es la causa vuestra.
Cuando tan santo os vi, cuando tan cuerdo,
conocí la vejez que os inclinaba
a los fríos umbrales de la muerte,
luego lloré lo que ahora gano y pierdo
y le dije: aquí la edad acaba,
porque nunca comienza de esta suerte;
¿quién vio rigor tan fuerte,

y de razón ajeno,
temer por bueno y santo
lo que se amaba tanto?
más no os temiera yo por santo y bueno,
si no pensara el fin que prometía
quien sin el curso natural vivía.
Yo para vos los pajarillos nuevos
diversos en el canto y los colores
encerraba gozoso de alegraros,
yo plantaba los fértiles renuevos
de los árboles verdes, yo las flores,
en quien mejor pudiera contemplaros,
pues a los aires claros
del alba hermosa apenas
salistes, Carlos mío,
bañado de rocío,
cuando marchitas las doradas venas,
el blanco lirio convertido en hielo,
cayó en la tierra, aunque traspuesto al cielo.
¡Oh qué divinos pájaros ahora,
Carlos gozáis que con pintadas alas
discurren por los campos celestiales
en el jardín eterno, que atesora
por cuadros ricos de doradas salas
más hermosos jacintos orientales,
a donde a los mortales
ojos la luz excede:
dichoso yo que os veo
dónde está mi deseo,
y dónde no tocó pesar, ni puede,
que sólo con el bien de tal memoria
toda la pena me trocáis en gloria.
. . . . . .
Hijo pues de mis ojos, en buena hora
vais a vivir con Dios eternamente,
y a gozar de la patria soberana:

¿cuán lejos, Carlos venturoso, ahora
de la impiedad de la ignorante gente,
y los sucesos de la vida humana,
sin noche, sin mañana,
sin vejez siempre enferma
que hasta el dueño fastidia,
sin que la fiera envidia
de la virtud a los umbrales duerma,
del tiempo triunfaréis, porque no alcanza
donde cierran la puerta a la esperanza.
La inteligencia de los orbes mueve
a la celeste máquina divina
dará mil tornos con su hermosa mano,
fuego el León, el Sagitario nieve:
y vos mirando aquella esencia trina
ni pasaréis invierno, ni verano;
y desde el soberano
lugar que os ha cabido,
los bellísimos ojos
paces de mis enojos
humillaréis a vuestro patrio nido;
y si mi llanto vuestra luz divisa
los dos claveles bañaréis en risa.
Yo os di la mejor patria que yo pude
para nacer, y ahora en vuestra muerte
entre santos dichosa sepultura,
resta que vos roguéis a Dios que mude
mi sentimiento en gozo de tal suerte,
que a pesar de la sangre, que procura
cubrir de noche oscura
la luz de esta memoria,
viváis vos en la mía,
que espero que algún día
la que me da dolor, me dará gloria,
viendo al partir de aquesta tierra ajena,
que no quedáis a donde todo es pena.

IDILIO SEGUNDO

Riéndose va un arroyo,
sus guijas parecen dientes,
porque vio los pies descalzos
de quien sobre el sol los tiene.
Mil ángeles le acompañan,
que llevarle de ellos quieren
dos heridas que al arroyo
están sirviendo de fuentes.
Buscando viene una oveja,
que dicen que se le pierde,
y aunque espinas se los rasgan,
con el amor no lo siente.
Con pan la llama el Pastor,
mas como son accidentes,
desde lejos parecían
sol la mano y el pan nieve.
Esto a los ojos del cuerpo
el pan divino parece,
que a los del alma bien saben,
que Hombre y Dios en el Pan viene.
Quejoso va de su esposa,
¡ay del alma que consiente,
que Dios, que se acuerda tanto,
de que le olviden se queje!
Pues bien sabe el alma ingrata
que su amor no le merece,
ni su divina hermosura,
que los ángeles suspende.
Sobre un madero cruzado,
cubierto de espinas verdes
sentóse a mirar sus llagas,
que con los desprecios crecen.

Mas vio que entre los pastores
llorando el alma desciende
de haberle tenido en poco
por sus pasados deleites.
Su querido esposo mira,
hablarle quiere y no puede,
que cuando su amor la anima,
la venganza le detiene.
Mas viendo el piadoso amante,
que le busca y se arrepiente,
así le dijo mostrando
lo que las lágrimas pueden:

«Hoy tendrás en mis brazos
cuanto me pides,
pues conoces, mi alma,
que me ofendiste.
Por darte mil bienes
te vengo buscando,
tal gracia llorando
tus males tienes;
tan hermosa vienes
con esas perlas,
que de sólo verlas
te doy por libre,
pues conoces, mi alma,
que me ofendiste.
Por darte sustento,
en pan me he quedado,
que de enamorado
hechizarte intento;
tu arrepentimiento
me dicen tus ojos,
ya no tengo enojos
de que te fuiste,

pues conoces, mi alma,
que me ofendiste.»

(Ed. Sancha, T. XIII, págs. 177-225;304-306; 365-371 y 418-420.)

LA CIRCE
(1624)

LA PRUDENTE VENGANZA

Novela segunda. A la señora Marcia Leonorda.

[*Sobre el amor*]

Cuando yo llego a pensar por donde comienzan dos amantes el proemio de su historia, me parece el amor la obra más excelente de la naturaleza, y en esto no me engaño, pues bien sabe toda la Filosofía, que consiste en él la generación y conservación de todas las cosas, en cuya unión viven, aunque entre la armonía de los cielos, que el aforismo de que todas las cosas se hacen a manera de contienda, eso mismo, que las repugna, las enlaza, y así se ve, que los elementos, que son los mayores contrarios, simbolizan en algunas cosas, y comunican sus calidades. Convienen el fuego y el aire en el calor, porque el fuego le tiene sumo, y el aire moderado; el fuego y la tierra en lo seco; el aire y el agua en lo húmedo, y el agua y la tierra en lo frío, de cuya conveniencia es fuerza amarse, y a este ejemplo las demás de la generación y corrupción de la naturaleza. Pero dirá vuestra merced ¿qué tienen que ver los elementos y principios de la generación de amor con las calidades elementales? Mas bien sabe vuestra merced, que nuestra humana fábrica tiene de ellos su origen, y que

su armonía y concordancia se sustenta y engendra de este principio, que como siente el filósofo, es la primera raíz de todas las pasiones naturales. Notable edificio pues levanta amor en esta primera piedra de un papel, que sin prudencia escribió esta doncella a un hombre tan mozo, que no tenía experiencia de otra voluntad desde que había nacido. ¿Quién vio edificio sobre papel firme? ni qué duración se podrá prometer la precipitada voluntad de estos dos amantes, que desde este día se escribieron y hablaron, si bien honestamente, fundados en la esperanza del justo matrimonio? Y tengo por sin duda, que si luego pidiera Lisardo a Laura, Menandro lo hubiera tenido a dicha, pero el querer primero cada uno conquistar la voluntad del otro, a lo menos asegurarse de ella, dio causa a que la dilación trajese varios accidentes, como suele en todas las cosas, donde se acude con la ejecución después del maduro acuerdo, como sintió Salustio. Tenía Lisardo un amigo, que desde sus tiernos años lo había sido, igual en calidad y hacienda, llamado Octavio, procedido de ciertos caballeros genoveses, que en aquella ciudad habían vivido, y a quien la mar no había correspondido ingrata, a lo que en confianza suya habían aventurado. Éste amaba desatinadamente a una cortesana, que vivía en la ciudad tan libre y descompuesta, que por su bizarría y despejo público era conocida de todos. Pasaba el pobre Octavio sus locuras con inmenso trabajo de su espíritu, y no pequeño daño de su hacienda, porque a vuelta de cabeza se la cargaba de infinito peso, mayormente si se descuidaba de comprar por instantes lo que le parecía que tenía adquirido. Amor no se conserva sin ésto, yo lo confieso, pero en este género de mujeres es la codicia insaciable.

SONETO

De la abrasada eclíptica que ignora
intrépido corrió las líneas de oro
mozo infeliz, a quien el verde coro
vio sol, rayo tembló, difunto llora.
Centellas, perlas no, vertió el aurora,
llamas el pez austral, bombas el toro,
etnas la nieve del Atlante moro,
la mar incendios y cenizas flora.
Así me levanté y a la presencia
llegué de un sol; así también me asombra
cayendo en noche eterna de su ausencia.
Así a los dos el P › faetontes nombra,
pero muertos con esta diferencia,
que él quiso ser el sol y yo la sombra.

(Ed. Sancha, T. VIII, págs. 132-134 y I, 394.)

TRIUNFOS DIVINOS
(1625)

[*Algunos sonetos de «Rimas Sacras»*]

TEMORES EN EL FAVOR

Cuando en mis manos, Rey Eterno, os miro,
y la cándida víctima levanto,
de mi atrevida indignidad me espanto,
y la piedad de vuestro pecho admiro.
Tal vez el alma con temor retiro,
tal vez la doy al amoroso llanto,

que arrepentido de ofenderos tanto,
con ansias temo, y con dolor suspiro.
Volved los ojos a mirarme humanos,
que por las sendas de mi error siniestras,
me despeñaron pensamientos vanos.
No sean tantas las miserias nuestras,
que a quién os tuvo en sus indignas manos,
vos le dejéis de las divinas vuestras.

A LA SANTA MADRE TERESA DE JESÚS

III

Herida vais del Serafín, Teresa,
corred al agua, cierva blanca y parda,
que la fuente de vida que os aguarda,
también es fuego, y de abrasar no cesa.
¿Cómo subís por la montaña espesa
del rígido Carmelo tan gallarda,
que con descalzos pies no os acobarda
del alto fin la inaccesible empresa?
Serafín cazador el dardo os tira,
para que os deje estática la punta,
y las plumas se os queden en la palma.
Con razón vuestra ciencia el mundo admira,
si el seráfico fuego a Dios os junta,
y cuanto veis en él, traslada el alma.

LA ROSA

Cuando te vi con tanto atrevimiento,
primera gala del Abril florido,
salir al prado de tu verde nido,
y con tu olor purificar el viento.

Cuando te vi sobre color sangriento
realzar con oro el oriental vestido,
y por tu parto, de su hielo olvido,
soberbia la humildad de tu elemento,
temí de tu belleza lo que dura
el resplandor mortal, gloria fingida,
tan presto como aurora noche oscura;
temí verte marchita y ofendida,
que suele ser pensión de la hermosura
o larga desventura, o breve vida.

LA MISERIA HUMANA

Si culpa el concebir, nacer tormento,
guerra el vivir, la muerte fin humano,
si después de hombre tierra y vil gusano,
y después de gusano polvo y viento.
Si viento nada, y nada el fundamento,
flor la hermosura, la ambición tirano,
la fama y gloria pensamiento vano,
y vano cuanto piensa el pensamiento
quien anda en este mar para anegarse,
¿de qué sirve en quimeras sumergirse,
ni pensar otra cosa que salvarse?
¿De qué sirve estimarse y preferirse,
buscar memoria, habiendo de olvidarse,
y edificar habiendo de partirse?

QUID SUPERBIS, TERRA ET CINIS?
(Eccles. Cap. 10)

Estos sepulcros de mayor decoro
que cuantos pluma reservó a la historia,
augusta pompa y justa vanagloria,
ceniza guardan ya, que no tesoro.

Sus trofeos del galo, belga y moro,
a su propia virtud deben su gloria,
dando a pesar del tiempo su memoria
voz, alma y vida al jaspe, al bronce, al oro.
Tú pues, a quien la pólvora fastidia,
¿qué pirámides tienes levantados?
¿qué bárbaro carmín tiñó tu espada?
Imita su virtud, su fama envidia,
que fuera de ella cuantos ves armados,
hijos de tierra son, nietos de nada.

(Ed. Sancha, T. XIII, págs. 77-140.)

CORONA TRAGICA
(1627)

[SENTENCIA CONTRA MARÍA ESTUARDO]

Finalmente Isabel en Ricemunda
contra la honestidad y la inocencia,
constancia heroica y humildad profunda,
fe soberana e inmortal paciencia,
del mundo luz, de Escocia Esther segunda,
así publica la mortal sentencia:
cielos cerrad en tanto los oídos,
si vuestras luces son ojos dormidos.
Isabel por la gracia de Dios reina
de Inglaterra, Francia, Ibernia, y cuanto
el mar la margen de estas islas peina,
Defensatriz del Evangelio santo,
Cabeza de la Iglesia donde reina,
a los ilustres condes que ama tanto,
salud, y a vos milor en paz y en guerra,
Jorge, gran mariscal de Ingalaterra

Habiendo visto la sentencia dada
por nuestros Consejeros a María,
de la ofendida Majestad culpada,
reina que fue de Escocia y deuda mía,
por todos los estados confirmada,
rindiendo la piedad a la porfía
y asiduos ruegos, que de varios modos
para su ejecución nos piden todos:
Y por el gran peligro que ha corrido
por su detenimiento nuestra vida,
y el Evangelio, y Religión que ha sido
por tanta dilación tan ofendida:
de tantas quejas mi temor vencido,
debiendo ser mi vida preferida
a mi piedad y natural blandura,
hoy la consiento por vivir segura.
Partid en fin como jueces nuestros,
advirtiendo, con justa diligencia,
que pueden resultar casos siniestros
de dilatarse tanto mi clemencia:
y ejecutad con oficiales vuestros
en María Estuarda la sentencia,
no obstantes otras leyes, que los reyes
son el mejor sentido de las leyes.
Aquí, cielos divinos, la armonía
de vuestros claros orbes enmudezca,
el sol se esconda, y vuelva noche el día,
ni salga luz, ni estrella resplandezca.
¿Hase dado jamás sentencia impía,
que tanto agravio y sin razón padezca?
¿Qué escita, qué caribe la firmara
contra inocencia tan perspicua y clara?
Pone por culpa asegurar su vida
de una sola mujer veinte años presa,
que un reino desampara, un hijo olvida,
siendo precisa y natural empresa;

del título supremo se apellida,
y apóstata se alaba que profesa
el defender lo mismo que persigue;
la fe confiesa, pero no la sigue.
¿Cabeza de la Iglesia y Defensora
se llama de la Fe —Vicario santo,
cuyo divino pie la tierra adora—
ebria mujer que la persigue tanto?
Cayó Luzbel desde la eterna aurora
al reino de la noche, al negro espanto,
por igualarse a Dios: ¿en qué difiere
quien igualarse al Vice-Cristo quiere?
¡Oh cuanto como padre —al fin hazaña
de vuestras santas manos celestiales—
máximo Urbano hicistes, cuando a España
oculto vino el Príncipe de Gales!
¡Oh si vierades vos la Gran Bretaña
en tantos bienes, y sin tantos males,
reducida a la Fe, qué eterna gloria
dejara vuestra célebre memoria!
¡Oh si vuestras abejas florentinas
hicieran miel de las inglesas flores,
y vieran sus iglesias, no en ruinas
sus nidos, sino en fábricas mayores!
Pero, Señor, verdades son divinas
que ha de haber en el mundo estos errores;
mas contra vos ninguno prevalece,
que vuestra luz eterna resplandece.

(Ed. Sancha, T. IV, págs. 122-124.)

LA DOROTEA
(1632)

ACTO I. ESC. 3.ª
(Fragmento)

DOROTEA *sola*

¡Ay, infeliz de mí! ¿Para qué vivo? ¿Para qué solicito conservar la más triste vida que se ha dado a esclava? ¿Cuál mujer de mis años la pasa con tantos sobresaltos y desdichas? ¿Dónde me lleva este amor desatinado mío? ¿Qué fin me promete tan desigual locura de lo que pudieran haber merecido las partes de que me ha dotado el cielo? Cuando haya pasado lo mejor de mis años en este laberinto amoroso, ¿qué tengo de hallar en mí, sino arrepentimiento para los que me quedaren, cuando a los que desprecio les dé venganza? Fernando mío, no querría que mi alma, que allá tienes, te lo dijese que está pensando: cosa tan nueva, que jamás pensé que llegara a mi pensamiento. No puedo más; que me veo cercada de tantos enemigos, que no podré escapar la vida si no es perdiendo el seso; pero si allá te dijere esta novedad en tu agravio, consulta con prudencia tu entendimiento, no con tu amor tus años. Pero ¿cómo es posible que [el] primero movimiento de lo que digo, haya llegado a mi imaginación? ¿Qué puedo querer sino quererte? ¿En qué puedo emplear mis años como en servirte? ¿Qué puedo yo desear como agradarte? ¿Qué riqueza como oírte? ¿Qué tiempo más bien empleado que en tus brazos? ¿Cómo viviré yo sin ti? Menos falta me puede hacer la vida que tus ojos. ¿Quién me consolará de no verte, después de tantos años de gozarte? Ese agrado tuyo, ese brío, ese galán despejo, esos regalos de tu boca, cuyo primer bozo nació en mi aliento, ¿qué Indias los podrán suplir, qué oro, qué diamantes? Mas ¡ay triste!, que de esta amistad nuestra está ofendido

el cielo, mi casa, mi opinión y mis deudos; mi madre me persigue, las amigas me riñen, los vecinos me murmuran, las envidias me reprenden, mi necesidad ha llegado a lo último. Fernando no tiene más que para sus galas: mira las otras mujeres con ellas: ya le parecerán mejor; que el adorno y la riqueza añaden hermosura y estimación, y la pobreza del traje descuida los ojos, y hace que una mujer cada día parezca la misma; y la diferencia causa novedad y despierta el deseo. Esto no podrá durar para siempre; y como no hay cosa más pública que el amor, aunque jamás lo crean los amantes, será imposible librarle de algún fin desdichado o en la vida o en la honra; y lo que más se debe temer, en el alma. ¿Para qué quiero aguardar a que te canses y me aborrezcas? ¿A que te agraden las galas de otras, y este sayal que visto sea cilicio de tus brazos y penitencia de tus ojos? No quiero aguardar al fin que tienen todos los amores; pues es cierto que paran en mayor enemistad cuanto fueron más grandes. Si habemos de ser enemigos después, más vale que ahora nos concertemos con amistad; que cuando el trato cesa sin agravio, bien se puede conservar en llaneza sin reprehensión, y en voluntad sin miedo. —Celia, Celia: dame el manto, y di a mi madre que voy a misa. —Resuelta estoy. ¿Qué aguardo? ¡Jesús!: parece que tropecé en mi amor. ¡Oh amor!: no te pongas delante, déjame ir, pues me dejaste determinar; que en las mujeres la resolución es difícil, la ejecución es fácil! [*Vase.*]

Acto II. Esc. 5.ª
(Fragmento)

DON BELA. LAURENCIO. GERARDA. DOROTEA. CELIA.

Bel. — No me tire de la capa, señora Gerarda; que a quien trae su voluntad no es menester hacerle fuerza. —Dios guarde tanta hermosura para testigo de su poder, aunque a costa de cuantas vidas mata.

DOR. — Llega una silla, Celia.

BEL. — No dejéis el estrado, señora Dorotea; que no soy tan gran señor, que merezca que salgáis de la tarima: tomad la almohada.

DOR. — Cuando estéis sentado; y perdonad el no haber salido más pasos; que me ha cogido vuestra venida tan de súbito, que no halla el corazón lugar donde se afirme.

BEL. — Mientras es vuestro, padecerá inquietud con la imaginación de emplearle en quien le merezca.

DOR. — Siempre querría que fuese mío.

BEL. — Puertas tiene el corazón por donde suelen robarle.

DOR. — Si él las tiene con guarda, estará seguro.

BEL. — Los ojos no la tienen.

DOR. — Antes muchas, como son la honestidad, el recato y la obligación a la honra.

BEL. — Cuando esas guardas vienen desde el corazón a los ojos, ya suelen ellos haber mirado. Cien ojos tenía aquel pastor de Ovidio, y todos se los durmió con su encantada música Mercurio; y por eso ahora los pavones, en cuyas plumas los puso Juno, tienden la rueda, como solicitando que estén despiertos, y en oyendo cantar, se alteran; que piensan que vienen a matarlos.

DOR. — Con vos a lo menos ya no importará guardar los ojos, si podéis robar los corazones por los oídos.

BEL. — No es mi entendimiento capaz de tanta dicha, que halle vuestra atención dispuesta a la música de mis palabras.

GER. — ¿Queréis que me ponga en medio, aunque lleve la peor parte? Paz, señores, y demoslos por entendidos. ¿Qué trae Laurencio, que está más cargado que sardesco de covento?

BEL. — Un poco de tela y unos pasamanillos.

GER. — Descoje, descoje, muestra, desembózate. ¡Qué atado estás! Más difícil es de sacar esta tela de tus brazos, que de la tienda del mercader. ¡Qué cosa tan linda! ¿Es milán esto? Bien hayan las manos que te labraron

DOR. — Por cierto que es bellísima.
GER. — ¿Pintó la primavera un prado ni le imitó un poeta con más flores?
DOR. — ¡Qué bien asientan estas clavellinas de nácar sobre lo verde!
BEL. — Así se casaran dos voluntades como estos dos colores.
DOR. — Lo verde es esperanza y lo encarnado crueldad.
BEL. — La crueldad será vuestra color, y la esperanza la mía; pero ¿quién las podrá casar, siendo contrarias?
DOR. — Contrarias, sí, pero no enemigas.
BEL. — Decís bien; que una cosa es la enemistad y otra la oposición.
DOR. — Tiene más esta esperanza, que está esmaltada de flores, que son más que principios de la ejecución del fruto.
GER. — No has dicho cosa más a propósito.
DOR. — No tan aprisa, Gerarda; que muchos almendros se han perdido por haber tenido flores sin tiempo.
GER. — Echástelo a perder, hija; mejor lo habías dicho, porque la producción de las flores puede ser serenidad del tiempo, y no atrevimiento del árbol, para merecer el castigo del hielo.
BEL. — El hielo siempre fue inclemencia del cielo, y no hazaña del aire desnudar un pobre almendro, que en confianza del sol se vistió de flores; mas valentía fuera despojar un moral robusto.
DOR. — Al moral llaman discreto, porque de todos los árboles florece el último.
BEL. — Yo le llamara desdichado, pues fue tan poco favorecido del sol.
DOR. — No es desdicha asegurar el bien que se pretende.
BEL. — No es bien el que llega tarde; porque tanta puede ser la dilación, que la esperanza se vuelva desesperación.
DOR. — La esperanza tanto tiene de mérito cuanto tiene

de paciencia; y es tan galante efecto de amor el no tenerla, que ha muchos días que este nombre anda desterrado de los palacios.

BEL. — El amor platónico siempre le tuve por quimera en agravio de la naturaleza, porque se hubiera acabado el mundo. Mal amante llama Platón al que ama el cuerpo más que el alma, haciendo argumento de que ama cosa inestable; porque la hermosura falta y se desflora por edad o enfermedad, y es fuerza que falte el amor o se disminuya, lo que no haría amando el alma.

CEL. [*Aparte.*] — ¡A Platón encaja este majadero! Él ha oído decir que Dorotea es perdida porque la tengan por sabia.

BEL. — Mas yo respondo que si la hermosura del cuerpo es lo visible, por quien lo invisible se conoce, cada uno de estos dos individuos se ha de gozar amando, el uno por los brazos y el otro por los oídos.

CEL. [Aparte.] — Siempre oí decir que los indianos hablan mucho, si bien todo es bueno, porque aquel clima produce raros y sútiles ingenios; pero ¿qué tiene que ver aquí Platón, si no hace a Dorotea el plato?

BEL. — ¿Qué respondéis a esto?

DOR. — Estoy en extremo triste.

BEL. — En Grecia reinó un humor en las doncellas, que se mataban todas con sus manos: así lo escribe Plutarco.

CEL. [*Aparte.*] — Otro filósofo.

BEL. — Para remediar esto el Senado, mandó que a la que se matase la sacasen desnuda a la plaza, y la tuviesen todo el día en público descubierta; con que cesó el matarse, por el temor de la vergüenza de ser de todos vistas.

GER. [*Aparte.*] — Medrará la pobre Gerarda con esas sofisterías. —Mira, rapaza, estos pasamanos, de que pudiera el sol guarnecer los hábitos de sus planetas.

DOR. — Son más ricos que de buen gusto.

GER. — Hasta con los pasamanos eres ingrata por lo que

tienen de manos; hasta ahora, ¿quién te las pide? Y ¡qué tales son ellas para pedirlas, para desearlas y para encarecerlas! Como estás convaleciente, las traes sin adorno. Por vida de don Bela [*a él*] que le prestes esas dos sortijas por un instante, verás lo que parecen en aquella nieve.

DOR. — Necia estás, Gerarda. ¡Jesús! ¡Qué necia! —Tened, señor, las manos.

BEL. — No desfavorezcáis, os suplico, estos diamantes, siquiera por lo que os parecen, y permitidme que yo os los ponga.

GER. — Acaba, muchacha. ¿Qué rehuyes los dedos? ¡Qué descortesía! ¿Tú naciste en la Corte?

BEL. — En éste no vienen bien, aquí están mejor. Dadme esa otra mano.

DOR. — Basta que honréis la una.

BEL. — Quejárase la otra si no la igualo, y no quiero yo que haya cosa en vos que se queje de mí.

DOR. — Ya las rindo a vuestro favor; que no quiero que me riña Gerarda.

LAU. [*Aparte.*] — ¡Bueno anda mi amo! Él ha dado entre Caribdis y Escila: estas dos deben de ser los euripos de la Corte. Esto es adquirir con trabajo y gastar con desprecio.

BEL. — ¡Qué buenas están las sortijas! Parecen estrellas los diamantes en vuestras manos.

DOR. — Decís muy bien, siendo las manos noche.

BEL. — ¡Noche, señora! ¿Cuándo fueron las del aurora tan cristalinas? Yo os confieso que nunca pensé ver estrellas a mediodía hasta que vi estos diamantes en vuestras manos.

DOR. — Ya es mucho tenerlos en ellas; basta para que las hayáis visto con adorno. Tomad vuestras sortijas.

BEL. — ¡Oh injusto agravio! No os las quitéis, hermosa Dorotea; que no hay en el mundo manos tan atrevidas, después de haber estado en las vuestras, ni querrán

ellas sufrirlo; que el caballo *Bucéfalo* de Alejandro de nadie se dejó sujetar sino de solo su dueño.

LAU. [*Aparte a Celia.*] — ¡Oh, si tuvieran esa condición las mujeres! Pero ¿dijera una bestia, lo que dijo mi amo? ¿Qué tiene que ver el caballo de Alejandro, con los diamantes de Dorotea? Parécese esto a lo que dijo cierto escritor, que la carne era como el Cid Ruy Díaz; y en verdad que anda impreso.

CEL. [*Aparte a Laurencio.*] — Como esas cosas andan impresas.

LAU. — Y no son de las que peor se venden.

CEL. — Lo que todos entienden, todos lo compran.

LAU. — Quien no se deja entender, ¿para qué escribe? Si es para los que saben, no han de menester saber lo que él sabe.

CEL. — Siempre hay más que saber que lo que un hombre sabe.

LAU. — Tienes razón; y te aseguro que, como las ciencias son infinitas y la vida es breve, quien más sabe no sabe nada.

CEL. — Este tu amo, ¿ha estudiado?

LAU. — Lo que basta para ser bachiller, que es el peor linaje de cortesanos para tratado; porque si habla con hombres que saben, conocen lo que no sabe si habla y se cansan de que piense que sabe: si habla con los que ignoran, huyen de él porque los tiene en poco y presume mucho. Y esto del magisterio es para las escuelas, no para las conversaciones.

CEL. — ¿Eso conoces, y comes su pan?

LAU. — También él me come mi servicio.

CEL. — Enojadillo estás por lo que presumes del amor de Dorotea; que todos los que servimos somos celosos, y más cuanto más privados.

LAU, — Yo no lo soy de su amor, sino de su hacienda.

CEL. — Pienso que no ha menester tutor, demás de ser imdiano.

LAU. — Mi señor es liberalísimo.
CEL. — Ya hemos visto el arancel con que pensó vivir en la Corte.
LAU. — Como eso sabréis por la madre Cerbatana, que ya le ha quitado las sortijas, y temo que las calzas.
CEL. — Desenfádate, bobo [*le golpea la cara afectuosamente*].
LAU. — No me lo digas con la mano, discreta.
CEL. — ¿Luego no es favor?
LAU. — Para andar en el rostro, sólo tienen licencia las damas y los barberos.
CEL. — ¿Qué sabes tú si lo quiero yo ser tuya?
LAU. — Si yo no lo sé, ¿cómo quieres serlo?
CEL. — ¿Trajiste mucha plata?
LAU. — Si leíste el arancel, ¿cómo no sabes que nos habremos de hacer pobres?
DOR. — Hacedme placer, señor don Bela, que toméis las sortijas.
BEL. — No tomo lo que he dado; que esto tiene malo el mar; entre otras condiciones, que vuelve a recibir los ríos que salieron de él.
DOR. — Si los anillos fueron prisión antiguamente, presas estarán mis manos de vuestra liberalidad.
BEL. — Es imposible que lo sean de quien tiene en ellas mi libertad; pero mil veces las beso por favor tan grande, que parece que le disminuyo si no me vuelvo loco. Muestra esas medias, Laurencio. Estos son algunos pares, porque no me dijo la color Gerarda que priva más con vuestro gusto.
DOR. — Estas de nácar son excelentes.
GER. — Llama este color los ojos.
DOR. — Los ojos no, sino el gusto; que de la vista mejor objeto es lo verde, y más la conserva.
LAU. [*Aparte.*] — ¡Qué bachillería!
GER. — Dirán mejor con el manteo.
DOR. — Necia, lo que no se ve no se conforma.

LAU. [*Aparte.*] — ¡Cuál es la ninfa! Éste sí que es arte de amar, que no el de Ovidio. ¡Ay de los cascos de don Bela!

CEL. — Estas blancas son muy lindas.

GER. — No para damas, que las hacen piernas de difuntos, y desde Juan de las Calzas-Blancas son contra la prematica del buen gusto.

CEL. — Sí, pero hacen las piernas más gruesas.

GER. — Para quien las ha menester, no para esta niña, que no las compra ni se las debe al algodón, sino a la bizarra naturaleza.

DOR. — Estas moradas, pudiérales excusar.

GER. — Buenas son para un obispo.

DOR. — ¿Y estas doradas, tía?

CEL. — Para un soldado de la Guardia.

GER. — Tómalas tú, Laurencio.

LAU. — Ya no soy de guarda.

GER. — Las moradillas serán para mí, pues que no las quiere nadie.

BEL. — Los zapatos no traje, que no los había tan pequeños, ni se ha de calzar en tienda pie que lo había de estar del sol.

LAU. [*Aparte.*] — He aquí el sol con suelas: ¡qué hermoso desatino!

GER. — No gastarán mucho ámbar en las zapatillas, que en verdad que la pueden calzar el pie con una azucena.

LAU. [*Aparte.*] — ¡Cuál es la vieja! ¡Y tendrá la niña sus trece puntos, como cualquier hijo de vecino, aunque entren los gigantes!

BEL. — Pues, madre, ¿has visto tú el pie de la señora Dorotea?

GER. — ¡Qué pregunta! Criéla en estos brazos; nadie como yo es testigo de sus perfecciones: a fe que aunque se pare colorada, que la he dado algunos azotes en esta vida. Pero, señor don Bela, ¿y la pobre vieja? ¿No reza

de ella esta provisión? ¿No entran aquí los oficiales y hombres buenos?

BEL. — Ya te llevaron a tu casa para monjil, anascote; y el manteo se compró hecho porque tú quisiste.

CEL. — Mas, ¿qué se te olvidó lo guarnecido?

BEL. — No soy tan descuidado con mis amigas: de terciopelo labrado tiene tres guarniciones.

GER. — La color me adivinaste: ¿qué no acertará un discreto? Dale tú las gracias, Dorotica, pues que por ti me abriga este liberalísimo príncipe; Dios le abrigue con su piadosa mano. ¡Qué gran obra de misericordia vestir al desnudo!

LAU. [*Aparte.*] — También lo es dar consejo al que le ha menester.

ACTO I. ESC. 4.ª
[*Romance*]

A mis soledades voy,
de mis soledades vengo,
porque para andar conmigo
me bastan mis pensamientos.
No sé qué tiene el aldea
donde vivo y donde muero,
que con venir de mí mismo
no puedo venir más lejos.
Ni estoy bien ni mal conmigo,
mas dice mi entendimiento
que un hombre que todo es alma
está cautivo en su cuerpo.
Entiendo lo que me basta
y solamente no entiendo
cómo se sufre a sí mismo
un ignorante soberbio.
De cuántas cosas me canso
fácilmente me defiendo,

pero no puedo guardarme
de los peligros de un necio.
Él dirá que yo lo soy,
pero con falso argumento,
que humildad y necedad
no caben en un sujeto.
La diferencia conozco
porque en él y en mí contemplo
su locura en su arrogancia,
mi humildad en un desprecio.
O sabe naturaleza
más que supo en este tiempo,
o tantos que nacen sabios
es porque lo dicen ellos.
«Sólo sé que no sé nada»,
dijo un filósofo, haciendo
la cuenta con su humildad,
adonde lo más es menos.
No me precio de entendido,
de desdichado me precio,
que los que no son dichosos
¿cómo pueden ser discretos?
No puede durar el mundo,
porque dicen, y lo creo,
que suena a vidrio quebrado
y que ha de romperse presto.
Señales son del juicio
ver que todos le perdemos,
unos por carta de más,
otros por carta de menos.
Dijeron que antiguamente
se fue la verdad al cielo;
tal la pusieron los hombres
que desde entonces no ha vuelto.
En dos edades vivimos
los propios y los ajenos;

la de plata los extraños
y la de cobre los nuestros.
¿A quién no dará cuidado,
si es español verdadero,
ver los hombres a lo antiguo
y el valor a lo moderno?
Todos andan bien vestidos,
y quéjanse de los precios,
de medio arriba, romanos,
de medio abajo, romeros.
Dijo Dios que comería
su pan el hombre primero
en el sudor de su cara
por quebrar su mandamiento,
y algunos, inobedientes
a la vergüenza y al miedo,
con las prendas de su honor
han trocado los efetos.
Virtud y filosofía
peregrinan como ciegos;
el uno se lleva al otro,
llorando van y pidiendo.
Dos polos tiene la tierra,
universal movimientos:
la mejor vida, el favor,
la mejor sangre, el dinero.
Oigo tañer las campanas
y no me espanto, aunque puedo,
que en lugar de tantas cruces
haya tantos hombres muertos.
Mirando estoy los sepulcros,
cuyos mármoles eternos
están diciendo sin lengua
que no lo fueron sus dueños.
¡Oh, bien haya quien los hizo,
porque solamente en ellos

de los poderosos grandes
se vengaron los pequeños!
Fea pintan a la envidia,
yo confieso que la tengo
de unos hombres que no saben
quién vive pared en medio.
Sin libros y sin papeles,
sin tratos, cuentas ni cuentos,
cuando quieren escribir
piden prestado el tintero.
Sin ser pobres ni ser ricos
tienen chimenea y huerto;
no los despierta cuidados,
ni pretensiones, ni pleitos;
ni murmuraron del grande
ni ofendieron al pequeño;
nunca, como ya, firmaron
parabién ni pascuas dieron.
Con esta envidia que digo
y lo que paso en silencio,
a mis soledades voy,
de mis soledades vengo.

Acto III. Esc. 1.ª
[*Soneto*]

Canta pájaro amante en la enramada
selva a su amor, que por el verde suelo
no ha visto el cazador que con desvelo
le está escuchando, la ballesta armada.
Tírale, yerra, vuela y la turbada
voz en el pico transformada en hielo,
vuelve y, de ramo en ramo, acorta el vuelo
por no alejarse de la prenda amada.

De esta suerte el amor canta en el nido;
mas luego que los celos que recela
le tiran flechas de temor de olvido,
huye, teme, sospecha, inquiere, cela
y hasta que ve que el cazador es ido
de pensamiento en pensamiento vuela

ACTO III. Esc. 7.ª
[*Romancillo*]

¡Pobre barquilla mía
entre peñascos rota,
sin velas desvelada
y entre las olas sola!
¿Adónde vas perdida,
adónde, di, te engolfas,
que no hay deseos cuerdos
con esperanzas locas?
Como las altas naves
te apartas animosa
de la vecina tierra
y al fiero mar te arrojas.
Igual en las fortunas,
mayor en las congojas,
pequeña en las defensas,
incitas a las ondas.
Advierte que te llevan
a dar entre las rocas
de la soberbia envidia,
naufragio de las honras.
Cuando por las riberas
andabas costa a costa,
nunca del mar temiste
las iras procelosas:

segura navegabas,
que por la tierra propia
nunca el peligro es mucho
adonde el agua es poca.
Verdad es que en la patria
no es la virtud dichosa,
ni se estimó la perla
hasta dejar la concha.
Dirás que muchas barcas
con el favor en popa,
saliendo desdichadas,
volvieron venturosas.
No mires los ejemplos
de las que van y tornan,
que a muchas ha perdido
la dicha de las otras.
Para los altos mares
no llevas cautelosa
ni velas de mentiras
ni remos de lisonjas.
¿Quién te engañó, barquilla?
Vuelve, vuelve la proa,
que presumir de nave
fortunas ocasiona.
¿Qué jarcias te entretejen?
¿Qué ricas banderolas
azote son del viento
y de las aguas sombra?
¿En qué gavia descubres,
del árbol alta copa,
la tierra en perspectiva,
del mar incultas olas?
¿En qué celajes fundas
que es bien echar la sonda
cuando perdido, el rumbo,
erraste la derrota?

Si te sepulta arena,
¿qué sirve fama heroica?;
que nunca desdichados
sus pensamientos logran.
¿Qué importa que te ciñan
ramas verdes o rojas,
que en selvas de corales
salado césped brota?
Laureles de la orilla
solamente coronan
navíos de alto borde
que jarcias de oro adornan.
No quieras que yo sea
por tu soberbia pompa.
Faetonte de barqueros
que los laureles lloran.
Pasaron ya los tiempos
cuando lamiendo rosas
el céfiro bullía
y suspiraba aromas.
Ya fieros huracanes
tan arrogantes soplan,
que salpicando estrellas,
del sol la frente mojan.
Y a los valientes rayos
de la vulcana forja
en vez de torres altas
abrasan pobres chozas.
Contenta con tus redes
a la playa arenosa
mojado me sacabas;
pero vivo, ¿que importa?
Cuando de rojo nácar
se afeitaba la Aurora,
más peces te llenaban
que ella lloraba aljófar.

Al bello sol que adoro,
enjuta ya la ropa,
nos daba una cabaña
la cama de sus hojas;
esposo me llamaba,
yo la llamaba esposa,
parándose de envidia
la celestial antorcha.
Sin pleito, sin disgusto,
la muerte nos divorcia;
¡ay de la pobre barca
que en lágrimas se ahoga!
Quedad sobre la arena,
inútiles escotas,
que no ha menester velas
quien a su bien no torna.
Si con eternas plantas
las fijas luces doras,
¡oh dueño de mi barca!
y en dulce paz reposas,
merezca que le pidas
al bien que eterno gozas
que adonde estás me lleve,
más pura y más hermosa.
Mi honesto amor te obligue
que no es digna victoria
para quejas humanas
ser las deidades sordas.
Mas ¡ay, que no me escuchas!
Pero la vida es corta:
viviendo, todo falta,
muriendo, todo sobra.

(Ed. Entrambasaguas, *en preparación.*)

ELEGÍA EN LA MUERTE DE JERÓNIMO DE VILLAIZAN (1633)

(Fragmento)

Estaba el Mundo con aplauso atento,
Jerónimo, a tu voz, y el mismo Apolo
Bebiendo las reliquias de tu acento.
Y aquel Monarca, cuyo Cetro sólo
De la cuna de Febo se dilata
Al obelisco del opuesto polo,
Por quien después de tanto siglo ingrata
En breves globos margaritas cría
La inmensa concha de salada plata,
Mecenas te animaba, y proponía
Entre aquellos ingenios singulares,
Que suele dar a tanto siglo un día.
Glorioso de tu origen Manzanares,
Humilde hasta tu claro nacimiento,
Soberbio ya negaba el feudo a Henares,
Cuando la muerte con rigor violento
Cortó la estambre de tu dulce vida,
Y se llevó nuestra esperanza el viento.
¿Qué pura rosa en el rubí dormida
Con voz de aljófar despertó el Aurora,
Y en sombra de la Noche fue teñida?
¿Qué lino azul por la mitad se dora,
hurtando a Febo el más sutil cabello?
¿Qué Clicie más atenta le enamora?
O ¿qué clavel se levantó más bello,
Y cuando más el sol púrpura ardía
Sobre los ramos fue doblando el cuello?

Que tu vida que en flor amanecía,
De ciencia y de virtudes coronada,
Fue [e]fímera, fatal, de sólo un día.

Tal suele aparecer Fénix dorada
Donde jamás fue vista, y oficiosa
De la caduca pluma despejada,

Alegre conducir leña olorosa,
Que con soplos del Sol se enciende y lucha
En espera de llamas luminosa:

La ceniza aromática revuelve
Al plumoso cadáver, el que asoma,
Que como va naciendo se resuelve.

Y el embrión de cándida paloma
Se esmalta sobre azul de nácar y oro,
Como el iris del sol círculos toma,

Y con ruido al renacer sonoro
Descubre la pintura de las alas
Con vista grave, y con real decoro.

Tu Fénix que en ser único la igualas,
Apareciste así por nuestro polo,
Cuando los fines de la vida exhalas.

Y como en la color y esmalte sólo
Conocimos que el cielo quiso darte
La misma patria que a tu padre Apolo.

Y el que te cupo de la tierra en parte
Tan noble por el arte que profesa.
Que cuando la negase la porfía
Naturaleza misma la confiesa.

Con esto fue más breve tu alegría,
Pues apenas te vimos al Oriente.
Cuando faltó para tu vuelo el día.

Pensamos viendo tu esplendor luciente,
Que era tu vida el prólogo, y estabas
Pisándole la fimbria al Occidente.

Los versos, que en aromas desatabas,
Eran para formar urna olorosa,
Que de tus mismas flores fabricabas.
Aún no te concedió que la estudiosa
Pluma gozase el premio, que partiste
Con mano liberal, que no dichosa.
Falso laurel, que apenas sienes viste,
Las hojas desmayó; pues con tu ausencia
Lo mismo que criaste, deshiciste.
La muerte nos mostró la diferencia,
Cerrando la ambición de ajena gloria,
Que puso la verdad en contingencia.

(Ed. Entrambasaguas, págs. 13-15.)

RIMAS HUMANAS Y DIVINAS DEL LICENCIADO TOMÉ DE BURGUILLOS
(1634)

[*Algunos sonetos*]

A LA MUERTE DE UNA DAMA, REPRESENTANTA ÚNICA

Yacen en este mármol la blandura,
la tierna voz, la enamorada ira,
que vistió de verdades la mentira
en toda acción de personal figura.
La grave del coturno compostura,
que ya de celos, ya de amor suspira,
y con donaire, que imitado admira,
del tosco traje la inocencia pura.
Fingió toda figura de tal suerte,
que muriéndose apenas fue creída
en los singultos de su trance fuerte.

Porque como tan bien fingió en la vida,
lo mismo imaginaron en la muerte,
porque aun la muerte pareció fingida.

DESEA AFRATELARSE Y NO LE ADMITEN

Muérome por llamar Juanilla a Juana,
que son de tierno amor afectos vivos,
y la cruel con ojos fugitivos
hace papel de yegua galiciana.
Pues Juana, ahora que eres flor temprana,
admite los requiebros primitivos,
porque no vienen bien diminutivos,
después que una persona se avellana.
Para advertir tu condición extraña,
más de alguna Juanaza de la villa
del engaño, en que estás, te desengaña.
Créeme, Juana, y llámate Juanilla,
mira que la mejor parte de España
pudienda casta, se llamó Castilla.

QUEJÓSELE UNA DAMA DE UN BOFETÓN QUE LE HABÍA DADO SU GALÁN

Para que no compréis artificiales
rosas, señora Filis, Fabio os puso
las naturales, si el calor infuso
las puede conservar por naturales.
Ya que no os da regalos, da señales
de que os los ha de dar, galán al uso,
puesto que en la venganza estoy confuso,
viendo perlas en vos sobre corales.
Herir al sol en medio de su esfera.
cruel temeridad; matad a Fabio,
¡mas ay que vuestros brazos Fabio espera!

Y si amistades son el desagravio,
tantos celos me dáis, que más quisiera
vengar las amistades que el agravio.

QUE AL AMOR VERDADERO NO LE OLVIDAN EL TIEMPO NI LA MUERTE. ESCRIBE EN SESO

Resuelta en polvo ya, mas siempre hermosa,
sin dejarme vivir, vive serena
aquella luz, que fue mi gloria y pena,
y me hace guerra, cuando en paz reposa.
Tan vivo está el jazmín, la pura rosa,
que blandamente ardiendo en azucena,
me abrasa el alma de memorias llena,
ceniza de sus fénix amorosa.
¡Oh memoria cruel de mis enojos!
¿qué honor te puede dar mi sentimiento,
en polvo convertidos sus despojos?
Permíteme callar sólo un momento,
que ya no tienen lágrimas mis ojos,
ni conceptos de amor mi pensamiento.

QUEBRÓSE A UNA DAMA EL ESPEJO, CUANDO IBA A TOCARSE. Y ESCRIBE DE VERAS, PORQUE NO LE RIÑAN. ESCRIBE CON MUCHO TIENTO

Si al espejo venís a enamoraros,
romperse es fuerza, para no ofenderos,
o porque en muchas partes podáis veros,
y él pueda en otras tantas retrataros.
Si a vuestros ojos no buscáis reparos,
no podréis de vos misma defenderos,
que el veros tan hermosa, puede haceros
el daño que resulta de envidiaros.

La estampa de que fuistes imitada
rompió, cuando os formó naturaleza,
acción de vuestro espejo reiterada.
Quebrarse fue lisonja y sutileza,
porque con ser de vos, ni aun retratada
pueda tener igual vuestra belleza.

AL RETRATO DE UNA DAMA, DESPUÉS DE MUERTA

Duerme el sol de Belisa en noche oscura,
y Evandro, su marido, con extraño
dolor, pide a Felipe de Liaño
retrate, aunque sin alma, su figura.
Felipe restituye a su hermosura
la muerta vida con tan raro engaño,
que pensando negar el desengaño,
la vista de los ojos se perjura.
Tú dices, que mejor fuera olvidarla,
Octavio, pues ya, queda helada y fría,
que no dejar espejo en que mirarla.
Y yo digo con paz de tu porfía,
que tuvo muy buen gusto en retratarla
al tiempo que mejor le parecía.

A DOÑA ANTONIA CLARA DE NEVARES,
SALIENDO UNA MAÑANA AL DESCUIDO

Quien amanece al sol, quien al sol dora,
dejando libre discurrir el pelo,
por el blanco marfil, y debe al cielo
las rosas que la noche le colora.
Parece, con las gracias que atesora,
que a la naturaleza dio desvelo,
y que en las luces del celeste velo
buscó ella misma su primera Aurora.

Si sois Amor para robar despojos
en hábito de niña, hoy cesa, hoy para
cuanto de su rigor causaba enojos.
Que si fuérades vos, Antonia Clara,
las niñas de las niñas de sus ojos,
rompiera el arco Amor; mirar bastara.

AL NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR

Égloga I

Despierta, Gil, y verás
una cosa nunca vista,
si puede ser que resista
el águila de más vuelo,
ver bordado todo el cielo
de soles de media noche
y que de la luna el coche
las cubiertas levantadas,
entre nubes esmaltadas,
conduce, cantando amores,
como flores tiene el prado.
Deben de haberse casado
la luna y el sol, Andrés.
El sayo traigo al revés
con la prisa que me diste;
toda la nieve se viste
de claveles y de rosas,
¡oh que lindas mariposas,
con alas de azul y oro
van por el aire sonoro!
¿quién una de ellas cogiera?
No hables de esa manera,
que con rostros y cabellos

parecen ángeles bellos,
y dorados querubines,
como aquellos serafines,
que adornan el Arca Santa.
Ya Llorente se levanta.
«¡Buenos días, mayorales!»
Tan buenos que nunca tales
se vieron, como se ven,
en los Montes de Belén:
cosa que lleguen los días,
que nos promete Esaías,
y el divino Emanuel,
venga a comer leche y miel;
date prisa, enciende fuego.
Ya sobre pajas allego
la yesca, y al dulce son
del pedernal y eslabón
responde en el valle el eco.
Arrima de lo más seco
de esas mal enjutas ramas,
pon el caldero en las llamas,
mientras que los ajos mondo.
Allí viene Juan Redondo
cubierto con una manta.
De mañana se levanta,
quien madruga, Dios le ayuda.
¿Luego no queréis que acuda
repicando en el otero
la campana del mortero?
El agua está ya caliente.
pues echa el queso, Llorente,
y Gil desmigaje el pan.
No fue la noche de Juan
en casa de Zacarías,
ni en todos aquellos días
tan solemne el regocijo.

Cosa que naciese el hijo
del mismo Dios en la Tierra.
¡Oh cual baja por la sierra
desatinado el ganado!
Ya retozan en el prado
los corderos y cabritos,
los blancos y los escritos
piezas de ajedrez parecen.
Hola, Gil, que se enloquecen
las vacas y los becerros,
y los lobos y los perros
hacen un baile famoso.
Pon las migas en reposo
para que estén avahadas.
Ya con sus manos lavadas
se llega Antón colorado.
Por Sanjunco que es Peinado
el que viene hasta el cogote
zabullido en su capote.
Saca presto las cucharas,
que descenderán a pares,
como han olido el almuerzo,
ande el ajo y brame el cierzo.
Poca sal, échale más:
Vale cara, hermano Bras.
Muestra la bota y bebamos.
Con la bota buenos vamos:
ya yo bebo, clo, clo, clo.
A buen tiempo Antón llegó.
¿Qué hacéis pastores aquí?
venid a ver lo que vi,
que vengo con tal placer,
que no me puedo tener
de risa y de regocijo.
Sabed que en nuestro cortijo
un ave se apareció.

que si hay fénix, pienso yo
que ésta lo debe de ser.
Que acaba de nacer,
dijo con mil alegrías,
el esperado Mesías,
remedio de nuestros daños,
y que envuelto en pobres paños
en un portal en Belén,
de Madre y Virgen también
le hallaríamos al hielo,
haciendo un pesebre cielo.
¿Quién de un hijo de tal padre
mereció ser Virgen madre?
¿Quién? La prima de Isabel,
que de este hermoso clavel
fue rosa de Jericó,
que María le parió.
Pastores, a verle parto:
la virginidad y el parto,
y el ser madre hermosa y bella
con el honor de doncella
se juntaron en María.
La Sibila lo decía,
y los Profetas también
Vamos juntos a Belén,
que será grande consuelo
ver que venga Dios al suelo,
y que diga mama y taita.
Toca, Peinado, la gaita
y lleven Llorente y Gil
sonajas y tamboril:
la zapateta daré,
que al dimuño con el pie
deshaga toda la cara:
en los presentes repara.
Yo le llevaré de un año

un lechón de mi tamaño,
que el Rey le pueda comer.
Y yo, porque es justo hacer
torrijas a la parida,
miel de romero escogida,
con una cesta de huevos.
Yo a los ángeles mancebos,
pan de higos y turrón.
Pastores, Dios ha nacido,
venid, todos, que ha venido
el cordero de Sión.

LA GATOMAQUIA

[MARRAMAQUIZ VISITA A ZAPAQUILDA]

Estaba sobre un alto caballete
De un tejado sentada
La bella Zapaquilda al fresco viento,
Lamiéndose la cola y el copete,
Tan fruncida y mirlada
Como si fuera gata de convento.
Su mismo pensamiento
De espejo le servía,
Puesto que un roto casco le traía
Cierta urraca burlona
Que no dejaba toca ni valona
Que no escondía por aquel tejado,
Confín del corredor de un licenciado.
Ya que lavada estuvo,
Y con las manos, que lamidas tuvo,
De su ropa de martas aliñada,
Cantó un soneto en voz medio formada

En la arteria vocal, con tanta gracia
Como pudiera el Músico de Tracia;
De suerte, que cualquiera que la oyera,
Que era solfa gatuna conociera,
Con algunos cromáticos disones,
Que se daban al diablo los ratones.
Asomábase ya la Primavera
Por un balcón de rosas y alelíes,
Y Flora, con dorados borceguíes,
Alegraba risueña la ribera;
Tiestos de Talavera
Prevenía el verano,
Cuando Marramaquiz, gato romano,
Aviso tuvo cierto de Maulero,
Un gato de la Mancha, su escudero,
Que al sol salía Zapaquilda hermosa,
Cual suele amanecer purpúrea rosa
Entre las hojas de la verde cama,
Rubí tan vivo, que parece llama,
Y que con una dulce cantilena
En el arte mayor de Juan de Mena
Enamoraba el viento.
Marramaquiz, atento
A las nuevas del paje
(Que la fama enamora desde lejos),
Que, fuera de las naguas de pellejos
Del campanudo traje,
Introdución de sastres y roperos,
Doctos maestros de sacar dineros,
Alababa su gracia y hermosura ,
Con tanta melindrífera mesura,
Pidió caballo, y luego fue traída
Una mona vestida
Al uso de su tierra,
Cautiva en una guerra
Que tuvieron las monas y los gatos;

Púsose borceguíes y zapatos,
De dos dediles de segar abiertos,
Que con pena calzó, por estar tuertos;
Una cuchar de plata por espada;
La capa, colorada,
A la francesa, de una calza vieja,
Tan igual, tan lucida y tan pareja,
Que no será lisonja
Decir que Adonis en limpieza y gala,
Aunque perdone Venus, no le iguala;
Por gorra de Milán, media toronja,
Con un penacho rojo, verde y bayo,
De un muerto por sus uñas papagayo,
Que diciendo: «¿Quién pasa?» cierto día,
Pensó que el Rey venía,
Y era Marramaquiz, que andaba a caza,
Y halló para romper la jaula traza;
Por cuera, dos mitadas que de un guante
Le ataron por detrás y por delante,
Y un puño de una niña por valona.
Era el gatazo de gentil persona
Y no menos galán que enamorado:
Bigote blanco y rostro despejado,
Ojos alegres, niñas mesuradas
De color de esmeraldas diamantadas,
Y a caballo en la mona, parecía
El paladín Orlando, que venía
A visitar a Angélica la bella.

(Ed. Sancha. T. XIX, págs. 1-161; 173-176 y 273-277.)

LA VEGA DEL PARNASO
(1637)

A LA VENIDA DE ITALIA A ESPAÑA DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DUQUE DE OSUNA

(Fragmento)

Humilla, ¡oh mar Tirreno! las vencidas
Ondas, que reverberan en las nubes,
Y espuma celestial se desvanecen,
Paren el curso del Tridente heridas
Con que a la oblicua superficie subes,
Ceñido de corales, que enrojecen
El aire en que aparecen,
Olvida el centro, en cuyo débil suelo
Vives ciudad de arena,
Y el campo azul serena,
Cual prende arroyo por diciembre el hielo,
Que pasa por tus aguas la fortuna,
Diciendo a tierra y cielo,
Que amanece en España el sol de Osuna,
Cual suele en las tinieblas que destierra,
Dar luz, cubrir el mar, vestir la tierra.
Ya sale de las aguas levantando
De aquel verde laurel que mira España,
Flamígeros al alba resplandores,
Los aires que le cercan ilustrando,
Al mismo sol que sale a verle baña
En rayos de más nítidos fulgores
Levantan ya las flores
Almas, que desmayó la noche helada,
Nadan libres las aves

Los céfiros suaves,
Y risueña la plata desatada,
Corre sonora en cristalinas fuentes
La margen esmaltada
Mostrando en guijas de marfil los dientes,
Fúlgida así, de blandas linfas parte
Sol Pedro, Apolo Duque, Español Marte.
No salga a nuestra luz la envidia arpía,
Injusto ejemplo de la Diosa Juno,
Y provoque lasciva su deseo
Al viento rey, en cuya cárcel fría
Intrépido bramó coro importuno,
Noto meridional, Euro rifeo.
Como en el campo hibleo,
Siempre Favonio solo en vez de flores,
Los salados cristales
De perlas y corales,
Y en las sutiles nubes los colores
Del arco (reflexión del claro Apolo)
Formen sus resplandores
Del agua del Trajano al mundo solo,
Y así le harán con amoroso celo
Puente el mar, vela el aire, y arco el cielo.
Tú, claro honor de España, que la espada
Entre las flores de tus verdes años
Con estrella marcial sacaste en Flandes,
Pues de enemiga púrpura bañada
Fue materia de espanto a los extraños,
Como a tu patria de esperanzas grandes,
Porque Neptuno mandes
Lo que Marte Católico en la guerra,
Dilata al mar tus glorias,
Tus armas, tus victorias,
Para que salga la española tierra
Anticipando el puerto, que tus plantas
Donde sus ondas cierra,

Bese por triunfos, y grandezas tantas,
Que te aman, sin la envidia, de una suerte
Fiel Flandes, docta Italia, España fuerte.

HUERTO DESHECHO

(Fragmento)

En la primera parte
de la tiniebla, en que la noche fría
su oscuro imperio parte,
los temerosos párpados abría
con luz intercadente y breve al cielo,
manchado a nubes el purpúreo velo.
Solo en silencio mudo
a sí misma la noche se escuchaba,
y en el informe y rudo
principio estar segunda vez juzgaba
cuantas naturalezas tienen forma
del claro sol, que su materia informa.
Temblaba de la tierra
la cara, que afeitaron tantas flores,
amenazando guerra
las cajas de los polos tronadores,
y las columnas, que los arcos fían,
cañones de cristal estremecían.
Cuando de los terrenos
húmidos monstros, que el planeta cuarto
engendra por los senos
nubíferos, ya rotos, brama el parto,
silbando por el viento y polvo ciego
en selvas de agua víboras de fuego.
Tantas balas de nieve
escupe la invisible artillería,

y tantos mares llueve,
que parece que en ira y en porfía,
con nueva injuria a los gigantes fragua
en Etenas de temor sepulcros de agua.
Alivio de mis males,
mísero huertecillo, que dormía
libre de penas tales
sus flores acechando el alba al día,
para abrir de pimpollos tanta suma,
y yo su luz para tomar la pluma.
A un tiempo nos quejamos,
él con la voz de que le roba el viento
las flores y los ramos,
y yo de ver que en su furor violento
no respetase Júpiter airado
la verde oliva y el laurel sagrado.

ELEGÍA EN LA MUERTE DE JUAN BLAS DE CASTRO

(Fragmento)

A la región, a donde vas, luciente,
patria inmortal, exenta de mudanza,
que no tiene poder el tiempo en ella,
alma bendita (que piadosamente
este nombre te doy en confianza
de tu virtud, como testigo de ella)
pues vas a ser estrella,
y del caduco ser mortal desistes;
vuelve los rayos a mis ojos tristes,
y cantaré tus méritos que adoro:
que bien sé yo que no me oirás, si lloro:
que aunque era justo por tu ausencia el llanto,
con más amor me escucharás, si canto.

Ya de la elemental dulce armonía,
negada a los mortales, a quien sólo
la humana instrumental fue concedida,
habrás visto la eterna melodía,
fuga inmortal sobre uno y otro polo,
de aquella inteligencia esclarecida,
machina que vestida
de puntos de cristal en líneas de oro,
al contacto dulcísimo sonoro,
con tanta suavidad los cielos mueve,
que el mismo sol las consonancias bebe;
en cuyo libro eterno y soberano
echó el compás la omnipotente mano.
¿Con qué especulación tan diferente
de números agudos y de graves,
con qué nueva teórica de tonos,
los géneros mezclando dulcemente,
y de hermosos cromáticos suaves,
blandura de celestes semitonos,
harás tonos a Tronos,
Virtudes, Potestades y Querubes,
si al magisterio de sus coros subes?
que un alma tantos límites excede
de un justo, que enseñar ángeles puede;
que aquello poco menos de distancia
añade el accidente a la substancia
En éxtasis absorto, no del suelo,
donde cualquiera disonancia es fea,
harás en instrumentos acordados
las cláusulas sin falsa, que en el cielo
no puede haber alguna que lo sea,
ni en tanta paz dos tiples encontrados:
bajos son excusados
en la mayor y más inmensa altura,
que no permite humana compostura:
porque en el libro del Cordero Santo

tres líneas con un sol es todo el canto,
que cantan en dulcísimos bemoles
a sólo un sol innumerables soles.
Con tanto contrapunto de virtudes
al canto llano de la vida humana
ninguno como tú fama presuma.
Pasamos nuestras verdes juventudes,
siendo (en vanos amores divertida)
materia de tu música mi pluma:
mas tú de tanta suma,
siempre famoso, como yo culpado,
veinte años a ti mismo retirado,
sin ver más luz que la que infusa dentro
comunicaba Dios del alma al centro,
dejaste los amigos que tenías,
y muerto al mundo para Dios vivías.

AMARILIS

Égloga

[*Retrato de Amarilis*]

A competir la luz, que el sol reparte,
nació, pastores, Amarilis bella,
para que hubiese sol, cuando él se parte,
o fuese el mismo sol aurora de ella:
benévola miró Venus a Marte
sin luz opuesta de contraria estrella;
pero la envidia, si en el cielo cupo,
turbó la claridad, cuando lo supo.
Crióse hermosa, cuanto ser podía
en la primera edad belleza humana,

porque cuando ha de ser alegre el día,
ya tiene sus albricias la mañana:
aprendió gentileza y cortesía,
no soberbio desdén, no pompa vana,
venciendo con prudente compostura
la arrogancia que engendra la hermosura.

Si cátedra de amar Amor fundara,
como aquel Africano Español ciencias,
la de Prima bellísima llevara
a todas las humanas competencias:
no tuvieran contigo, fénix rara,
las letras y las armas diferencias,
ni estuvieran por Venus tan hermosa
quejosa Juno, y Palas envidiosa.

El copioso cabello, que encrespaba
natural artificio, componía
una selva de rizos, que envidiaba
amor para mirar celosía:
porque cuando tendido le peinaba,
un pabellón de tornasol hacía,
cuyas ondas surcaban siempre atentos
tantos como cabellos, pensamientos.

En la mitad de la serena frente,
donde rizados los enlaza y junta,
formó naturaleza diligente,
jugando con las hebras, una punta:
en este campo, aunque de nieve ardiente,
duplica el arco, en cuya junta
márgenes bellas de pestañas hechas,
cortinas hizo y guarnición de flechas.

Dos vivas esmeraldas, que mirando
hablaban a las almas al oído,
sobre cándido esmalte trasladando
la suya hermosa al exterior sentido,
y con risueño espíritu templado
el grave ceño, alguna vez dormido,

para guerra de amor de cuanto vían,
en dulce paz el reino dividían.
La bien hecha nariz, que no lo siendo
suele descomponer un rostro hermoso,
proporcionada estaba, dividiendo
honesto nácar en marfil lustroso:
como se mira el doble malva abriendo
del cerco de hojas en carmín fogoso,
así de las mejillas sobre nieve
el divino pintor púrpura llueve.
¿Qué rosas me dará, cuando se toca
al espejo, de Mayo la mañana?
¿qué nieve el Alpe, qué cristal de roca,
qué rubíes Ceilán que Tiro grana,
para pintar sus perlas y su boca,
donde a sí misma la belleza humana
vencida se rindió, porque son feas
con las perlas del Sur rosas pangeas?
Con celestial belleza la decora,
como por ella el alma se divisa,
la dulce gracia de la voz sonora
entre clavel y roja manutisa,
que no tuvo jamás la fresca aurora
bañada en ámbar tan honesta risa,
ni dio más bella al gusto y al oído
margen de flores a cristal dormido.
No fue la mano larga, y no es en vano,
si mejor escultura se le debe
para seguirse a su graciosa mano
de su pequeño pie la estampa breve:
ni de los dedos el camino llano,
porque los ojos, que cubrió de nieve,
hiciesen, tropezando en sus antojos,
dar los deseos y las almas de ojos.

FILIS

Égloga

[*Rapto de Filis*]

Seguro el campo de mi hacienda araba,
que a las primeras aguas o segundas
en debida sazón la tierra estaba.
Mis penas eran ya menos profundas,
cuando una noche al desuncir los bueyes
que desataba ya de las coyundas,
Pensando que los techos de los reyes
no igualaban, con Filis, mi cabaña,
aunque a dos mundos promulgasen leyes;
Pregunto por mi Filis, ¡cosa extraña!
que el eco me responde solo y triste,
y con mi propia voz me desengaña.
Pálido el rostro la color se viste
de la turbada sangre, como suele
el que al rigor de la sentencia asiste.
No hay desdicha que el alma no revele,
y así mi temeroso pensamiento
no mira engaño donde el miedo apele.
Cubrióse entonces de un humor sangriento
el corazón, las lágrimas heladas
no me dejaban ver el aposento.
Las luces de los ojos eclipsadas,
pedí favor al llanto, porque hay penas,
que matan vidas de no ser lloradas.
Tan frío hielo me ocupó las venas,
que como la llamaba, y respondía
el aire en un jardín entre azucenas,
Fingiendo mi dolor falsa alegría
dije, (¡qué tierno amor!) ya le condeno
¿eres tú quien responde, Filis mía?

Así de las reliquias, y no santas,
confuso estaba el suelo y mi recelo
¡oh cuántas veces me lo dijo! ¡oh cuántas!
Yo triste entonces convertido en hielo,
ya los rojos aljófares cogía,
ya los cabellos, que dio el peine al suelo:
Ya la negra sandalia, que cubría
el blanco pie de Dafne más ingrata
a quien amor y no interés seguía:
Ya la roseta que los lazos ata,
ya las de su cabeza, cuando hicieron
en florido jardín sendas de plata:
Ya las cosas que el rostro compusieron,
y ocultan las mujeres con cuidado
tan grande, de partirse le tuvieron:
Ya lo que no pudieron por pesado,
o porque no les dio lugar el miedo,
que corre menos cuando va cargado.
Sólo decirte de la Circe puedo,
que el aposento mismo se llevara
si para conducirle hubiera enredo.
Ninguna cosa Lidia perdonara
si venciera al temor su atrevimiento.
¡Ay Dios si a Filis sola me dejara!
Y siendo el que rabió mi sentimiento,
el mastín del ganado vigilante,
también a la crianza desatento,
Se fue con ellas, pero no te espante,
si pensó que su vida me pagara
callar los pasos del secreto amante.

(ED. SANCHA, T. IX, págs. 245-247; 374-375 y 385-387 y X, págs. 162-164 y 203-205.)

EPISTOLARIO

CARTA AL DUQUE DE SESSA

[*Madrid, ¿principios de abril de 1612?*]

Falta de salud, señor excelentísimo, ha sido la causa de no haber escrito con puntualidad estos ordinarios; más de mi amor y devoción a vuestra excelencia es imposible. No sé qué anda tras mí estos días como sombra, si este nombre se puede dar a mis disgustos, que de ellos nace hacer sentimiento el cuerpo y está puesta en razón de trabajos de espíritu. Mas a todos, aunque yo resisto con poca fortaleza, es consuelo vuestra excelencia, señor, que enseña en los suyos a tenerla, con la diferencia que hacen [en] su generoso sujeto y el flaco mío, que por infinita distancia no admite proporción. Cuando veo que sabe tolerarlos y gobernarse con tal prudencia en ellos, admiro su milagroso entendimiento y envidio su sangre, si de ella también se hereda esta razón de estado en los agravios. Tristezas son estas mías, que otras veces me han tenido al cabo de la vida y de la paciencia, pero no con la fuerza que ahora. Creo que si me preguntase a mí mismo qué mal tengo, no sabría responderme, por mucho tiempo que lo pensase. Favores y mercedes de vuestra excelencia me animan y consuelan, y si en estas desconfianzas mías algún resplandor de deseo de vivir puede entrar en mi pecho, es con sólo considerar las obligaciones en que me ha puesto de servirle; y que no perder de vista a vuestra excelencia es mejor partido, aunque sea con estos disgustos, que el fin de los trabajos con descanso.

De las bodas de este lugar no sé nada, como de cosas

alegres; escribiré las cartas e irán el ordinario que viene; que la corta salud que digo no me desapasiona la cabeza a las horas que me dan las de vuestra excelencia para servirle como deseo. Sólo me cuentan de las Academias, donde acuden todos los señores y muchos de los poetas. Un mes puede haber que fui a ver esto, como yo creo escribí a vuestra excelencia; después acá me refieren crece aquel ejercicio, si bien más de los que oyen que de los que hablan y escriben. Esta última se mordieron poéticamente un licenciado Soto, granadino, y el famoso Luis Vélez; llegó la historia hasta rodelas y aguardar a la puerta; hubo príncipes de una parte y de otra; pero nunca Marte miró tan opuesto a las señoras Musas. Vuestra excelencia me tenga en su gracia, y crea que si musas son lo mismo que ciencia, y ellas la infunden, yo no quiero más para mí que el amor de vuestra excelencia, ni para vivir otro señor por dueño; a quien Dios guarde como merece y desean cuantos le conocen.

(Ed. Rosenblat, T. I, págs. 151-152.)

POESÍAS VARIAS

(1580-1600)

Soneto

Pastor divino, que las crines de oro
ceñidas llevas de inmortal corona,
pues en ti influye el hijo de Latona
su ambrosia y néctar, celestial tesoro.
Zampoña dulce, cuyo son sonoro
al canto de Menalcas desentona;

sol que da luz al monte de Helicona,
honor y gloria del Castalio coro.
La flauta dulce, con que dulce acento
hizo el pastor querido del Sebundo
vos la tocáis haciendo altos concetos.
Vos sois un nuevo Títiro en el mundo
que levantando al cielo el pensamiento
entendéis de los dioses los secretos.

[¿AL DUQUE DE ALBA?]

Soneto

Venís con tal valor, Duque, corriendo;
sereno el rostro, el brazo descuidado;
derecho el cuerpo, el pecho sosegado,
como si nunca tal fuerais haciendo.
Apriesa el acicate y pie batiendo,
con un descuido en todo y un cuidado,
que el furioso caballo desbocado,
a su pesar, os va, señor, sirviendo.
Al pasar, vais la capa derribando,
dejando ese gallardo cuerpo afuera,
y, en arco el brazo, levantáis la diestra.
Queda el caballo hermoso retozando;
dais fin, con tal donaire, a la carrera,
que el sol para la suya a ver la vuestra.

[EL MANSO PERDIDO]

Soneto

Vireno, aquel mi manso regalado,
del collarejo azul; aquel hermoso
que con balido ronco y amoroso
llevaba por los montes mi ganado;
aquel del vellocino ensortijado,
de alegres ojos y mirar gracioso
por quien yo de ninguno fui envidioso
siendo de mil pastores envidiado;
aquel me hurtaron ya, Vireno hermano;
ya retoza otro dueño y le provoca,
toda la noche vela y duerme el día.
Ya come blanca sal en otra mano;
ya come ajena mano con la boca,
de cuya lengua se abrasó la mía.

ROMANCE DE FILIS

Así cantaba Belardo
en su rabel de tres cuerdas
como canta el blanco cisne
cuando a la muerte se acerca;
que las fuerzas de su voz,
pierden, a veces, su fuerza,
rompiendo como los aires,
del cuello las tiernas venas;
que dan puertas a la sangre,
y a la dura Parca puerta,
por donde sale la vida
y la muerte fiera entra;
vertiendo de las heridas,
aunque en extremo pequeñas,

con tanto extremo la sangre,
que se queda el ave muerta.
De tal manera el pastor
entonaba sus endechas,
que le da voces su alma
a quien fue la causa de ellas;
tiene la mano en los trastes,
y el codo sobre la hierba
porque fueron sus contrastes
de las hierbas viva especia;
que a tal tiempo están tan verdes
y a tal tiempo están tan secas
como los dulces amores
de su Filis mansa y fiera,
en quien tiene el pensamiento
y el cuerpo en la dura tierra;
es señal que tal pasión
le trajo a tan duras penas.
Sólo canta y sólo llora
su soledad lastimera
tan solo, que hasta su alma
por irse con Filis le deja;
y al rabel de su cuidado
sabiamente le menea
las tres cuerdas de pasión:
desamor, celos y ausencia.
Al desamor llama prima,
porque sobre las estrellas
el origen de su voz
forma la primer soberbia.
Segunda llama a los celos,
porque hasta los cielos llegan,
y en irónico sentido
el que es más sabio los sienta.
A la ausencia inexorable
tercera, porque es tercera

en fueros de amor y muerte,
para que la muerte venza.
Templa el parlero instrumento
de tal modo, que concuerdan
con las ansias que publica
las lágrimas que destempla:
¡Filis!, llama y, ¡Filis!, dice;
¡Filis!, nombra y, ¡Filis!, mienta;
de ¡Filis! llena los vientos,
y sólo ¡Filis! vocea;
¡Filis! le responde el eco,
que la voz ¡Filis! resuena;
y él, celoso de su Filis,
que otro llama a Filis piensa;
y así vuelve a reclamar
¡Filis!, ¡Filis!, más aprisa;
¡Filis!, ¡Filis!, ¡Filis!,
¡Filis!, ¡Belardo te espera!
Canta, gime, grita y llora;
suspira, plañe y lamenta;
hiere, corta, rompe el aire
con dolores y con quejas;
y de tal modo repite
la pasión que le atormenta,
que sus voces encendidas
hasta los cielos penetran,
mas como no le responden,
parécele que no suenan,
y así porque suenen más
más vocea y más forceja;
tanto que el pecho inflamado
del espíritu que lleva,
del corazón a la boca
y de la boca a la selva,
y de aquel humor ardiente,
que sus tiernos ojos riegan,

daba con aullidos roncos
ya de flaqueza la muestra.
Cuando, en medio de su canto
y en medio de su tristeza,
enojado de cansarse,
pues no descansa su pena,
con mayor ímpetu que antes,
con más fuego y más centellas,
de nuevo rompe los aires
por ver si su voz resuena;
y este amoroso accidente
fue de tanta fortaleza
que de las venas del cuello
le rompió una vena arteria,
por donde llamas de amor
salen, con la sangre envueltas;
sangre sale y fuego sale,
porque sangre y fuego hiervan.
Cesó el pastor, cesó el canto;
las voces y el llanto cesan,
que el purpúreo color rojo,
dicen que es color que alegra.
Pero faltóle ventura
a quien la sobró paciencia,
que no se dan las virtudes
a todos a manos llenas.

[LETRA]

Mozuela del botín verde,
que me mata de amor, cúbrelo y vete.
Puesto que sea sin fin
tus desdenes y mudanzas,
no pises mis esperanzas
con la color del botín;

baja un poco el faldellín
antes que mirando ciegue,
que me mata de amor, cúbrelo y vete.
Por darme pena mortal
me enseñas el pie gracioso,
y el justo botín curioso
tan apretado e igual;
si no te aprieta mi mal,
¿qué me importa que te apriete?
que me mata de amor, cúbrelo y vete.
Si me le dejas besar
como otras veces solías,
de sólo lágrimas mías
le puedes bien argentar;
pero si sólo mirar
a quien te adora concede[s]
que me mata de amor, cúbrelo y vete.

(*Poesías nuevas de Lope de Vega.* ED. ENTRAMBASAGUAS. Núms. II, XI, XIX, XX y XXVII.)

POESÍAS LÍRICAS INSERTAS EN COMEDIAS

(1602-1635)

Sonetos

¿Cuándo verán mis tristes pensamientos
sereno el sol algún alegre día?
¿Cuándo de esta prisión oscura y fría
saldrán mis alas a romper los vientos?
¿Cuándo mis ojos a tu cielo atentos
verán la luz que espera el alma mía?

¿Cuándo este mar que contrastar porfía
mi nave amansará sus movimientos?
¿Cuándo podrán mis tristes ojos verte,
¡oh luz del alma en tanto bien perdida!
siendo la estrella que mi norte encierra?
Yo pienso que será cuando la muerte,
rotas las velas de mi triste vida,
la nave esconda en siete pies de tierra.

(De *El cuerdo loco*. 1602.)

Dulce, atrevido pensamiento loco,
¿a dónde te levantas por mi daño?
Ligeras alas de un gustoso engaño,
¿a dónde me lleváis? Tened un poco.
Divinos ojos, vuestra luz invoco,
que me despeña un fácil desengaño,
y en el principio del camino extraño
la sombra de la muerte piso y toco,
Camila, dulce fin de mis enojos,
a cuyas bellas manos e inclemencia
me trajo atado la enemiga suerte,
vuelve a mi alma tus hermosos ojos,
y muérame yo allí si en tu presencia
tiene poder la rigurosa muerte.

(De *Burlas de amor*. ¿1604?)

Un soneto me manda hacer Violante,
que en mi vida me he visto en tanto aprieto;
catorce versos dicen, que es soneto,
burla burlando van los tres delante.
Yo pensé que no hallara consonante
y estoy a la mitad de otro cuarteto,
mas si me veo en el primer terceto,
no hay cosa en los cuartetos que me espante

Por el primer terceto voy entrando,
y parece que entré con pie derecho
pues fin con este verso le voy dando.
Ya estoy en el segundo y aun sospecho
que voy los trece versos acabando;
contad si son catorce y está hecho.

(De *La niña de plata.* 1607-1612.)

La calidad elemental resiste
mi amor que a la virtud celeste aspira
y en las mentes angélicas se mira
donde la idea del calor consiste.
No ya como elemento el fuego viste,
el alma, cuyo vuelo al sol admira,
que de inferiores mundos se retira
adonde el serafín ardiendo asiste.
No puede elemental fuego abrasarme;
la virtud celestial, que vivifica,
envidia el verme a la suprema alzarme,
que donde el fuego angélico me aplica
¿cómo podrá mortal poder tocarme
que eterno y [fin] contradicción implica?

(De *La dama boba.* 1613.)

Canciones populares

[CANTAR DE BATEO]

A la gala de la madrina
que nadie la iguala en toda la villa.
Esta graciosa zagala
vence a todas en la gala

y ella a sí misma se iguala
porque es de suerte divina
que nadie la iguala en toda la villa.
Fue tal su valor divino
que en algún modo convino
que la igualase el padrino
porque era tan bella y linda
que nadie la iguala en toda la villa.

(De *Amores de Albanio e Ismenia.* 1590-1595.)

[MAYA]

En las mañanicas
del mes de mayo
cantan los ruiseñores,
retumba el campo.
En las mañanicas,
como son frescas,
cubren ruiseñores
las alamedas.
Ríense las fuentes
tirando perlas
a las florecillas
que están más cerca.
Vístense las plantas
de varias sedas
que sacar colores
poco les cuesta.
Los campos alegran
tapetes varios,
cantan los ruiseñores,
retumba el campo.
Sale el mayo hermoso
con los frescos vientos
que le ha dado marzo
de céfiros bellos.
Las lluvias de abril
flores le trajeron:
púsose guirnaldas
en rojos cabellos.
Los que eran amantes
amaron de nuevo
y los que no amaban
a buscarlo fueron
Y luego que vieron
mañanas de mayo,
cantan los ruiseñores,
retumba el campo

(De *La corona derribada.* 1598-1600.)

[CANCIÓN DE LA NOCHE DE SAN JUAN]

Vamos a la playa
noche de San Juan
que alegra la tierra
y retumba el mar.
En la playa hagamos
fiestas de mil modos,
coronados todos
de verbena y ramos.
A su arena vamos,
noche de San Juan
que alegra la tierra
y retumba el mar.

(De *El postrer godo de España*. 1599-1608.)

[SERRANA]

—Reverencia os hago,
linda vizcaína,
que no hay en Vitoria
doncella más linda.
Lleváisla del alma
que esos ojos mira
y esas blancas tocas
son prisiones ricas.
Más preciara haceros
mi querida amiga
que vencer los moros
que a Navarra lidian.
—Id con Dios, el Conde,
mirad que soy niña,
y he miedo a los hombres
que andan en la villa.
Si me ve mi madre,
a fe que me riña.
Yo no trato en almas,
si no en almohadillas.
—Dadme vuestra mano;
vámonos mi vida,

a la mar, que tengo
cuatro naves mías.
—¡Ay Dios, que me fuerzan!
¡Ay Dios, que me obligan!—
Tómala en los brazos
y a la mar camina.

(De *Los prados de León*. 1604-1606.)

[CANCIÓN VALENCIANA]

Naranjitas me tira la niña
en Valencia por Navidad,
pues a fe que si se las tiro
que se le han de volver azahar.

A una máscara salí
y paréme a su ventana;
amaneció su mañana
y el sol en sus ojos vi.
Naranjitas desde allí
me tiró para furor;
como no sabe de amor
piensa que todo es burlar,
pues a fe que si se las tiro
que se le han de volver azahar.

Naranjitas me tira la niña
en Valencia por Navidad,
pues a fe que si se las tiro
que se le han de volver azahar.

(De *El Bobo del Colegio*. ¿1606?)

[CANTAR DE SIEGA]

Blanca me era yo
cuando entré en la siega;
diome el sol y ya soy morena.
Blanca solía yo ser
antes que a segar viniese
mas no quiso el sol que fuese
blanco el fuego en mi poder.
Mi edad al amanecer
era lustrosa azucena;
diome el sol y ya soy morena.

(De *El Gran Duque de Moscovia.* ¿1606?)

[VILLANCICO]

Más valéis vos, Antona,
que la Corte toda.
Las damas de la Corte
que su talle adornan
con rizos y telas
donaires y joyas
rindan hoy al vuestro,
bella labradora,
todos sus estudios
en hacerse hermosas.
Más valéis vos, Antona,
que la Corte toda.

(De *El cuerdo en su casa.* 1606-1608.)

[CANCIÓN DE BODAS]

Dente parabienes
el mayo garrido,
los alegres campos,
las fuentes y ríos.
Alcen las cabezas
los verdes alisos
y con frutos nuevos
almendros floridos.
Echen las mañanas
después del rocío,
en espadas verdes
guarnición de lirios.

Suban los ganados
por el monte mismo
que cubrió la nieve
a pacer tomillos.

Folía

Y a los nuevos desposados
eche Dios su bendición;
parabién les den los prados
pues hoy par en uno son.

Vuelven a danzar

Montañas heladas
y soberbios riscos,
antiguas encinas
y robustos pinos,
dad paso a las aguas
en arroyos limpios
que a los valles bajan
de los hielos fríos.
Canten ruiseñores
y con dulces silbos
sus amores cuenten
a estos verdes mirtos.
Fabriquen las aves
con nuevo artificio
para sus hijuelos
amorosos nidos.

Folía

Y a los nuevos desposados
eche Dios su bendición;
parabién les den los prados
pues hoy par en uno son.

(De *Peribáñez y el Comendador de Ocaña*. ¿1610?)

[VILLANO]

¡Oh qué bien que baila Gil
con las mozas de Barajas
la chacona a las sonajas
y el villano al tamboril!
¡Oh qué bien, cierto y galán,
baila Gil tañendo Andrés!
O pone fuego en los pies
o al aire volando van;
no hay mozo que tan gentil
ahora baile en Barajas
la chacona a las sonajas
y el villano al tamboril.

¿Qué moza desecharía
un mozo de tal donaire
que da de coces al aire
y a volar le desafía?
A lo menos más sutil
cuando baila se hace rajas
la chacona a las sonajas
y el villano al tamboril.

(De *Al pasar del arroyo*. 1616.)
EDS.: MENÉNDEZ Y PELAYO. T. III, V, VI, VII, IX y X y COTARELO Y OTROS: I, III, IV y XI.)

[CANCIÓN DE BATEO]

Una voz:
Este niño se lleva la flor,
que los otros no.
Este niño tan garrido.

Todos:
Se lleva la flor.

Voz:
Que es hermoso y bien nacido.

Todos:
Se lleva la flor.

Voz:
La dama que le ha parido.

Todos:
Se lleva la flor.

Voz:
Cuando llegue a estar crecido,
ha de ser un gran señor.
Este niño se lleva la flor,
que los otros no.

(De *El piadoso aragonés*. 1626.)

[SEGUIDILLAS]

[DEL GUADALQUIVIR]

Barcos enramados
van a Triana,
el primero de todos
me lleva el alma.

(De *Amar, sufrir y esperar*. 1624-1635.)

Río de Sevilla,
¡cuán bien pareces,
con galeras blancas
y ramos verdes!

(De *Lo cierto por lo dudoso*. 1620-1624.)

Vienen de Sanlúcar
rompiendo el agua,
a la Torre del Oro
barcos de plata.

(De *El amante agradecido*. ¿1602?)

[DEL TAJO]

Laváreme en el Tajo
muerta de risa,
que el arena en los dedos
me hace cosquillas.

(De *La buena guarda*. 1610.)

ÍNDICE

Págs.

Advertencia preliminar 5

EL VILLANO EN SU RINCÓN

Acto I 13
Acto II 90
Acto III 164

ANTOLOGÍA

Nota preliminar 235
ARCADIA: [*Monólogo de Belisarda*] 237
LA DRAGONTEA: [*Partida de un navío*] 239
ISIDRO: [*Ofrenda de Silvano a Silvia*] 243
LA HERMOSURA DE ANGÉLICA: [*Canto de un pescador*] . . 246
RIMAS 249
[*Algunos de los doscientos sonetos*]:
I. «Versos de amor, conceptos esparcidos» 249
VIII. «De hoy más las crespas sienes de olorosa» 250
XXXI. «Albania yace aquí, Fabio suspira» 250
LXXVIII. «Cuelga sangriento de la cama al suelo» 251
CXXIV. «Blancos y verdes álamos, un día» 251
CXXVI. «Desmayarse, atreverse, estar furioso» 252

Págs.

CXXXVII. «Noche, fabricadora de embelecos» 252
CLX. «Esto de imaginar si está en su casa» 253
CLXXIV. «Daba sustento a un pajarillo un día» 253
CLXXVIII. «Mi bien nacido de mis propios males» 254
CLXXXVIII. «Suelta mi manso, mayoral extraño» 254
CLXXXIX. «Querido manso mío, que viniste» 255
CXCI. «Es la mujer del hombre lo más bueno» 255

Epitafios fúnebres a diversos sepulcros:
De Felipe II «el Prudente» 256
Del rey Sebastián de Portugal 256
Del «Mudo», pintor famosísimo 256
De Filonte, bravo 257

EL PEREGRINO EN SU PATRIA: [*Diálogo entre un alemán y un español*] 257
JERUSALÉN CONQUISTADA: [*Elogio de los españoles*] . . 259
CUATRO SOLILOQUIOS: *Soliloquio III* 263
PASTORES DE BELÉN 265
[*Canto de Cloris, Antandra, Lesbia y Pireno*] . . 265
[*Nacimiento de Cristo*] 268
[*La Virgen con su hijo en brazos le canta un villancico*] 270
RIMAS SACRAS 272

[*Algunos sonetos*]:
I. «Cuando me paro a contemplar mi estado» 272
XIV. «Pastor, que con tus silbos amorosos» . 273
XV. «¡Cuántas veces, Señor, me habéis llamado,» 273
XVIII. «¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?» 274
XLIII. «Esta cabeza, cuando viva tuvo» . . . 274
Al levantarle en la cruz, romance 275
A la muerte de Carlos Félix (Fragmentos) . . . 277

Págs.

Idilio Segundo 281
LA CIRCE 283
La prudente venganza [Sobre el amor] 283
Soneto 285
TRIUNFOS DIVINOS 285
[*Algunos sonetos de «Rimas Sacras»*]:
Temores en el favor 285
A la Santa Madre Teresa de Jesús. III. . . . 286
La Rosa 286
La miseria humana 287
«Quid superbis, terra et cinis?» 287
CORONA TRÁGICA: [*Sentencia contra María Estuardo*] . 288
LA DOROTEA 291
Acto I. Esc. 3.ª (Fragmento) 291
Acto II. Esc. 5.ª (Fragmento) 292
Acto I. Esc. 4.ª [Romance] 300
Acto III. Esc. 1.ª [Soneto] 303
Acto III. Esc. 7.ª [Romancillo] 304
ELEGÍA EN LA MUERTE DE JERÓNIMO DE VILLAIZÁN (Fragmento) 308
RIMAS HUMANAS Y DIVINAS DEL LICENCIADO TOMÉ DE BURGUILLOS 310
[*Algunos sonetos*]:
A la muerte de una dama, representanta única . 310
Desea afratelarse y no le admiten 311
Quejósele una dama de un bofetón que le había dado su galán 311
Que al amor verdadero no le olvidan ni el tiempo ni la muerte. Escribe en seso 312
Quebróse a una dama el espejo cuando iba a tocarse, y escribe de veras, porque no le riñan. Escribe con mucho tiento 312
Al retrato de una dama, después de muerta . . 313
A doña Antonia Clara de Nevares, saliendo una mañana al descuido 313
Al Nacimiento de Nuestro Señor. Égloga I . . 314
La Gatomaquia. [*Marramaquiz visita a Zapaquilda*] 318
LA VEGA DEL PARNASO 321

Págs.

A la venida de Italia a España del excelentísimo señor duque de Osuna (Fragmento) 321
Huerto deshecho (Fragmento) 323
Elegía en la muerte de Juan Blas de Castro (Fragmento) 324
Amarilis. Égloga. [*Retrato de Amarilis*] 326
Filis. Égloga. [*Rapto de Filis*] 329
EPISTOLARIO: *Carta al duque de Sessa* 331
POESÍAS VARIAS 332
Soneto 332
[*¿Al duque de Alba?*] 333
[*El manso perdido*] 334
Romance de Filis 334
[*Letra*] 337
POESÍAS LÍRICAS INSERTAS EN COMEDIAS 338
Sonetos:
«¿Cuándo verán mis tristes pensamientos» . . 338
«Dulce, atrevido pensamiento loco,» 339
«Un soneto me manda hacer Violante,» . . . 339
«La calidad elemental resiste» 340
Canciones populares:
[Cantar de bateo] 340
[Maya] 341
[Canción de la noche de San Juan] 342
[Serrana] 342
[Canción valenciana] 343
[Cantar de siega] 344
[Villancico] 344
[Canción de bodas] 344
[Villano] 345
[Canción de bateo] 346
[Seguidillas] 347
[Del Guadalquivir] 347
[Del Tajo] 348

UNA SERIE DE ALTA CULTURA DE «EDITORIAL TEIDE»